



# **Supervivientes**

**Jean Lorrach**

Traducción de Diana Falcan  
Título original: SURVIVORS

Marzo 2003  
ISBN: 84-253-2729-6

## Prefacio

Me gustaría darle las gracias a Gene Roddenberry, el creador de *Star Trek*, obra que ha tenido una gran influencia en mi vida; a Joseph Stefano y Hannah Louise Shearer, autores de *Skin of Evil*, una de las principales inspiraciones en la novela presente; y a Dave Stern, editor de Pocket Books, que me prestó un gran apoyo para que este libro viera la luz. He sido una aficionada de *Star Trek* desde 1966, cuando aparecieron los primeros episodios. Aprendí a escribir a través de las revistas de aficionados y he hecho amigos maravillosos gracias al universo *trekkie*. Y ahora, increíblemente, el señor Roddenberry nos ha regalado a los *trekkies* todo un nuevo mundo y un nuevo grupo de personajes a los que querer en *Star Trek: la nueva generación*.

Puede que estén familiarizados con mis novelas de la primera serie, *The Vulcan Academy Murders* y *The IDIC Epidemic*. Si se preguntan cómo puedo escribir sobre los nuevos personajes y la nueva nave tras haber pasado tantos años con los originales, la respuesta es que los nuevos episodios son una continuación, no una sustitución. El espíritu de *Star Trek* está tan vivo como siempre..., tal y como espero que puedan sentir en esta novela.

La mayor parte de la acción de *Supervivientes* transcurre al final de la primera etapa de *Star Trek: la nueva generación*, entre los episodios *The Arsenal of Freedom* y *Symbiosis*. Por ese entonces, los miembros de la tripulación de la nueva *Enterprise* se conocen bastante bien los unos a los otros, y el teniente Data, que es uno de los principales personajes de este libro, ha tenido experiencias que le han acercado un poco más a la comprensión del espíritu humano de lo que lo estaba al principio de la serie. La teniente Tasha Yar, la otra protagonista, se desenvuelve a la perfección en su cometido y no espera en absoluto lo que la suerte le reserva. Parece mucho más contenta y serena que en los primeros episodios... y este libro sugerirá el porqué.

Si usted ha sido un aficionado de *Star Trek* durante años, ya sabe cómo se organiza la afición. Si acaba de unirse a nosotros a través de la nueva serie, ¡bienvenido! La Paramount patrocina un club de aficionados con un boletín bimestral para dar a conocer las últimas noticias sobre las películas, la serie de televisión, los actores y creadores.

Pero el mundo de aficionados a *Star Trek* no se limita al club. Si usted escribe, dibuja, compone música, hace trajes o quiere relacionarse con otros aficionados, necesita a la afición original: amigos, cartas, naves, *fanzines*, juegos, trajes, obras de arte, *filksongs* [sic], pósters, botones, juegos y convenciones..., algo para todo el mundo.

El camino que lleva al mundo de los aficionados no pasa por mí ni por ninguno de los otros autores de novelas de *Star Trek*. Lo que necesita usted es vincularse a alguna de las organizaciones extendidas por todo el mundo (incluida España) que vinculan entre sí a los *trekkies*.

Tanto en lo referente a mis obras de *Star Trek* como en otros trabajos profesionales de ciencia ficción, tengo una gran fe en la relación entre autores y aficionados. Los autores desean recibir los comentarios constructivos de los lectores. No pueden colaborar con usted, ni escribir las historias que usted quiere contar (eso tendrá que hacerlo por sí mismo), ni criticar sus novelas (están ocupados escribiendo las suyas propias). Tienen vidas privadas, familias, y también empleos; por ejemplo, yo soy profesora de inglés en la Murray State University. Después de dar clases durante toda la semana, quiero pasar el fin de semana trabajando en la siguiente novela que estoy escribiendo para que usted lea, no escribiendo cartas sobre cómo escribir novelas. En cualquier caso, así no puede aprender a

escribir; tiene que aprender haciéndolo. Participe en las revistas de aficionados y desarrolle sus habilidades como lo hemos hecho tantos de nosotros. Los talleres de escritores también pueden ser de gran ayuda: los autores que los dirigen han reservado ese tiempo específicamente para dicho propósito, y le darán la bienvenida.

A todos los autores les alegra recibir comentarios sobre sus obras, y la mayoría responderán a sus preguntas. ¿Sabía que casi todas las personas que escriben novelas de *Star Trek* escriben también otras novelas de ciencia ficción? Si le resultan interesantes las novelas de *Star Trek* de un autor en particular, también podría disfrutar con otras obras de ese mismo escritor. Es probable que los temas que él o ella hayan escogido para desarrollar en *Star Trek* sean los mismos que traten en otros libros.

Pregúntele a su librero por otras obras de ciencia ficción de sus autores preferidos de *Star Trek*.

Si deseara hacer algún comentario sobre éste o cualquier otro de mis libros, puede escribirme a la atención de mis editores o a P. O. Box 625, Murray, KY 42071-0625. Si su carta requiere una respuesta, por favor, incluya un sobre con su dirección y los sellos correspondientes.

¡Continúe siendo un entusiasta de *Star Trek*!

Jean LORRAH  
Murray, Kentucky

# 1

El planeta recibía el nombre de Nueva París, porque los emigrantes de la Tierra que buscaron refugio en el espacio después del Horror Postatómico deseaban que su nuevo mundo fuera un planeta de luz. Tenían intención de fundar una sociedad en la que la gente pudiera ser libre, bondadosa y feliz, donde florecieran las artes, donde creciera el amor y se marchitase el odio.

Desgraciadamente, cuando Nueva París fue redescubierta por la Federación de Planetas Unidos en el siglo XXIV, se parecía más a la París descrita por Víctor Hugo que a la pintada por Toulouse-Lautrec. El sueño había muerto hacía varias generaciones; en la lucha, primero por la supervivencia y luego por el dominio, los habitantes de Nueva París habían acarreado para sí la misma suerte que había inducido a sus ancestros a arriesgar la vida en frágiles naves incapaces de alcanzar la velocidad de la luz para escapar de aquel destino.

En una ciudad que en otra época había sido un modelo de belleza y comodidad, una jovencita de quince años se acurrucaba entre las ruinas dejadas por La Última Guerra. No había más guerras en Nueva París que pudieran causar destrucción a esa escala; los jefes de las bandas en la actualidad ejercían el poder por la fuerza, el número de sus adeptos, sus destrezas en la lucha o el control que detentaban sobre los alimentos y las drogas.

Andrajosa y sucia, la chica tenía entre los brazos el único consuelo de su vida, un gato color beige con el que compartía la comida que podía encontrar o robar y, a su vez, mantener a distancia a las ratas mientras ella dormía, sabiendo que el gato la despertaría si se acercaba cualquiera. En una ocasión incluso había saltado, chillando, al cuello de un hombre que intentaba matar a la jovencita para apoderarse del ave de corral asada que había conseguido ratear. Eso le dio a ella la posibilidad de sacar su cuchillo y, mientras el gato mantenía ocupado al atacante, acabar con él. Huelga decir que aquel día el gato compartió una porción generosa del banquete de la chica.

Pero el gato, al que nunca le había puesto nombre porque nada sabía de las costumbres de la Tierra sobre tener mascotas y darles nombres, ahora no podía ayudarla. La había localizado una de las bandas... y ella era consciente de que esta vez no abandonarían la persecución. La única ocasión en que la habían pillado ella tenía apenas doce años. Aquella vez la utilizaron para divertirse, luego se rieron de ella y la dejaron marchar. Era demasiado pequeña, demasiado flaca, estaba demasiado hambrienta.

—Te vamo' a devolvé', niña. ¡Crese y cría un poco'e pesho'! Entonse' valdrá la pena'e yenate la barriga vasía porque to' o eso' vejestorio' pagarán musho por la carne fresca... y tenrá' ropa y musha' cosa' bonita' y el polvo'e la felisidá' te tendrá contenta.

Entonces fue cuando la jovencita aprendió a pelear. Había muchachas en las bandas; de hecho, algunas estaban formadas por mujeres y muchachas. Pero, puesto que ella no había crecido dentro de una banda, no la aceptarían mientras fuera pequeña y flaca, estuviera débil y hambrienta. La única forma de unirse a una banda era demostrar lo que uno valía... y ella carecía de valor, no era estimable como acababan de demostrar aquellos hombres. Claro que ella no quería volverse valiosa para ellos. La única opción era hacerse fuerte con el fin de poder unirse a las bandas de mujeres y volver a preocuparse nunca más por las bandas de hombres. Convirtió su sobresalto, su alteración y su miedo en rabia y la rabia en determinación.

Pero la determinación era una cosa; conseguir defenderse otra La chica no tenía conexión

con ninguna de las bandas Su madre la había abandonado cuando tenía sólo cinco años y la vieja que se había compadecido de la niña hambrienta era una desgraciada que había sobrevivido al resto de su banda. Vio en la niña a alguien que podía cometer robos menores en su beneficio y acurrucarse contra ella para defenderse del frío durante la noche. Y tal vez, más que nada, alguien con quien hablar. Le había enseñado a la niña a cortar bolsas, abrir cerraduras sencillas, y la muy importante habilidad de orientarse a través del laberinto de edificios en ruinas.

Le enseñó a leer un poco con el fin de que pudiera descifrar los letreros aún legibles de bodegas y túneles que habían sobrevivido al holocausto. Para la gente que vivía en la calle en Nueva París —la amplia mayoría de la población—, el evitar las zonas radiactivas y el hallar el camino a través de interminables kilómetros de corredores idénticos era la única utilidad que tenía el entender las letras. No había libros en el mundo de aquellas gentes; cualquiera que hubiese sobrevivido había sido quemado hacía muchos inviernos por el poco calor que pudiese proporcionar. Los periódicos eran algo de lo que no se tenía noticia, porque los señores de la droga que vivían muy por encima de las ruinas intercambiaban sus mensajes con recaderos o mediante ordenadores. En esos pocos edificios altos que habían quedado en pie, ellos conservaban algunos restos de tecnología. Ninguno de los ordenadores que quedaba abajo funcionaba, ni había electricidad ni instalaciones sanitarias ni agua potable. Semejantes lujos eran sólo para los pocos que detentaban el poder.

Y a todo esto, a la edad de doce años, la niña no tenía habilidades para que a una banda le mereciera la pena alimentarla y protegerla..., por lo que se puso a la tarea de aprender a protegerse ella misma. Tenía un arma, el cuchillo de la vieja, la única herencia recibida. «¡Y má' de lo que me dejó mi propia madre!», dijo la niña al encontrarse muerta a su compañera cuando despertó una mañana. No había conseguido decidirse a quitarle la ropa, pero le revisó los bolsillos. Era algo que la anciana habría esperado que hiciese. Al fin y al cabo, ya no podía usar las dos monedas, el mendrugo de pan, los tres alfileres, y aquel cuchillo para todo cuya hoja estaba reducida a la mitad de su ancho a fuerza de afilarla desde le época en que la mujer pertenecía a una banda.

Pero el día en que la banda de hombres encontró a la niña, sólo dos días después de la muerte de la vieja, el cuchillo le sirvió de poco. Tal vez la tristeza la había hecho descuidada, desatenta a los movimientos de las sombras. El cuchillo le fue arrebatado de la mano por un hombre que reía y que lo utilizó para obligarla a someterse.

Le envolvieron la cabeza con una capucha, cosa que la sofocó, con el fin de que no pudiese ver para pelear, no pudiera morder, no pudiera ver qué estaba sucediendo, mientras se turnaban con ella. Y luego, cuando hubieron acabado, el jefe le quitó la capucha y arrojó con desdén el cuchillo a su lado, sabiendo que estaba demasiado débil y aterrorizada para usarlo.

Había aprendido de aquella experiencia. El cariño por una mujer muerta había permitido que la atraparán, así que no pensaría en nadie, nunca más. No intentó hacerse amiga de los grupos de golfillos que la despreciaban como «L'ejclava'e la bruja». No tendría nada que hacer con un hombre, así que aprendería a lanzar el cuchillo, a matar desde lejos. Eso podía aprenderlo por sí sola, y lo hizo; al cabo de semanas le acertaba a cualquier blanco fijo, y con más y más frecuencia ensartaba a las ratas a las que apuntaba, incluso cuando corrían por entre las sombras.

Unos dos años más tarde, cuando rescató el gato de una pandilla de chavales que tenía intención de prenderle fuego a la cola, éste alivió un poco su soledad. No le importaba realmente el animal, se dijo, le resultaba útil. Al igual que el cuchillo. Con lo cual tenía

excusa para alimentar al gato, acariciarlo, dejarse consolar por sus ronroneos cuando despertaba de sus desapacibles sueños.

La forma en que los niños habían huido en todas direcciones a pesar del hecho de que podían vencerla por su superioridad numérica, le dio confianza. La mayor cautela que había desarrollado después de su dolorosa experiencia le era de utilidad cuando abría cerraduras y se deslizaba al interior del mercado por la noche, en lugar de intentar ratear lo que pudiese junto con los demás golfillos, durante el día. Aquella banda la vigilaba. Acechaban tras ella. En dos ocasiones, cuando ya había dado esquinazo al grueso de ellos, un miembro continuó siguiéndola. Ella volvió sobre sus pasos y les aguardó en una emboscada, matándolos silenciosamente con su cuchillo y arrojando los cadáveres a alguno de los pozos sin fondo que eran uno más de los peligros de las ruinas. Se fortaleció, creció... y entonces su cuerpo la traicionó floreciendo en curvas de mujer a pesar de que continuaba siendo delgada y nervuda.

Ya había llegado el momento, decidió. Abordaría una de las bandas de mujeres, les mostraría sus habilidades con el cuchillo, les contaría que había matado a dos miembros de una banda de hombres..., se ofrecería a demostrarles cómo lo había hecho, porque, por supuesto, las bandas de mujeres y las de hombres eran los más mortales de los enemigos.

Puso sus miras en las Gatas del Infierno, las cuales controlaban cuatro manzanas de ruinas, tenían electricidad en el edificio en que vivían y guardaban como una fortaleza. Con seguridad, al igual que todos los edificios de las ruinas, esa fortaleza tenía ratas. Planeaba ofrecer al gato junto consigo misma, como un paquete, porque en las ruinas infestadas de ratas un gato era de gran valor. Probablemente por eso los niños se habían aterrorizado tanto cuando ella los sorprendió torturándolo; podría haber pertenecido a una banda que se hubiera ensañado con ellos. Con cuidado, ensayó su discurso; cuán apropiado sería el gato como mascota de las Gatas del Infierno, cómo ella misma había aprendido el sigilo gatuno, cómo podía atacar y matar a sus enemigos...

Mientras estaba tendida de lado con el gato encaramado sobre el hombro, ronroneando satisfecho, la jovencita pensó feliz en la noche siguiente. En lugar de esta pila de harapos, puede que tuviese una cama de verdad en la fortaleza de las Gatas del Infierno. Se preguntó si ingerirían comida caliente todos los días. Su estómago se le quejó y la boca se le hizo agua ante el pensamiento.

No, no debía pensar en comida. El botín había sido magro últimamente. Ni siquiera en el mercado había mucho..., así que no se había atrevido a coger nada porque no quedaría lo bastante como para revolver las mercancías con el fin de ocultar sus robos.

Pensó en ropas abrigadas para reemplazar las que se le caían. Había tenido que atarse la parte superior del vestido con trozos de cuerda, y se le deslizaba continuamente hacia abajo por la parte delantera, cubriéndole apenas los «pesho'» que ahora la convertían en deseable y vulnerable ante las bandas.

Algunos hombres la habían visto hoy, observándola con lascivia, pero ella se había escabullido y abrigado la esperanza de que no fueran miembros de bandas. Cuando ellos no la siguieron, dio por supuesto que no lo eran. Sin embargo, el que la repasaran con la mirada de esa manera trajo de vuelta a su memoria el recuerdo de cuando la atraparon... Se dio la vuelta y el gato cayó de su hombro. Regresó silenciosamente en cuanto ella se acomodó en una nueva postura, ronroneando otra vez. La jovencita le frotó la cabeza, consolándose con su calidez; la forma en que se frotaba contra su mano parecía como si quisiera decirle que él podía cuidarla.

De repente, el gato se arqueó, se sentó, y luego se bajó de encima de ella de un salto,

soplando y bufando.

Ella se sentó... y vio el relumbrar de una luz en el fondo del corredor.

Pero no estaba atrapada; había aprendido a no quedarse nunca sin una vía de escape.

Cogió el gato y se introdujo en el interior del túnel adyacente donde se arrodilló, temblando. Intentó calmar al gato por temor a que saliera corriendo hacia los perseguidores y lo mataran. Cuando se sintió segura de que la acompañaría en la dirección opuesta, lo dejó en el suelo de cara al camino que tenía intención de seguir, al tiempo que susurraba:

—¡Ahora corre! Este lugar no es nada seguro.

Echó una última mirada hacia el corredor en el que podía ver las luces, oír a los hombres que la llamaban burlándose de ella.

Las ruinas eran una trampa mortal durante la noche, pero no le quedaba elección. Tenía que correr, arriesgarse a caer en uno de los pozos sin fondo...

Una mano se cerró sobre su hombro. Se volvió por reflejo, mientras el sobresalto le aferraba las entrañas al reconocer al jefe de la banda que entraba por la parte trasera...

El gato le saltó encima.

El nombre profirió un alarido, y los otros entraron, sus pisadas repiqueteando en el túnel, mientras ella hería un hombro de su atacante.

De forma instantánea, se dio cuenta de su error. Tendría que haber pasado corriendo junto a él y huir al exterior; podría haber tenido alguna posibilidad en la densa oscuridad de los túneles.

El deseo de hacerle daño le había costado esa posibilidad... Dos hombres la sujetaron por detrás mientras el jefe capturaba al gato con una mano como un garfío, luego le arrebató el cuchillo a la jovencita y ante sus ojos destripaba al único ser vivo que la quería.

Ella chilló, luchó, mordió, pero no sirvió de nada. Una vez más le deslizaron una capucha por encima de la cabeza y se la ataron con fuerza en torno al cuello. Le llevaron las manos a la espalda por la fuerza y se las esposaron, y ella oyó que el hombre que tenía delante decía: —Hemo' esta'o vigilándote, mushasha. Está' cresiendo y hasiéndote guapa. Conseguiremo' un buen presio por ti cuando nosotros' ya no' hayamo' diverti'o.

Luego la levantaron del suelo y la echaron sobre el hombro de alguien mientras el hombre proseguía:

—Larguémono' d'aquí. Tengo que curarme esta heri'a ante' divertirme... ¡y no vayai' hasiéndoo' ninguna idea de haséroslo con eya ante' que yo!

Luchar era difícil. La única posibilidad que tenía era dejar el cuerpo laxo, hacerles creer que se había desmayado. Ahorrar fuerzas. Finalmente su captor tuvo que dejarla en el suelo y descansar un momento. Incluso maniatada y encapuchada, la jovencita se levantó de un salto y echó a correr, lastimándose las espinillas contra algo, golpeándose la cabeza...

¡El dolor no importaba! Si caía en uno de los pozos sin fondo, incluso la muerte sería mejor que el polvo de la felicidad y una vida de abusos. Con el suficiente polvo de la felicidad ya no le importaría. Nada le importaría, ni siquiera su propio hijo..., como le sucedió a su madre.

A pesar de que en el fondo sabía que era inútil, la muchacha utilizó su rabia para mantener a raya al miedo.

Un pie se interpuso en su camino. Cayó de cabeza, incapaz de mantener el equilibrio. Volvió el rostro de lado, pero aún así su mejilla se golpeó dolorosamente contra una sólida roca y ella acabó siendo en parte llevada a peso y en parte arrastrada hasta salir al aire de la fría noche que le cortaba la piel. El hombre que la llevaba imprecaba, y sudaba.

A pesar de su resistencia, la angustia se apoderó de ella. Se estremecía de modo



incontrolable.

—Descansemo' aquí —oyó que decía el jefe—. ¡Maldición..., to'avía estoy sangrando!

La dejaron caer al suelo. No vio venir el puntapié y por lo tanto no pudo evitarlo. Le acertó en las costillas. Ella gritó y sintió que sus temblores aumentaban.

—Que te pasa, mushasha... ¿tiene' frío? ¡Bien! Tú me h'a hesho sufrí', sufre tú. No tendría q'haberte dao una patada... no quiero que ninguna marca estropee tu presio. Pero nu'hay ninguna rasón por la que tenga' que está' cómo'a.

La muchacha sintió el cuchillo en su garganta, pero éste no le cortó la piel. En cambio, fueron cortadas las cuerdas que le sujetaban la parte superior del vestido y la prenda cayó. Luego el cuchillo se desplazó hasta la cintura, hendiendo el resto de sus ropas, quitándoselas como si el hombre estuviese desollándola, mientras los otros murmuraban con tono de aprobación. El recuerdo del dolor y la humillación anteriores se negaba a desaparecer. La muchacha olvidó su rabia y se estremeció más y más violentamente...

—¿Qué está sucediendo aquí? ¿Qué pensáis que estáis haciendo? —se oyó decir a una voz autoritaria.

—¿Quién ere' tú? —respondió el jefe de la banda. Incluso a través del shock que sufría y su desesperación, la muchacha percibió asombro y un rastro de miedo en la voz del hombre.

—¡Dios mío! —dijo otra voz, ésta femenina—. ¡Están violándola! ¡Dare... deténgalos!

—¡Es mía! —exclamó el jefe de la banda—. ¡Tú tienes tu propia mujer!

—Déjala marchar —volvió a decir la voz autoritaria—. Ella podrá decirnos si es tuya o no.

Las voces de los desconocidos resultaban difíciles de entender; la jovencita nunca había oído antes a nadie que hablara de la misma forma que ellos, a pesar de que utilizaban el idioma de ella.

—¡«Mira!»! —dijo uno de los miembros de la banda—. ¡Tienen una mujé' bonita, joya', y trastos! Son solo tre'...

—¡Cállate! ¿Quieres buscarte la venganza de los señores de la droga?

—Tirémolo' a lo' poso'. No va 'enterarse nadie. Son sólo tre'. ¡Hafe! ¡Mira, eso que yevan e' oro!

Con la cabeza cubierta la jovencita no podía saber con exactitud qué estaba sucediendo, pero dedujo que la codicia había vencido al miedo y la banda atacó a los recién llegados con la intención de robarles y matarles.

Aprovechando aquella oportunidad inesperada, comenzó a arrastrarse alejándose del ruido de la pelea.

Oyó un extraño sonido rechinante que no se parecía a nada que hubiese oído antes, y los golpes sordos de los cuerpos que caían seguidos de gritos ahogados de miedo y pasos que corrían... huyendo.

Unas manos la tocaron. Ella se retorció y pateó, presa del terror.

—¡Eh... no pasa nada! —dijo la voz femenina—. Nosotros no vamos a hacerte daño. Ahora estás a salvo.

Las manos estaban desatándole la capucha, así que la jovencita se quedó tendida y quieta, pese a estar ansiosa por verse libre de ella.

—¡Oh, Dios mío... no es más que una niña! —dijo la mujer—. Pequeña, estás a salvo —repitió—. No dejaremos que vuelvan a hacerte daño.

Había luz, no rayos de linternas sino una extraña luz eléctrica brillante que iluminó sus ojos en lágrimas cuando levantó la mirada hacia sus nuevos captos.

La mujer estaba a su lado, pero los ojos de la chica se desentendieron de ella, ascendieron, subiendo por las largas piernas cubiertas de tela negra, pasando por una especie de traje de

color verde amarillento hasta la cara de su nuevo poseedor.

A la aterrorizada jovencita le pareció una cara cruel que contemplaba la de ella con ojos tan oscuros y fríos como un cielo de invierno. Luego los labios carnosos se separaron, y una compasión que ella supuso falsa dulcificó las facciones al acuclillarse él a su lado.

—¡Pobre criatura! Margie, ¿puede desatarle las manos?

—No las tiene atadas —dijo la mujer—. Están esposadas.

—¿Puedes hablar? —le preguntó el hombre—. ¿Puedes entendernos?

—Le... le entiendo —se aventuró a decir la chica, no sin cautela. Al habituarse sus ojos a la luz, pudo ver los cuerpos de al menos cuatro miembros de la banda tendidos desmañadamente. Resultaba obvio que esta gente era muy peligrosa. Tenían que ser señores de la droga.

—Bien —dijo el hombre, aprobando la respuesta con cordialidad—. Te quitaremos esas cosas de las manos y luego... ¡Pero si tienes frío! —agregó al recorrer el cuerpo de la jovencita una nueva ola de estremecimientos. Miró en torno de sí, recogió los restos de la ropa de ella y los soltó de inmediato, limpiándose las manos contra los muslos. Luego se tocó un destellante broche de oro que llevaba prendido al pecho. Éste emitió un sonido agudo y la chica dio un respingo.

El hombre le dedicó una sonrisa tranquilizadora, pero lo que dijo no iba dirigido a ella ni a nadie que estuviese con ellos.

—Aquí Adin. Necesito un cortador de metal y una manta en estas coordenadas... y dése prisa. Y envíe un médico..., preferiblemente una mujer. Tenemos aquí a una niña, ha sido maltratada.

—Sí, señor —le contestó el broche.

—¡Es... es un comunicador! —dijo la chica—. ¡En esa cosilla pequeña!

—Sí, así es —contestó el hombre—. Y conoces la palabra para referirte a él.

—Sí. Pero, ¿dónde está el cable?

—¿El cable?

—El cable por el que viaja el sonido —le explicó ella. ¿Acaso pensaba él que era tan estúpida como para no saber cómo funcionaban los comunicadores?

Los labios del hombre volvieron a separarse, esta vez como si de pronto acabara de descubrir algo.

—¡Por eso no podíamos obtener respuesta en ninguna frecuencia! No tienen sistemas de comunicación inalámbricos. —Miró más allá de la chica, hacia la mujer, un interrogante se translucía en sus ojos.

Ella levantó el artilugio que llevaba colgado de un hombro y lo dirigió hacia la chica. El aparato produjo un sonido agudo y algo se encendió en su superficie.

—Las lecturas son humanas —dijo ella—, y el traductor no ha entrado en funcionamiento. Por eso suena extraño lo que dice esta gente: es nuestro idioma, algo modificado.

—Desvió la mirada hacia las significativas ruinas que los rodeaban—. También resulta obvio que en otra época tuvieron mayor nivel de desarrollo. Dare, creo que hemos encontrado una colonia terrícola perdida.

—Gracias a Dios —dijo él—. Eso significa que podemos llevarnos de aquí a esta pobre niña.

—Dare, no puedes... —comenzó la mujer, pero se vio interrumpida por otro sonido peculiar. Un fulgor brillante apareció a una corta distancia, y la jovencita se levantó asombrada cuando de la nada se conformó una manta junto con otro artilugio.

El tercer miembro de esta banda tan extraña llevó ambas cosas hasta ellos, y la mujer hizo

algo con el artilugio detrás de la chica. De pronto sus manos quedaron libres. Luego la mujer la envolvió en la manta. Era maravillosamente suave, limpia, y no estaba ajada. La muchacha se arrojó con ella justo cuando volvía a aparecer el fulgor brillante... ¡y esta vez se convirtió en otra mujer!

—Soy Munson —se presentó la recién llegada—. No te haremos daños, niña. —Alzó con la mano una pequeña cosa plateada—. Este instrumento me dirá cuánto daño te han hecho. La chica retrocedió mientras se preguntaba dónde tendría intención de meterle aquella cosa, pero la mujer sólo la apuntó con ella. Emitía un suave zumbido al recorrer con él las diferentes zonas del cuerpo de la jovencita. Luego, la mujer miró el aparato y dijo:

—Una perturbación leve del ánimo, una costilla rota y algunas contusiones. Pero, Adin, ha hecho usted bien en llamarme. Está desnutrida, necesita urgentemente atención dental, y sufre de parásitos tanto internos como externos. Eso significa que todos tendremos que pasar por una descontaminación completa cuando nos transporten arriba.

—No hay inconveniente, doctora —respondió el hombre al que esta mujer se dirigía, para confusión de la chica, por el nombre de «Adin» aunque la otra lo llamaba «Dare». Eso tenía que significar, razonó la jovencita, que uno era su nombre y el otro su título; tenía que ser el jefe de esta banda. Él volvió a frotarse las manos en la ropa mientras preguntaba:

—¿Le importa que le formule algunas preguntas antes de que la lleve usted a la enfermería?  
—Llevarla a... —Los ojos de la mujer se abrieron de par en par y el tono de su voz era de protesta. La otra mujer dijo:

—La chica y los hombres a los que hicimos huir hablan una variante de nuestro idioma. Esto es una colonia terrícola, doctora.

Doctora recorrió los alrededores con la mirada. El alba estaba rompiendo en ese momento, descubriendo la ciudad en ruinas.

—Puedo ver por qué su primer impulso ha sido el de transportar a la niña arriba, Adin, pero tendremos que contar con el permiso del capitán, y también con el de los padres de ella.

En silencio, la chica trató de comprender todo aquello. Así pues, Adin/Dare no era el jefe de la banda; respondía ante otro. Tuvo que dejar de descifrar eso cuando Doctora se volvió a mirarla.

—¿Sabes tus progenitores dónde estás, pequeña? Tienen que estar enfermos de preocupación.

—¿Progenitores?

—Madre. Padre. Tu familia.

—Yo no tengo familia —replicó la chica con hosquedad. De hecho, no tenía ni idea de si su madre estaba viva, aunque lo dudaba. Enganchada al polvo de la felicidad, probablemente no habría sobrevivido más de un año tras abandonar a su hija.

—¿Quién cuida de ti? —preguntó el señor Adin.

—¡Yo cuido de mí misma!

Él la estudió; resultaba obvio que quería preguntarle algo más, pero en cambio dijo:

—Mi nombre es Darryl Adin. Mis amigos me llaman Dare. ¿Tú cómo te llamas?

—Tasha —repuso la jovencita. Sonaba extraño; nadie la había llamado por su nombre desde la época de la anciana.

—Tasha —dijo Darryl Adin—. Un bonito nombre para una chica bonita.

—¡Yo no quiero ser bonita! —le dijo ella con rabia—. ¡Eso atrae a las bandas, a los violadores!

—¡Bandas, violadores! —exclamó la doctora—. ¿Qué clase de lugar es éste?

—No el ideal para pasar un permiso en tierra —respondió Darryl Adin. Luego volvió a las

preguntas—. Tasha, ¿tienes algún otro nombre?

Tasha pensó rápidamente. Esta era una banda muy, muy poderosa. Tenía más artilugios de los que ella había visto jamás, y este hombre, obviamente importante en la jerarquía de la banda aunque no fuera el jefe, quería llevársela consigo. Ella sabía qué significaba eso, lo había sabido desde el momento en que él dijo que era bonita.

¿Cómo iba a escapar, cuando ellos tenían armas que podían derrotar a toda una banda sin que ninguno de ellos recibiera ni siquiera un corte? Tasha estaba exhausta, y aún tenía frío a pesar de la manta. No podía luchar contra ellos, así que lo mejor sería cooperar. Por el momento.

Había mujeres en la banda, y parecían ser tratadas con respeto. Tal vez ella podría ganarse ese mismo respeto.

Doctora había dicho cosas que sugerían que las heridas de Tasha recibirían atención. Y Darryl Adin le había dicho que la llevara a algún lugar llamado enfermería. Tal vez no la quería con un ojo negro y una costilla rota... Recordó lo que el jefe de la banda que la había violado había dicho respecto a no dejarle marcas. Los señores de la droga eran exigentes en lo tocante a sus mujeres.

Eso hizo que Tasha se decidiera. Estaba débil, cansada, lastimada. La curación tardaría algunos días, y en el entretanto puede que ellos la alimentaran y le diesen ropa nueva. Los señores de la droga tenían abundancia de comida y ropa..., tenían abundancia de todo. Aceptaría lo que le dieran, recobraría fuerzas... y luego, en cuanto estuviera bien y Darryl Adin confiara en llevársela a la cama, ella escaparía.

Tal vez sería imposible escapar. Tal vez la atraparían y obligarían a someterse, o la matarían si se negaba.

Pero era seguro que la matarían si no cooperaba ahora, porque no le quedaban fuerzas. Por el momento era mejor no ofrecer resistencia, intentar adaptarse. Ser amable con Doctora Munson mientras estuviera en este lugar llamado enfermería, quizás averiguar cómo las mujeres llegaban a ser miembros de la banda en lugar de simples juguetes de los hombres. Las dos mujeres iban vestidas igual que los hombres, excepto por el dibujo de colores de la parte superior de sus ropas. Eso tenía que significar que eran verdaderos miembros de la banda. Por la forma en que Doctora Munson le había contestado a Darryl Adin, no cabía duda.

Darryl Adin le había preguntado si tenía otro nombre. Él tenía dos nombres. Doctora Munson tenía dos nombres. Era probable que los otros miembros de la banda tuvieran también dos nombres. No recordaba el nombre de su madre... y de haberlo sabido, no le habría gustado que la conocieran por él. Así pues, decidió heredar algo más de la vieja que había acogido a una niña de cinco años asustada y muerta de hambre y que había compartido con ella lo poco que tenía.

—Yar —contestó resuelta—. Mi nombre es Tasha Yar.

La teniente de la Flota Estelar, Tasha Yar, jefa de Seguridad de la *Enterprise*, fue transportada a bordo del planeta Minos experimentando una sensación de profundo alivio. Durante un tiempo, mientras los perseguía de forma implacable un ingenio militar descontrolado, había temido que ella y la gente que estaba bajo su responsabilidad perecerían todos... pero, una vez más, la cooperación de los miembros de un grupo de expedición los había sacado del apuro.

De todos modos, una vez que hubo elaborado su informe y acabó su turno de trabajo, Yar se encontró nerviosa e incapaz de relajarse.

Lo intentó con un libro grabado y música suave, abrigando la esperanza de quedarse dormida...

El timbre de la puerta sonó.

—Adelante —dijo Yar.

Se trataba, cosa nada sorprendente, de su íntima amiga, la consejera de la nave, Deanna Troi.

—Está usted trastornada, Tasha —dijo Troi sin preámbulos.

—¿Ha venido aquí como mi amiga o como mi consejera? —preguntó Yar con cautela.

—Ambas cosas —replicó Troi esbozando una sonrisa serena—. O ninguna de las dos, si desea que me marche.

—No, no..., si estoy emitiendo emociones, supongo que necesito ayuda para enfrentarme a ellas —admitió Yar.

—Y usted detesta pedir ayuda —respondió su amiga con dulzura—. ¿Por qué no hablamos, simplemente? Es probable que en realidad no necesite de mis capacidades.

Yar estudió a su hermosa amiga. Troi, que también estaba fuera de servicio, llevaba puesta una túnica azul clara, verde y violeta, y sus cabellos estaban sueltos en una cascada de bucles. Le conferían un aspecto más joven que el habitual y severo peinado recogido, al igual que el hecho de que la ancha túnica ocultaba su voluptuosa figura, cosa que no hacía su ajustado uniforme.

Yar se dio cuenta de que también Troi reparaba en la vestimenta de ella: un pijama azul liso, chaqueta, pantalón, una bata corta sin adornos de un azul más oscuro.

Oh, maldición.

Al ver que la sonrisa de Troi volvía a aflorar a sus labios, Yar dijo:

—No se ponga tan vanidosa. Sí, ya veo lo que he hecho. Estoy ocultando otra vez mi femineidad, y usted no piensa que eso sea normal, dado que tengo que llevar siempre un uniforme unisex cuando estoy de servicio.

—Tasha, el término «normal» carece de sentido, como usted muy bien sabe. El llevar ropa de dormir sin adornos no es algo que deba preocupar. Sin embargo, el ser incapaz de dormir sí que lo es, en especial después del día que ha pasado.

—Tal vez estoy demasiado cansada.

—Tal vez. O tal vez el hallarse indefensa en el planeta despertó sus peores recuerdos. Ésos que usted intenta mantener ocultos incluso ante sí misma.

¿Se trataba de eso? ¿Tenía miedo de dormir por si volvían a aflorar sus antiguas pesadillas sobre las bandas? Ya lo habían hecho una vez durante esta misión, cuando casi presenció la muerte de Wesley Crusher, que tenía la misma edad que había tenido Yar cuando la rescató la Flota Estelar.

—Sé que detesto perder el control de las situaciones —le dijo a Deanna—. El capitán y la doctora Crusher se encontraban en apuros, y nosotros ni siquiera podíamos encontrarlos. —Notó la tensión de su propia voz, no podía evitarla—. Y esa..., ese ingenio continuaba apareciendo, más fuerte y más rápido cada vez..., yo no podía detenerlo.

—Habla usted como si fuera sólo responsabilidad suya, Tasha. Will Riker estaba al mando del grupo de expedición, y Data era...

—¡La seguridad es mi trabajo! Yo estaba allí para protegerlos a ellos, no al revés. Si no puedo confiar en mí misma...

Troi se limitó a permanecer sentada y en silencio.

Yar se puso de pie y comenzó a pasearse.

—Y volvemos a lo mismo. No puedo confiar en nadie excepto en mí misma. —Sacudió la cabeza—. Pero lo hago, y cada día. Delego responsabilidades. Confío en que los otros miembros de un grupo de expedición me cubran las espaldas como yo les cubro las suyas.

—Sí, lo hace. Por hábito, por práctica. Pero, ¿es posible que en su interior persista aún el miedo de que uno de ellos le falle?

—Son humanos. Excepto Data, por supuesto.

—Es interesante que mencione usted a Data —dijo Troi, con un tono que la invitaba a continuar.

—¡Olvídelo! —le espetó Yar—. Eso es un territorio privado que no comento ni siquiera con usted. No tiene nada que ver con mis actuales preocupaciones.

—¿Está segura? —inquirió Troi.

—Del todo.

—¿A pesar de que Data es todo lo que usted desearía ser?

—¿Qué? —preguntó Tasha, completamente perpleja. Había pensado que se refería a la vez que ella había seducido al androide... cosa que, dado que había sucedido en la intimidad del camarote de ella, y puesto que Data había mantenido de forma tan escrupulosa como ella la instrucción que le dio de que «esto nunca ha pasado», era por todos ignorado. Ni siquiera la consejera de la nave lo sabía. «Oh, maldición. Acabo de decirle, por la forma en que he reaccionado, que hay algo sin resolver entre Data y yo.»

Pero Troi estaba siguiendo una línea diferente de pensamientos.

—Tasha, usted se ha recuperado con un éxito increíble de los terribles traumas de su infancia. No es nada extraño que tenga problemas para confiar en otras personas, que espere demasiado de sí misma. ¿Envidia a Data su fuerza, su rapidez, sus conocimientos?

—¿No se los envidia todo el mundo? —preguntó Yar—. Si no estuviera programado para ser humilde, sería tan molesto como un grano en el...

—No está programado para ser humilde, Tasha —dijo Troi—. Data nos envidia a nosotros.

—Eso es ridículo. Él tiene todo lo que tenemos todos los seres humanos, incluso más. ¿Qué podría envidiarnos?

—No estoy revelando una confidencia, porque él lo ha dicho abiertamente. Usted lo ha oído: él desearía ser humano.

Yar frunció el entrecejo. Nunca había pensado mucho en ese reprensible anhelo de su colega androide.

—¿Acude Data a usted en busca de consejo?

—Es un miembro de la tripulación. Tiene los mismos derechos que el resto de ustedes.

—Pero él es una máquina —protestó Yar—. Realmente no puede tener... ¿sentimientos?

—Puede y los tiene. Repase el historial de su examen de entrada en la academia de la Flota Estelar. No había problema respecto de su inteligencia, por supuesto, ni de su vigor, pero

uno de los requerimientos de entrada es que uno sea un ser sensible, no sólo sapiente, sino sensible, Tasha. Con conciencia de identidad. Eso implica sentimientos. Las computadoras y los robots no son admitidos en la academia de la Flota Estelar. Data lo fue.

«¿Está captando ahora algún sentimiento de culpa en mí? —se preguntó Yar—. Esto significa que le hice daño... por lo menos lo dejé confuso. Y ha pasado ya tanto tiempo... ¿Cómo le pido disculpas?»

Los grandes ojos oscuros de Troi estudiaron a Yar.

—Esta noche dormirá sin problemas, según creo.

—¿De verdad? —preguntó Yar, sorprendida—. ¿Por qué? Sólo he descubierto otro problema.

—Sí..., pero tiene que ver con otra persona, no con usted misma. Y a usted se le da bien ocuparse de los demás, Tasha. Sus problemas aparecen cuando exige demasiado de sí misma. Ahora le Dare las buenas noches. Pero antes, una cosa más.

—¿Sí?

—Hable con Data. —Antes de que Yar pudiese protestar por la aparente invasión de su intimidad, Troi continuó—. Será bueno para los dos. Tasha, usted quiere ser la mujer de hierro, capaz de derrotar a todos sus enemigos con cualquier arma o con las manos desnudas, con todos los conocimientos pertinentes al alcance de su mano. Data tiene la fuerza física y los amplios conocimientos que usted le envidia, y sin embargo él renunciaría a todo eso con tal de ser humano. Hable con él; creo que aprenderán muchísimo el uno del otro.

—¿Es una prescripción, consejera?

—Es una sugerencia, amiga mía.

Y después de que Troi se hubo marchado, Yar descubrió —a la mañana siguiente, cuando sonó su despertador— que en verdad había dormido bien, sin que la perturbaran sueños inquietantes.

El teniente Data estaba en su puesto habitual del puente cuando llegó el mensaje de Treva. De forma instantánea, accedió a toda la información que había disponible sobre el planeta: clase M, cultura humanoide de origen indeterminado, nivel tecnológico comparable al preatómico de mediados del siglo veinte de la Tierra, y no conocían el viaje intergaláctico pero mantenían comercio con culturas no pertenecientes a la Federación antes de entrar en contacto con ésta. Petición preliminar de ingreso en la Federación presentada ante el Consejo de la Federación alrededor de quince años estándar antes. El informe de un equipo de reconocimiento de la Flota Estelar había aprobado una investigación a plena escala que podría desembocar en un eventual ingreso, previa aprobación de los ciudadanos. Pero Treva nunca había cursado la solicitud formal para que se llevara a cabo dicha investigación, por lo que el ingreso en la Federación continuaba en suspenso.

Para su decepción, el capitán Jean-Luc Picard no le había pedido información sobre Treva. La frustración era una experiencia humana con la que el androide estaba excesivamente familiarizado: diseñado para operar como un sistema perfecto para almacenar información, una y otra vez se le negaba la oportunidad de ejercer plenamente esa función. En cambio, el capitán había hecho proyectar el mensaje en la pantalla. Mostraba a una mujer que se identificó como Nalavia, presidente de Treva. Tras realizar una comprobación, Data verificó la identidad durante su discurso.

No tuvo ningún problema para registrar lo que ella estaba diciendo al tiempo que estudiaba la imagen con la intención de preguntarle al comandante Riker, en algún momento

posterior, si pensaba que la mujer era hermosa. Para Data, todos los humanos —todos los seres vivos— eran hermosos, cada uno de una forma diferente. Sólo últimamente se había sentido intrigado por las pautas de la belleza, tras descubrir que mientras existía un acuerdo casi universal acerca de las vistas marinas, las puestas de sol o los campos de estrellas, había una amplia variedad de opiniones sobre qué constituía la belleza en los seres sapientes. Al darse cuenta de que era vano el comparar las preferencias estéticas de humanos, vulcanianos, klingons o andorianos, de momento estaba intentando comprender la belleza en la forma humana..., a imagen de la cual él mismo había sido creado.

Data no reconocía nada en Nalavia que hiciese que los humanos la consideraran no hermosa. Aunque la estatura resultaba imposible de determinar en la pantalla, podía ver que no era ni delgada ni gorda, y que su cuerpo era proporcionado dentro de la escala generalmente considerada agradable. No tenía cicatrices, no era bizca, no se veían arrugas en su frente que pudieran desmerecerla, ni parecía tener esa edad después de la cual, por razones que Data no conseguía entender, los varones humanos determinaban que a las mujeres debía concedérseles respeto intelectual en lugar de admiración física.

Juzgando por todos los criterios conocidos, Data habría dicho que Nalavia era hermosa, aunque había descubierto que los humanos percibían cosas que él no percibía, y se contradecían unos a otros e incluso a sí mismos con tanta frecuencia que todavía no había podido descubrir qué factores definían la belleza de forma incuestionable.

La mujer de la pantalla tenía cabello negro y piel pálida. Su rasgo más distinguible era un par de grandes ojos almendrados de un extraño color verde... pero, por otra parte, Data no podía estar seguro de que lo extraño de ese color no fuera resultado de la transmisión. Había visto antes ojos verdes en los seres humanos, y no podía identificar qué hacía que este verde en particular pareciese... innatural.

Tras decidirse a consultar más tarde a Riker, Data centró su atención en lo que estaba diciendo la mujer.

—El planeta Treva espera que surjan graves problemas políticos. El gobierno democrático legítimamente electo se ve amenazado por señores de la guerra que buscan destruir el gobierno del pueblo y reimplantar la antigua ley de la espada. Han matado a tres miembros del consejo legislativo, y nos amenazan a todos nosotros. Como presidente de Treva, solicito ayuda militar de la Federación de Planetas Unidos. El consejo legislativo desea el ingreso como miembros de la Federación..., pero nuestros esfuerzos se encuentran impedidos por este ataque. En nombre del gobierno legítimamente electo de Treva, solicito que envíen una nave estelar para sofocar esta insurrección a fin de que Treva pueda ocupar su lugar dentro de la Federación.

—Fin del mensaje —informó Data.

—Resulta obvio que en Treva tienen muy poca idea de qué es la Federación —dijo el capitán Picard—. Teniente Yar, envíele un mensaje a la presidente Nalavia, acusando recibo de la solicitud e informándole que ha sido enviada tanto al alto mando de la Flota Estelar como al Consejo de la Federación. Luego, hágalo así.

—Sí, capitán —repuso la jefa de seguridad con su eficiencia habitual, y Data leyó el mensaje saliente pero sin prestar toda su atención, como lo hacía con todos los datos generados en el puente de la *Enterprise*. Su interés, sin embargo, estaba centrado en la reacción del capitán.

Data se volvió para poder ver a su oficial superior que, como de costumbre, había avanzado desde el centro de mando para ver el mensaje en la pantalla. Era uno de esos comportamientos humanos que él había advertido y que no llegaba a entender: el capitán no



tenía ningún problema de vista ni de oído, y el acercarse a la pantalla no le revestía de ninguna dignidad. Y Nalavia no llegaría a verlo; recibiría un mensaje de audio de Tasha Yar.

Pero el androide no meditó ahora sobre el hábito del capitán; simplemente se acercó a Picard a fin de preguntarle:

—¿Enviará la Federación ayuda a Treva?

—¿Lo haría usted, teniente? —respondió Picard. El uso de la graduación en lugar del nombre le indicó que el capitán veía esto como una experiencia de aprendizaje para él. El repentino cambio de oficial al mando a maestro podía estar dirigido a cualquiera de los del puente, desde Will Riker a Wesley Crusher. A Data nunca le importaba, aunque sabía que en ocasiones a algunos de los otros les molestaba.

Le llevó menos tiempo del que necesitó para ladear la cabeza el darse cuenta de que:

—La información que hay es insuficiente como para basar en ella una decisión semejante.

—Y por la información de que disponemos, ¿qué piensa usted que sucederá? —propuso el capitán.

—No puede hacerse caso omiso de una solicitud de ayuda. El Consejo querrá más información, y la Flota Estelar enviará a alguien para que investigue. Dado que la *Enterprise* es la nave estelar más cercana a Treva, deberíamos estar preparados para desviarnos de nuestra misión actual. Sin embargo —agregó—, nuestra misión es la de llevar una carga de trigo drogheniano a Brentis VI. El trigo drogheniano es resistente al moho fulgiano que destruyó sus cosechas durante dos años consecutivos, pero debe ser sembrado dentro de los próximos siete coma tres días. Tenemos previsto llegar dentro de cinco coma dos días. La desviación hacia Treva reducirá peligrosamente el tiempo disponible para la siembra de las semillas una vez que hayan llegado. La *Enterprise* no puede desviarse hasta después de haber dejado nuestra carga en Brentis VI.

—Correcto —dijo Picard en tono de aprobación—. No obstante... —prosiguió animándole a que continuara.

—... si lo que dice la presidente Nalavia es verdad —continuó Data—, estos «señores de la guerra» están asesinando a personas inocentes. Los registros de la Flota Estelar no dan información ninguna sobre la policía o el ejército propios de Treva; no sabemos por qué no pueden contener la insurrección sin la ayuda de la Federación.

Entonces, Picard se volvió hacia otro tripulante.

—Teniente Worf, ¿qué debería hacer la Flota Estelar?

—Enviar una nave en misión de exploración —repuso el oficial klingon—. Teniente Data, ¿hay alguna nave de la Flota Estelar que esté tan cerca de Treva como la *Enterprise*?

—Negativo —fue la respuesta de Data.

—En ese caso —prosiguió Worf—, mi predicción es que la Flota Estelar ordenará que la *Enterprise* envíe un grupo de expedición para que investigue la situación de Treva y determine si constituye una verdadera emergencia.

La teniente Yar miró a Worf con una sonrisa de felicitación y luego dijo:

—Mensaje de la Flota Estelar, capitán. Tenemos que enviar una lanzadera para investigar los acontecimientos de Treva y notificar de inmediato a la Flota Estelar si la situación justifica que emprendamos algún tipo de acción.

—Dígales que así lo haremos de inmediato —le contestó el capitán. Pero el capitán no había concluido con la clase—. Alférez interino Crusher.

—¿Quiere que vaya, señor?

—No, alférez. —Data vio que el capitán contenía una vez más cierto fastidio por las salidas

del chico—. Quiero que me diga cómo se aplica en esta situación la Primera Directriz. Wesley se sonrojó. Había «metido la pata», como lo expresaba el peculiar dicho humano.

—Eh... no lo sé, capitán. ¿Cuál es la situación de Treva? —Nervioso miró a Data, pero no preguntó de forma directa como había hecho Worf.

Cuando el silencio amenazó con poder cortarse con un cuchillo, Data habló voluntariamente.

—Treva ha solicitado el ingreso en la Federación, pero sólo se ha llevado a término el reconocimiento preliminar.

—Hum..., si el informe no fue negativo —dijo Wesley buscando a tientas una respuesta—, entonces, por solicitud del gobierno legítimamente electo nosotros podemos proporcionarles la ayuda adecuada.

—Muy bien —dijo el capitán, complacido—. Y la próxima vez, alférez, no vacile en solicitar información al teniente Data o a la computadora. La computadora nunca se la dará de forma voluntaria y tampoco debe esperar que los compañeros de tripulación lo hagan. De haber estado en una situación crítica, el retraso ocasionado por usted podría haber sido dramático.

—Sí, señor —contestó el chico, atrapado entre el placer por haber dado la respuesta correcta y la incomodidad por no haberla conseguido por los canales adecuados.

Entretanto, el capitán Picard estaba diciendo:

—Teniente Data, teniente Yar, cojan la lanzadera 11 y diríjense a Treva. El mensaje de Nalavia era notable sobre todo por su falta de información útil. Averigüen qué demonios está sucediendo realmente allí.

Tasha Yar consideró que varios días a solas con Data dentro de los confines de una lanzadera le proporcionarían la oportunidad de hablar con él como le había sugerido Deanna Troi. Había pasado un tiempo considerablemente largo. Si le había causado dolor a Data, la actitud de él sugería que a esas alturas lo tenía superado. De hecho, la falta de reacción por parte de él, incluso poco después de lo ocurrido, la llevó a preguntarse si su instrucción, «esto nunca ha pasado», no habría borrado el incidente de los bancos de memoria del androide.

Esa posibilidad era peor que la idea de que ella lo había herido. Sin embargo, a pesar de que deseaba saberlo con toda su alma, Yar no estaba segura de que su curiosidad pudiera ser bien recibida, habida cuenta que desde que habían descubierto a Lore... Data sabía que no era único, y que de hecho había sido creado deliberadamente menos humano que su prototipo.

Aun así, el destino —y las órdenes del capitán Picard— los había colocado juntos sin otra cosa que hacer que no fuera mirar las estrellas una vez que la *Enterprise* desapareció en el espacio a velocidad hiperespacial. Capacitada para velocidades no superiores al factor hiperespacial uno, el movimiento de la lanzadera era perceptible sólo a lapsos de un minuto a menos que se hallaran dentro de un sistema solar. Yar le echó una mirada a la consola de control.

—Alcanzaremos pleno impulso dentro de siete minutos—dijo Data sin levantar los ojos.

—¿Ha agregado usted la telepatía a sus habilidades? —preguntó Yar.

Eso provocó una mirada de sorpresa en los dorados ojos de Data.

—Era... una suposición lógica el que deseara saberlo, teniente —respondió—. Por supuesto que usted podría haberlo deducido por sí misma a través de la información de la pantalla.

—Aunque no tan rápido —dijo ella—. Ha comenzado usted a ofrecer con frecuencia

información sin necesidad de que se la soliciten, Data.

—Sí. Debo aprender cuándo es apropiado hacerlo y cuándo no lo es. No tendría que haberlo hecho con Wesley en el puente.

—Él la pidió.

—No directamente. Había comprendido que le estaban poniendo a prueba y debería haber esperado, dándole a él la oportunidad de actuar de la forma adecuada en un oficial de la Flota Estelar cuando se le somete a examen.

—Yo, por otra parte —continuó Yar—, aprendí esa lección hace años. Además, en este puente está usted al mando.

Data le dedicó su agradable sonrisa, al tiempo que decía:

—Usted es una oficial que nunca ha puesto en tela de juicio mi rango.

—¿Por qué iba a hacerlo? Se lo ha ganado, o no lo tendría. La Flota Estelar no es generosa con los ascensos.

—Hay muchos que piensan que lo fue con el mío —replicó el androide. Al ver el fruncimiento interrogativo del ceño de ella, agregó—: Es una cuestión de historial. La cuestión de si debían ascenderme fue presentada ante una reunión del alto mando de la Flota Estelar. Tampoco la decisión fue unánime. Hay quienes creen que un androide no tiene nada que hacer como segundo oficial al cargo en funciones, pues a menudo queda al mando de una nave y entra dentro de lo posible que comande una algún día.

—¿Es eso lo que usted espera hacer, finalmente? —preguntó Yar, fascinada por el giro que había tomado la conversación.

—No —replicó Data—. Ése es el sueño de Riker, no el mío. No fui diseñado para dirigir a seres humanos. —Se repantigó en el asiento, con el característico movimiento levemente mecánico de su cabeza que, paradójicamente, indicaba que se sentía tan confuso como cualquier humano—. Yo no comprendo el deseo de poder, Tasha. Durante toda mi vida, desde que adquirí conciencia, he aceptado y dado por bueno que un androide no podía experimentar dicho impulso: estamos diseñados para servir, no para mandar. Y luego..., encontramos a Lore.

—Lore fue un error —dijo Yar—. Usted es una versión mejorada de él, Data.

—Tal vez. Pero, ¿qué pasaría si mis defectos de diseño no se muestran tan pronto como en su caso?

—En ese caso, usted será igual que el resto de nosotros —contestó Yar—, luchará para superar nuestros defectos y convertirnos en algo mejor. —Ante la mirada de sorpresa de él, Yar se echó a reír—. Ya sé que usted quiere ser humano, Data...

—No —dijo él.

—¿No? Pero si yo creía que usted había dicho...

—Riker lo expresó de esa forma, y en aquel momento no resultaba apropiado corregirle. Yo desearía ser humano —corrigió Data—. El querer lo imposible es una actitud derrotista y sólo puede acabar en frustración. El desear una meta inasequible, sin embargo, puede significar la consecución de unas asequibles que de otra forma uno quizá no tomaría en consideración.

Yar asintió.

—Eso me gusta..., lo recordare, Data, porque usted ha manifestado algo que yo he aprendido por mí misma, aunque nunca pude expresarlo. A veces he puesto en tela de juicio mi meta de convertirme en... la oficial ideal de la Flota Estelar. Perfecta. Nunca una decisión errónea ni una transgresión del honor. No existe nada semejante, pero en otra época yo pensaba que sí.

Data volvió a dedicarle una de sus sonrisas.

—Nadie es... ¿perfecto?

—No, ni siquiera usted —dijo ella con una carcajada. Él no rió; el humor ligero, en especial la ironía e incluso cierta extravagancia, estaban dentro de la gama de emociones del androide; pero el humor indefinible que hacía reír a la gente continuaba fuera de sus dominios. Sin embargo, Yar no tenía ninguna duda de que un día la experiencia le traería a Data el regalo de la risa... y entonces sería más humano que muchos que ella conocía.

Data apreciaba contar con la compañía de Tasha Yar. Durante un tiempo considerable — desde el acontecimiento que «nunca ha pasado»— se había preguntado si ella estaba evitando su compañía deliberadamente. Entendía que los humanos a veces experimentaban una sensación desagradable denominada «turbación» con respecto a la actividad sexual, pero se trataba de otra de esas emociones que él sólo podía observar sin participar ni comprender.

Sin embargo, Tasha ahora parecía sentirse cómoda en su compañía, así que decidió que la falta de conversaciones interesantes entre ellos antes de ahora era simplemente debida a que sus variadas ocupaciones los habían mantenido apartados del camino del otro, excepto en el puente y en algunas atareadas expediciones.

Pasado un rato Tasha sintió hambre y tecleó los controles para pedir un menú de lo que había disponible en la consola de provisiones de la lanzadera.

—¿Qué es esto? —exigió saber—. ¿Vino de Aldebarán? ¿Ramekins<sup>1</sup> quetzi? ¿Ostras?

Data se preocupó al reconocer enojo en la voz de ella. Se volvió al tiempo que explicaba:

—También están todos los programas estándar. Sólo agregué esos porque sé que son comidas que a usted le gustan.

Ella lo miró de hito en hito durante un momento mientras intentaba controlar su enojo entreverado de asombro. Luego, de forma repentina, el sentido del humor venció a ambos y Yar se echó a reír.

—Por supuesto, Data..., usted no podía conocer lo que implican esos alimentos.

—¿Lo que implican? —inquirió Data, visiblemente desconcertado.

Tasha se ruborizó pero se lanzó a la explicación.

—Usted ha instalado los programas de los alimentos que vio en mi habitación la vez que yo... lo invité a cenar. No tenía forma de saber que todos ellos tienen reputación de ser... afrodisíacos.

Si Data hubiera podido sonrojarse a su vez, lo habría hecho.

—Lo... lo siento —tartamudeó.

—No se preocupe —le dijo Tasha—. ¿Le gusta a usted algo de esto?

—No lo sé. Nunca he tenido la oportunidad... —Data volvió a callar, consternado. Esto, se dio cuenta de pronto, era la turbación. Quizá más tarde sentiría placer por haber comprendido otro rasgo humano. Por el momento, no tenía absolutamente ninguna programación que le sirviera para enfrentarse con una sensación que resultaba de veras desagradable. Lo único que se le ocurrió hacer fue repetir lo que una vez le había oído decir a William Riker, para sí mismo más que para la mujer en cuestión, en una situación algo similar.

—Oh, maldición.

Tasha lo miró fijamente durante un momento y luego estalló en carcajadas. Sin embargo, se

---

<sup>1</sup> *Ramekins*: Preparado de queso con miga de pan y huevos, horneado en un molde individual. (*N. de la T.*)

obligó a ponerse seria y lo tranquilizó.

—No se preocupe. Es todo culpa mía. —Inspiró hondo—. ¿Qué quiere que teclee para usted?

—Cualquier combinación de proteínas, carbohidratos y electrolitos adecuados para los humanos puede servir para mi nutrición.

—Pero, ¿no tiene una preferencia? —insistió Tasha.

—Un bocadillo de pollo, una manzana y un vaso de leche —contestó él, recurriendo a la combinación que había aprendido a pedir años antes en la academia de la Flota Estelar con el fin de no atraer las miradas ni los comentarios de sus compañeros estudiantes.

—Mm-hmm —dijo Tasha—. El camuflaje estándar de los inadaptados de la Flota Estelar.

—¿Qué?

—Cuando uno es tan extraño como usted o como yo, aprende todas las formas posibles de evitar llamar la atención sobre sí —respondió ella.

—Ahora es usted quien está practicando la telepatía —observó él—. Pero —agregó—, usted no es extraña, Tasha.

—Entonces sí lo era —le explicó Yar—. Cuando entré en la academia de la Flota Estelar tenía dieciocho años, pero sólo hacía tres que conocía la civilización. Apenas. Era un barniz muy tenue. Había integrado toda una educación en esos tres años, pero no tuve tiempo para aprender el trato social.

Data parpadeó.

—¿Por qué? —preguntó—. Quiero decir, que he visto su historial, que sé que fue rescatada de Nueva París cuando tenía quince años... pero ¿por qué sentía la necesidad de trabajar con tanto ahínco en su educación?

—Por la Flota Estelar —replicó ella—. Era lo único que yo quería. Estoy segura de que comprende el sentimiento. También usted fue rescatado por la Flota Estelar; tiene que haber querido convertirse en parte de ella tanto como yo.

—La Flota Estelar es el único sitio en el que puedo trabajar a plena capacidad —dijo él.

—Sí —asintió Yar con un movimiento de cabeza, pero Data tuvo la sensación de que ella quería decir algo mucho más profundo que él. Por lo tanto, guardó silencio en espera de otra respuesta.

El dispensador emitió un sonido metálico, y Tasha sacó de él una bandeja cubierta de pequeños envases. No era de extrañar que hubiese tardado tanto en acabar el programa; ¡esto, no era, ni por asomo, un bocadillo de pollo, una manzana y un vaso de leche!

—He decidido probar algunas cosas nuevas —dijo Tasha—. ¿Y usted? —Ella frunció el entrecejo—. Para usted es diferente, ¿no, Data?

—Bueno, puedo distinguir sabores, texturas y aromas —respondió él—, probablemente mejor que usted. Sin embargo, no tengo gustos ni aversiones innatos como usted. Yo sólo busco equilibrar los nutrientes.

—Oh.

Data vio que Tasha se sentía desilusionada pero intentaba disimularlo. Así pues, agregó:

—He descubierto, sin embargo, que a lo largo del tiempo he llegado a asociar ciertos alimentos con determinados hechos. Lecciones estimulantes, problemas, compañías agradables. Cuando más tarde me encuentro con sabores similares, descubro que he desarrollado una preferencia por ellos. —Sonrió—. Espero llegar a desarrollar un gusto por todas estas comidas.

Tasha le dedicó una amplia sonrisa de agradecimiento y comenzó a comer.

Pero para decepción de Data, ella abandonó el tema de sus respectivas decisiones de

ingresar en la Flota Estelar para hablar en términos generales del sector del espacio por el que estaban viajando. Allí, era el equivalente de «hablar del tiempo»: un tema neutral de conversación que no despertaría emociones que perturbaran la digestión.

Intrigante. Data dejó que su atención se distrajera mientras mordisqueaba su comida. Necesitaba pocas calorías para mantener los nutrientes orgánicos que le servían como sustituto de la sangre, pero sabía que las comidas eran como un rito social.

Data no tenía emociones acentuadas respecto a su elección de la Flota Estelar ni a los años pasados en la academia..., aunque si hubiera sido tan consciente entonces del sarcasmo del que eran capaces los humanos como lo era ahora, puede que hubiera desarrollado alguna. Resultaba obvio que Tasha sí las tenía. Data había pensado que las experiencias de ella eran completamente positivas. Siempre hablaba de que había sido rescatada por la Flota Estelar, y la lealtad de Yar a los ideales de ésta parecía la devoción de un verdadero creyente hacia una religión que le colmara.

La curiosidad era el gran defecto de Data. Cuando tuvo conciencia, no sabía distinguir: los datos de las estadísticas de cuatro siglos de béisbol ejercían sobre él la misma fascinación que la historia de una estrella a punto de convertirse en nova.

Finalmente, sin embargo, había aprendido a establecer prioridades en lo que aprendía, y en fechas recientes, el entender a esas personas a las que llamaba amigos se había convertido en una prioridad personal. Ahora sentía que había algo que nunca había relacionado con Tasha Yar y la Flota Estelar... y al instante quiso saberlo.

Así pues, cuando acabaron de comer y mientras estaba recogiendo los estuchados y echándolos en el depósito de desechos, Data dijo:

—A pesar de que era muy sana desde el punto de vista nutritivo, una comida como ésa habría atraído miradas sobre nosotros dos en el comedor de la academia.

—Ahora ya no me molestaría —respondió Tasha, en tono distendido—. Yo era una salvaje cuando me admitieron, Data. Ingresé a prueba, y cuando lo pienso la verdad es que no entiendo cómo me las arreglé para que no me suspendieran ese primer año. Suspendí el curso de ética y de moral..., sencillamente no podía aceptar, ni siquiera como una hipótesis en la que basar una argumentación razonada, la creencia de que: «La vida es sagrada. En todas partes».

Data la miró de hito en hito al tiempo que ladeaba la cabeza.

—También yo suspendí el curso en el primer intento —reconoció—. Me resultaba imposible argumentar contra ese credo, incluso cuando el instructor me nombraba para que ocupara el bando opuesto en el debate.

Tasha frunció el entrecejo.

—¿Y aprendió a refutarlo?

—A refutarlo, sí..., porque cada refutación no hace más que reforzar su verdad. Sólo cuando comprendí eso fui capaz de aprobar el curso.

Tasha asintió con la cabeza.

—Eso también me ocurrió a mí... Pero aprendí a cuestionarme las cosas en vez de darlas por sentadas. Donde yo crecí, la vida no era considerada como algo sagrado. Es difícil renunciar a las creencias inculcadas por las experiencias de la infancia.

—Yo no puedo saberlo. A mí sencillamente me programaron con esa creencia. —Data frunció el entrecejo—. Mi hermano no. Lore pensaba..., eso lo hacía más humano que a mí.

—¡Él estaba equivocado! —declaró Tasha con vehemencia—. Cuando yo fui rescatada de Nueva París, incluso durante mi primer curso en la academia, era menos humana de lo que lo es usted, Data. De no haber sido por Darryl Adin... —Se detuvo, hizo una leve mueca y

palideció. Cerró los puños con fuerza—. Todavía no puedo aceptar...

Pero las palabras enmudecieron, y Data se dio cuenta de que no tenía intención de continuar.

De todos modos, había accedido a los historiales de toda la tripulación en el momento en que llegó a bordo de la *Enterprise*, así que sabía bastantes cosas.

—Darryl Adin, jefe de seguridad de la *Cochrane*, nave exploradora que descubrió Nueva París, colonia perdida de la Tierra. Él comandaba el grupo de descenso que la rescató a usted. La llevó de vuelta a la Tierra, y dispuso las cosas para que la cuidaran y le dieran una educación mientras él estaba destinado a otras misiones. Usted estaba en su último curso de la academia cuando Adin regresó a la Tierra para hacer un curso sobre las últimas técnicas de seguridad en naves estelares. Usted...

Se detuvo, al adquirir sentido los fríos datos, de forma repentina, una tragedia de amor y traición, que resultaba aún más profundamente triste por el hecho de que su principal protagonista era la que tenía ante sí, una persona a la que consideraba amiga.

En su interior, maldijo a sus siempre prestos bancos de memoria que desenterraban información sin considerar el impacto emocional que tendría la misma. Porque, sin saberlo, había accedido a unos datos que necesariamente tenían que despertar recuerdos dolorosos para Tasha Yar, y los había sacado a la luz.

Cuando ella había cambiado de tema, ¿por qué no había respetado él el obvio deseo de Tasha y dejado el asunto en paz? ¿O al menos guardado silencio hasta que hubiera repasado todo el archivo de la relación de ella con Adin? Entonces se habría dado cuenta de que no debía decir nada.

Ahora ya no podía hacer otra cosa que callarse, con una murmurada disculpa.

Tasha estaba parpadeando, luchando contra las lágrimas.

—La culpa no es de usted, Data. Tendría que haberme dado cuenta de que estaría en posesión de todos los historiales. Ahora ya sabe por qué yo no hablo mucho de los años que pasé en la academia de la Flota Estelar. Fue todo tan maravilloso cuando estaba allí... Mientras aprendía a vivir el ideal que ni había soñado que fuese posible... rompía sin peligro la concha de cinismo y falta de ilusiones que había desarrollado para sobrevivir en Nueva París. Y luego todo llegó a su fin cuando la mismísima persona que me había hecho desear la Flota Estelar, el hombre que para mí significaba la Flota Estelar, traicionó todo aquello en lo que yo había aprendido a creer.

Ella guardó silencio. Data la miró y vio que ella contemplaba las estrellas con ojos fijos..., pero se dio cuenta de que estaba viendo algo más. Algo que pertenecía a un pasado lejano.

### 3

La cadete de la Flota Estelar, Tasha Yar, yacía sobre el vientre en el barro, junto a un río de crecida corriente. A pocos metros de distancia podía ver algo que no debería de estar allí: una barca. No una primitiva piragua o canoa de madera, sino una embarcación moderna de fibra sintética ligera con un potente sistema de propulsión automático.

Ningún artilugio semejante debería hallarse en Príamo IV; su presencia entraba en conflicto directo con la Primera Directriz.

Lo cual significaba que no pertenecía a la Flota Estelar..., pero por orden del Consejo de la Federación, sólo a los observadores científicos convenientemente preparados y cuidadosamente disfrazados se les permitía ir a Príamo IV. Los visitantes autorizados no incluían a una cadete maltrecha, exhausta, hambrienta y picada por los insectos, pero Yar no estaba allí por propia elección.

Cuando la nave exploradora *Threnody* se hizo pedazos en una tormenta de iones, ella había sobrevivido junto con otros dos cadetes en una cápsula de salvamento, pero cuando los sensores de navegación fallaron realizaron un aterrizaje de emergencia a más de cien kilómetros de la pista donde —si el último frenético mensaje que enviaron había sido recibido—, la Flota Estelar los buscaría.

T'Pelak y Forbus murieron de resultas del impacto. Sólo Yar sobrevivió, e intentó hallar el camino hasta el sitio en el que la Flota Estelar buscaría a los supervivientes. Para aumentar su aislamiento, la baliza de emergencia tampoco sobrevivió al impacto, ni ninguno de los demás equipos electrónicos. La explosión final que había arrojado a Yar fuera del asiento, rajó el acumulador principal. Forbus murió aplastado, T'Pelak electrocutada, y sus pistolas fásicas, comunicadores, tricorders, radios y todos los equipos de supervivencia se transformaron en chatarra inservible a causa de la explosión final. Yar se encontraba sola y desarmada excepto por un machete..., pero estaba lejos de hallarse indefensa.

El entorno era otro, pero la situación difería poco de lo que había conocido cuando vivía en Nueva París. Yar tenía pocas dudas de que sobreviviría; era él si sobreviviría como miembro de la Flota Estelar lo que la preocupaba. Sin un comunicador, la única posibilidad que tenía de ser recogida era llegar al campo de aterrizaje. Si no encontraba el vehículo de búsqueda, no podría continuar con su curso hasta que no se iniciara de nuevo.

Tendría que buscar científicos de la Federación «convertidos en nativos» en la superficie de Príamo IV. Conocía la frecuencia que colocaría su mensaje en la consola oculta que ellos debían comprobar a diario... ¡pero la frecuencia no servía para nada sin una radio que funcionase! Así pues, tendría que identificarlos de alguna otra forma, y hacer que la recogieran junto con ellos, tal vez dentro de un año.

Y en el entretanto tendría que vivir como lo hacían esos científicos, entre gentes primitivas..., la misma existencia regida por la «ley de la selva», para huir de la cual se había marchado de Nueva París.

No. Estaba decidida a llegar al campo de aterrizaje, un área desierta que los nativos nunca visitaban debido a que los altos niveles de radiación natural les eran perjudiciales pero que, al menos por unos cuantos días de exposición, no lo eran para los humanos.

Pero su determinación vacilaba a medida que cada día le arrojaba nuevos obstáculos a su paso, y tras haber pasado seis de los días naturales del planeta, se encontró con que estaba sólo a medio camino de su destino. ¿Y si la nave de búsqueda ya se había marchado? Había perdido horas escondiéndose de animales, dos días vomitando cuando, a pesar de las



vacunas de rutina, su cuerpo había reaccionado a las bacterias del planeta, y no podía determinar cuánto tiempo había perdido por debilidad física a consecuencia de ello.

Finalmente, llegó al río que la conduciría hasta el campo de aterrizaje. Pero había asentamientos nativos a lo largo de la orilla, y la Primera Directriz decía que una mujer humana, esbelta y rubia no podía ser vista por los nativos de pelo verde y piel blanca como la tiza. Por otra parte, con o sin Primera Directriz, se encontraban en un nivel de cultura que hacía probable que mataran a un ser tan extraño como ése. Así se había pasado los últimos dos días, descansando mientras los insectos intentaban comérsela viva, y las noches avanzando a rastras junto a los poblados, maldiciendo su suerte porque el río, desbordado, no era navegable, excepto con la maravilla tecnológica que ahora contemplaba... y codiciaba.

¿Quién podía ser sino personal de la Flota Estelar en busca de supervivientes?

No. Si la Flota Estelar enviaba un equipo de rescate, sus miembros estarían disfrazados de nativos. Pero mucho más probable que exponerse a ese riesgo era que contactasen con los científicos de la Federación convertidos en nativos para pedirles que buscaran supervivientes.

Así que, ¿de quién era aquella embarcación? Se arrastró por el fango, tan cubierta de él que si veía a alguien en la pálida luz del alba podría sin duda «desaparecer» por el simple procedimiento de quedarse quieta, convertirse en otro montón de barro de la margen del río. Se arrastró con lentitud hasta un flanco de la embarcación, lejos del grupo de chozas, y se deslizó al interior, debajo de la cubierta destinada a proteger del sol.

Los controles eran del tipo que podía encontrarse en cualquier vehículo de superficie de la Federación. Había una pequeña computadora de a bordo que presentaba una carta del río. El campo de aterrizaje estaba marcado con claridad..., pero las pocas palabras no estaban escritas en inglés ni en otro idioma conocido. Había tres menús, que presumiblemente decían lo mismo. La escritura de uno parecía vagamente vulcaniana, la de otro en algún sistema de signos que ella no reconoció en absoluto... y otro menú estaba en klingon. Bueno, ahora los klingon eran miembros de la Federación. Miembros recientes. Esta embarcación, o su programa de computadora, podrían datar de antes de la alianza. Y los klingon solían ser aliados de... De pronto, Yar se encontró con que había más cosas en juego que su propia supervivencia. Esto no era algún mercader libre que desafiaba el faro de advertencia; era una intrusión de gentes no pertenecientes a la Federación. ¡La Flota Estelar tenía que ser puesta sobre aviso! Ahora tenía aun más razones para llegar a tiempo al campo de aterrizaje... y la única esperanza que tenía de conseguirlo era esta embarcación. Al fin y al cabo, los nativos ya la habían visto.

—Computadora... —susurró.

No hubo respuesta. Sin embargo, reconoció la rejilla de activación por la voz. ¿Qué demonios...?

Oh, maldición, claro. El traductor universal se había fundido junto con su comunicador y todos los otros equipos electrónicos. Esta computadora respondería sólo a uno de los tres idiomas que figuraban en la pantalla. El menú que no era del todo vulcaniano tenía que ser romulano, e incluso su mejor pronunciación vulcaniana era execrable en el mejor de los casos. Susurrándole una plegaria al espíritu del inventor del traductor universal, se esforzó en recordar el suficiente klingon, aprendido durante el sueño, como para hacerse entender.

Hicieron falta tres intentos antes de que la computadora respondiera con lo que ella esperaba que fuera la palabra klingon de «funcionando».

—No tan... —Oh, demonios, ¿cuál era la palabra que significaba «alto»?

Y mientras ella se devanaba los sesos en busca de la expresión, la computadora repitió... en voz aún más alta.

—¡Shhhh! —dijo Yar...

... ¡y fue recompensada con una sirena y luces destellantes!

¡De las chozas de la orilla salió un torrente de nativos de piel blanca y pelo verde!

—¡Khest! —exclamó Yar, con tanta fluidez e incorrección como cualquier klingon... Esa palabrota era un término klingon que conocían todos los cadetes y utilizaban a diario—.

¡Dame el control manual! —exigió, sin obtener respuesta dado que había dicho esas palabras en inglés.

Las lanzas golpearon contra la cubierta y los flancos de la embarcación.

—¡Deteneos, idiotas! ¡Vais a hacerle un agujero! —gritó alguien con tonos guturales y sibilantes.

Los sonidos sibilantes le dijeron a Yar en qué se había equivocado; el idioma que no había reconocido era orión, ¡y la señal orión para indicar peligro era un silbido semejante al de la serpiente!

La adrenalina estimuló sus procesos mentales..., de pronto recordó el término klingon equivalente de:

—¡Paso a control manual! —Le propinó un golpe al encendido y los motores despertaron a la vida.

La ligera embarcación se levantó casi por encima del agua, respondiendo maravillosamente a su manipulación... y describió un arco, ¡amarrada a un poste de la orilla!

Yar se apoderó del machete y gateó hasta ponerse debajo de la cubierta... ¡mientras el dueño de la nave llegaba a ella y saltaba a bordo!

Era un enorme varón orión, cuyo rostro de reptil y piel gris se cernió sobre ella con sus amarillos ojos mirándola con ferocidad. Aferró las piernas de Yar y tiró de ella antes de que pudiera abrirse paso cortando el acollador.

Yar se retorció en su presa al tiempo que intentaba llevar el machete a una posición que le permitiera herirlo.

Pero a pesar de su tamaño, él era rápido. La atrajo hacia sí de un tirón y una mano férrea se cerró sobre la muñeca de la muchacha. Apretó.

Yar consiguió zafar una de las piernas de la presa del orión y lo dejó sin aliento con una patada en el plexo solar.

¡Pero él no la soltó! Al caer de espaldas continuó aferrándole una pantorrilla y la muñeca opuesta... y en un relámpago de dolor cegador ella sintió que la muñeca se le rompía de resultas de la formidable fuerza de la mano de él. El machete cayó a la cubierta con un repiqueteo sordo.

Yar había cometido el error fatal del combatiente que se las ve contra un oponente más grande y fuerte: dejar que le pusiera las manos encima.

Pero en los reducidos confines de la embarcación...

No. Nada de excusas. Ella había perdido este asalto, pero la pelea no había necesariamente terminado. Lo único que tenía que hacer era hacerle creer al orión que así era.

Gimió y fingió desmayarse, desplomándosele encima del pecho.

Esto no lo engañó, o bien no estaba dispuesto a correr ningún riesgo. Antes de soltarle la muñeca rota, cambió la otra mano al brazo sano de ella. Luego le cerró una esposa en torno a la muñeca sana, la sujetó a una de las muchas anillas instaladas en el interior del casco de la embarcación..., la nave de un traficante de esclavos..., y sólo entonces la soltó.

—¡Computadora —gruñó—, atraca la barca y apaga el maldito motor!

Yar entendió las palabras..., el traductor universal de él estaba funcionando.

El orión echó un cubo de agua sobre la cabeza de Yar, y con un barboteo ella se vio obligada a reconocer que estaba consciente.

—Y bien, ¿qué es esto? —estaba preguntándole él—. ¿Una humana? ¿Qué estás haciendo en Priamo IV, mujer?

Estaba tan cubierta de fango que su uniforme debía resultar irreconocible.

—Soy una comerciante libre. Mi nave se estrelló aquí —contestó—. Cuando vi tu barca pensé que podrías ayudarme.

—¿Así que decidiste robarla?

—Cuando vi que pertenecía a un traficante orión de esclavos.

Él asintió con la cabeza.

—Un movimiento inteligente. Es una verdadera lástima que no pudieras llevártela..., una verdadera lástima para ti, quiero decir. Para mí, serás una buena ganancia extra. —La tomó por el mentón y le volvió el rostro a un lado y otro—. Serás bastante bonita cuando estés limpia, y eres más fuerte de lo que pareces o no hubieses sobrevivido. Algún minero solitario de dilitio pagará buen dinero por una mujer que es un bombón y además tiene una espalda fuerte.

Sacó un equipo médico, sondeó la muñeca, volvió a alinear los huesos rotos sin preocuparse por los gritos de dolor de ella, y le puso una abrazadera regenerativa en torno a la misma. El dolor comenzó a ceder.

Para entonces la barca volvía a hallarse en su amarre y tres curiosos nativos estaban observándolos asomados por la borda.

—Oh, Dios mío —dijo uno de ellos—. Uno de los dos cadetes ha conseguido sobrevivir.

—¡Cállate! —gruñó el segundo..., pero ya era demasiado tarde.

También llegó demasiado tarde la prudencia de Yar. Sumida en el dolor y la impresión, dijo de forma irreflexiva:

—¡Ustedes son de la Federación!

Oh, maldición, maldición, maldición... ¿por qué no había tenido la sensatez de fingir que estaba inconsciente o no comprendía?

—¡Matémosla! —dijo el primer «nativo» al tiempo que levantaba su lanza.

El orión le dio un empujón.

—¡Déjala! La venderé donde ni se sepa de la Federación... no te preocupes. No quiero que la Flota Estelar descubra nuestros tratos más de lo que lo quieres tú.

—Es más seguro el matarla —insistió el segundo «nativo».

—Tócala, y te mataré a ti —contestó el orión—. Ella vale tanto como todo el cargamento de priamitas.

—Per tú dijiste...

—Yo dije que los pondríamos a prueba como esclavos. Son fuertes, estúpidos, complacientes y prolíficos... aquí, en su planeta natal. Si no se mueren en otro entorno, regresaremos a buscar todos los que podáis proporcionarnos. Os advierto que podría ser dentro de un año. Entonces, vosotros mantendréis a la Federación alejada de nuestras espaldas, y os haréis ricos. Ahora debo marcharme... ¿estáis seguros de que la patrulla no regresará?

—Les dijimos que los cadetes estaban muertos..., pensábamos que todos lo estaban. Esa cápsula no podía dar cabida a más de tres y nosotros encontramos dos cadáveres. No te preocupes; ahora la Flota Estelar no enviará otra nave hasta dentro de tres años. Para entonces, habremos ganado lo bastante como para vivir el resto de nuestras vidas entre el

lujo.

A Yar se le cayó el alma a los pies. La nave de rescate de la Flota Estelar había llegado ya y partido sin ella. Se vio obligada a observar, impotente, cómo la embarcación era cargada con nativos esposados, y el orión la pilotaba río abajo en dirección al campo de aterrizaje —donde presumiblemente aguardaba una lanzadera para llevarla junto con los priamitas a una vida de esclavitud.

Incluso con la potente barca, el viaje duraría dos días. Yar intentó hablar con los priamitas, pero sin un traductor a mano no consiguió hacerse entender. Tampoco hablaban mucho entre ellos, simplemente estaban desplomados en el fondo de la barca, vencidos.

Al caer la noche, el orión amarró la embarcación y alimentó a sus cautivos con unas insípidas gachas. Yar se tendió junto a los demás, incómoda, una muñeca sujeta a la cubierta y la otra doliéndole y escociéndole. Estaba hambrienta, contusa y cubierta de barro seco.

A pesar de su agotamiento, no podía dormir. Así que cuando el orión pareció quedarse dormido, ella se sentó sigilosamente y examinó la esposa que la sujetaba al casco de la barca. Sin la llave magnética correspondiente, no había esperanza de abrirla.

En un vano ataque de frustración ella tiró bruscamente de la misma... ¡y la anilla que la sujetaba al casco de la barca se salió del agujero!

Se quedó allí sentada, aturdida.

Suerte. Pura y ciega suerte.

Se conoce que el perno que sujetaba la anilla había entrado torcido; no estaba del todo sujeto a la barra de metal que se encontraba bajo el laminado del casco..., y cuando ella tiró con la fuerza suficiente, el material del ligero casco cedió.

Antes de que su suerte pudiera volver a cambiar, ella se deslizó en silencio por encima de la borda, de regreso al fango, y se arrastró hacia el interior del bosque.

Y hacia un dilema.

No había posibilidad de escapatoria inmediata; la nave de búsqueda de la Federación había llegado y partido. Los científicos de la Federación la matarían en cuanto la vieran. Si no hacía nada más excepto intentar sobrevivir, los traficantes oriones regresarían al cabo de un año y se llevarían a más pasivos priamitas a la esclavitud.

Pero si abordaba a los priamitas —los cuales después de haberlos visto de cerca no parecía probable que fueran a matarla—, contravendría la Primera Directriz. Mientras aprendía el idioma de ellos, sin duda dejaría escapar cosas sobre el mundo del que provenía. ¿Podría resistirse a mostrarles avances, incluso cosas como el arco y la flecha? Tendría que fabricarse armas para sí misma; el traficante de esclavos orión sin duda les notificaría su huida a los traidores científicos de la Federación, y ellos se pondrían a buscarla.

Su presencia misma en el planeta, en el fondo, quebrantaba la Primera Directriz, de forma pasiva. La violaría de manera activa si contactaba con los priamitas.

Pero si no lo hacía, si no aprendía a comunicarse con ellos, ¿cómo podría ponerlos en guardia contra los traficantes de esclavos oriones?

Tres años, habían dicho los científicos. Posiblemente podría sobrevivir en la selva durante tres años. A los traidores les resultaría mucho más difícil encontrarla allí que entre los nativos. Podría seguirlos hasta el campo de aterrizaje cuando vinieran a recogerlos, y denunciarlos ante el grupo de descenso de la Flota Estelar que fuera a buscarlos.

Pero, durante tres años, ¿cuántos priamitas conocerían la esclavitud? Espaldas fuertes y pasividad: los esclavos perfectos. Creía a los oriones capaces incluso, dada la sensibilidad a la radiación de aquel pueblo, de utilizarlos como detectores vivientes... Se sintió asqueada.

La Primera Directriz contrapuesta a las vidas de seres sensibles e inteligentes...

¿Qué era peor, el interferir en el desarrollo de una cultura o el permitir que algunos miembros de esa cultura fuesen arrastrados a la esclavitud? La sabiduría de la Flota Estelar afirmaba que, históricamente, todo intento de interferencia en la cultura de las razas no desarrolladas había acabado en desastre..., de ahí la importancia y lugar de la Primera Directriz.

¿Qué sucedería si su interferencia bien intencionada llevaba a los priamitas a depender de otras razas? ¿Qué sucedería si el descubrimiento de cómo habían sido traicionados por una gente que parecía ser exactamente igual que ellos, desembocaba en una guerra entre un pueblo que hasta entonces no había tenido razón alguna para inventarla? ¿Qué sucedería si, una vez que la Primera Directriz hubiese sido quebrantada, entraban en juego los intereses comerciales y comenzaban a explotar los recursos naturales de Príamo IV?

Más aún, las numerosas vacunas de amplio espectro recibidas por Yar no habían evitado que se pusiera enferma en Príamo IV. Los científicos de la Federación habían pasado por una descontaminación completa antes de bajar al planeta, pero ella no. ¿Qué sucedería si llevaba bacterias o virus mortales para los priamitas? ¿Y si al intentar ayudarlos acababa matándolos?

Todas esas trágicas situaciones ya se habían dado, más de una vez, en la historia de la Federación.

Pero si sólo se preocupaba de su propia salvación, centenares, quizás millares de pacíficas personas serían llevadas a la esclavitud antes de que la Federación tuviera ni siquiera la oportunidad de saberlo y detener a los oriones...

Era mejor detener un horror concreto ahora, que preocuparse por posibles horrores futuros.

¿Y si como resultado de eso Príamo IV era explotado, su cultura destruida? ¿Si los nativos morían de alguna enfermedad benigna para los seres humanos a causa de la interferencia de ella?

Pero los oriones estaban interfiriendo.

Dos errores no constituían un acierto... y los traficantes de esclavos tenían buen cuidado de no extender sus actividades, con el fin de que las tribus más alejadas del campo de aterrizaje no estuvieran sobre aviso.

En lo profundo del bosque, Tasha Yar se sentó, presa de la aflicción, con la muñeca dolorida, la mente hecha un torbellino, mientras se preguntaba por qué se le habría ocurrido ingresar en la Flota Estelar.

Ante sus cansados ojos, la selva empezó a parpadear hasta transformarse en un extraño dibujo de pequeños cuadrados de colores. Esto, a su vez, se disolvió, dando lugar a dos grandes puertas metálicas que se retiraron para dejar a la vista un corredor y tres personas: una mujer vulcaniana y un hombre humano ataviados con la ropa del personal médico de la Flota Estelar... ¡y el traficante de esclavos orión!

Yar los miró fijamente con paralizada incredulidad. ¡Esto no podía estar sucediendo!

—Tasha —dijo la mujer vulcaniana—, ha terminado. Ahora olvídense de ello. Era un ejercicio, Tasha. Ahora está usted despierta y es consciente de la realidad.

En torno a Yar, la selva de Príamo IV se disolvió en un simulador vacío.

Se encontraba sentada sobre el suelo con su traje de faena, ilesa, sólo sudando, el corazón golpeándole en el pecho a causa del esfuerzo y la tensión.

Lentamente, mientras se frotaba la muñeca en realidad ilesa, Yar recordó que todo aquello era una prueba, y había tenido lugar en un simulador de la academia. El médico humano que se encontraba arrodillado junto a ella y la reconocía con un escáner era el doctor

Forbus. La doctora vulcaniana era T'Pelak. Mediante la hipnosis habían creado en Yar la absoluta convicción de que todo estaba sucediendo de verdad, dejándola incapacitada para pensar. «Esto es sólo un ejercicio de entrenamiento que parece real debido al simulador.» El doctor y su colega la habían hecho entrar en la ilusión, donde ellos aparecían como sus compañeros cadetes, muertos de resultas del impacto de la cápsula de salvamento.

Pero... ¿y el orión? No había ningún orión en la Flota Estelar. Orion no era miembro de la Federación, y no lo sería a menos que su pueblo cambiara toda su forma de vida.

Yar dio un respingo cuando el orión se acuclilló junto a ella.

—Te has creído tu sueño, bonita.

¡Esa voz!

Detuvo el acto reflejo de atacar, porque no era la voz sibilante del traficante de esclavos de la prueba por la que acababa de pasar. Se trataba de una voz del pasado.

Él se quitó la máscara de aspecto reptil y dejó al descubierto unos castaños ojos risueños, una inconfundible nariz grande y recta, y una boca sensual que sonreía satisfecha ante la sorpresa de ella.

—¡Dare! —exclamó Yar, al tiempo que se ponía de rodillas para echarle los brazos al cuello—. ¡Darryl Adin! ¿Por qué no me dijiste que estabas aquí?

Sólo ante el entusiasta abrazo de ella, la rodearon los brazos de él.

—He llegado esta misma mañana. Cuando me enteré de que iban a ponerte a prueba, utilicé mi rango para averiguar qué tal lo estabas haciendo, y decidí participar. ¡Estás hecha toda una adulta! Me siento muy orgulloso de ti, Tasha.

El haber hecho que su mentor, el hombre que le había cambiado la vida de forma radical, se sintiera orgulloso de ella, le robó a Tasha el corazón... y sin embargo.

—Pero no conseguí ganarte, a pesar de que yo estaba armada y tú no.

—No era esa la finalidad de la prueba, Tasha —le dijo T'Pelak—. En el guión se programó que el orión te atacara cuando te encontrases en una posición indefendible.

—Luchaste de forma espléndida —le aseguró Dare—. Aunque, a decir verdad, siempre lo has hecho. Esta prueba, sin embargo, estaba destinada a ver qué harías cuando por fin ganaras.

—¿Ganar? —preguntó Yar—. Yo no gané..., escapé por pura suerte. Era un guión realmente estúpido, si uno lo piensa bien. Una coincidencia tras otra.

El doctor Forbus se echó a reír.

—Cadete Yar, tuvimos que emplear todo lo que se nos ocurrió para hacerle frente en esa situación.

—Y entonces —dijo T'Pelak alzando una ceja en la expresión vulcaniana más aproximada a una sonrisa torcida—, mis estimados colegas descubrieron que se habían... «metido en un callejón sin salida» es, según creo, la expresión humana. Lo habían planeado todo de manera que a usted le resultara virtualmente imposible escaparse.

—Y cuando la consejera señaló eso —agregó Dare—, yo sugerí que un guión al que le faltaba unos cuantos tornillos podía ser resuelto con... ¿un tornillo suelto?

Yar recibió la sonrisa ancha de él con el suspiro apropiado. Era tan maravilloso volver a ver... a aquel hombre fuerte y duro con su increíble sentido del humor. Era como si nunca se hubiesen separado... y a la vez como si estuviese viéndolo por primera vez.

Hacía siete años que había visto a Darryl por última vez, y podía contar con los dedos de una mano las comunicaciones que había recibido de él a lo largo de ese tiempo. Pero... él no la había olvidado, al parecer.

Ella no podría olvidarlo jamás. Después de que la hubiera rescatado de Nueva París —

porque Yar siempre pensaba en él como en su rescatador, olvidando al resto del grupo de expedición—, había tomado sobre sí la responsabilidad de civilizarla durante el viaje hasta la Tierra.

Fue una suerte para ella que la *Cochrane* hubiera estado preparada para regresar de su misión, porque eso significó que pasara dos meses a bordo en lugar de ser dejada en la Base Estelar más cercana. Durante ese tiempo, ella no sólo había aprendido que Darryl Adin no tenía deseo alguno respecto a su cuerpo sino, que además estaba tremendamente interesado en su mente.

Al principio ella había desconfiado de todo y de todos a bordo de la nave estelar, pero al llevar una vida aseada, con el estómago lleno, una cama blanda y toda una tripulación para alentarla a aprender y descubrir cosas, había ido abriendo poco a poco grietas en su armadura emocional..., especialmente por lo que hacía a Darryl Adin.

Del miedo y la desconfianza, pasó a la adoración. Si Dare quería que ella aprendiera a leer más de una docena de palabras, y a escribir, ella decidía hacerlo. Si él quería que ella utilizara unos utensilios extraños para comer, ella llegaba a dominarlos. Y si él quería que pasara muchas horas contándole la historia de su vida a un tricóder y que luego la comentara con el consejero de la nave, ella lo haría a pesar del dolor que con frecuencia implicaban los recuerdos.

A cambio, él la llevaba a todas las áreas restringidas de la nave, le explicaba su funcionamiento, le enseñaba a nadar y, ante la insistencia de ella, le daba lecciones de la lucha cuerpo a cuerpo que le aseguraba que no iba a necesitar como ciudadana de la Federación.

Pero la Federación era un concepto demasiado grande y de una excesiva diversidad como para que tuviese mucho significado para una jovencita de quince años con poco conocimiento de la historia galáctica. La Flota Estelar fue de lo que se prendó la imaginación de Tasha Yar... y hacia el final del largo viaje hasta la Tierra, ella ya había encontrado el camino de su vida. Nunca antes había conocido gente que trabajara junta sin la motivación de la pura supervivencia. Y nunca antes había soñado que la lealtad pudiera basarse en otra cosa que la necesidad o la codicia.

Para cuando llegaron a la Tierra, Yar sabía que su futuro le aguardaba en la Flota Estelar, y su sueño era llegar un día a ser jefa de seguridad de una nave estelar, exactamente como Darryl Adin.

Dare había escuchado sus planes y sueños, alentándola a intentar todo lo que quisiera, insistiendo en que una buena educación era básica para ingresar en la academia de la Flota Estelar tanto como para cualquier otro futuro que pudiese desear. Dispuso las cosas para que le hicieran pruebas de aptitud e inteligencia, y la inscribió en una escuela especial que intentaría compensar los años perdidos.

Y luego fue destinado a una nueva misión en la nave estelar *Copeland*, y más tarde en la *Seeker*, y Yar no volvió a verlo hasta el día de su prueba como candidata a la licenciatura. En medio de la alegría que sentía por la repentina aparición de él, olvidó por el momento que la forma en que hubiese actuado determinaría si tendría el privilegio de hacer el último curso en la academia y graduarse como oficial de la Flota Estelar.

El doctor Forbus dijo:

—Tienen que estar los dos cansados y con hambre. ¿Por qué no van a comer, recuerdan los tiempos pasados, y luego se regalan con una buena noche de sueño? Cadete Yar, su entrevista tendrá lugar mañana a las nueve de la mañana.

—Sí, doctor —contestó ella, con una sensación de abatimiento. No había llegado a una

decisión respecto a Príamo IV. Tenían que haberle concedido el tiempo fijado, tras el cual la despertaron. ¿Significaba eso que había suspendido la prueba? ¿Era indecisa? Pero, ¿cuál era la respuesta correcta? ¿Cómo podía decidir un ser humano entre dejar que seres inteligentes fuesen arrastrados a la esclavitud y transgredir la Primera Directriz?

Esta noche no habría respuestas. Si Dare las conocía, ella sabía que no iba a decírselas. Sería mejor que olvidara la prueba y disfrutara de la compañía de él mientras pudiese.

Dare se deshizo del resto de su disfraz orión, y surgió de dentro vestido con el uniforme de la Flota Estelar. Lo primero que advirtió Yar fue que era todo un primer oficial con una inapelable tercera estrella nueva y brillante.

—Felicitaciones, primer oficial Adin —le dijo, y luego se echó a reír ante la incongruencia de Dare representando a un orión. Su ascenso era debido al papel que había desempeñado en el desbaratamiento por parte de la *Seeker* de una red orión que operaba en varios de los mundos exteriores de la Federación.

Él se quitó una de las pesadas botas.

¡Y de pronto quedó bajo!

No... no bajo, pero apenas por encima de la estatura media de un varón humano, aunque sobresalía por encima de la menuda Yar.

Pero ella lo recordaba como un gigante.

Se dio cuenta de que se había crecido a lo largo de los siete años pasados. Su héroe ya no era lo más grande..., pero continuaba siendo su héroe.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó ella—. ¿Estás de permiso entre dos misiones?

—Un curso de nuevas técnicas y procedimientos —respondió él—. Mientras yo estaba al otro lado de la galaxia, la Flota Estelar ha estado desarrollando nuevas técnicas de seguridad. Así pues, estoy aquí para aprender las últimas novedades en seguridad antes de que me den un nuevo destino. Permaneceré en la academia durante todo el curso. —Sonrió, con aquella maravillosa sonrisa cálida que transformaba sus facciones potencialmente amenazadoras no sólo en atractivas sino en hermosas—. Estaré aquí para ver graduarse a mi protegida. ¡Estoy tan orgulloso de lo que has hecho con tu vida, Tasha!

Yar sintió que se ruborizaba.

—No hables demasiado pronto —le advirtió—. Podría haber fallado la prueba de Príamo IV.

—¿Qué te hace pensar eso? —preguntó él con curiosidad.

—¡No supe qué hacer! —replicó ella dando rienda suelta a su frustración—. Dare, no pude decidirme. Vaya una oficial de la Flota Estelar sería, incapaz de tomar una decisión...

—Calla —dijo él—. Déjalo por ahora..., hablaremos de ello mañana por la mañana en la entrevista. Y deja de preocuparte. Si todavía eres la «adicta al trabajo» que yo conocía, has llegado tan lejos a fuerza de estudiar mucho... y eso significa que estás preparada para cualquier cosa que a la Flota Estelar pudiera ocurrírsele echarte encima.

Estaba en lo cierto, según resultaron las cosas. A la mañana siguiente, Yar descubrió que su dilema ético era precisamente lo que la prueba de Príamo IV estaba destinada a inducir. Después de haber dado cuenta de sus pensamientos tras haber escapado del traficante de esclavos de Orion, la consejera T'Pelak dijo:

—Tomó usted en consideración todos los hechos, incluso su propia enfermedad. Cadete Yar, ha asimilado usted plenamente los cursos de ética que en otra época tanto le costaban, y los ha incorporado en las aplicaciones prácticas en las que siempre ha destacado.

—No lo entiendo —dijo Yar desconcertada al tiempo que miraba a Dare, que se encontraba en la entrevista porque había formado parte del guión. Los hombres que habían



representado a los científicos traidores de la Federación también estaban presentes—. Yo no hice nada. No pude decidir qué debía hacer.

—No podía hacerlo, en el tiempo que le dimos, con la información de que disponía —le aseguró T'Pelak—. Habría fallado, cadete, en caso de haberse sentido segura de saber cuál era la línea de acción a seguir.

—¿Quiere decir que cualquier decisión habría sido incorrecta? —inquirió con asombro.

—No, cualquier decisión, no —repuso el primer oficial Erdman, uno de los «científicos»—. Sólo una decisión precipitada, una que tomara sin disponer de toda la información, o una que tomara sin tener poderosas reservas. De haber sido una situación real, por supuesto que al final habría tenido que tomar una decisión..., pero su instinto le decía que no lo hiciese mientras estuviera herida y exhausta. Detuvimos la historia en ese momento porque teníamos toda la información que necesitábamos. Ha aprobado usted, con una calificación de sobresaliente. Cadete Yar, ahora queda oficialmente admitida en la clase de graduación. La entrevista se interrumpió cuando los demás la felicitaron, pero Yar continuaba estando aturdida al abandonar la sala. Dare la siguió.

—Era la última prueba —le dijo—. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Tengo una semana de descanso antes de que comience el curso. Creo que voy a dormir durante la mayor parte del tiempo.

Él se echó a reír.

—No dormiste mucho anoche, ¿eh? Lo siento, Tasha..., ojalá hubiera podido decirte que habías aprobado en el momento en que me contabas lo de no poder tomar una decisión. Pero esta mañana tenías que contar con exactitud lo que habías sentido... y T'Pelak me habría arrancado el pellejo en caso de percibir que yo te había dado alguna seguridad.

—No es por ti por lo que estoy confundida —dijo Yar—. Por supuesto que no podías decírmelo. Lo que no entiendo es la prueba. ¿Para qué sirve un jefe de seguridad que no puede actuar?

—Para lo mismo que uno que se lanza a actuar sin la preparación suficiente, lo que supongo que habrás hecho algunas veces a lo largo de tu entrenamiento.

—Oh, sí..., es mi error más frecuente —asintió Tasha con tristeza.

—Ahora bien..., en la mayoría de las situaciones, esos errores pueden corregirse una vez cometidos. Lo que tú acabas de demostrar, Tasha, es que tú no te precipitas. Lo piensas primero. Ves el alcance de tus acciones.

—Pero, ¿qué habría pasado si hubiese sido real?

—¿Qué habría pasado si hubiese sido real? —inquirió él a su vez, planteándole a ella su propia pregunta.

Finalmente, bajo la penetrante mirada de aquellos cálidos ojos marrones, ella fue capaz de pensar más allá de la frustración experimentada cuando se encontraba sentada en la selva, cubierta de fango y dolorida, incapaz de realizar un movimiento. De haber sido real...

—Supongo... no, lo sé; habría buscado comida y refugio, y pensado sobre el tema un poco más mientras se me curaba la muñeca, y me hubiera mantenido fuera del camino de los traidores que estarían intentando matarme. En caso de que no tuviera éxito, probablemente observaría a los nativos durante un tiempo, y luego tomaría una decisión.

—Ésa es mi chica lista —dijo él—. Sobrevive, observa y sólo después, actúa. ¿Entiendes ahora por qué me siento tan orgulloso de haber tenido una cierta responsabilidad en el hecho de que ingresaras en la Flota Estelar?

A medida que avanzó el último curso, lo que Tasha Yar percibía de Darryl Adin era un orgullo paternal por los logros de ella. Esto la satisfizo durante un tiempo, pero luego,

lentamente, comenzó a resultarle perturbador.

Tenían dos clases juntos, las de Técnicas Avanzadas de Seguridad, seminario y prácticas. En el aula Yar era, como de costumbre, la alumna estrella. Dare tomaba notas, proporcionaba información de su experiencia personal cuando el instructor la solicitaba, pero no hablaba voluntariamente. Yar se quedó atónita al descubrir, a mitad de curso, que continuaba siendo la primera de la clase. Darryl Adin era el segundo.

—¿Por qué? —preguntó ella—. A nadie va a molestarle si hablas en clase. Y tú sabes que a mí me gusta que me desafíes... ¡lo haces en las prácticas!

Dare se lo explicó.

—No se trata de eso, Tasha. Vosotros, los jóvenes, necesitáis discutir las teorías hasta entenderlas en toda su plenitud. El primer oficial Zarsh sabe que yo ya he pasado por esa parte; puedo aprender sobre el material nuevo sin ocupar un tiempo que necesitáis los cadetes.

—Entonces, ¿por qué mi nota está tres puntos por encima de la tuya? —exigió saber ella—. Tú eres un oficial experimentado; deberías superar a cualquiera de los cadetes.

Él se echó a reír.

—Podría si todas las pruebas fueran objetivas. Es por la redacción, Tasha..., no sé escribir tan bien como tú. Cosa de la que supongo que tendría que avergonzarme —agregó con un parpadeo que demostraba que no se avergonzaba ni en lo más mínimo—, dado que yo tuve una educación apropiada y tú no. Pero un notable es lo bastante bueno para mí en lo que a la redacción se refiere..., cuando hagan la media con la parte objetiva continuará dando un sobresaliente. Lo que cuenta es la aplicación práctica, no esa prosa alambicada en la que redactas los informes.

—¿Por eso te empleas a fondo en las prácticas?

En esa clase, las posiciones de ambos se invertían; era la primera vez en que Yar no llevaba la delantera de la clase cuando se trataba de actividad física.

—Tengo que hacerlo, si quiero que este viejo cuerpo se mantenga a la altura de todos los jóvenes.

—¡Dare! ¡Tú no eres viejo!

—Tengo más de treinta —replicó él.

—Ya será menos.

Él sacudió la cabeza esbozando una sonrisa triste.

—En nuestra profesión la edad se te echa encima muy pronto si no te mantienes en forma constantemente. Mis reflejos son tan buenos como los tuyos, Tasha, y todavía disparo más rápido que tú...

—¡Estoy practicando!

—... pero incluso con la medicina moderna, las heridas inherentes a las misiones de seguridad dejan sus secuelas. Yo nunca volveré a ser tan flexible como antes, porque me rompí la espalda en Twenginian.

—¿Qué? Nunca me dijiste...

Él se encogió de hombros.

—La médula espinal no se cortó. Me llevaron a la enfermería, y al cabo de un mes estaba de vuelta en el servicio. Paso todas las pruebas médicas dentro de los márgenes de tolerancia. Pero yo sé que no estoy a la altura de antes. Y a menos que me entrene a diario, contra oponentes más fuertes y que estén en mejor forma, mis capacidades degenerarán. —Miró con ojos lejanos durante un momento a algo que no se encontraba en la habitación—. Es algo que he visto en otros. No permitiré que me pase a mí.

A pesar de que Dare cambió rápidamente de tema, Yar aprovechó más tarde su acceso a Seguridad como cadete del último curso para mirar los registros de la Flota Estelar referentes a lo que le había sucedido a Dare en Twenginian. Todo el mundo estaba enterado de que la *Seeker* había extirpado el nido secreto de oriones de aquel planeta de la Federación, pero los detalles eran información reservada.

A pesar de que ocupaba el cargo de jefe de Seguridad de la *Cochrane*, una pequeña nave exploradora, Dare había sido capitán en funciones de las dos siguientes misiones en naves progresivamente más grandes. En cada misión sucesiva había estado a cargo de más personal, con más responsabilidades; aquellas responsabilidades, a pesar del empleo nominal, eran ascensos.

En Twenginian, el grupo de expedición había estado al mando del jefe de seguridad, Venton Scoggins, un hombre con más de veinte años de experiencia en la Flota Estelar. Los informes mostraban claramente que al estallar los problemas él no había llegado a tiempo de evitar que su ayudante resultase herido. No hubo ninguna reprimenda, nada que indicase que el hombre hubiese sido negligente en algún sentido.

La *Seeker* continuó su misión contra los oriones. Para cuando llegaron a Conquidor, Dare estaba nuevamente en pie... y Scoggins le asignó el mando del grupo de descenso que puso en libertad a más de doscientos ciudadanos de la Federación que estaban esclavizados por los oriones, y convirtió a Darryl Adin en un héroe. Cuando la misión hubo concluido, Scoggins presentó su dimisión y se retiró de la Flota Estelar con todos los honores.

Yar leyó entre líneas: Scoggins se sentía responsable por los daños sufridos por Dare, y dimitió antes de que alguien más resultara herido bajo su mando.

Pero Yar era demasiado joven como para pensar en reflejos que fallasen. En cuanto a Dare..., bueno, ¡cualquier hombre que pudiese vencer a toda una clase de cadetes del curso superior de la Flota Estelar en los más duros entrenamientos de seguridad jamás inventados, ciertamente no tenía nada de que preocuparse!

Sin embargo, el tema de la edad a floraba de forma constante en las conversaciones de Dare. —Vosotros los jóvenes —llamaba a sus compañeros de clase hasta que un día, cuando estaban trabajando juntos en unos deberes sobre teoría táctica, Yar le devolvió la pelota diciéndole:

—¡Muy bien, oh, anciano sabio..., muéstrame, según tu vasta experiencia, cómo tomar esa colina con diecisiete guerreros mercaptanes bien armados, cuando tú sólo tienes tres miembros del personal de seguridad!

No existía nada semejante a un guerrero mercaptán; aquellos seres impenitentemente hostiles eran unas criaturas del todo imaginarias que aumentaban en ferocidad y en rasgos fantásticos a medida que cada nueva clase de cadetes que pasaba por la academia agregaba algo a sus características. En aquel momento, tenían tres metros de estatura, escamas, garras, colmillos, y torpedos de fotones de mano.

—Plantéatelo como si fuera ajedrez —repuso Dare ante el estallido de Yar.

—¿Cómo si fuera ajedrez? —inquirió ella, confusa. El ajedrez no le gustaba particularmente, mientras que Dare era un experto en todos los juegos jamás inventados, y jugaba para ganar. Incluso corría una historia, que ella nunca había podido verificar, respecto a que había ganado un torneo de *klin zha* en el que todos los demás jugadores eran klingon.

—No tienes que apoderarte de todo el grupo para ganar —explicó Dare—. Lo único que necesitas es atrapar a su rey.

—Los mercaptanes no tienen rey —replicó ella.

—Pero sí que tienen algo muy similar, Tasha —dijo pacientemente Dare.

—Ahh, de acuerdo —dijo ella de mala gana, reconociendo la analogía—. Obedecen las órdenes de la computadora que controla la tropa. Pero también la protegen a toda costa.

—Así pues, ¿cómo te apoderas de ella?

—Tengo la sensación de que tú lo sabes —contestó Yar—; pero yo, no. Está rodeada de guerreros por todas partes, y tiene también un campo de fuerza. No hay forma de apoderarse de ella.

—No tenemos que llegar hasta ella —dijo Dare—. Sólo tenemos que atraparla.

—Pero, ¿cómo...?

—Piensa, Tasha. Sin la guía de su computadora de tropas...

—Los guerreros mercaptanes se ponen más furiosos... ¡como si no lo fueran lo bastante!

—Correcto. ¿Y qué atacan entonces?

—Cualquier cosa que se les ponga por delante, incluso los unos a los otros. Ese es un viejo truco, Dare..., pero nosotros no tenemos bastantes soldados para hacerles formar un círculo o dos líneas, e incluso en el caso de que sí los tuviéramos, no disponemos de las armas de fuego necesarias para destruir la computadora con el fin de que se ataquen entre sí.

—No estabas escuchándome, Tasha. He dicho que la atrapáramos.

Ella desvió la mirada de la luminosa pantalla a la cara de Dare.

—¿Cómo? ¿Con qué? Y no veo ningún embudo de obús en el que hacerla caer.

—Por lo menos estás en la senda correcta —contestó él—. Queremos que quede aislada de sus guerreros..., pero antes queremos que se coloquen de forma tal que cuando se interrumpen sus órdenes los blancos que tengan más cerca sean sus propios compañeros.

Yar volvió a mirar la pantalla. ¿Qué podía tener Dare en mente? Con sólo tres miembros de seguridad con los que trabajar. ¿Cómo podrían...?

De pronto saltó hacia el teclado y pidió las descripciones de los miembros de seguridad. En su rostro apareció una ancha sonrisa.

—Thonis, un andoriano..., pero graduado en la academia vulcaniana de Ciencias. Allí lo tenemos: cursos en tecnología de computadoras, impartidas por Sarek de Vulcano. Mejor alumno de todas las disciplinas. Con esa preparación, Thonis puede desbaratar a cualquier computadora jamás construida..., incluso una controladora de tropas mercaptana. Lo único que necesita es un tricóder... Sí, allí está, en el inventario de equipo. ¡Así que hacemos que Thonis entre en la computadora, le ordene a las tropas que se coloquen en la posición que queremos, y luego desactivamos los circuitos vía módem de la controladora de tropas antes de que pueda contrarrestar la orden!

—Ya lo tienes —declaró Dare orgulloso.

—¡A ti te habían puesto antes en este trabajo! —lo acusó ella.

Él negó con la cabeza.

—No. Sencillamente sé lo importante que es el determinar las especiales habilidades de todos los miembros de un grupo de expedición. Recuerda esto, Tasha: la gente de seguridad no son guerreros mercaptanes. No son seres sin rostro y prescindibles.

—Eso ya lo sé —replicó ella—. Yo soy una de ellos, ¿recuerdas?

—Sin embargo, ¿cuánto sabes de las especiales habilidades de tus compañeros, dejando a un lado su actuación en las clases específicamente de seguridad? ¿Qué instrumento musical toca Johnson?

—Eh..., no lo sé —admitió Yar.

—El piano —le informó Dare—. Y Pringle... ¿por qué es tan experta en el procesamiento de textos?

—¿Lo es?

Dare sonrió.

—Escribe artículos, Tasha..., de hecho, ha publicado una media docena en varias revistas de horticultura mientras estaba aquí, en la academia.

—¿Horticultura? Bueno, no te extrañe que no lo supiera —dijo Yar—. Nunca he sentido ningún interés por la jardinería.

—Pero, ¿y si estuvieras en un grupo de expedición con Pringle y te hubieras quedado sin comida concentrada?

Yar se rindió ante la evidencia.

—O si hubiera plantas carnívoras por los alrededores... Sí, Dare, ya veo qué quieres decir. ¿Sabes estas cosas sobre todos los alumnos de la clase?

—T'Keris es un experto en arquitectura. La disciplina y los armónicos movimientos de Jessamin provienen de toda una vida de practicar el ballet. Wokonski hace escultura. Porprenicle es arqueólogo. Verne...

—¡Basta! —protestó Yar—. Ya me has avergonzado lo suficiente. Conozco a esa gente desde hace tres años y nunca se me ha ocurrido averiguar qué hacen cuando no están ocupados en los trabajos académicos o salen por ahí. Tienes toda la razón, Dare; averiguaré todo lo que pueda de mis compañeros de tripulación antes de que nos envíen en un grupo de expedición donde alguna habilidad inesperada pueda salvarnos.

Él le dedicó una sonrisa tranquilizadora.

—No te sientas mal. Todavía eres joven, Tasha. Andando el tiempo...

—¡Deja de decir eso! —dijo ella con enfado.

Él frunció el entrecejo, desconcertado.

—¿Qué deje de decir qué?

—Deja de hablar como si fueras un viejo. ¡Tú no eres mi padre, Dare!

—No —dijo él en voz baja—. No soy tu padre, Tasha. —La miró a los ojos, con el fulgor de la computadora reflejándose en los de él—. Y no puedo mantener durante mucho tiempo más la pretensión de que mis sentimientos por ti son paternos.

Algo se agitó en el interior de Tasha, una extraña combinación de dolor y placer.

—Ahora ya soy una adulta, Dare —declaró, al tiempo que se aproximaba a él de forma deliberada. No le dijo que era la primera vez que actuaba de acuerdo con los inquietantes despertares del deseo que, tras su brutal introducción a la sexualidad, habían surgido sólo tras años de terapia a manos de los consejeros de la Flota Estelar.

El corazón de Tasha latió con fuerza al acercarse a él. Dare no podía confundir las intenciones de ella, ni pretendió hacerlo.

—Tasha —susurró cuando sus brazos la rodearon de forma natural.

Yar alzó el rostro mientras el instinto le decía qué deseaba. Él le dedicó la maravillosa sonrisa que despojaba sus facciones de toda la severidad que la naturaleza le había conferido, inclinó apenas la cabeza y la besó dulcemente.

Con Dare resultaba fácil, natural... y excitante al hacerse más intenso el beso. Ella pasó de la cálida, dulce sensación de regreso al hogar que tuvo cuando él puso por primera vez los pies en la academia de la Flota Estelar, a todo un mundo nuevo de sensaciones, de plenitud que nunca antes había conocido.

Y cuando los labios de ambos se separaron él no la dejó, sino que la abrazó tiernamente contra su pecho mientras susurraba en sus cabellos:

—Oh, sí, Tasha..., ya lo creo que eres toda una adulta.

—¿Tasha? —El teniente Data estaba preocupado. Su compañera había permanecido sentada, mirando las estrellas del exterior, durante demasiado tiempo. Pero cuando Tasha se volvió, había un resto de sonrisa en sus labios. Fuera cuales fueren sus pensamientos, tenían que haber sido placenteros. Se alegraba de que su «fisgoneo» no hubiera traído sólo malos recuerdos.

—Estoy bien, Data —le dijo ella—. El tiempo cura todas las heridas.

—Eso suena como...

—Un aforismo. Sí. Pero los comentarios se convierten en aforismos a fuerza de ser repetidos, y eso sucede por la carga de verdad que llevan. Nunca podré perdonar a Darryl Adin que traicionara la Flota Estelar... pero no era del todo malo, Data. Nadie lo es, ¿sabe? Ahora puedo recordarlo como era cuando lo conocí por primera vez, fuerte, valiente e inteligente.

—¿Y atractivo? —preguntó Data—. ¿Era el príncipe azul?

Ella se echó a reír.

—Difícilmente. De hecho, se parecía bastante a usted. ¡Oh! ¡No lo he expresado como es debido!

Data estaba perplejo por la reacción de ella.

—Hasta donde soy capaz de determinar, mi apariencia es una aproximación de la forma masculina; estatura, estructura facial, coloración del pelo, un compuesto de muchas razas humanas. En los seres puramente orgánicos, por supuesto, nadie cumple con todas esas normas. Y es obvio que no fui diseñado para hacerle creer a nadie que soy humano: el color de mis pies es sencillamente el más eficiente para la absorción de energía, y mis ojos son claramente... —Se detuvo—. Perdóneme. Estoy hablando en exceso.

Pero Tasha le sonreía.

—No es usted tanto un hombre medio como ideal —dijo—. O quizá yo sólo lo siento así porque se parece un poco al... primer hombre al que amé. El primer amor no se olvida nunca, Data.

Él tuvo la impresión de que ella al principio iba a decir «único» en lugar de «primero». Pero ése era un tema tan cercano que él no se atrevía a volver a abrirlo. Así que dijo:

—Yo no soy atractivo.

—¿En sentido convencional? No..., pero eso no le molesta a usted en lo más mínimo, ¿verdad?

—Bien está lo que bien parece —replicó él—. La belleza sólo está en el exterior. La belleza está en el ojo del...

Se detuvo cuando, como esperaba, Tasha rió entre dientes. Cuando descubrió por primera vez que el acceder a sus bancos de memoria en busca de un listado de definiciones o ejemplos provocaba la risa en los seres humanos —a menos que la situación fuera tensa, en cuyo caso suscitaba cierta irritación—, se había puesto a realizar estudios sobre el humor y por una vez encontró un análisis que pudo comprender: las repeticiones de una pauta pronto se convertían en graciosas para los humanos, la familiaridad causaba tranquilidad y relajación. Una vez que Data entendió eso, utilizó la técnica a menudo para distender una situación incómoda.

Esta vez, sin embargo, no distrajo a Tasha. Ella continuó con el mismo tema.

—¿Por qué iba a molestarle no estar diseñado como un cartel de reclutamiento de la Flota

Estelar, cuando se arrojan a sus brazos más mujeres que a los de Will Riker?

—Las mujeres no...

—¡Vamos Data..., no finja que no se da cuenta!

No sabiendo cómo manejar este giro de la conversación, él dijo:

—No creo que las mujeres juzguen a los hombres por su apariencia tanto como lo hacen los hombres con ellas.

—Como de costumbre —dijo Tasha—, sus observaciones son bastante fieles a la realidad..., al menos por lo que hace a los humanos. ¿Recuerda lo que me dijo sobre cómo al asociar determinados sabores con ocasiones agradables hace que a usted le gusten esos sabores cuando vuelve a encontrarlos?

—Sí —contestó Data con incertidumbre al tiempo que intentaba establecer conexiones, comida/afrodisíacos/belleza, que no parecían lógicas. Luego Tasha continuó, y él se dio cuenta de que estaba refiriéndose a algo muy diferente.

—Eso se parece un poco a cómo las mujeres vemos a los hombres. Nosotras pensamos que son atractivos los que se parecen a los hombres a quienes hemos amado. Los psicólogos dicen que a la mayoría de las mujeres les gustan los hombres que se parecen a su padre. Bueno, pues yo no tuve padre, así que supongo que siempre encontraré atractivo a cualquiera que se parezca al primer hombre que fue bueno conmigo. —Le dedicó una sonrisa traviesa—. Me temo que va a tener que resignarse a que yo piense que es usted atractivo, Data.

—Lo... lo consideraré como un elogio —repuso él, y aprovechó la oportunidad para hablar de su actual tema de estudios—. Entre los humanos, existe un acuerdo más general respecto a la belleza femenina que a la masculina.

—Es verdad —contestó ella.

—Usted es hermosa —dijo él.

Ella pareció asombrada.

—Algunos creen que sí.

—Es una opinión generalizada entre los tripulantes del puente. Sin embargo, su aspecto es bastante diferente del de la consejera Troi, la cual también es universalmente admirada. El capitán Picard piensa que la doctora Crusher es hermosa, mientras que al hijo de ella ese hecho le resulta tan incomprensible como molesto.

—Data... ¿qué ha estado haciendo? —preguntó Tasha, consternada—. ¿Una encuesta?

—Sí —contestó él con sinceridad—. Deseo comprender los ideales humanos de la belleza.

—Usted cree de verdad en eso de desear cosas imposibles, ¿no es cierto?

Él ladeó la cabeza.

—¿Es imposible? Me doy cuenta de que nunca podrá existir un acuerdo total sobre asuntos de juicio ético, pero sin duda existe una fórmula mediante la cual se pueda determinar que la mayoría de los humanos, digamos, considerarían hermosa a una persona en particular. Encuentro que Riker es un barómetro de lo más útil en lo relativo a la belleza femenina; hasta ahora no me he encontrado en ninguna ocasión con que la mayoría, ni siquiera una minoría significativa, esté en desacuerdo con las valoraciones de él. Por desgracia, no tuve tiempo de preguntarle sobre la presidente Nalavia.

Tasha se echó a reír.

—Yo puedo decirle lo que diría de ella, Data... ¡y si lo comprueba usted con todo el personal de la *Enterprise*, se encontrará con que hay una minoría significativa que en realidad está en desacuerdo con él!

—No le entiendo —dijo Data.

—Todos los hombres de a bordo dirán que es hermosa, y todas las mujeres dirán que no lo es. ¡Las mujeres estarán mintiéndole!

—Tasha, está usted confundiéndome —objetó Data.

—Nalavia es el tipo de mujer —explicó Tasha—, que por naturaleza atrae la atención de los varones humanos. Es... prácticamente una figura arquetípica de madre terrícola, pero joven y no marcada por los afanes ni las preocupaciones. Y ella lo explota. Ésa es la diferencia que existe entre Nalavia y Deanna, la cual tiene una belleza física similar. Deanna combina la actitud seria de una oficial de la Flota Estelar con el sentimiento maternal que forma parte de su trabajo como consejera. Las dos cosas juntas difuminan la amenaza que representa su belleza física.

—¿Amenaza? —inquirió Data.

—Deanna es casi demasiado hermosa —explicó Tasha—. Eso podría hacer que los hombres tuviesen miedo de acercársele. Ella lo maneja por el sistema de ser amistosa y eficiente. Por eso a las mujeres de a bordo les cae tan bien como a los hombres, y confían en Troi tanto como los hombres. Nalavia, en cambio..., a través de la pantalla misma estaba haciéndoles llegar una invitación a todos los varones humanos del puente de la *Enterprise*. Data volvió a pasar la escena en su mente. Sí..., los varones humanos habían entrado todos en una especie de atención aturdida.

—Sin embargo, nadie la aceptó —señaló él.

—La Flota Estelar entrena a sus oficiales, varones o mujeres, para que no piensen nunca en sus hormonas. Pero, ¿ha visto usted alguna vez que Wesley Crusher estuviera tan aturdido en una situación que no era crítica? Pobre chico..., él no tiene experiencia ni está advertido, y está en medio de la pubertad. No tiene ni la más mínima posibilidad.

—Ah —dijo Data, intrigado—. Ahora lo entiendo. Nunca había visto que Wesley hiciera una suposición tan improbable como ésta de que el capitán lo enviaría en un grupo de expedición con destino a un planeta desconocido.

—Wesley quería ir —dijo Tasha—. Simplemente no sabía por qué..., pero todos los otros hombres del puente sí lo sabían, y la verdad es que el capitán Picard no tendría que haber sido tan duro con él. Wesley será un hombre de primera algún día..., con que sólo consiga sobrevivir.

Data se contuvo antes de protestar diciendo que el capitán Picard nunca enviaría al alférez interino de la nave a una situación peligrosa, pues reconoció que Tasha hablaba en broma. Se tomó tiempo para analizarlo, saboreando la oportunidad de hablar de los sentimientos humanos con una mujer.

—Usted quiere decir que su combinación de juventud e inteligencia es algo que fastidia a los demás, y que por lo tanto alguna persona o personas de a bordo podrían considerar el deshacerse de él. No obstante, hace la sugerencia en broma.

—Exactamente, Data —dijo ella—, pero el analizarlo estropea el chiste, que ya no era muy gracioso para empezar.

Él movió la cabeza afirmativamente.

—El humor ya es bastante difícil, sin intentar distinguir los grados de gracia.

Tasha sonrió.

—Lo aprenderá, Data —le dijo—. A través de la experiencia, como cualquier otro. Veamos, ¿con cuanta antelación podemos recibir las transmisiones de Treva?

—Con unas dieciocho horas, a menos que nos envíen un mensaje subespacial. —Data frunció el ceño—. ¿Qué sospecha usted, Tasha?

—Nada en concreto. Llámelo intuición. No creo que Nalavia nos haya contado toda la



verdad.

—No podía hacerlo en un mensaje tan corto.

—No... No me refería a esto. Yo lo llamaría intuición femenina, de no ser porque el capitán Picard también se dio cuenta. Hay algo en Nalavia que inspira desconfianza.

—¿Puede concretar? —preguntó Data.

—Espera que la Flota Estelar cumpla con sus órdenes sin una investigación a fondo, para empezar.

—La cultura trevana es bastante primitiva —comentó Data—. Los señores de la guerra son enemigos de una forma de gobierno representativo. Incluso un político experimentado de un planeta semejante podría estar poco avezado según nuestras pautas. O es posible que se nos esté escapando algún dato... Existen culturas en las que un grito de socorro por parte de los débiles impele a los fuertes a protegerlos.

—Camelot —dijo Tasha al tiempo que asentía con la cabeza, refiriéndose a un planeta fundado sobre los ideales de una caballería que, según los datos históricos más fiables, nunca habían sido practicados de forma amplia fuera de la leyenda—. Sí, podría suceder que no fuéramos conscientes de alguna suposición trevana, pero si usted no la encontró en los informes del grupo de reconocimiento de la Federación, Data, no puedo imaginar de qué podría tratarse.

Incapaz de averiguar nada más en las próximas dieciocho horas, Tasha hizo ejercicio, durmió y tomó otra comida. Data no tuvo necesidad de más nutrientes orgánicos. A veces hablaban, y a veces mantenían un silencio amistoso. La lanzadera prosiguió su camino. Cada doce horas, Data enviaba el mensaje de rutina: «Continuamos según lo previsto» a la *Enterprise*.

Por fin llegaron a la periferia del radio en el que Data podía recibir las transmisiones de Treva. Dichas transmisiones eran la tecnología habitual allí. Lo que resultaba nuevo era la transmisión de imagen junto con el sonido, y cuando Data probó frecuencias y configuraciones descubrió de inmediato algo de interés.

—¡Están utilizando la técnica de emisión de los ferengi!

—Los ferengi comercian por todas partes —le recordó Tasha—. Hasta que hayan ingresado en la Federación, no existe razón alguna para que los trevanos no hagan negocios con ellos.

—Pero si comercian tanto con la Federación como con los ferengi, ¿qué pasaría si les hubiesen pedido ayuda a ambos? —insistió el androide.

Data vio que Tasha apretaba las mandíbulas.

—Nos enfrentaremos con la situación cuando se nos plantee. Probablemente los ferengi no vean ningún provecho en ayudar a los trevanos en sus asuntos internos. Si los impedimentos para comerciar con los ferengi y otras culturas no pertenecientes a la Federación eran el motivo de que Treva vacilara respecto a llevar adelante su solicitud de ingreso, puede que se muestren más dispuestos si los ayudamos a solventar sus problemas.

—La diplomacia no es una de mis áreas fuertes de programación —dijo Data.

—Decididamente tampoco es una de las mías —contestó Tasha—. Cuando uno lo piensa bien, somos un grupo de expedición bastante raro para esta misión.

—Nunca he visto que el capitán Picard no escogiera con sensatez —observó Data.

—Ni yo. Echemos una mirada a esas transmisiones. Tal vez nos proporcionen alguna pista sobre lo que está pasando.

Así fue, en efecto.

Los ocupantes de la lanzadera pasaron las dos siguientes horas haciendo caso omiso de la maravilla del campo de estrellas que los rodeaba, con los ojos fijos en la imagen que

aparecía en la pantalla central de la lanzadera y que mejoraba de forma regular.

Al principio no hubo más que emisiones de entretenimiento: una actuación de danza, un acontecimiento atlético, y algunos dramas que tenían poco sentido tomados en breves imágenes fuera de contexto. Todos eran interrumpidos de vez en cuando por presentadores que instaban a los espectadores a comprar diversos productos. Data reconoció el sistema de libre mercado mediante el cual la empresa que anunciaba sus productos patrocinaba la programación, pagando el coste de la preparación y emisión de la misma a cambio del derecho de salpicarla con anuncios de sus mercancías en venta.

—Es algo como la transmisión de Minos... —comenzó a explicar Data.

Tasha asintió, interrumpiéndolo con impaciencia.

—Probablemente lo obtuvieron de los ferengi junto con el equipo de transmisión —dijo.

Data probó varias frecuencias, pero sólo encontró más de lo mismo hasta que finalizó la competición atlética. En ese momento hubo una cantidad interminable de anuncios de drogas, armas, cosméticos, ropa y transportes privados. Luego más drogas: brebajes, inhalables, tabletas, todo lo cual prometía felicidad instantánea. Data reparó en el repentino silencio de Tasha, y cuando se volvió a mirarla vio que tenía el entrecejo fruncido.

—¿Le trastorna esto?

Ella apartó la atención de la pantalla.

—¿Tan mala es la vida aquí? Data, yo sé qué es eso. Mi propia madre tomaba drogas porque su vida era demasiado dura y desesperanzada. Esta gente, sin embargo..., tiene un trabajo honrado, comida suficiente, hogares y familias. Las drogas sólo pueden arruinar todas esas cosas.

—La dependencia química extendida no constaba en el informe del grupo de reconocimiento de la Federación —señaló Data al tiempo que conectaba el comentario de Tasha sobre su madre con el hecho de que hubiera sido abandonada a los cinco años.

Pero estaba claro que Tasha no quería discutir sobre su propio pasado.

—Aquí llega una nueva emisión, por fin —dijo, y volvió su atención hacia la pantalla una vez más.

El rasgo más destacado del programa era la llegada al día siguiente de los representantes de la Federación, que ayudarían a sofocar la insurrección rebelde.

—¿Insurrección rebelde? —preguntó Data.

—¿Qué ha pasado con los señores de la guerra? —inquirió Tasha.

En la emisión no se hacía mención alguna de los señores de la guerra..., pero había algunas escenas que mostraban la «Flota Estelar en acción»: una nave estelar de la vieja clase «Constitución» haciendo volar un planeta, personal con uniformes de un siglo antes, utilizando armamento de tierra contra los klingon, una filmación antigua de la primera guerra con los romulanos, donde se veía un crucero de batalla de la Federación disparando contra un «Ave de Presa» y haciéndola desaparecer.

—Están haciendo que parezcamos agresivos —exclamó Tasha—. Matones... Asesinos.

—Todo eso es completamente real —le aseguró Data—, pero muy anticuado. Además lo han montado de manera que la Flota Estelar parezca una flota de guerra.

La voz del presentador continuó:

—Éste es el poder que acudirá en nuestro auxilio si persuadimos a sus representantes de que somos valiosos. Los instamos a que les dispensen una buena acogida. Los principales representantes de su delegación son el teniente de la Flota Estelar, Data, y la máxima responsable de seguridad, Tasha Yar.

—Nosotros somos los *únicos* representantes —murmuró Tasha—. ¿Y ha oído usted cómo

han dado a conocer nuestros rangos, Data? Suena como si nosotros formásemos parte del alto mando de la Flota Estelar. —De pronto profirió una exclamación ahogada—. ¿De dónde han sacado eso?

En la pantalla, una versión más joven de Tasha Yar aparecía en el puente de una nave, pistola fásica en mano, manteniendo a distancia a un atacante que estaba demasiado cerca de la cámara como para que pudiese vérselo con claridad.

—Eso era la *Starbound* —susurró Tasha—. Mi viaje de entrenamiento. Buen Dios, ¿de dónde han sacado esa escena?

—Para la joven Tasha Yar —estaba diciendo la voz del presentador—, su primerísimo destino se convirtió en una oportunidad para demostrar su heroísmo al salvar a sus compañeros de tripulación cuando su nave fue atacada y abordada por un implacable enemigo.

Los disparos fásicos explotaron en torno a ella, pero Tasha se mantuvo firme, sin un sólo atisbo de miedo en sus jóvenes ojos. El atacante se lanzó hacia ella, Tasha disparó, y la escena acabó en un destello de sobrecarga.

—No enseñan al resto de la tripulación del puente de la *Starbound* cayendo a mi alrededor —dijo Tasha más que enfadada—. Y fue Dare quien...

Ella se detuvo de pronto, y Data almacenó el comentario para futura consideración mientras dejaba su atención fija en la emisión trevana.

A renglón seguido, Tasha fue mostrada en una grabación reciente, dedicada a sus deberes a bordo de la *Enterprise*.

Luego la escena cambió a Data... en una prueba realizada en la academia de la Flota Estelar. Se le mostraba levantando en peso a tres, cuatro y luego a cinco de sus compañeros de clase, con expresión desconcertada porque no comprendía por qué le solicitaban que hiciera una demostración semejante. Él lo recordaba: en efecto, se había sentido desconcertado ante aquel experimento no científico, puesto que ya había pasado por las pruebas que habían medido su fuerza y resistencia. Más tarde se enteró de que la escena se había convertido en parte de la información que la Flota Estelar destinaba a usos no científicos, en especial a las escuelas. Uno de sus primeros empleos, antes de que fuera destinado a servir a bordo de una nave estelar, había sido como representante de educación de la Flota Estelar por todo el sistema solar.

—Al menos yo sé dónde consiguieron esa información —le dijo a Tasha—. Probablemente la Flota Estelar aún se la envía a todos los que preguntan por mí. También está muy anticuada, y... no estoy seguro de por qué el volver a verla ahora... me perturba.

—Porque lo presenta a usted como a un objeto más que como a una persona —respondió Tasha al instante—. Y, por cierto, en la actualidad la Flota Estelar no incluye este material en su expediente. Nunca lo he visto antes; estoy segura de que se encuentra enterrado en los archivos como algo embarazoso que el alto mando de la Flota Estelar preferiría olvidar. Ahora es usted un oficial valorado, no una curiosa máquina que no saben muy bien cómo utilizar.

Pero el resto de la transmisión sobre Data no fue mejor que la referente a Tasha. También a él lo mostraron luchando, disparando..., cada vez con un aspecto más agresivo y peligroso.

—Con la ayuda de la Flota Estelar —continuó el presentador—, libraremos a nuestro pacífico planeta de los rebeldes que se oponen a nuestro estilo de vida e intentan dominarnos a todos. En Tongaruca, apenas hoy, los rebeldes atacaron a los habitantes del pueblo reunidos en el mercado semanal...

La escena mostró una atestada plaza de mercado devastada cuando de forma repentina

estallaba una explosión en su centro. La gente huía, gritando, y fueron a parar al centro de un círculo de hombres y mujeres bien armados que parecían complacerse en apalear y apuñalar a los ciudadanos desarmados y efectuar disparos fásicos contra aquellos que eran lo bastante fuertes como para defenderse.

Data frunció el ceño.

—Estos «rebeldes» tienen armas fásicas. ¿Cómo es que Nalavia no tiene una fuerza armada para proteger a su gente de ataques semejantes?

—Es una de las cosas que necesitamos averiguar —contestó Tasha—. Como el porqué de que los señores de la guerra se hayan metamorfoseado en rebeldes. ¿Contra qué cree usted que están rebelándose?

No hubo respuesta a la pregunta de Tasha, pero sí la hubo a la de Data cuando unos soldados bien armados llegaron en vehículos de tierra a la devastada plaza de mercado y alejaron a los rebeldes. Sin embargo, ninguno de los disparos pareció hacer blanco; los primeros atacantes escaparon, y los soldados se pusieron a atender a los supervivientes.

Data apartó la mirada de la emisión.

—Si estas noticias locales están montadas con tanto cuidado como las que hablaban de usted y de mí...

—Los términos que está buscando —dijo Tasha con rabia—, son «sesgado», «tendencioso». Me pregunto si Treva tendrá libertad de prensa.

—Ellos afirman que sí —le respondió Data—. ¿Cree usted que los periodistas están en contra del auxilio de la Flota Estelar y que por eso nos muestran como representantes de una fuerza militar?

—Quizá —dijo Tasha—. Quienquiera que haya preparado esos reportajes busca que los espectadores deseen que venga alguien y aplaste a sus enemigos. —Se encogió de hombros—. Es posible. Sus propios soldados parecen ser notablemente ineficaces.

—Pero sus periodistas son notablemente eficaces —observó Data—. Estaban preparados para grabar el ataque antes de que comenzara.

Los ojos de Tasha se abrieron de par en par.

—¡Tiene razón! Data, sencillamente no tiene ningún sentido..., a menos, por supuesto, que el periodista esté de parte de los rebeldes e intente demostrar que son invencibles..., no. En ese caso no querría mostrarlos como terroristas. Pero mostrarnos a nosotros como poco mejores que ellos sí que tendría sentido. —Suspiró—. No consigo entenderlo.

—Tampoco yo. La información es insuficiente. —Volvió a mirar la pantalla, pero la emisión había pasado a un pronóstico del tiempo, que fue seguido por otro programa de entretenimiento musical. Otras frecuencias contenían poco más o menos lo mismo, con la excepción de una lección de botánica. Data apagó la pantalla— No creo que vayamos a averiguar mucho más hasta que aterricemos en Treva.

Varias horas después, cuando se aproximaban a Treva, la teniente Tasha Yar volvió a sintonizar las emisiones en la pantalla. Se recogían los mismos programas de entretenimiento; sólo los programas de noticias eran diferentes. Todo estaba preparado para su llegada. Se habían puesto en vigor severas medidas de seguridad, porque los enemigos del pueblo podrían intentar un ataque contra los representantes de la Flota Estelar.

—Eso es interesante —observó Data—. Ni señores de la guerra ni rebeldes. Enemigos del pueblo.

Más aún, cuando fueron pasadas nuevamente las antiguas grabaciones de Data y Yar, en lugar de una secuencia continuada de los dos en batalla, recurrieron a grabaciones recientes de la Base Estelar 74, que mostraban a Yar destacando en entrenamientos de lucha cuerpo a

cuerpo.

Data apareció demostrando, con paciencia inhumana, la operación de la computadora educacional de la *Enterprise* a cuatro de los hijos de las familias de la nave.

—Ahora sí, ese material —comentó Yar—, es lo que la Flota Estelar probablemente les proporcionó sobre nosotros. Da una imagen muy diferente de la que vimos ayer.

—Desde luego —replicó Data—. O no esperaban que estuviéramos recibiendo ayer...

—... o bien pensaban que no éramos capaces de hacerlo —reflexionó Yar.

—La lanzadera no lo es —confirmó Data—, las señales de Treva son débiles. Pero yo las reforcé. A la distancia presente, sin embargo, ellos esperan que estemos mirando. —Volvió los ojos hacia Tasha con desconcertada inocencia—. ¿Por qué los medios de comunicación presentarían ayer una imagen distorsionada de nosotros, pero una fiel a la realidad, si bien incompleta, en el día de hoy?

—Una prensa libre es probable que no lo hiciera —observó Yar—. Es un indicio, aunque no una prueba absoluta, de que Nalavia controla lo que se emite.

Data hizo uno de sus asentimientos mecánicos para indicar que estaba almacenando información, y volvió a mirar la pantalla. Al mirarlo de perfil, Yar vio una vez más el parecido con su antiguo mentor..., aunque hasta el momento en que se le había escapado el comentario el día anterior, no había sido consciente de ello. Aun en el caso de que la piel de Data fuera de color natural, nadie lo habría confundido con Dare..., pero eran del mismo tipo: estatura media, constitución esbelta, con sorprendentes similitudes en las facciones. Ambos tenían pómulos marcados, párpados pesados, nariz recta y larga y mandíbula firme, aunque el mentón de Data no era tan fuerte como el de Dare. Sus bocas eran completamente distintas. La de Dare era su característica compensadora, su carnosa curva producía una sonrisa tan devastadora que ninguna mujer era capaz de resistir..., pero cuando estaba furioso se transformaba en una mueca que hacía correr a los valientes en busca de refugio.

Data no poseía ninguna de esas expresiones. Sus labios eran pálidos y finos..., a pesar de que Yar sabía por experiencia que podían resultar exquisitamente sensuales cuando entraban en contacto con la piel. Pero el androide nunca sonreía demasiado ni hacía muecas burlonas o de enfado. La experiencia vital aún no le había enseñado los sentimientos que provocaban dichas expresiones. De la misma forma, nunca había visto a Data más que levemente enfadado..., tal vez sólo molesto. Nadie miraría jamás al rostro de Data y lo vería como a alguien atemorizador. La cólera de Darryl Adin lo era, y el recuerdo de esa expresión estaba grabado a fuego en la memoria de Yar, porque era la que tenía la primera vez que lo vio, y la última. En la primera ocasión su cólera había estado dirigida contra aquella banda de Nueva París. En la última, contra ella.

Data se volvió, pareció perplejo, y Yar se dio cuenta de que había estado mirándolo con atención y fijeza. Los grandes ojos dorados de él, con sus enormes pupilas, eran su rasgo menos humano. Ella se preguntaba si, a medida que Data avanzara a tientas hacia la humanidad, esos ojos acabarían por perder su aspecto más bien inexpresivo, y desarrollarían la profundidad de los ojos pardos que en ocasiones aún habitaban sus sueños. ¿Era posible para un androide el desarrollar tales características emocionales, el alcanzar tales alturas y profundidades? Suspiró. Su programación probablemente lo impediría — para evitar que se volviera peligroso, traicionero, tortuoso e indigno de confianza— como su propio «hermano».

Como Darryl Adin.

—¿Tasha?

—¿Sí? ¿Ya ha calculado nuestra hora estimada de llegada?

—Dentro de una hora, diecisiete coma tres minutos. —Data hizo una pausa y luego agregó

—: Está preocupada. ¿Deberíamos enviar un mensaje a la *Enterprise* referente a lo que hemos visto?

—Desde luego —respondió ella, contenta de que él hubiese malinterpretado su introspección.

No tenían que informar a la *Enterprise* hasta después de haber aterrizado..., pero ahora disponían de tiempo para elaborar un informe detallado. Data incluyó las dos emisiones de noticias, y ambos intentaron explicar sus recelos.

Cuando ambos quedaron satisfechos, Data envió el mensaje. La *Enterprise* había estado alejándose de ellos a velocidad hiperespacial durante todo este tiempo, así que cada mensaje tardaría más tiempo en alcanzar la nave estelar. Hasta el momento, a ellos dos les habían llegado dos señales de rutina de «mensaje recibido» en respuesta a sus primeros informes de ruta. Probablemente pasarían otras veinticuatro horas terrestres antes de que recibieran la respuesta al que acababan de enviar, y puesto que para entonces no se encontrarían a bordo de la lanzadera, la computadora de vuelo se limitaría a grabarlo hasta que uno de ellos subiera a bordo.

Luego llegó el momento de ponerse en contacto con el puerto espacial de la ciudad capital de Treva, y hacer aterrizar la lanzadera. Ésta fue rápidamente dirigida al interior de un hangar, donde Data y Yar salieron para encontrarse rodeados por hombres y mujeres de uniforme negro con bandas de rojo, azul y dorado verdoso. No eran intentos exactos de copiar los uniformes de la Flota Estelar, pero Yar se dio cuenta de que desde lejos darían la impresión de formar un pelotón de la Flota Estelar. ¿Eran los nativos tan estúpidos como para creer que habían salido todos de una pequeña lanzadera?

Había una multitud, a la que los soldados mantenían a raya, al borde de la pista de aterrizaje. Data y Yar, sin embargo, fueron llevados con prisas y a cierta distancia de la gente reunida, hasta un vehículo de tierra. Pasaron por calles en las que resultaba obvio que el tráfico había sido cortado, seguidos por otros vehículos en los que iba la gente que había recibido a la lanzadera. Detrás de unas barreras se alineaba la gente para contemplar a los visitantes.

El palacio presidencial estaba a poca distancia una vez fuera de la ciudad, emplazado en unos hermosos terrenos ajardinados. El vehículo de tierra en que viajaban pasó a toda velocidad a través del perímetro de seguridad. De forma automática, Yar tomó nota mental de su diseño, conocía una media docena de formas de burlarlo. Para su sorpresa, nadie les pidió que entregaran sus pistolas fásicas, ni allí ni cuando entraron en el palacio.

Nalavia los estaba esperando en el salón de recepciones, tendiendo una mano a cada uno al estilo humano... ante una batería de cámaras. Yar se dio cuenta de que se trataba de una ceremonia. Buscó en su mente las reglas del protocolo, las cuales nunca habían tenido mucho interés para ella, excepto las propias de la Flota Estelar. Los trevanos se encontraban en una transición entre una especie de tiranía benevolente y una democracia parlamentaria, cambio que se había iniciado dos generaciones antes. En consecuencia, las distinciones de clase estaban desdibujándose, al igual que las costumbres. No existía un conjunto de normas claras por las cuales pudiera interpretarse el comportamiento de Nalavia.

Excepto una: gobernante hereditaria o electa, esta mujer era la cabeza del gobierno. Sin embargo, había estado aguardándolos, en lugar de hacerlos conducir al salón de recepciones y efectuar luego su entrada triunfal. Los recibía como a iguales, cosa que ellos no eran. Eso significaba que quería que su pueblo pensase que sí lo eran.

La presidente de Treva llevaba puesto un traje entallado *de* color rojo vino al que se le podía atribuir la calidad de uniforme militar pues lucía charreteras y un conjunto de botones de oro en la parte izquierda del talle. El conjunto estaba hecho de dos piezas, la superior ceñida con un cinturón apretado por encima de una falda abierta más arriba de las rodillas. Con este atuendo, Nalavia llevaba botas y finos tacones que la hacían tan alta como Data pero hicieron que Yar se preguntara cómo se las arreglaba para andar y no caerse.

Colgada de una ancha cinta que le rodeaba el cuello, llevaba una insignia de oro, el símbolo de la presidencia..., pero el largo de la cinta hacía que se balanceara precisamente entre sus lozanos pechos, cuyo amplio escote hacía que quedaran bastante a la vista, a lo que ayudaba el que no llevara ni blusa ni camisa.

El color, según advirtió Yar, le sentaba bien a la piel pálida y los cabellos negros de Nalavia, pero no combinaba con sus ojos. Ojos verdes extrañamente inexpresivos, y a pesar de que «ojos de reptil» afloró a su mente como definición, no era la correcta. Tampoco eran ojos gatunos; no se percibía claridad alguna, ni profundidad. Tenían algo que inquietaba a Yar, pero no conseguía decidir qué era.

La reunión fue breve y muy formal. Nalavia tenía un saludo preparado; Data la respuesta. Yar se alegró de que él la superara en rango y tuviera, por tanto, que encargarse de esta parte de los actos; detestaba hablar en público. También le proporcionó la oportunidad de detectar algo en Nalavia que podría ser frustración. ¿Pero qué podía causar...?

Entonces se dio cuenta de qué había hecho el capitán Picard: para encararse con una mujer tan voluptuosa, cuya sensualidad había conseguido disparar las hormonas de todos los varones del puente de la *Enterprise* a través de un mensaje grabado, ¡había enviado a una mujer y un androide! Yar disimuló una sonrisa debida al reconocimiento por la perspicacia de su capitán.

Cuando la ceremonia pública hubo concluido, Data y Yar fueron conducidos a sus alojamientos. Cada uno disponía de dos habitaciones y un cuarto de baño, en lados opuestos de un ancho corredor que lucía cuadros, estatuas y guardias bien armados.

Yar descubrió que sus efectos personales ya habían sido colocados en los cajones, el ropero y el armario del baño. «Y probablemente registrados.» Pero no había nada que encontrar. Llevaba encima su pistola fásica, el tricóder y la insignia-comunicador.

La cena con Nalavia estaba prevista para dentro de una hora y media, así que Yar se bañó, se puso su uniforme de gala, y se tomó el tiempo necesario para maquillarse como deferencia hacia la formalidad de la ocasión. Se alegró de no tener que ponerse un vestido de noche, aunque estaba segura de que Nalavia sí lo haría.

Unos minutos antes de la hora fijada, Data apareció en su puerta para escoltarla hasta el comedor privado donde esperaban averiguar más sobre lo que en realidad estaba sucediendo en Treva. El androide también llevaba puesto su uniforme de gala.

—Supongo que podemos dejar sin peligro nuestras pistolas fásicas en las habitaciones —dijo él.

—Parece usted tan incómodo sin ella como yo —observó Yar—. ¿Ha inspeccionado su habitación en busca de aparatos de escucha?

—No hay ninguno. No obstante, desearía que la consejera Troi estuviese con nosotros —comentó Data—. Incluso yo percibo que no están diciéndonos la verdad... y que tampoco están diciéndonosela al pueblo de Treva. ¿Qué percibe usted, Tasha?

—Lo mismo. Y el hecho de que hoy usted le ha causado frustración a Nalavia.

—¿Frustración?

—Usted no reaccionó ante sus encantos. Hmmm. Data, ¿sabe usted flirtear?

—Estoy programado con una amplia variedad de técnicas placenteras. Entre ellas se encuentran 234 formas de flirteo.

—En ese caso, le sugiero que pruebe algunas de ellas con Nalavia. Déle un poco de su propia medicina y vea qué pasa.

—¿Qué pasa? Tasha, si lo hago, ella esperará sin duda que...

—¡No! —replicó ella en tono terminante—. Quiero decir que esta noche no. Si usted le da de inmediato lo que ella quiere, no existirá ninguna razón para que ella le dé lo que usted quiere.

—¿Y qué es?

—La verdad. Lo que realmente está sucediendo en Treva. Entenderá usted que no podemos preguntárselo de forma directa.

—Sí, Tasha —respondió él con una leve sonrisa—. Ni siquiera yo soy tan ingenuo. He vivido entre humanos durante veintiséis años.

Yar no pudo resistirse.

—En efecto, usted no acaba de caerse del árbol, no nació ayer, ya no se chupa el dedo... — Y tuvo el deleite de ver que la sonrisa de Data se ensanchaba.

—Por favor, no me robe la actuación —dijo en voz baja—. Hasta ahora, es la única que tengo.

—Oh, no, no lo es —repuso ella, y le besó en una mejilla.

Él estaba diseñado para ser agradable al tacto, como ella bien recordaba: cálido, suave, con una fuerza contenida. Hasta ahora, Yar había lamentado la ocasión en que sedujo a Data bajo la influencia del virus desinhibidor. Sin embargo, lo que tal vez debería lamentar era la orden de que «nunca había pasado».

Al fin y al cabo, cuando acabara la misión, habría otro largo viaje en la lanzadera, sólo ellos dos, solos y juntos...

Ella apartó semejantes pensamientos de su mente y se dispuso para la cena con la presidente de Treva. Nalavia los recibió en un salón pequeño donde les ofreció vino y cócteles. Yar aceptó una copa de vino; Data, no. Eso era extraño; el alcohol le causaba poco o ningún efecto.

—Ahora que estamos a solas —comenzó Nalavia—, podemos hablar como amigos. Mi planeta tiene grandes problemas. Estoy segura de que saben que la más triste de todas las guerras es aquella que pone a la gente en contra de sus propios hermanos. Eso está sucediendo en Treva.

—Una guerra civil... —dijo Yar. Ella sabía demasiado bien lo horrorosa que era. Había sido la norma donde ella creció—. La Federación siente pesar al oír que algo semejante está sucediendo entre un pueblo al que esperábamos acoger entre nosotros.

—¡Entonces, seguro que la Federación nos enviará ayuda! —declaró Nalavia—. El pueblo quiere la paz y poder votar a su gobierno..., pero los terroristas están asesinando a los cargos electos por ellos. La cámara se ha visto obligada a suspender sus reuniones, justo en el momento crucial en que la nueva constitución debía votarse.

Se vieron interrumpidos al anunciarse que la cena estaba lista: un suntuoso banquete durante el cual Nalavia representó el papel de anfitriona afable, negándose a hablar del propósito de la visita de ambos hasta que volvieron a hallarse de nuevo en el salón, bebiendo coñac sauriano.

—¿Qué quieren esos terroristas? —preguntó Data.

—El regreso al antiguo sistema, el gobierno de los señores de la guerra en lugar del gobierno del pueblo a través de cargos y diputados legítimamente electos.



—¿Señores de la guerra? —preguntó Yar, suspicaz.

—Ahora se han unido bajo el mando de un solo hombre —le explicó Nalavia—. Rikan. Muchos campesinos se han unido a su ejército, ya sea por miedo al cambio o por añoranza del viejo sistema..., o porque creen que él puede ganar y sienten terror por sus propias vidas y las de sus familiares en caso de que la cólera de ese hombre caiga sobre ellos.

—Pero éste es un asunto interno —señaló Data—. ¿Qué puede hacer la Flota Estelar?

Nalavia se inclinó con vehemencia hacia adelante en su asiento.

—¿Conocemos el emplazamiento de la fortaleza de Rikan! Nuestras fuerzas de tierra han intentado tomarla en varias ocasiones, pero el emplazamiento es inexpugnable para nuestro armamento. Pero para el de ustedes... ¡lo único que tienen que hacer es enviar una sola nave para que vuele esa fortaleza desde el cielo! Él no puede derribar a una nave estelar como lo hace con nuestras pequeñas naves. En minutos pueden liberarnos de su terror... y Treva los bendecirá y se unirá a la Federación con entusiasmo.

—No es así como opera la Flota Estelar —le dijo Yar—. Nosotros creemos en la prevención de la guerra. El verse obligado a utilizar un arma es una forma de derrota.

Nalavia la miró de hito en hito con mal disimulada frustración.

—¿Permitirán que nos dobleguemos como perros, dejarán que gobierne este tirano? —Su pecho palpitaba de emoción—. Aunque, por otra parte, no han visto lo que sus hombres les hacen a las personas inocentes. —Se puso de pie y avanzó hasta una pantalla que había en una pared, pulsó algunos interruptores y las escenas comenzaron a aparecer. Primero, la bomba que estalló en la plaza de mercado y que ellos habían visto en la emisión de noticias —. Esto ocurrió ayer mismo —dijo Nalavia.

—El ejército de ustedes no parece ser muy eficiente —observó Data.

—¿Qué ejército lo es, contra un enemigo que ataca a los civiles? —replicó Nalavia—. Nuestros soldados no pueden estar en todas partes. Si Rikan se enfrentara con nosotros en combate justo, podríamos tener alguna posibilidad. Pero sus métodos son éstos.

Apareció otra imagen, esta vez de lo que parecía ser un ómnibus lleno de gente en una concurrida calle urbana. De dicho ómnibus, de pronto, aparecían hombres armados que disparaban al azar contra los peatones. Más hombres armados asaltaban una escuela, obligando a los niños a salir a punta de arma para luego llevárselos en vehículos de tierra. Un niño intentó escapar de la fila y le dispararon. Otros comenzaron a gritar... y a los que, presas del pánico, intentaron huir, también les dispararon a sangre fría.

Yar apartó la atención de las criminales escenas justo cuando Data estaba preguntando:

—¿Cómo es que las cámaras...?

—¿Cómo es que las filas de su ejército no se han visto desbordadas con voluntarios —inquirió Yar, ahogando la voz de él—, cuando hay un enemigo semejante que ataca a su pueblo?

Data le echó una mirada y asintió. Ahora no continuaría con su pregunta, y Yar sólo podía abrigar la esperanza de que no volviera a intentarlo más tarde. No debían permitir que Nalavia se diera cuenta de que habían advertido que esas «atrocidades» habían sido representadas, si no falsificadas en su totalidad.

Pero la mujer se les adelantó.

—Desde que comenzaron los ataques, hemos puesto cámaras de vigilancia por toda la ciudad con el fin de movilizar lo antes posible nuestras fuerzas contra los atacantes. En cuanto a los voluntarios, los ciudadanos de Treva son libres desde hace menos de una generación: la tradición les dice que dejen que sus líderes cuiden de ellos. Lo estamos intentando, amigos míos, lo estamos intentando desesperadamente..., pero si no queremos

sucumbir una vez más a la tiranía de los señores de la guerra y sus guerrillas, tenemos que contar con la ayuda de ustedes. —Nalavia hablaba como si estuviera luchando por contener las lágrimas.

Yar miró a Data y con los labios formó la palabra «ahora». Él pareció perplejo durante un momento, y luego asintió con un movimiento de cabeza.

—Es un argumento muy conmovedor —dijo el androide mientras se acercaba a Nalavia y le tomaba una mano como para darle fuerzas—. La Flota Estelar se sentirá tremendamente interesada en lo que usted nos ha contado, y en lo que descubramos aquí. Pero esta noche no podemos hacer nada. Debe usted apartar de sí estas trágicas imágenes. Nos ha llamado amigos, Nalavia. Espero que pronto seremos buenos amigos.

Yar parpadeó. ¡Dios, qué bien lo hacía! Nalavia le tomó la mano entre las suyas y alzó la mirada hacia él, parpadeando con resolución para hacer desaparecer las lágrimas de sus ojos. Yar reprimió una sonrisa de satisfacción. La presidente de Treva no era tampoco una incompetente en el terreno del coqueteo. Después de haber estado observándolos durante una media hora, Yar se sentía sofocada por tantas ternezas y comenzaba a preocuparse ligeramente. Si duda, Data no se dejaría engañar por los palpitantes senos, las aleteantes pestañas, la actitud de desamparo...

No. Data era una máquina. No podía de ninguna forma permitir que los sentimientos anularan su capacidad de juicio.

Sin embargo, actuaba como si tuviera sentimientos.

«Oh, vamos, Tasha... él tuvo que pedirte tu opinión acerca de si Nalavia era o no era hermosa», se recordó, y pidió que la excusaran después del coñac, alegando el cansancio del día y su hábito, cuando estaba en la superficie de un planeta, de levantarse al alba para hacer ejercicio con las primeras luces.

Nalavia le dio afablemente las buenas noches, pero resultaba demasiado evidente que su atención estaba concentrada en Data. «La verdad es que debería probar yo misma su programa de flirteo», pensó Yar mientras recorría el largo pasillo de vuelta a su habitación. Su mente de oficial de seguridad advirtió, divertida, que el guardia que estaba sentado cerca de su puerta se había quedado dormido en su puesto, pero resistió la tentación de despertarlo. Que su relevo o su oficial superior lo encontrara así.

Abrió la puerta, accionó el interruptor de la luz... y no sucedió nada.

Al instante giró para volver a salir al corredor, sin tomarse siquiera el tiempo de sumar un hecho extraño más otro...

Ya era demasiado tarde.

Unas manos fuertes tiraron de ella y la hicieron regresar al interior de la habitación.

La forma de luchar de Tasha era instintiva. Había dos atacantes, puesto que alguien cerró la puerta tras Yar en el momento en que ella lanzaba una patada contra el que la había cogido, cosechando un satisfactorio quejido cuando golpeó la rodilla a su contrincante.

Las cortinas, que ella había dejado descorridas, estaban ahora echadas; durante unos momentos los atacantes contaron con ventaja mientras los ojos de ella se adaptaban a la oscuridad después de la brillante luz del corredor. Pero había practicado con frecuencia la lucha a ciegas.

Y había sólo dos. Por lo general eso no era un problema, pero éstos se movían como luchadores entrenados, y ambos eran más corpulentos que ella.

Sin embargo, Tasha no se tomó tiempo para pensar; saltó de la patada contra el primero para asestarle un golpe en las costillas al que se encontraba junto a la puerta.

—¡Maldición! —gimió el segundo, y ella sonrió burlonamente en la oscuridad.

La patada siguiente dejó sin resuello al otro contrincante, pero cuando ella aún estaba recobrando el equilibrio el otro hombre le propinó una patada en la pierna que se apoyaba sobre el suelo.

Ella se tambaleó pero consiguió no caer.

Cuando se recobraba, sintió que unas manos la aferraban por los brazos... y antes de que pudiera orientarse para zafarse de la presa, otra mano se cerró sobre el punto en que su cuello se unía con el hombro.

Sólo entonces pensó en gritar..., pero era demasiado tarde. Consiguió proferir un chillido débil y perdió el conocimiento.

Yar despertó en la peor de sus pesadillas. Estaba atada de pies y manos y alguien la llevaba rudamente echada sobre un hombro, con el rostro sofocado por una capucha.

¡Durante un terrible momento estuvo en Nueva París, en las garras de aquella banda!

Luego volvió al momento presente. La habían secuestrado del palacio de Nalavia.

Maldición..., si al menos hubiera intentado despertar al guardia y hubiese descubierto que estaba inconsciente. No. Los «si al menos» no servirían para nada.

¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Se encontraban todavía en los terrenos del palacio?

Al poner a prueba las ataduras alertó al hombre que la llevaba.

—Está despertando.

—Él ya nos advirtió que era dura —dijo la otra voz—. Maldición... ¡voy a cojear durante una semana!

—Sí, bueno, mi' costiya' van a tener un buen mora'o, pero no me oye' quejarme.

—Se burla de las cicatrices quien nunca sintió una herida.

El captor de Yar se echó a reír y la acomodó mejor.

—E' pesada pa' ser una cosa tan pequeña.

—¿Quieres que la lleve yo? —El otro hombre no parecía muy ansioso por hacerlo.

—No..., ya hemos llegado.

Al cabo de pocos pasos, Yar sintió que describían un giro cerrado y tuvo la sensación de entrar en una habitación.

—¡La tenemos! —declaró alegremente su captor y la echó sin más sobre el suelo.

—¡Quitadle esa cosa de la cabeza! —estalló una nueva voz, furiosa.

Sólo que no era una voz nueva...

—Vale, vale... no no' interesaba que viera el camino, ¿no? —protestó el que la había llevado al tiempo que le quitaba a Yar la capucha que le cubría la cabeza.

En lo que parecía un increíble *deja vu* se encontró ante las narices las puntas de unas lustrosas botas negras; luego consiguió volverse hasta quedar de espaldas y sus ojos siguieron las largas piernas en sentido ascendente, pasando por un torso ataviado de negro y gris hasta un rostro cruel que la contemplaba desde lo alto. La expresión era la misma que tenía grabada a fuego en la memoria desde la última vez que había visto...

... el rostro de Darryl Adin.

La alférez Yar no podía imaginarse a nadie del universo que fuera tan feliz como ella. Se había graduado con honores en la academia de la Flota Estelar, y su primer crucero de entrenamiento había sido un éxito tal que la *Starbound* recibió toda una misión de confianza en su viaje de regreso a la Tierra: llevar un cargamento de cristales de dilitio desde la estación de craquelado de Tarba hasta el astillero de la Flota Estelar de Marte. Pero no era sólo el éxito de su nueva carrera lo que hacía que Yar se preguntase si la gravedad artificial no habría dejado de funcionar.

Tras la absoluta infelicidad de sus primeros quince años de vida, apenas había conseguido adaptarse a la idea de un futuro esperanzador cuando el departamento de Inmigración de la Federación amenazó con enviarla de vuelta al abismo infernal del que había escapado. Los historiadores descubrieron en los archivos que en ningún lugar constaba cuándo Nueva París se había separado de la Flota Estelar, lo que hacía ilegal su abandono de la colonia. Sin estar enterado de las guerras y colapsos tecnológicos que tenían lugar en la Tierra, el gobierno de Nueva París se separó, en fecha desconocida, con el fin de no estar ligado a las mismísimas leyes cuyo abandono desembocó en la peor de las guerras terrícolas y el Horror Postatómico. Irónicamente, aunque Nueva París tardó más que su planeta de origen en hundirse en la degradación... el resultado final fue similar y, a diferencia de la Tierra, Nueva París nunca se recobró.

Pero Dare consiguió que el consejo legal de la Flota Estelar presentara el caso de Yar. Al final, sin embargo, no fueron ni las habilidades del consejo legal ni la elocuente descripción hecha por Dare de la vida de la «niña» que él había rescatado, lo que le otorgó el derecho de permanecer en la Tierra: los más poderosos señores de la droga de Nueva París, a los que la Federación tuvo que reconocer a la fuerza como portavoces del planeta, ¡sencillamente no la querían!

—¿Qué es otra niña muerta de hambre? Ustedes la quieren, pues quédense con ella..., de hecho, ¡llévense a cualquiera de los otros parásitos que quieran marcharse con ustedes!

Sólo después de estar por fin segura en su nueva vida, pudo Yar comenzar a civilizarse y realizar su sueño de asistir a la academia de la Flota Estelar. La lucha por la mera supervivencia había concluido. Ante ella se abrían perspectivas completamente nuevas.

Al fin, por lo que parecía, el destino había vuelto un rostro amable hacia la joven a la que hasta entonces había despreciado. Cuando Darryl Adin regresó a la academia para hacer el curso de actualización en las últimas técnicas en seguridad, justo en el momento en que su preparación colocaba a Tasha en los mismos cursos, se habían redescubierto el uno al otro. La diferencia de edades entre ellos, tan importante cuando él era un oficial de la Flota Estelar y ella una adolescente aterrorizada, era insignificante ahora que Yar tenía casi veintitrés años. De forma inevitable, se habían enamorado.

Tampoco podrían haber escogido un momento mejor para hacerlo. En el pasado, los matrimonios dentro de la Flota Estelar eran arriesgados, a menudo condenados en el intento de hallar el equilibrio para dos carreras, obligando a la elección entre el rechazo de ascensos o las largas separaciones. En cualquiera de los casos, la presión doméstica sumada a un estilo de vida de por sí arriesgado, desembocaba en un índice desmedidamente alto de matrimonios rotos.

Pero ahora, en reconocimiento de la necesidad humana de tener una familia, la Flota Estelar estaba construyendo una nueva clase «Galáctica» de naves estelares, diseñadas para largos

viajes de exploración en las que familias enteras viajarían juntas. Darryl Adin y Tasha Yar habían presentado ambos su solicitud, tanto de permiso para casarse como para que los destinaran juntos a una nave de este tipo. La primera solicitud ya les había sido concedida: se casarían en la capilla de la academia en cuanto regresaran a la Tierra. Era aún demasiado pronto como para anunciar algo respecto a la segunda, pero los amigos que Dare tenía en el alto mando de la Flota Estelar le habían asegurado que mientras la competencia por otros puestos era la más feroz que jamás hubiesen visto, los solicitantes para cargos de seguridad eran pocos. Para las personas que eran lo bastante aventureras como para escoger una carrera en el cuerpo de seguridad de la Flota Estelar, una nave lo bastante segura como para llevar niños tenía poco atractivo.

Así que Yar no sólo abrigaba grandes esperanzas respecto a que ella y Dare podrían servir juntos, sino además formar una familia en la que los hijos tendrían cerca a ambos progenitores, todo dentro de la extensa familia de la Flota Estelar..., la única familia verdadera que ella había conocido.

Como era costumbre en los viajes de entrenamiento, la tripulación de la *Starbound* estaba constituida principalmente por cadetes recién graduados de la Flota Estelar, acompañados solamente por unos pocos oficiales veteranos. La misión que tenían era bastante importante: llevar suministros a una serie de planetas que se hallaban en las bien concurridas rutas estelares; aunque no era ni peligrosa ni crucial. Soportaron tormentas de iones, aprendieron a ceñirse a unas fechas previstas, y visitaron planetas cuyas condiciones eran muy diferentes de las de los planetas en los que se habían criado. Aprendieron a asumir sus responsabilidades, cuidar de la nave, y trabajar juntos en los grupos de expedición y descenso; esa fue su experiencia diaria. Cuando acabara el viaje de entrenamiento, serían enviados a sus primeros destinos en naves o estaciones estelares, cualificados ya como estarían para trabajar hombro con hombro con personal experimentado de la Flota Estelar.

Dare era uno de los oficiales veteranos de la *Starbound*, y desempeñaba el cargo de jefe de seguridad. Algunas de las amigas de Yar le habían advertido que el tener a su prometido como superior no daría buen resultado..., pero era mejor averiguarlo ahora que cuando ya estuvieran casados. Cuando la calamitosa predicción no se transformó en realidad, ella atribuyó los comentarios a celos. Ahora que ya había pasado más de la mitad del viaje de seis meses, habían cargado secretamente los cristales de dilitio en la Base Estelar 36 y puesto rumbo a la Tierra con su precioso cargamento y una embriagadora sensación de éxito.

Un día, Yar estaba en la sala de tiro intentando igualar la puntería de Dare con una pistola de un sólo disparo. Un arma física u otra arma de disparo continuo no era una verdadera prueba de destreza. El practicar con armas semejantes conducía al descuido en el disparo y al hábito de malgastar la carga del arma..., algo peligroso si uno no podía recargarla.

Así que el personal de seguridad practicaba con armas que disparaban breves destellos de luz hacia blancos fotosensibles. Yar era la mejor de su clase..., pero la puntería de Dare era legendaria. Había sido el campeón de la Flota Estelar durante los últimos nueve años, y nadie se le había ni siquiera aproximado.

La pistola de luz producía una leve detonación y el blanco emitía varias notas, dependiendo de dónde se le acertaba. Los disparos de Yar provocaban un monótono «boink» repetido al hacer ella blanco de forma constante dentro del círculo central de diez centímetros de diámetro que se encontraba a una distancia de treinta metros.

A esa distancia no podía ver el objetivo lo bastante bien como para discernir los impactos

hechos por sus aciertos, excepto que parecían repartidos otra vez. Retrocedió y miró el monitor que tenía por encima de la cabeza. En efecto, sus disparos estaban dispersos por la superficie del círculo central. Se sabía que Dare había llegado a acertar hasta quince disparos en el centro mismo, uno encima del otro, de forma que parecía que sólo había hecho blanco una vez.

Yar respiró profundamente, estiró los dedos y volvió a intentarlo. Seis disparos hicieron sonar la misma nota, pero el séptimo produjo un sonido más grave.

—Maldición —murmuró ella. Estaba empeorando.

—Es la tensión, amor.

Ella cerró los ojos, apretó las manos y la mandíbula, y con los dientes rechinando, dijo:

—Márchate, Dare. Sabes que detesto que te deslices a mis espaldas para espiarme.

—¿Por qué he podido hacerlo? —contraatacó él.

—Porque ésta no es una práctica de supervivencia en el simulador. Ésta es una práctica de puntería, estoy intentando concentrarme. Tienen que existir algunos lugares en los que una persona no tenga que preocuparse de ser atacada.

—¿Qué te parece mi camarote, cuando acabes tu siguiente turno?

—Eso está hecho. Ahora márchate y déjame trabajar.

—¿Es trabajo esto, Tasha? —Se le acercó por detrás, le puso sus fuertes manos sobre los hombros y dándole un masaje la relajó—. Estás trabajando demasiado. Relájate. La pistola es una extensión de tu mano. Apunta con ella como si fuera un dedo. Las prácticas de tiro son sólo un juego...

—¿Sólo un juego? ¿Eso me lo dice el hombre que anduvo alicaído durante tres días porque la computadora de la nave le ganó al ajedrez?

—Alguien de la tripulación anterior la programó para que hiciera trampa —le aseguró él con firmeza—. Sestok tuvo que reprogramarla. Y no me cambies de tema. No necesitas este tipo de precisión para derribar a un enemigo..., aquí sólo estás afinando tu destreza.

—Mmmm. No quieres que sea lo bastante buena como para vencerte. —Lo dijo con ligereza, pero había ocasiones en que Yar se tomaba a mal la naturaleza competitiva de Dare, especialmente cuando topaba con la suya propia. No conseguía hacerle entender la diferencia existente entre ellos dos: Dare jugaba para ganar. Yar trabajaba para sobrevivir. Pero su prometido comprendió los deseos de ella, si bien no sus motivaciones. Las manos de Dare aún descansaban, cariñosas, sobre sus hombros. Ahora la volvió para encararla consigo.

—Tasha —dijo—, quiero de verdad que seas tan buena como yo.

—¿No mejor?

La sonrisa de él era de burla para consigo mismo.

—¿Mejor que perfecta?

Ella rió entre dientes.

—Nadie es perfecto.

—No, no en todo. Pero hay algunas cosas... Tasha, ¿por qué crees que te espoleo? Yo quiero que seas feliz, y para ti eso significa perfeccionar tus habilidades como oficial de seguridad.

—No del todo. El tenerte a ti... —Dejó que la frase languideciera.

La sonrisa de Dare era dulce y abierta esta vez, y la besó. Ella se derritió en los brazos de él.

Cuando se separaron, él susurró:

—¿Estás relajada ahora? ¿Te sientes feliz?

—Mmmm.

—Vuelve a probar tu puntería.

—¡Dare! —Ella se puso rígida, se sentía ofendida.

—Vamos —la instó él—. Es una orden, alférez.

—Maldito seas —masculló ella entre dientes..., pero con la voz lo bastante alta como para que pudiera oírla su oficial superior, a pesar de ser Dare... Dio media vuelta, y acertó quince disparos seguidos en el centro del blanco.

Dare estaba contemplando el monitor cuando ella se volvió a mirarlo. Él le sonrió.

—Tu mejor marca.

Ella alzó los ojos. Ciertamente, todos los disparos estaban dentro de un radio de cinco centímetros. Cuando miró a Dare, tan vanidoso y satisfecho de sí mismo, la furia contra él y la alegría por su propia actuación se combinaron para impedirle hablar.

—Ahora —dijo Dare—, dime que no te imaginabas que era yo a quien le estabas disparando.

Yar boqueó.

—¡Por supuesto que no! Y no es que no te lo hubieras merecido si lo hubiese hecho.

—Ésta es mi chica lista —aprobó Dare—. Utiliza tus sentimientos..., no permitas que ellos te utilicen a ti. Nos veremos después de la guardia.

Y la dejó allí, medio indignada, medio excitada, medio deleitada, medio confundida... y sin siquiera pensar en cuántas mitades sumaba eso puesto que de todas maneras ya tenía bastantes emociones agitándose en su interior.

Más tarde, cuando ambos habían acabado sus turnos de trabajo y estaban relajándose en el camarote de Dare, ella le preguntó:

—¿Utilizas con todos los cadetes en entrenamiento la misma técnica que empleaste hoy conmigo?

Él se echó a reír.

—No creo que fuera a funcionar muy bien con Henderson, ¿no te parece?

Jack Henderson era más de una cabeza más alto que Dare y tenía la constitución de un cargador de muelle. Lo que le faltaba en agilidad lo compensaba con su peso y masa muscular. Cuando tenía posibilidad de plantarse con firmeza sobre los pies, ninguno de los miembros del personal de seguridad de a bordo de la *Starbound* era capaz de derribarlo, ni siquiera Darryl Adin.

—¿Todas las cadetes femeninas, entonces?

—Sufrí un pinzamiento nervioso estando de servicio, Tasha; no me gustaría provocarlo por descuido —contestó él.

—Ah, sí... T'Seya.

—Además —continuó Dare—, el enseñar los procedimientos de seguridad es como estar en el campo de batalla: uno utiliza lo que hay y lo adapta a su objetivo.

—Ah... ¿así que estás pensando en mí como en un objetivo?

Él no respondió de inmediato, sino que la estudió durante un momento. Llevaba puesta una túnica de meditación, y estaba sentado sobre su litera con las piernas cruzadas. La *Starbound* era una nave pequeña, y a pesar de que el jefe de seguridad tenía un camarote privado, éste no era ni grande ni lujoso. Había sólo dos asientos, un cómodo sillón en el que estaba sentada Yar, y la silla del escritorio, de respaldo recto.

Yar aún llevaba puesto el uniforme porque había acudido allí directamente al acabar su guardia, la cual había pasado por la aburrida pero necesaria tarea de hacer un inventario de las armas. Sorprendentemente, encontró siete pistolas fásicas que no funcionaban y las

envió a mantenimiento.

Dare la contempló durante unos momentos, con sus ojos oscuros e imposibles de interpretar en la tenue luz del camarote. Su pelo castaño dorado tenía el aspecto suave y suelto de haber sido lavado recientemente. Peinado sin raya, le caía sobre la frente como el de un niño, suavizando sus duras facciones. Lo que Yar quería hacer de verdad era sentarse junto a él y pasarle los dedos entre el cabello, y luego dejar que Dare la hiciera olvidar todo, excepto a ellos dos. Pero algo la retuvo en el sillón..., tal vez la penetrante mirada de él.

Al final, Dare preguntó:

—¿Estás enfadada conmigo, Tasha?

—No lo sé.

—Eso parece una respuesta sincera. Pero sí que estás enfadada.

—No juegues a consejero de la nave, Dare. No estás más cualificado que yo para eso.

Los ojos de él se abrieron de par en par, y en su boca apareció una sonrisa de disculpa. En momentos así ella le parecía más hermosa, cuando los rasgos se le suavizaban.

—Así que es eso. Lo siento, Tasha. Pensaste que esta tarde estaba jugando con tus sentimientos.

—¿Y no lo estabas haciendo?

—No. Y sí.

—Eso sí que no parece una respuesta sincera.

—Sí, en la medida en que quería romper tu tensión nerviosa y despertar tu espíritu competitivo... como lo intentaría con cualquier otro en esa situación. No, en la medida en que jamás pensé en utilizar mi derecho a tocarte... —volvió a sonreír—, mi deseo de tocarte... fue algo personalizado sin ser personal.

—¿Qué?

—Te alenté a utilizar técnicas que tú ya dominas. Tasha, no es de extrañar que te enfades con facilidad, considerando la primera época de tu vida. Pero tú has aprendido a darle un uso positivo a ese enfado... y yo no he tenido participación ninguna en eso. Cuando te dejé en la Tierra, eras como un cohete cargado, a punto de salir en cualquier dirección, con cualquier excusa. Cuando volví, me encontré con una mujer joven, fuerte y hermosa en la que puede confiarse para que actúe con prudencia.

—No era eso lo que decían mis instructores —señaló ella.

—Estilo, Tasha, eso es todo. Tu estilo es el actuar con rapidez. También lo es el mío. Los dos somos supervivientes, amor. Por eso formamos un equipo tan bueno.

—Yo pensaba que se suponía que los polos opuestos se atraían.

—Bueno, pues... creo que tenemos bastantes diferencias como para hacer que la vida resulte interesante —replicó él con su voz más insinuante.

Yar no pudo evitar echarse a reír. Dare siempre podía atravesarle las defensas. ¡No era de extrañar que pudiese amarle! Ella abandonó el sillón por la calidez de los expectantes brazos de él.

Puede que Darryl Adin fuera competitivo en todas las otras áreas de la existencia, pero era tremendamente generoso en la intimidad con ella y le daba a Yar la ternura y atenciones que ella necesitaba de forma tan desesperada. Él era su primer amor y primer amante, porque a pesar de que los años de terapia que había recibido gracias a la Flota Estelar la libraron del miedo y la desconfianza de los hombres que se había llevado de su vida en Nueva París, ella nunca había ido más allá de la amistad con ningún hombre hasta la reaparición de Dare en su existencia.

Ahora le resultaba increíble pensar que cuando él la rescató, la triste y sórdida expectativa



de ella era que él la usase. Se había sentido tanto atraída como aterrorizada por él, y sus aprensiones aumentaban a medida que avanzaba el viaje y la aseaban, le daban una nutrición adecuada y le arreglaban la dentadura. Temía que para el momento en que estuviera a la altura de las exigencias de Dare, iba a deberle lo que fuera que él deseara porque lo había aceptado todo, incluida su constante atención.

Finalmente, incapaz de soportar el suspenso por más tiempo, cuando él la despidió después de la clase de aritmética, ella había estallado.

—¿Cuándo lo vas a hacer? ¿Cuándo empezaré a pagar por la ropa, los medicamentos, las clases? ¿Todavía no soy lo bastante buena para ti, lo bastante limpia, lo bastante inteligente?

Y él la había mirado con un desconcierto tal, sus expresivos ojos tan claramente perplejos, que por primera vez Tasha supo, creyó de verdad, que él no esperaba ningún pago en absoluto.

Mientras ella aún estaba asimilando eso, Dare se dio cuenta de qué quería decir, qué miedos había estado ocultando, y su boca se abrió con horror y lástima.

—Oh, Tasha —murmuró—. ¡Oh, niña... no! Nadie va a hacerte ningún daño, nunca más. Pensaba que lo entendías. Nosotros no somos así.

Él comenzó a alargar una mano hacia ella, se dio cuenta de que podía malinterpretar el gesto, y se apartó..., pero no antes de que ella viera el dolor que le había causado con la inmerecida acusación.

Y se había sentido igual de desconcertada que él, y la incomprensible sensación de rechazo no era la menor de las causas de ese desconcierto.

Fue sólo años más tarde, cuando volvieron a encontrarse como adultos, que ella se dio cuenta de lo infundadas que habían sido sus sospechas... y cómo habían actuado a través de los años incluso cuando volvieron a reunirse, evitando que él reconociera sus propios sentimientos hasta que ella tomó la iniciativa. Claro que si había una cualidad que Tasha Yar tenía en abundancia, era la iniciativa.

Otra era su sentido de la responsabilidad. Por eso, aquella noche en particular, cuando estaban en la *Starbound*, a pesar de que le habría encantado pasar toda la convencional noche con Dare, se marchó temprano porque al día siguiente había un cambio rutinario de programa que la ponía en la primera guardia. Mientras se preparaba para marcharse, comentó:

—Mañana tenemos más inventarios. Todos detestan los inventarios, pero al menos hoy estuvo justificado.

—¿Qué? —preguntó Dare, evidentemente más interesado en mirarla a ella que en lo que estaba diciendo.

Ella le habló de las siete armas fásicas defectuosas... y de forma repentina él fijó toda su atención en sus palabras.

—¡¡Siete!! Tasha, eso es un número demasiado alto como para que pueda tratarse de una coincidencia. Alguien está utilizándolas mal.

—¿Cómo? La mayoría de ellas no han sido utilizadas en absoluto.

—Entonces, están mal guardadas.

—No lo están, Dare. Estaban guardadas correctamente en las unidades de carga. —Ella parpadeó—. ¿Podrían ser las unidades las defectuosas? No se me ocurrió adelantarme en la lista de comprobaciones prevista. Para serte sincera, no se me pasó por la cabeza que hubiera nada fuera de lo corriente en encontrar siete pistolas fásicas defectuosas en un total de cincuenta. Quiero decir que... el encontrarlas y repararlas es la finalidad del inventario,

¿verdad?

—Verdad..., pero sólo puede saberse por experiencia que una o dos ya constituyen algo bastante insólito, cuando llevamos sólo cuatro meses fuera de la Tierra. Por eso estoy yo aquí, Tasha. Dentro de dos días, los informes de inventario estarían completos y me los entregarían a mí, y entonces yo habría detectado la anomalía. Dado que tú me lo has contado, mañana inspeccionaré la armería en persona.

A la mañana siguiente, Dare se reunió con Yar y los otros dos cadetes de seguridad que realizaban el inventario. Para cuando hubieron acabado, él estaba pálido y tenía los labios apretados. La furia apenas contenida convirtió su rostro en una máscara amenazadora tal que los otros dos cadetes estaban temblando. Pero Yar sabía que esa furia no estaba dirigida contra ellos... sino contra la aún desconocida fuente de la anomalía hallada en la armería.

No sólo había dañadas otras cinco armas fásicas de mano, sino que todos sus depósitos estaban completamente descargados..., inservibles. Dare realizó él mismo las comprobaciones, mientras su voz se volvía más tensa con cada descubrimiento. El factor desconcertante era que todo funcionaba ahora a la perfección.

—Tasha —ordenó—, inspeccione la lista de operarios y busque a todos los que han trabajado aquí desde que se realizó el último inventario. Reúnalos a todos en la sala principal de juntas a las nueve de mañana por la mañana. En el entretanto, tenemos que recargar tantas unidades como nos sea posible. Llame a Bosinney de ingeniería. ¡Quiero saber qué provocó que se fundieran piezas y se produjeran estas fugas de energía! No servirá de nada recargar las unidades si vuelven a descargarse solas.

—Responsable de seguridad... —dijo Yar, vacilante.

Ante aquel uso formal, la cabeza de Dare se levantó de forma brusca.

—¿Quiere decir que lo haga después de informar a la capitán? —inquirió Yar.

Durante un momento su furia se volvió contra ella..., pero Dare tenía muchos años de experiencia en el control de su temperamento, y casi de inmediato, dijo:

—Sí, podría tratarse de una transgresión de seguridad, alférez. Informe usted a la capitán Jarvis. Yo llamaré a ingeniería.

Yar no se sorprendió de que Dare solicitara la presencia del joven alférez, Bosinney, en lugar de la del jefe de ingenieros Nichols; el viaje de entrenamiento era una forma de facilitar las cosas a un hombre que estaba perdiendo su eficiencia de otra época, durante los últimos meses que le faltaban para retirarse con la pensión completa. Bosinney era un genio en mecánica y electrónica, y dado que nadie del departamento de ingeniería formaba parte de la estructura de mando, no existía ningún peligro para la nave en esta deferencia de la Flota Estelar.

Cuando Yar informó a la capitán Enid Jarvis del desastre acaecido con el armamento, ella insistió en acompañar a la alférez a la armería. Para entonces, George Bosinney ya se encontraba allí, desmontando una de las unidades de carga y realizando una comprobación. Bosinney era uno de esos jóvenes malditos tocados no sólo con el genio sino con una apariencia más joven de la correspondiente a su edad. Con apenas veinte años, era el graduado más joven de su clase, pero cualquiera que lo viese sin uniforme pensaría que tenía dieciséis años en el mejor de los casos. Era desgarrado y flaco, con la piel aún sonrojada y una voz que todavía no había cambiado del todo, pero las manos que trabajaban sobre paneles y conectores eran seguras y fuertes.

—¿Qué ha sucedido? —le preguntó la capitán a Dare.

—Eso es lo que estamos intentando averiguar.

—¡Adin! —La voz de Bosinney tenía un tono aún más agudo del habitual a causa de la

emoción—. ¡Mire este interruptor automático!

Dare lo miró de hito en hito, perplejo. Tampoco Yar pudo ver nada extraño en la pieza que el muchacho había extraído.

Fue Jarvis quien exigió saber:

—Y bien..., ¿qué le sucede?

Bosinney se atragantó, pero se mantuvo firme.

—El nivel de energía es incorrecto..., demasiado bajo para esta conexión.

—Eso sólo significa que explotaría y tiene que ser reajustado —dijo Jarvis.

—Pero en este viaje —observó Dare—, el personal de la armería ha cambiado casi a diario.

—¡Es verdad! —exclamó Yar—. Yo estuve destinada a dos guardias aquí, y luego en la sección de energía auxiliar.

—¿Con qué frecuencia se dispararía ese interruptor automático? —preguntó Jarvis.

—Cada vez que se produjera una sobrecarga —contestó Bosinney—. Estará en el diario de a bordo... —Se encaminó hacia el terminal de la computadora y puso en pantalla cartas y gráficos que pasaban demasiado deprisa como para que Yar pudiera extraer sentido a lo que no era su especialidad.

—Por término medio —dijo Bosinney—, el interruptor fue reajustado cada dos coma seis días. De hecho, presenta una pauta aleatoria que va desde cero coma ocho a cinco coma cuatro. Y aquí —señaló con una mano un punto bajo de un descenso en forma de cuña de uno de los gráficos, y con la otra, las entradas del diario de la armería—, donde se fundió dos veces en un mismo día; no sucedió estando de servicio la misma persona.

—Pero, ¿cómo pudo dañar tantas armas una pérdida de energía que tuvo lugar sólo cada dos días? —preguntó Yar—. Todas poseen circuitos de emergencia.

—Creo que ya lo sé —dijo Bosinney, y puso más gráficos en pantalla—. Sí..., eso es. Las fluctuaciones de energía reducen la vida de los acumuladores. Quedaron parcialmente descargados hasta que alguien se dio cuenta y reajustó los interruptores, pero no llegaron a ser descargados del todo y luego recargados. Una o dos veces no causaría problemas, pero esta pauta de pequeñas descargas y recargas se dio con frecuencia. Finalmente dañó a los acumuladores y eso permitió que los depósitos se descargaran.

—Reemplace los condensadores dañados —dijo Jarvis—. Adin, ¿cuánto se tardará en recargar los depósitos?

—No más de...

Se vio interrumpido por las luces de alerta que comenzaron a parpadear.

El intercomunicador se encendió con un chasquido.

—Alerta amarilla. Se aproxima nave no identificada..., no responde a las frecuencias de llamada. Capitán al puente, por favor. ¡Alerta amarilla! —La voz era joven y femenina, agudizada por la tensión.

Darryl Adin y Enid Jarvis, veteranos oficiales al mando, se miraron entre sí durante un momento. El entrecejo fruncido de Dare resultaba inquietante.

—Yo no creo en las coincidencias. Aconseje una inspección de todo el armamento.

Jarvis se encaminó hacia el intercomunicador.

—Aquí Jarvis. Pasen a alerta roja, activen escudos. Realicen una inspección de todos los sistemas de armamento. Voy hacia allí.

Antes de que la puerta de la armería se abriese al acercarse la capitán, la sirena comenzó a sonar y las luces intermitentes cambiaron a rojo. La voz que hablaba por el intercomunicador era ahora temblorosa, pero transmitió el mensaje.

—Alerta roja. Todo el personal a sus puestos de batalla. Esto no es un simulacro. Alerta

roja.

Luego Dare se acercó al intercomunicador.

—Personal de seguridad, acudan a la armería. —Se volvió a mirar a Yar—. Alférez..., ocupe el puesto de seguridad del puente. Yo tengo que decidir a quién darles las armas que tengamos en condiciones de funcionamiento. ¿Quién está ahora allí arriba?

Yar miró la lista de guardia.

—Henderson.

Dare le entregó dos armas fásicas.

—No es nuestro mejor tirador, pero es duro y no se deja vencer por el pánico. Manténgalo con usted. Siempre podrá esconderse tras él, si fuera necesario.

—Dare... ¡no creerás que exista peligro de que nos aborden! —exclamó Yar.

—Tenemos que prepararnos para cualquier eventualidad. Ya tiene sus órdenes, alférez.

Lo que sucedió durante la hora siguiente se convertiría para Tasha Yar en una pesadilla, muchísimo más que la ilusión inducida de la prueba de Príamo IV. La *Starbound* era una pequeña nave de entrenamiento, no de batalla. A pesar de que las sospechas de Dare resultaron ser infundadas, y de que las armas externas funcionaban a la perfección, el armamento de la *Starbound* estaba destinado a ser un elemento disuasivo para peligros leves. A pesar de una generación de paz y abundancia, las disputas políticas y religiosas continuaban estallando ocasionalmente en forma de guerras o terrorismo..., aunque el itinerario de la *Starbound* la mantenía bien alejada de los territorios en disputa.

Luego estaban los contrabandistas: se prohibía cualquier cosa en un planeta, y alguien lo traía desde otro. Los «mercaderes independientes», por supuesto, podían encontrarse por todas partes, pero dado que utilizaban naves muy pequeñas y veloces, no podían llevar armamento para atacar a una nave estelar, ni siquiera a una pequeña nave de entrenamiento. Así pues, en este área del espacio no debería de haber nada hostil para la *Starbound*. Cuando habían cargado el dilitio un mes antes, seguridad les había informado que nadie podía estar enterado de la existencia del precioso cargamento. Pero, entonces, ¿qué estaba haciendo una nave de espacio profundo en un curso que interceptaba el de ellos, viajando a velocidad hiperespacial, negándose a responder a sus solicitudes de identificación?

Cuando Jarvis y Yar llegaron al puente, los jóvenes tripulantes ya estaban nerviosos. Jarvis ocupó el asiento del mando, para manifiesto alivio del joven aspirante que ocupaba el puesto. Yar se encaminó hacia el terminal de seguridad. Jack Henderson se retiró encantado para dejarle espacio con el fin de que estudiara el panel, al tiempo que decía:

—¿Crees que deberíamos llamar a Adin?

—Está ocupado en la armería —repuso Yar—. Toma..., he traído la tuya.

Él miró el arma.

—¿Dare cree que será necesario...?

—Hay que estar preparados —respondió Yar. El panel que tenía ante sí mostraba la solicitud de identificación emitida hacia la nave que se aproximaba, en todas las frecuencias, con los circuitos traductores encendidos de forma que pudieran interpretarlo en prácticamente cualquier idioma—. No hay respuesta en ninguna frecuencia, capitán —informó.

En otra pantalla, las lecturas de los sensores pertenecientes a la nave que se acercaba eran presentadas en tres dimensiones, y los datos aumentaban a medida que decrecía la distancia entre ellos.

—Podrían tener las comunicaciones cerradas —dijo Jarvis con calma—. Navegación, cambie el curso a cero cero siete punto seis.

—Curso fijado.

—La nave que se aproxima ha cambiado el curso para compensar —informó Yar cuando los datos aparecieron en las pantallas—. Continúa en un curso de intersección.

—¿Puede identificarla? —preguntó la capitán.

—No tiene ninguna señal identificativa —contestó Yar—. Por la forma parece una nave de espacio profundo, de aproximadamente el triple de tamaño de la *Starbound*. Ninguna característica visible que identifique su origen. Señorita Sethan —le dijo a la diminuta oficial científica hermanita—, ¿puede obtener lecturas de formas de vida?

—Numerosas formas de vida —informó Sethan—. A esta distancia, los instrumentos aún no pueden distinguir...

—¡Están disparándonos!

El grito provenía del navegante.

—Armen torpedos de fotones. Envíe una llamada de socorro a cualquier nave de la Flota Estelar que esté al alcance: «Nave de entrenamiento *Starbound* bajo ataque de nave no identificada» —dijo la capitán Jarvis.

Yar dijo: «mensaje enviado» justo antes de que los alcanzara el primer disparo.

La nave se zarandeo con el impacto, pero los escudos resistieron... tres descargas.

La *Starbound* respondió al ataque, pero los torpedos de fotones detonaron fútilmente contra los escudos de los atacantes.

—¡Capitán —informó Yar—, han anulado la radio subespacial!

—Continúe enviando el mensaje, alférez —fue la tranquila respuesta de Jarvis.

Yar dejó la señal en automático.

—Escudos frontales de estribor funcionando sólo a un treinta y cinco por ciento —advirtió.

—Cambie de curso —ordenó la capitán—. Uno cero tres punto diecisiete, factor hiperespacial tres. Veamos si podemos superarlos en velocidad.

La maniobra colocó los intactos escudos de popa entre la *Starbound* y su atacante. Sin embargo, la nave enemiga los persiguió, igualando fácilmente su velocidad, factor hiperespacial, cuatro..., cinco..., cinco coma ocho...

—¡Motores hiperespaciales sobrecargados! —fue la advertencia que llegó de Nichols en ingeniería—. Bosinney, ¿qué demonios estás...?

—Bosinney está en la armería —lo interrumpió Yar.

—¡Maldición! ¡Envíalo abajo para que cuide esos motores! Si alguien puede sacarles un factor hiperespacial seis, es él.

Para cuando Yar se volvió, la capitán estaba mirándola.

—Hágalo.

La nave se sacudió a causa de otro impacto.

—Sólo nos quedan tres torpedos —informó el navegante con voz asustada en el momento en que Yar transmitía el mensaje para enviar a Bosinney a ingeniería.

—¡Vaya, muchacho! —oyó que Dare le decía a Bosinney; y luego, su voz un poco más clara cuando se volvió hacia el intercomunicador—. Personal de seguridad armado y desplegado en transportador y cubierta de lanzaderas, y al menos un arma física enviada a cada departamento. Yo voy de camino al puente con armas para todos ustedes.

La *Starbound* era demasiado pequeña como para tener un turboascensor. Para cuando Dare llegó al puente, Jarvis había lanzado el último de los torpedos y sólo los escudos se interponían entre ellos y el enemigo.

Una de las pantallas de Yar se puso blanca a causa de la sobrecarga. Cuando quedó oscura, ella informó:

—Escudo de popa desactivado, capitán.

—Capitán —informó Sethan, que había estado trabajando en sus controles durante todo este tiempo—. Tengo la identificación de las formas de vida de la nave hostil. Sangre con base de cobre. Por el tamaño, la temperatura corporal, la atmósfera de la nave y la configuración de ataque... —Hizo girar su asiento en una actitud que ya anunciaba el destino de todos ellos—, sólo pueden ser oriones.

«Esto no está sucediendo —pensó Yar—. Es otra prueba... ¡tiene que serlo! Los oriones nunca se adentran tanto en el territorio de la Federación.»

Pero mientras el interior de su mente intentaba negarlo, la conciencia se esforzaba por mantenerse al máximo nivel de eficiencia.

—Ingeniería informa de daños en el motor hiperespacial de babor a causa de este último disparo, capitán. Estamos perdiendo energía.

—Perdemos velocidad —informó el navegante—. Factor hiperespacial cuatro coma seis. Factor cuatro. Factor tres coma cinco..., nos mantenemos.

—¡La nave enemiga se nos acerca! —dijo Yar.

—Nos rendimos —dijo la capitán Jarvis.

—¿Capitán? —Yar habló sin pensar.

Jarvis hizo girar su asiento para encararse con Yar.

—¡Nos rendimos, alférez! No nos quedan armas, nuestros motores están dañados, y nuestra señal de socorro está bloqueada. Si los oriones nos atrapan con vida, la Flota Estelar tendrá una posibilidad de rescatarnos.

Yar contuvo la respuesta inmediata: «Si pueden encontrarnos».

—Es mejor estar vivo —dijo Dare, pero su atormentado rostro mostraba cuánto detestaba él reconocer la derrota—. Siempre es mejor estar vivo.

Tenía razón, por supuesto. Existía una sola razón para que los oriones corrieran un riesgo como éste: tenían que estar enterados de que llevaban el cargamento de dilitio. Los esclavos no valían la pena de una incursión tan profunda en el territorio de la Federación..., lo que significaba que las personas eran prescindibles. Si no se rendían, los oriones se limitarían a reducir la maltrecha *Starbound* a chatarra y luego extraerían de sus restos los indestructibles cristales de dilitio.

Antes de haber concluido de pensar todo esto, la reticente mano de Yar había activado la emisión de la señal de rendición.

Lo que siguió fue...

—¡No hay respuesta! —informó, atónita—. Capitán... ¡no acusan recibo de nuestra rendición!

—¿Qué demonios? —exigió saber Dare al tiempo que apartaba de un empujón a Yar de la consola de seguridad. Volvió a comprobar la señal—. Está transmitiendo, y la señal luminosa está activada en caso de que su bloqueo no les permita captar nuestra señal de radio. ¿Qué pueden querer?

Lo que querían los oriones, al parecer, era inutilizar del todo a la *Starbound*. Lanzaron otra andanada de torpedos contra la indefensa nave de entrenamiento, luego se colocaron junto a ella y la abordaron a través de un tubo de ataque conectado a la escotilla de la cubierta de lanzaderas. Puesto que la rendición no había sido aceptada, seguridad y otros tripulantes armados los recibieron allí. Con sólo armas físicas de mano operativas, tenían pocas posibilidades contra las armas físicas explosivas de los oriones.

—Dare —objetó Yar mientras observaban la carnicería a través del monitor de la nave—, ¿no deberíamos enviar al personal del transportador ahora que...?

—¡Eso es lo que ellos esperaban que hiciéramos, alférez! —la interrumpió él—. ¡Ahí llegan!

En efecto, los oriones estaban ahora transportándose a bordo... y los aspirantes de seguridad que Dare había colocado allí les dispararon antes de que tuvieran tiempo de materializarse.

—¡Buen trabajo! —les dijo él a través del intercomunicador—. Permanezcan allí durante un momento...

—¡Dare! —exclamó Yar con voz ahogada, al tiempo que dirigía la atención de él hacia la pantalla que mostraba el caos en que se había transformado ingeniería. Los oriones estaban transportándose directamente allí; era obvio que habían sondeado con minuciosidad la *Starbound*, puesto que tenía los escudos bajos, y no les hacía falta dirigirse a la plataforma del transportador.

—¡Formen un círculo! —ordenó Dare de inmediato.

Ni siquiera la capitán Jarvis cuestionó la orden, y todos se encontraban en el perímetro del puente cuando un grupo de oriones apareció en el centro. Con una fría sonrisa, Dare fue el primero en disparar, pero el resto de la tripulación del puente no tardó en imitarlo y el grupo de abordaje cayó tan pronto se hubo materializado.

Durante unos instantes gloriosos, Yar pensó que la tripulación de la *Starbound* aún podría alejar a los piratas.

Pero ahora los oriones estaban materializándose por todas partes y continuaban entrando de forma constante a través de la cubierta de lanzaderas. Y donde entraban, mataban.

En los monitores, la tripulación del puente siguió el avance de un contingente de oriones hacia ellos. Al acercarse los enemigos, los miembros de la Flota Estelar se prepararon. Habían bloqueado las puertas del corredor, por supuesto, pero bastó una descarga explosiva para fundirlas. Los oriones irrumpieron en el puente.

Parapetados detrás de las consolas centrales, los tripulantes dieron buena cuenta de los intrusos, pero sin un armamento completo no tenían ninguna posibilidad. Henderson cayó, luego la capitán Jarvis. El jefe de ingenieros Nichols profirió una sonora imprecación al atravesar a uno de los oriones de lleno en el centro del peto... pero su voz se cortó en seco cuando el disparo de otro le voló un lado de la cabeza, y la sangre y los sesos salpicaron a Yar y Sethan.

Dare disparaba con serenidad, haciendo blanco a cada disparo... pero, ¿para qué?

La pistola física de Yar estaba descargada. Ella la dejó caer, se escabulló por detrás del cuerpo de la capitán para buscar la que esta había dejado caer... y gritó:

—¡Dare, cuidado! —cuando uno de los oriones caído en el centro del puente se movió, apuntando hacia el jefe de seguridad.

Dare se volvió, acertó a ese orión, pero quedó expuesto a uno de los que estaba en la puerta, quien le acertó en la espalda.

Al caer su prometido, Yar sintió que algo en ella se helaba. Se puso de rodillas, apuntó al que había disparado a Dare, y le atravesó la frente. Y continuó disparando hasta que esa pistola física quedó descargada, y ella fue la última de los tripulantes del puente que cayó, al recibir un golpe de revés del orión que finalmente la capturó. Se golpeó contra la pared, y se apoderó de ella una bendita inconsciencia.

Tasha Yar recobró el conocimiento en la enfermería de la *Starbound*, con el peor dolor de cabeza de su vida. Tenía una conmoción, le informó el doctor Trent, y le aplicó un instrumento detrás de la oreja, el cual acabó rápidamente con el dolor de cabeza.

Pero no con el de su corazón.

—Doctor... ¿qué ha sucedido? —exigió saber.

—Los oriones se han marchado —le informó el médico con rabia—. Se llevaron los cristales de dilitio. Resulta que llevábamos un cargamento que el alto mando de la Flota Estelar pensaba que estaría a salvo a bordo porque nadie esperaría que estuviese aquí... ¡malditos sean sus diminutos corazones de bronce!

—Pero... ¿nos han dejado aquí?

—El personal de la Flota Estelar no sirve para la esclavitud —explicó el médico con amargura—. Demasiado decidido y con una voluntad de hierro.

—¿Cuántos han sobrevivido? —preguntó Yar, mientras las escenas de la carnicería volvían a su renuente memoria.

—La mayoría de los aspirantes.

—Estamos vivos —dijo Yar al tiempo que apartaba de su mente el hecho de que Dare no lo estaba—. Todavía podemos regresar a la Tierra. —Se sentó—. ¿Quién está al mando? ¿La capitán...?

—Muerta. Han matado a todos los oficiales veteranos excepto a Adin y a mí, y dado que él está inconsciente, supongo que eso me deja al mando a mí.

Tasha Yar oyó sólo una cosa de la frase del doctor Trent.

—¿Adin está vivo? ¿Dónde se encuentra?

—¡Eh... no debería levantarse aún! —comenzó a decir el médico. Luego—: Qué demonios..., de todas formas estaremos todos muertos dentro de pocos días. Adin está...

Yar encontró a Dare en una de los bancos de asistencia vital de la enfermería, pálido como la cera y respirando apenas. Una enfermera le explicó:

—La programación que utilizan los oriones mata al instante si apuntan al cerebro. Pero si disparan en otra zona del cuerpo, la persona puede ser revivida con asistencia vital... en algunos casos. —Desvió su triste mirada de Dare hacia los demás pacientes en el mismo estado—. Mentalidad de esclavistas, supongo. Después de veinte o treinta minutos, el cerebro de la víctima muere. —Una lágrima escapó a su control—. ¡Hemos perdido al menos a diez personas porque no teníamos bastantes bancos de asistencia vital, ni personal para salvarlas!

Pero las pérdidas inmediatas no eran lo peor del asunto. Una vez que le aseguraron que Dare aún tardaría horas en recobrar el conocimiento a pesar de que sobreviviría sin secuelas, Yar se dispuso a comprobar la situación de la nave. Las pocas personas que se movían por ella habían estado conscientes hasta el final... y sus informes eran horripilantes. Los oriones habían dejado ileso a la mayoría del personal médico, pero se trataba de una falsa consideración. Se habían llevado no sólo los cristales de dilitio de la bodega, sino también los que había en los propios motores hiperespaciales de la *Starbound*... y luego destrozaron metódicamente los motores de impulso, la única lanzadera, y las cápsulas de salvamento. También se habían llevado componentes irremplazables de la radio subespacial para que la nave no pudiese solicitar ayuda. Finalmente, habían examinado a todas las víctimas gravemente heridas y dispararon a casi todos los oficiales en la cabeza... excepto a Adin, al oficial jefe médico y a dos enfermeras experimentadas.

Cuando los piratas se marcharon, los médicos trabajaron con toda el alma para salvar tantas vidas como les fuese posible... sólo para enterarse de que los habían condenado a una muerte prolongada. Sin tener en funcionamiento ni los motores hiperespaciales ni los de impulso, el sistema de soporte vital iba a fallar al cabo de seis días... y para cuando la Flota Estelar empezara a preguntarse por qué la *Starbound* llegaba tarde a su siguiente planeta de destino, todos los de a bordo llevarían varios días muertos.



Yar deambulaba por los corredores, angustiada, buscando a alguien —a cualquiera— que tuviese una idea que pudiera salvarlos. Pero los aspirantes estaban demasiado aturdidos como para pensar, y no quedaba ningún veterano para orientarlos.

Excepto Dare.

¿Cómo había sobrevivido? Todo lo que Yar podía recordar era que le habían disparado en la espalda. Él había caído hacia adelante, encima de otros miembros de la tripulación del puente. Quizá los oriones no le habían dado la vuelta para mirarle la cara o la insignia. Comoquiera que hubiese sucedido, Yar susurró una oración de agradecimiento a cualquier dios que pudiese haber intervenido en su salvación. Aunque sólo fuera para que ella y él pudieran morir juntos.

Pero Darryl Adin no era un hombre que aceptara la muerte sin luchar. Una y otra vez, Dare les había repetido a los aspirantes:

—Aprendan a sobrevivir. Su trabajo es el proteger a otras personas... ¿Cuánta protección puede proporcionar un guardia de seguridad muerto?

Yar se encontraba sentada junto a la cama de Dare cuando él recobró el conocimiento..., y a pesar de las advertencias del doctor Trent de que necesitaba descansar, pronto les sacó la información referente al estado en que los oriones habían dejado a la *Starbound*.

—¿Quién está al mando? —exigió saber de inmediato.

—Supongo que usted —le contestó el doctor Trent.

—Pero, ¿quién está a cargo del mando efectivo?

—Nadie, en realidad —le dijo Yar—. Karin Orlov y Brian Hayakawa se encuentran en el puente intentando montar alguna clase de transmisor pero, sin la tecnología subespacial, la posibilidad de que una señal llegue hasta otra nave antes de que...

—¿Cualquier posibilidad es mejor que ninguna! —la interrumpió Dare—. ¿Quién más ha emprendido la acción?

—Eh... ¿quién más ha qué...?

Dare se sentó y bajó las piernas por el borde de la cama.

—¡No está usted en condiciones de levantarse! —protestó el doctor Trent cuando Dare profirió un brusco gemido.

Dare abrió los ojos e inmovilizó al médico con su torva mirada.

—Si no lo hago yo, ¿quién lo hará? A usted lo necesitan aquí, y los aspirantes carecen de experiencia. ¿Quién ha sobrevivido de ingeniería?

—T'Irnya, Zkun, Donal y Bosinney, pero...

—¿Dónde está Bosinney?

—Señor Adin —intervino el doctor Trent—, el alférez Bosinney está herido. No podrá trabajar en los motores, si tenía usted eso en mente.

—¿Por qué no? ¿Está inconsciente?

—No, pero tuve que sedarlo. Cuando los oriones irrumpieron en ingeniería y la tripulación agotó sus armas físicas, utilizaron sus herramientas como armas. Bosinney tenía un soldador, uno de los oriones intentó arrebatárselo con un disparo y destruyó la mano derecha de Bosinney.

—Oh, Dios —dijo Dare al tiempo que bajaba la mirada hasta sus propias manos que descansaban sobre el regazo—. Si no puede hacer el trabajo... al menos podrá dirigirlo. No le pasa nada a su cerebro, según deduzco.

—Sufre un shock grave —dijo Trent demostrando enfado.

—Bueno, pues la mejor forma de sacarlo de él —dijo Dare—, es hacerlo volver al trabajo.

¿Puede desplazarse?

—¡Señor Adin! —objetó el médico.

Dare se puso en pie, tambaleante pero decidido.

—Si existe una posibilidad de restaurar la energía de impulso, George Bosinney es el único que puede hacerlo. Lo siento si ofendí su sensibilidad, doctor, pero si no podemos restaurar la energía de impulso, estaremos todos muertos en breve. Ahora, déjeme hablar con Bosinney.

El joven ingeniero yacía, ido, en uno de los bancos de tratamiento, con dos redondos parches tranquilizantes pegados a la frente. Al igual que Dare, estaba vestido con la bata azul de enfermería. El brazo derecho de Bosinney desaparecía a partir del codo en una unidad de curación. Tenía los ojos abiertos y miraba sin expresión a la nada.

Sin aguardar el permiso del médico, Dare le quitó uno de los parches tranquilizantes. Bosinney parpadeó e intentó centrar la vista.

—Señor Adin —dijo con una voz algo espesa—. Me alegro... de que haya sobrevivido, señor.

—Y todos nos alegramos de que lo hayas hecho tú, hijo. —Era la primera vez que Yar lo oía dirigirse con tanta familiaridad a un aspirante... exceptuándola a ella, por supuesto, y sólo en privado—. Necesitamos tu ayuda, George. Si no podemos poner en funcionamiento los motores de impulso, moriremos todos.

—Ojalá yo... pudiera ayudarlo, señor. Pero... mi mano...

—George —dijo Dare—, no puedes pensar con claridad estando sedado. Si te quito el otro parche, tendrás que enfrentarte con lo que te ha ocurrido. ¿Puedes soportarlo... por el bien de tus compañeros de tripulación?

La mirada borrosa no les dijo nada, pero al parecer a Bosinney le llevó más tiempo de lo normal el reunir sus pensamientos bajo los efectos del tranquilizante, porque justo cuando Yar decidió que se había desconectado de su presencia, el muchacho dijo:

—Por... mis compañeros de tripulación, lo... intentaré, señor.

—Buen trabajo —lo alentó Dare, y le quitó el otro parche.

La vista de Bosinney se aclaró de inmediato y parpadeó. Se miró el brazo derecho.

—Puedo sentir la mano —dijo—. Me pica.

—Eso se debe a la curación —le explicó el doctor Trent—. Si quiere... —Hizo un gesto hacia los parches que Dare había dejado sobre la mesa de noche.

—¡No! —Los ojos de Bosinney miraron otra vez a Dare—. Usted ha dicho que todos vamos a morir.

—Si conseguimos hacer funcionar los motores de impulso, no.

—¿Cómo puedo ayudarlo? —Exigió saber Bosinney con voz chillona a causa de la angustia. Las lágrimas le resbalaban por las mejillas.

—¡Es tu mente la que constituye tu punto fuerte, Bosinney, no tus manos! —le respondió Dare—. Estoy seguro de que el doctor Trent te ha recordado los numerosos miembros de la Flota Estelar que llevan prótesis. Tendrás una mano nueva que funcionará igual de bien que la original... pero sólo si llevamos a la *Starbound* a la Base Estelar 18. Hay treinta y cinco días de viaje desde aquí a velocidad de impulso... y tendremos soporte vital en cuanto los motores comiencen a funcionar.

—Pero, ¿cómo?

—Tú vas a quedarte sentado y darás las órdenes, hijo. Como capitán interino de la USS *Starbound*, te nombro ingeniero jefe interino. Conoces a los otros aspirantes. ¿Cuáles son los más diestros en esta clase de trabajo?

—No lo sabré hasta que no haya hecho una valoración de los daños —respondió Bosinney.

—Muy bien. —Dare se volvió a mirar a Trent—. ¿Cuándo podrá empezar a trabajar, doctor?

—Dentro de unas horas...

—¿Puedo causarme alguna herida que luego impida que me pongan la mano protésica si me levanto ahora mismo? —preguntó Bosinney.

—Aún tiene dolor, picor... y la posibilidad de sufrir un shock...

—No es eso lo que le he preguntado —dijo el muchacho, que de pronto hablaba de forma muy parecida a la de un hombre.

El médico le echó a Dare una mirada de irritación.

—No —respondió—, ya no puede hacerle más daño a menos que se caiga encima del brazo.

—En ese caso, por favor, quíteme la unidad de curación, doctor.

Durante las horas siguientes, Yar observó cómo el hombre al que amaba volvía a imponer a los aspirantes aterrorizados y desamparados la disciplina de la Flota Estelar. Se hizo una nueva lista de destinos y todos los departamentos contaron con operarios, si bien eran menos de los habituales.

Lo único que en realidad hizo Dare fue proceder de acuerdo con las ordenanzas de la Flota Estelar, pero el conseguir mediante órdenes, amenazas, halagos y manipulación que los aspirantes y el renuente personal médico siguiera esos procedimientos, requirió un esfuerzo tremendo. El primer día, Orlov y Hayakawa consiguieron hacer funcionar la señal de socorro, pero sólo podía enviarse mediante transmisión prehiperespacial. Pasarían meses antes de que la señal llegara a la Base Estelar 18. La única esperanza que ofrecía era que una nave pasase lo bastante cerca como para recibirla, antes de que la *Starbound* se quedara sin energía.

De todas formas, la noticia de que la señal estaba emitiendo fue el primer rayo de esperanza.

Después de esa noticia, se procedió al funeral colectivo por los tripulantes caídos en la matanza llevada a cabo por los oriones.

Eso también estaba regulado por las ordenanzas de la Flota Estelar, pero Yar se sintió horrorizada cuando Dare reunió a todo el personal fuera de servicio para celebrar la ceremonia estipulada por la Flota Estelar y lo radió por toda la nave para aquellos que no podían asistir. Cuando se ponía a ello, Dare podía leer en voz alta de forma hermosa y conmovedora, y al oír los jóvenes tripulantes las palabras de esperanza y consuelo destinadas a los cuerpos de sus amigos caídos en el cumplimiento de su deber, lloraron sin vergüenza.

Los cuerpos fueron luego entregados a la vastedad del espacio, cuya exploración era el propósito al que habían dedicado sus vidas. No había ningún cadáver orión del que deshacerse; los piratas se habían llevado a sus propios muertos, un acto sorprendente entre una gente que era famosa por carecer de honor y lealtad.

Tan sorprendente como el hecho de que dejaran a alguien vivo a bordo de la *Starbound*.

Fue sólo cuando la ceremonia fúnebre hubo concluido, y Yar se encontró con que se enjugaba las lágrimas mientras caminaba hacia su turno de guardia en el puente, que se dio cuenta de que Dare estaba en lo correcto, de que las ordenanzas de la Flota Estelar eran oportunas. En lugar de aumentar la depresión de todos, el funeral les había provocado una catarsis.

Durante los tres días siguientes, Yar dudó de que Dare durmiese en algún momento. Visitaba todas las áreas de la nave, inspeccionaba las reparaciones, fomentaba la esperanza,

le ordenaba a la gente que comiera y descansara con la misma frecuencia con que se les ordenaba que trabajasen. Y cuando no iba de aquí para allí por los corredores, se encontraba en ingeniería, dándole su apoyo a George Bosinney, que hervía de frustración por no ser *capaz* de hacer el trabajo con sus propias manos. Luego se le ocurrió la idea de atarse un instrumento a la muñeca derecha con el fin de llevar a cabo alguna delicada maniobra que ni siquiera T'Irnya era capaz de realizar a su entera satisfacción.

Lo que hizo, según explicó, fue construir un motor de impulso funcional con las ruinas de tres. No les proporcionaría mucha energía más allá de los mínimos de soporte vital y movimiento... pero si los llevaba hasta la Base Estelar 18 les salvaría la vida. Y el día en que lo pusieron a prueba, comenzó a funcionar y los corredores de la *Starbound* resonaron con vítores.

Una vez que estuvieron en camino y se hizo evidente que ese motor resistiría, el viaje hasta la Base Estelar 18 se transformó en una rutina. A dos días de la base, la señal de radio obtuvo una respuesta repentina. Enviaron una nave estelar para que remolcara a la maltrecha nave de entrenamiento, mientras la regocijada tripulación era llevada a bordo, se la recibía con todo cuidado y simpatía... y se la interrogaba. Se habló de medallas y menciones, y Yar resplandecía de orgullo por sus jóvenes compañeros de tripulación, y en particular por el hombre al que amaba.

Pocas horas más tarde pudieron transportarse a la Base Estelar. Yar, que había estado actuando más o menos como segunda de a bordo, se colocó a la derecha de Dare, George Bosinney a su izquierda, en el último grupo que fue transportado. Al materializarse en la plataforma, Yar se sorprendió de ver que ninguno de sus compañeros de tripulación se había quedado a esperarles, y que no estaba presente ningún almirante, ni siquiera un comodoro que aguardara para recibir a los héroes.

En cambio, un contingente de seguridad de la Flota Estelar avanzó hacia ellos, y su responsable se encaró con Dare.

—Darryl Adin —anunció—, lo arresto en nombre del alto mando de la Flota Estelar. Queda a partir de este momento relevado de sus responsabilidades, despojado de rango y destinado a un área de detención hasta que una comisión investigadora determine si hay bases para someterlo a consejo de guerra por los cargos de conspiración, traición y asesinato.

A Tasha Yar y los otros supervivientes de la *Starbound* se les mantuvo apartados de Darryl Adin durante varios días hasta que la comisión investigadora concluyó su trabajo. Para horror de todos ellos, dicha comisión encontró las pruebas suficientes para someter a consejo de guerra al hombre que les había proporcionado la fuerza, el valor y la dirección que les permitió sobrevivir después de que los oriones les dejaran en unas condiciones que los condenaban a muerte.

Una vez que eso quedó determinado, sin embargo, Yar se negó a responder a las preguntas del abogado de la defensa hasta que el hombre consiguió que ella pudiera ver a Dare.

Para entonces ella sabía de qué lo acusaban: conspiración con los oriones para robar los cristales de dilitio, a cambio de una fortuna en cuentas bancarias numeradas en Oriana. El alto mando de la Flota Estelar había descubierto que la violación de la confidencialidad del envío procedía de la Base Estelar 36, donde habían cargado los cristales. La complicidad de Adin explicaba el hecho de que lo dejaran con vida cuando los oriones mataron a los demás oficiales.

Yar quería que George Bosinney hablara también con Dare, pero el muchacho se había negado. Al principio se había mostrado igual de firme que Yar en la defensa de Dare...

hasta que le recordaron el incidente de los depósitos descargados de las armas físicas que descubrieron justo antes del ataque. El joven ingeniero le habló a la comisión investigadora del interruptor automático incorrectamente ajustado en las unidades de carga. Por supuesto, Dare había colocado el correcto cuando restablecieron la energía, y dejó constancia en el diario de a bordo de haberlo hecho así. Lo que los investigadores descubrieron, sin embargo, fue que, según el diario de la nave, el interruptor correcto había sido instalado al principio del viaje, y no había constancia de que nadie lo hubiese cambiado.

El jefe de seguridad tenía acceso a la armería en cualquier momento. Y... era quien componía las listas de destino y rotación de turnos.

—Aplazó el inventario de rutina de la armería todo lo que le permitían las regulaciones después de que saliéramos de la Base Estelar 36 —le recordó Bosinney a Yar—. Y, yo no soy de seguridad, pero uno se entera de quién es la gente más inteligente y consciente de cada departamento. Te puso última en la lista para hacer el inventario, Tasha..., porque tú eras la que con más probabilidad descubriría el sabotaje. Según mis conjeturas, los oriones llegaron con retraso. Si se hubieran detectado tan sólo doce horas antes, nadie excepto Adin se habría enterado de lo que sucedía con el interruptor, y en el caos posterior a la batalla él podría haberlo reemplazado sin que nadie se enterara.

—¡Cómo te atreves! —exclamó Yar con voz ahogada—. Después de que nos ha salvado la vida, ¿tú crees de verdad que Dare es capaz de una traición?

Bosinney levantó el puño donde antes estaba su mano derecha.

—Si hizo lo que dicen, es responsable de esto. Me las arreglaré, pero una prótesis no será lo mismo, digan lo que digan los médicos. Y yo soy uno de los afortunados, Tasha. Catorce compañeros de clase y siete buenos oficiales de la Flota Estelar están muertos. ¡Si Darryl Adin nos traicionó, merece morir! Una colonia de rehabilitación es demasiado buena para un hombre capaz de traicionar a sus compañeros de tripulación.

—¡Él no lo hizo! —insistió Yar—. ¡George..., ayúdame a demostrar que no lo hizo! Al menos habla con él.

—¿De qué serviría eso? —preguntó él—. Si es culpable, mentirá. Piensa como una oficial de la Flota Estelar, en lugar de como una adolescente enferma de amor, Tasha. Espero, por el cariño que te tengo, que Adin resulte ser inocente, pero hasta ahora no he visto muchas probabilidades de que lo sea. Una vez que se descubran todos los hechos, la verdad saldrá a la luz.

De forma bastante extraña, cuando consiguió hablar con Dare, él le dijo lo mismo..., aunque estaba confiado en que lo exculparían. Tenía un aspecto pálido y algo crispado, y estaba ojeroso. Con una bata informe de color tostado, parecía más menudo de lo que ella recordaba; Yar quería tomarlo entre sus brazos, protegerlo de quienquiera que le estuviese haciendo esto tan terrible, pero se encontraban separados por un campo de fuerza.

—¿Qué debo hacer? —le preguntó ella—. Dare, yo fui testigo de lo ocurrido. Estaba presente cuando George encontró el interruptor. Y ellos no dejan de interrogarme acerca de nuestras conversaciones privadas. ¿Qué debo hacer, Dare?

—¡Di la verdad! —la instó él—. Tasha, yo no lo hice. La verdad sólo puede demostrar que soy inocente. No tengas miedo, amor. Confía en los investigadores de la Flota Estelar..., son los mejores que existen. Puede que tú hayas advertido alguna pista importante que yo no vi. Cuéntales todo lo que sabes. Ésa es la única forma de ponerme en libertad.

Pero en el consejo de guerra, la verdad sólo condenó a su amor. Había mensajes sospechosos registrados en la Base Estelar 36, transmitidos por los comunicadores públicos del hotel en el que la tripulación de la *Starbound* se había alojado durante los pocos días de

permiso. En los vales con que se pagaron dichas llamadas, el código de crédito de Dare figuraba en ellos.

Esto salió a la luz al principio del proceso, y Dare continuaba estando plenamente confiado. Cuando la acusación le preguntó por los vales, él replicó:

—Yo no los adquirí. Si hubiera estado cometiendo un acto de traición, ¿sería tan estúpido como para utilizar mi propio código de crédito? Habría depositado monedas.

—Los vales fueron adquiridos en el otro extremo de la base, lejos del hotel —le dijo el fiscal.

—Y, por supuesto, ningún oficial de la Flota Estelar sabe con qué facilidad se les sigue la pista a esos registros —replicó Dare con sarcasmo—. Alguna otra persona utilizó mi código para adquirir vales de comunicaciones. Por una cantidad tan pequeña no se requiere identificación ninguna. Lo que usted está demostrando, señor, es que alguien orquestó un complot para que yo cargara con la culpa del ataque sufrido por la *Starbound*.

—Sí, señor Adin —replicó el fiscal—, nosotros demostraremos que eso es lo que sucedió.

Lentamente pero de modo implacable, la acusación defendió el argumento de que los oriones habían escogido a Darryl Adin como objeto de su ataque después de que él hubiese liderado el grupo de Seguridad de la Flota Estelar que los derrotó en Conquidor. En lugar de matarlo, decidieron desacreditarlo. De acuerdo con esta hipótesis, lo habían abordado en un momento sin determinar para ofrecerle dinero. Se sabía que era jugador; probablemente les debía dinero a asociados clandestinos de los oriones.

A pesar de que el abogado de Dare protestó vehemente, el fiscal continuó sugiriendo que los oriones habían descubierto esa debilidad de Dare y la habían utilizado contra él. Pero no podrían haberla llevado a cabo sin su cooperación. Se suponía que él les había proporcionado la información acerca del cargamento de dilitio y el plan para apoderarse de la *Starbound*, con la creencia de que dejarían ileso a la tripulación y él estaría a salvo, porque un informador dentro de la Flota Estelar continuaría siendo valioso.

Pero, según la teoría del fiscal, el verdadero propósito de los oriones era destruir a Darryl Adin, y al mismo tiempo hacer que la Flota Estelar pusiera en tela de juicio la fiabilidad de todo su personal de seguridad. Y el tema central del argumento de la acusación era que para que los oriones consiguieran su finalidad, Dare había tenido que cooperar.

La respuesta de Dare fue una risa sarcástica, declarando:

—Cualquiera que esté dispuesto a hacer un trato con los oriones tendría que estar loco.

Por desgracia, las pruebas sugirieron que él lo estaba.

Los mensajes de comunicador estaban destinados a los huéspedes de otro hotel de la Base Estelar 36. Pero cuando la Flota Estelar comprobó las identidades de esos huéspedes, resultó que no existían. Sus documentos de identificación eran falsos. Sus cuentas de crédito eran muy reales, pero habían sido abiertas justo antes y cerradas inmediatamente después de que hubieran pagado los gastos de ese viaje a la Base Estelar 36. Más aún, todos los arreglos económicos habían sido llevados a cabo desde un planeta más bien periférico a través de computadoras de acceso sólo por teclado, razón por la que no existían ni imágenes ni voces en los archivos.

Tampoco tenía Dare una coartada para todo el tiempo que había pasado en la Base Estelar 36. Las supuestas reuniones se habían celebrado en momentos en los que él estaba durmiendo —sin compañía— o solo en alguna parte de la base. Yar se sonrojó al pensar que los habían vigilado tan de cerca que quienquiera que lo había inculcado sabía qué noches pasaron juntos, y las dos noches que estuvieron separados, durante el seminario de aspirantes celebrado en un crucero de la Flota Estelar anclado en la base. No ayudó a la

causa de Dare el que admitiera libremente haber pasado ambas noches jugando, un pasatiempo en el que Yar nunca participaba.

Luego estaba la tarde en la que ella quiso explorar el famoso museo sensorial junto con los demás aspirantes, y Dare le dijo que se marchaba, que él había estado allí muchas veces y que quería hacer unas compras.

Dare tenía varios regalos para ella cuando volvieron a encontrarse aquella noche... pero a medida que se presentaban pruebas, Yar no pudo evitar el pensamiento de que también había tenido tiempo más que suficiente para encontrarse con alguien y celebrar una breve sesión confabulatoria.

La declaración de ella tuvo lugar cuando el consejo de guerra estaba ya muy avanzado. Para entonces, Dare estaba sentado y su rostro carecía de expresión tanto como el de un vulcaniano cuando escuchaba las pruebas condenatorias contra él. A pesar de eso, consiguió dedicarle una sonrisa alentadora a Yar —resultaba evidente que contaba con la declaración de ella para que lo exculparan del cargo de haber saboteado la *Starbound*.

Pero... ¿qué podía decir ella? Tenía que decir la verdad. Ella se aferró a la insistencia de él de que así lo hiciese... ¡sin duda, la certidumbre de Dare de que la verdad lo liberaría era la mejor prueba que Yar podría obtener de su inocencia!

Sí, le respondió al fiscal, había recibido los máximos honores en su clase de graduación. Sí, Darryl Adin había compuesto las listas de destinos de seguridad a bordo de la *Starbound*. Sí, el inventario de armamento se había retrasado durante casi el máximo de treinta días después de partir de la Base Estelar 36.

—¿Comenzó usted a descubrir armas defectuosas en cuanto inició el inventario de las pistolas fásicas?

—Sí.

—¿Qué hizo usted al respecto?

—Se lo comenté a Dare... al primer oficial Adin... aquella misma noche.

—¿Es un procedimiento corriente?

—No. Podría haber enviado las armas defectuosas a mantenimiento y no volver a pensar en ello —dijo ella con aire triunfante—. El señor Adin no se habría enterado de que sucedía nada insólito hasta el final del día siguiente, cuando yo entregara el informe completo del inventario. Pero teníamos un... una cita aquella noche. Así pues, el destinarme a mí para la tarea de inventario conllevó que él fuera informado y decidiera repararlas más pronto de lo habitual.

—¿Y lo hizo? —preguntó el fiscal.

—¿Repararlas? Por supuesto. Eso estábamos haciendo cuando atacaron los oriones.

—No, alférez... ¿reparó el señor Adin las armas defectuosas más pronto de lo habitual? Su declaración preliminar indica que a pesar de que usted le informó aquella noche, él no hizo nada hasta el día siguiente.

—Es correcto —admitió ella, mientras sentía los ojos de Dare sobre sí pero era incapaz de mirar en su dirección—. A primera hora de la mañana siguiente estaba en la armería. Las pistolas fásicas defectuosas no eran algo de una importancia crucial; no supimos que había algo serio hasta que descubrimos los depósitos descargados. No puede culpar al señor Adin por no resolver una emergencia cuando él no sabía de su existencia.

El interrogatorio continuó, y Yar se vio obligada a revivir aquellas horas pasadas en la armería, señalando que Dare había actuado de acuerdo con el procedimiento en cada paso, incluyendo el llamar a la persona más cualificada de a bordo para que detectara el problema y efectuara las reparaciones.

—Tengo aquí el diario de la armería —dijo el fiscal—. Permítame que pase la parte en la que ustedes descubrieron el problema que había con los depósitos.

Una vista en picado de la armería de la *Starbound* apareció en pantalla.

«Yar y Adin descubrían que los depósitos estaban descargados. Adin valoraba la situación, mientras su voz se hacía más tensa con cada nuevo descubrimiento.

»—Tasha —ordenó—, inspeccione la lista de turnos y busque a todos los que han trabajado aquí desde que se realizó el último inventario. Reúnalos a todos en la sala principal de juntas a las nueve de mañana por la mañana. En el entretanto, tenemos que recargar tantas unidades como nos sea posible. Llame a Bosinney de ingeniería. ¡Quiero saber qué provocó que se fundieran piezas y los escapes de energía! No servirá de nada recargar las unidades si sencillamente vuelven a descargarse solas.

»—Dare... —dijo Yar, vacilante.

»La cabeza de él se levantó de forma abrupta. La cámara recogió una visión frontal de su rostro, mostrando sus labios en una mueca de rabia.

»Tasha Yar se hallaba detrás de él y no podía verle la cara.

»—¿Quiere decir que lo haga después de informar a la capitán? —inquirió Yar.

»Adin se volvió de repente hacia ella, con la cólera claramente dibujada en el rostro, cólera que al instante controló.

—Sí —dijo con calma—, podría tratarse de una infracción de las normas de seguridad, alférez. Informe usted a la capitán Jarvis. Yo llamaré a ingeniería.

La pantalla se oscureció.

El fiscal se volvió en redondo para mirar a Yar.

—¿Es el procedimiento de la Flota Estelar, el de informar al oficial al mando de una infracción de las normas de seguridad?

—Por supuesto —respondió ella—. De todas formas, nosotros no sabíamos si se trataba de una infracción o una violación. De hecho, todavía no sabemos si ese fallo de armamento no fue una terrible coincidencia.

—¡Oh, vamos, alférez Yar! —dijo el fiscal—. Conocemos la causa: un interruptor de voltaje inferior al necesario, cuya instalación no fue registrada. Los expertos han declarado que las pérdidas y aumentos del flujo energético debidos a repetidos fallos y reajustes de ese interruptor durante casi treinta días provocan daños en las unidades alimentadoras y una vez que éstas fallaron las armas fásicas comenzaron a deteriorarse. En treinta y cinco días ninguna de las unidades alimentadoras estaría en condiciones de funcionamiento. El primer oficial Adin no programó un inventario de la armería hasta veintisiete días después de la partida de la Base Estelar 36. Usted descubrió algunas armas fásicas defectuosas el día vigésimo octavo, y el resto de los daños en el vigésimo noveno.

—¡E inmediatamente comenzaron las reparaciones! —insistió Yar.

—Que se vieron interrumpidas por la llegada de los oriones. Ahora bien, alférez, varios de los compañeros de tripulación de usted han declarado que después de la batalla los oriones recogieron los cadáveres de sus compañeros muertos y se los llevaron de la *Starbound*. ¿Es correcto?

—Yo estaba inconsciente —replicó ella—. Todo lo que puedo decir es que no había oriones muertos a bordo cuando me recobré.

—¿Sabe por qué?

Yar no tenía ni idea de adonde iría a parar la pregunta, así que lo único que pudo responder fue:

—No, señor.



—¿Cuántas personas de a bordo de la *Starbound* estaban enteradas de la existencia del cargamento de cristales de dilitio?

—La capitana, el primer oficial de ruta y el personal de seguridad.

—¿Por qué se lo dijeron a usted, alférez? Usted no era más que una aspirante.

—Exceptuando al primer oficial Adin, todo el personal de seguridad estaba compuesto por aspirantes. Con el fin de realizar nuestro trabajo, teníamos que conocer la existencia del cargamento de cristales de dilitio.

—Mm-hmm. Adin decidió concederle a usted acceso a una información secreta en ese caso, un procedimiento apropiado si se tienen en cuenta las circunstancias. Lo que resulta interesante, sin embargo, es que él no compartió con ustedes otra información de la que se había enterado en la Base Estelar 36. Alférez Yar, si usted esperase encontrarse con oriones hostiles, ¿con qué armas pertrecharía a su equipo?

—Por lo menos con armas fásicas del tipo dos, señor.

—¿Por qué no simplemente con armas fásicas de mano?

—Los oriones son muy difíciles de matar con un arma fásica de mano. Es necesario acertarles en los órganos vitales, o sólo se consigue herirlos. A pesar de que se nos enseña a evitar la batalla siempre que sea posible..., en el caso de los oriones las pistolas fásicas del tipo dos sí serían disuasivas. Si inician una batalla, arriesgan sus vidas ante cualquier impacto directo.

—Así pues..., el reducir el armamento de ustedes a sólo armas fásicas de mano les dio a los oriones una gran ventaja. Pero, ¿eran todos los de a bordo de la *Starbound* tan malos disparando que ni un solo orión recibió un impacto en un órgano vital?

Yar recordaba haber perforado ella misma a varios con toda precisión.

—No señor, no lo creo.

El fiscal le dedicó una sonrisa vanidosa.

—Y hace bien en no creerlo, alférez. La información que Adin no compartió con ustedes es que los oriones han desarrollado una nueva clase de armadura. Es de peso ligero, flexible como una tela gruesa... y absorbe y difumina la energía suficiente de un rayo fásico como para que un disparo realizado con arma fásica de mano ajustada para matar y dirigido al corazón, podría dejarlos inconscientes durante unos momentos a lo sumo. Un disparo en cualquier otra parte del cuerpo ni siquiera derribaría al objetivo. Incluso constituye una cierta protección contra las armas fásicas del tipo dos, pero estos piratas oriones se aseguraron de que ninguno de los tripulantes de la *Starbound* contara con armas fásicas del tipo dos o superiores. En otras palabras, no quedaron cadáveres oriones tras la matanza porque no había ningún orión muerto.

Yar desvió la mirada del fiscal a Dare y de vuelta al primero.

—Y... ¿usted afirma que Adin lo sabía? —preguntó.

—Se enteró de ello en la reunión informativa de seguridad de la Base Estelar 36. ¿Se le ocurre alguna razón por la que no haya compartido esa información con el personal de seguridad de la *Starbound*?

Dare parecía haber sido alcanzado por un rayo paralizador. Su abogado defensor lo miraba fijamente, con la sorpresa, la aversión y el enojo mezclados en su expresión.

Yar no tenía respuesta ninguna, pero sí una pregunta.

—¿Quiere decir que era inútil? ¿Que no existía forma alguna de que pudiéramos detenerlos?

—Bueno, detuvieron ustedes a algunos... de hecho, a un número asombroso. Los diarios de a bordo muestran disparos muy certeros por parte de los aspirantes. Pero los oriones sólo

quedaron inconscientes. Con esas armaduras y los cascos protectores que llevan siempre, a los oriones sólo puede matárseles mediante un disparo directo en los ojos. No es un blanco muy fácil.

—Ah —musitó Yar.

Dare lo había sabido: ellos no podían matar a los oriones pero los oriones podían matarlos a ellos.

—¡Tendríamos que habernos rendido! —soltó ella de forma atropellada. Miró fijamente a Dare, que le devolvió la mirada con los ojos desorbitados y el semblante pálido.

—Oh, Dare... ¿por qué? ¿Por qué nos dejaste luchar? ¡Los oriones no habrían tenido ninguna razón para matar si los hubiésemos dejado abordarnos, si no hubiéramos hecho ningún intento de detenerlos! Tal vez... tal vez habrían matado a los oficiales a pesar de todo, pero no habrían tenido ningún motivo para disparar contra los aspirantes.

Dare negó lentamente con la cabeza.

—No —dijo. Su abogado defensor posó una mano sobre el brazo de Dare, pero éste se lo quitó de encima—. ¡No! —insistió—. No hubo una reunión informativa de seguridad en la Base Estelar 36... o, si la hubo, no se me notificó. ¡Examinen los registros! Si tuvo lugar, yo no estuve en ella. ¡Yo no lo sabía!

Le hizo el juego al fiscal. Los registros fueron presentados. Era una reunión secreta en la que se discutieron temas de información reservada; por lo tanto, no podía presentarse ante un tribunal un acta de la misma. Pero la agenda sí que podía presentarse... y algunas partes aparecían en blanco en la pantalla por razones de seguridad. El tema de las armaduras de los oriones, sin embargo, no estaba clasificado como secreto y se hallaba entre los primeros puntos de la reunión.

También había una lista de asistentes. Cerca del principio, en la «A», estaba el nombre de Darryl Adin.

—Ésta era una reunión de alta seguridad —dijo el fiscal—. La identidad de todos los asistentes fue comprobada por la impresión de la voz, las huellas dactilares y el sondeo de retina. Como pueden ver, Darryl Adin estaba presente.

Se volvió a mirar a los almirantes que componían el jurado.

—Así pues, damas y caballeros, aunque no fuera hallado culpable de conspiración, traición y asesinato, Darryl Adin aún sería culpable de un enorme descuido de sus deberes, primero por no poner en conocimiento de los oficiales y personal de seguridad de la *Starbound* esa información vital, y segundo por permitir que sus compañeros de tripulación intentaran luchar contra los oriones con sólo armas fásicas de mano, lo que ocasionó heridas y pérdida de vidas innecesarias.

A partir de ese punto, Yar apenas oyó el proceso. La conclusión inevitable era que Dare sería hallado culpable... porque lo era. La única razón por la que podía haberles permitido luchar era para hacer ostentación de que él mismo disparaba... con el arma ajustada para desmayar, por supuesto. ¡Y ella lo había creído un héroe!

Ella había confiado en él, le había confiado su vida... y su corazón.

En algunas ocasiones Yar sintió los ojos de Dare sobre sí... y cuando le dirigía la mirada encontraba la de él, fría, dura, acusadora. Le susurró algo a su abogado, el cual negó con la cabeza pero solicitó un receso. Cuando volvieron, el rostro de Dare era impenetrable, y su abogado tenía los labios apretados y la expresión torva.

La defensa lo intentó, pero las pruebas en contra de Dare eran irrefutables.

El veredicto se decidió pronto, y Dare fue destinado a una colonia de rehabilitación, donde los médicos y los consejeros intentarían averiguar qué había convertido en traidor a un leal

oficial de la Flota Estelar. Si podían, lo curarían y devolverían a la sociedad. Si no lo conseguían, quedaría confinado allí durante el resto de su vida.

Dare aceptó el veredicto y la sentencia, aunque la cólera fría afeó sus facciones siempre cambiantes como nunca antes había visto Yar.

Para su sorpresa, el abogado defensor la llamó aquella noche. Dare había pedido verla.

—No tiene obligación de verlo —le dijo—. De hecho, yo le aconsejo que se niegue.

—No —replicó ella—. Quiero verle. Necesito preguntarle por qué lo hizo.

Pero fue Dare quien exigió saber, en el momento en que se hallaron cara a cara:

—¿Por qué, Tasha? ¿Por qué me has traicionado?

—¿Qué? —preguntó ella, confusa.

Él llevaba otra vez puesto el uniforme de presidiario, pero ya no parecía ni pequeño ni vulnerable. La cólera le daba ánimos.

—Tuviste que ser tú —dijo—. ¿Dónde estaba yo cuando llegó el mensaje referente a la reunión informativa de seguridad? ¿En la ducha? ¿Había salido a buscar una botella de vino? Era un mensaje de seguridad de la Flota Estelar que había que destruir una vez leído; los registros del hotel sólo muestran que llegó uno, no lo que decía.

—¡Dare... yo no podría haber tenido acceso a tu mensaje!

—¿Por qué no? Tenías muestras de mi voz en el tricóder, y conocías mi número de identificación. ¿Fue por curiosidad? ¿Por travesura? ¿No me hablaste del mensaje porque estábamos pasándonoslo bien y no querías que nuestro permiso de tierra se interrumpiera una segunda vez?

—Dare... —protestó Tasha, impotente. A pesar de que ella quería con desesperación demostrar que los registros estaban equivocados, no pudo recordar si estaban juntos a la hora de la reunión informativa de seguridad..., lo que significaba que no podía refutar la prueba de que él había asistido a la misma—. Dare, el verificador de la verdad...

—¡Tú sabes cómo engañar un maldito verificador de verdad! —replicó él con voz áspera. Su voz, aunque baja para evitar que los guardias los interrumpieran, tenía esa cualidad a causa de la intensidad de las emociones— Yo mismo te lo enseñé, maldita seas. Yo creía de verdad que me amabas. ¡Nunca pensé que utilizarías lo que te había enseñado, lo que la Flota Estelar te ha enseñado, para traicionarme! Estábamos juntos a la hora en que tuvo lugar la reunión informativa. ¿Por qué no lo declaraste? Es mi vida contra una reprimenda para ti por haberme hecho perder una reunión.

—Dare... ¿esperabas que mintiera por ti? —jadeó ella. Los ojos de él estaban encendidos.

—¿Cuánto te pagaron, Tasha? ¿Qué podrían pagarte los oriones que pesara más que lo que has encontrado en la Flota Estelar?

Aturdida ante la acusación, ella contraatacó:

—¡Eso es lo que yo he venido a preguntarte a ti!

Él apretó la mandíbula, y luego sus labios se retiraron para dejar a la vista los dientes en una sonrisa que era más bien una mueca feroz.

—Maldita perra de sangre fría. No abandonas tu papel en ningún momento... pero, claro, estamos siendo grabados, ¿no es cierto? Tienes que hacerte la inocente delante de las cámaras.

Pero ella veía en los ojos de él que, mientras podía creerla capaz de la tremenda estupidez de hacerle perder la reunión, no la creía realmente capaz de semejante conspiración.

¿Significaba eso que él era inocente? ¿O sólo que no podía hacer a un lado su deseo de presentarse como inocente..., que la mejor forma de persuadirla de que había sido injustamente condenado era el acusarla a ella?

Dare miró en torno de sí, aunque las cámaras que sin duda estaban allí se hallaban bien escondidas. Luego se echó a reír, un sonido hueco, vacío.

—Te lo diré de todas formas, porque por muy estúpida que la Flota Estelar acabe de demostrar que es, no es tan idiota como para esperar que yo vaya como un cordero al matadero. La Flota Estelar sabe que soy un superviviente..., ellos me enseñaron a sobrevivir pese a todo.

La sonrisa lobuna volvió a relumbrar y él continuó.

—Hay una lección que todavía no has aprendido, desde el lado del captor, a pesar de que cuando nos encontramos por primera vez ya la conocías desde el lado de la víctima. La desesperación, Tasha. En este preciso momento yo soy el hombre más libre de la galaxia. ¿Sabes por qué?

—No —susurró ella, hipnotizada por la mirada fija de él.

—Porque ha desaparecido todo, todo aquello en lo que creía. La Flota Estelar. Tú. No me limita ninguna ley que no sean las mías propias. Lo único que queda soy yo mismo... y eso nunca dejaré que me lo quiten. Nunca me llevarán a una colonia de rehabilitación. ¡Rehabilitación! Lavado cerebral..., eso es lo que hacen en esos abismos infernales, por mucho que intenten disfrazarlo. Los pacientes pueden parecer felices..., pero están drogados o hipnotizados con el fin de que se sometan hasta que sus voluntades queden quebrantadas.

—¡Dare, tú sabes que no hay nada semejante en la Federación! Ellos van a ayudarte — imploró Yar, que al tiempo que odiaba el encolerizado rostro de él, comprendía el dolor que ocultaba. El amor que sentía por él no había muerto en la sala del tribunal. Detestaba las acciones cometidas por él... pero aún le amaba—. Déjalos que te curen, Dare, para que puedas volver conmigo.

—¡Volver! —gruñó él. Luego ladeó la cabeza—. Oh, si... volveré, Tasha. Aguarda a que llegue el día, amor. Escaparé... y entonces, hermosa perra mentirosa, te encontraré otra vez. Cuidate las espaldas, Tasha... porque un día volveremos a encontrarnos.

La teniente Tasha Yar estaba congelada en el *deja vu* mientras contemplaba el furioso rostro de su captor. Darryl Adin había cumplido su promesa de fugarse antes de que pudieran confinarlo en una colonia de rehabilitación... y luego desapareció de la faz de la galaxia. Pero aún constaba en los registros criminales de Seguridad de la Flota Estelar: no había ninguna disposición que limitara el tiempo de condena por traición o asesinato.

Ahora acababa de cumplir con su promesa de volver a encontrarla. ¿Qué tenía intención de hacer con ella?

Los tumultuosos recuerdos la abrumaban, no tanto de la última vez que lo había visto como de la primera, en Nueva París, tendida e indefensa a los pies de él sin saber qué quería de ella, sin confiar...

Y, exactamente igual que la primera vez, Dare se inclinó hacia ella para examinarla en busca de lesiones. Luego la ayudó a ponerse en pie.

Yar aceptó su mano para levantarse, esperando su oportunidad mientras se estudiaban el uno al otro.

Dare tenía un aspecto diferente, aunque sus facciones características hacían que resultara imposible no reconocerlo de inmediato. Estaba más delgado de lo que ella lo recordaba y parecía algo más alto, más imponente. La estatura adicional, según advirtió, se debía a las gruesas suelas de las botas, mientras que su atuendo consistía en una vieja chaqueta negra que llevaba abierta sobre una camisa gris y unos pantalones negros. Recordaba haber aprendido en alguna parte que el concepto básico de esas ropas masculinas fue inventado en el siglo XIX, y que las variaciones de las mismas habían sido llevadas por los hombres durante más de dos siglos. Ahora, Dare las había adoptado, y producía gran efecto.

Pero su modo de vestir era el menor de los cambios de su apariencia. Tenía el cabello más largo, con raya a un lado, lo que dejaba a la vista su ancha frente. Este peinado, que contrastaba con el corte a cepillo que llevaba en la Flota Estelar, acentuaba nuevas arrugas en su rostro. Los ojos parecían más profundos, más sombreados y misteriosos y, sin embargo, sobre el más fino contorno de su cara, más grandes y luminosos.

Su boca estaba tan bien dibujada y sus labios tan carnosos como ella recordaba, pero había desaparecido la sensación de que se tensarían en una sonrisa o se abrirían en una carcajada en cualquier momento. El Darryl Adin que Yar había amado había sido un hombre de emociones cambiantes; este hombre parecía haberse escindido de una parte de sí mismo quedando sólo con las negativas.

—Vaya, Tasha —dijo Dare al fin—, todavía perteneces a la Flota Estelar.

—Y tú todavía sigues con vida —fue la única respuesta que se le ocurrió.

—Soy un superviviente. ¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó mientras la conducía hacia una mesa que daba cabida a una docena de personas, aunque en ese momento había sólo cuatro en toda la habitación.

—¿No recibes las emisiones de noticias?

—Por lo que valen... ¿Os ha enviado la Flota Estelar a ti y a tu robot mascota para que nos hagáis saltar en pedazos? —Dare se sentó en frente de ella y se puso a estudiarle el rostro.

—¿Eres tú el señor de la guerra del que Nalavia quiere que nos deshagamos?

La risa de él fue carente de alegría.

—No. Yo estoy aquí para ayudar al pueblo de Treva a liberarse de la opresión de Nalavia.

—Vaya —dijo ella con una voz cargada de sarcasmo—, eres un luchador de la libertad.

Él alzó las cejas y una sonrisa sardónica le crispó los labios.

—Podría decirse así. Me pagan lo bastante bien.

—¿Te pagan?

—Soy un mercenario, Tasha..., el mejor de la galaxia. Adrián Dareau es el nombre por el que se me conoce en la actualidad.

—¿*El Paladín de Plata*? ¿Tú?

Ella había oído hablar de él, pero nunca relacionó la creciente leyenda que se extendía por los planetas de la periferia con el hombre al que había amado y perdido.

—Tendría que haber establecido la relación, pero no habíamos visto a Dareau. Así que... ahora estás buscado no sólo por la Federación, sino también por los ferengi, los zertanianos, y el rumor dice que también por los romulanos.

—¿De verdad? Sdan, ¿hemos hecho algo que pueda enfurecer a los romulanos?

Por primera vez, Yar miró a los otros dos hombres, los que la habían capturado sin reparar en violencia. Los mejores hombres de Dare, supuso; tenían que ser buenos para apresarla con tanta facilidad.

El hombre al que Dare se dirigió con el nombre de Sdan tenía cierto aspecto vulcaniano, como sugerían el nombre y el colgante en su cuello, pero sus cabellos negros caían en ondas indómitas casi hasta los hombros. Sonrió al responder:

—Aquel pequeño episodio con los omani, probablemente. A los romulanos no les sentó nada bien que decidieran unirse a la Federación.

—Nada de lo que haya que preocuparse —dijo el tercer hombre, un humano con un aspecto más bien anodino, de estatura y constitución medias, con un pelo ralo de color castaño. Vestía en colores tostados que se confundían con el entorno. El único rasgo distintivo era que llevaba gafas: unas monturas que sujetaban lentes delante de los ojos. Yar nunca había visto que un adulto las llevara; sólo algunos niños, hasta que eran lo bastante mayores como para someterse al tratamiento químico que proporcionaba a todo el mundo una visión perfecta.

—Los romulanos raras veces actúan; prefieren reaccionar —prosiguió el hombre, al tiempo que ocupaba la silla contigua a la de Yar. Ella miró a través de las lentes y vio que tenía otro rasgo distintivo: ojos vivaces aún más oscuros que los de Dare, con una inteligencia penetrante que desmentía la primera impresión de su apariencia—. Un poco de tensión, o incluso una guerra fría entre la Federación y los romulanos, y tendremos tanto trabajo que no sabremos hacia dónde volvernos. Haremos una fortuna..., el dinero es el nervio central de la guerra.

—¿Todavía no eres lo bastante rico, *Poeta*? —preguntó Dare—. Podrías comprar tu propio planeta.

—El oro que no puede gastarse no hace a ningún hombre rico —replicó *Poeta* con un guiño—. En cualquier caso, bella dama —dijo, dirigiéndole la palabra a Yar—, si sientes el vivo deseo de ser el juguete de un hombre rico..., o de tener a un hombre rico por juguete..., estaré encantado de complacerla.

Algo que había en su mirada sugería que él conocía tantas «técnicas placenteras» como Data, y era igual de inofensivo. Pero Yar no estaba de humor para coqueteos.

—No pienso que sea por eso por lo que me ha traído hasta aquí —replicó con aspereza.

—No —le contestó Dare—, te hemos traído aquí para mostrarte lo que realmente está sucediendo en Treva.

—¿Por qué? —preguntó ella con suspicacia.

—¡Porque es seguro que Nalavia no va a dejar que lo veas! —replicó Dare, con cierta

irritación—. ¿Has visto las emisiones de noticias?

—Sí... y estoy de acuerdo en que los ataques de los «enemigos del pueblo» tiene lugar de una forma demasiado convincente ante las cámaras. Nalavia afirma que eso se debe a que ha instalado cámaras de vigilancia para localizar las actividades terroristas y enviar a su ejército al lugar de inmediato.

—No han tenido mucho éxito, ¿verdad?

Esta última frase la pronunció Sdan, que había tomado posición detrás de Dare para guardarle las espaldas. Yar volvió a mirarlo, intentando adivinar sus orígenes. Tenía las cejas inclinadas y las orejas puntiagudas de las razas vulcanoides, y la piel pálida que denotaba sangre verde corriendo debajo de la misma. Pero a diferencia de los vulcanianos, era robusto, musculoso. Tenía ojos verdes, raros, pero no insólitos entre los vulcanianos.

Pero era la vestimenta y el porte de Sdan lo que proclamaban que no era vulcaniano..., o al menos no criado en Vulcano. Se erguía detrás de Dare en la postura universal militar «de descanso», relajado pero alerta, y su rostro reaccionaba de forma abierta a todo lo que se decía. Sonreía fácilmente, pero si bien su sonrisa era más frecuente y menos amenazadora que la de Dare, denotaba también a un hombre peligroso.

Las ropas combinaban con la informalidad de sus cabellos descuidados: camisa holgada de una tela azul sedosa, abierta hasta la mitad del pecho, pantalones negros, y botas altas cuya parte delantera subía hasta encima de la rótula. Yar se preguntó si las había escogido como protección contra las patadas en esa zona vulnerable, o por el aspecto de espadachín que conferirían. Al igual que había sucedido con Dare cuando Yar lo había visto en la academia de la Flota Estelar, Sdan exudaba un descuido atractivo sexual.

Sin embargo, Dare se mostraba ahora emocionalmente contenido, a la defensiva, como si hubiera alzado barreras contra lo que él y Yar compartieron en otra época. Al darse cuenta de cómo estaba sentada, con la espalda erguida, los pies apoyados planos sobre el suelo, ella advirtió de que inconscientemente estaba haciendo lo mismo. Ambos habían tomado la determinación de no permitir que su antigua relación enturbiara su raciocinio.

Yar dijo:

—Cuéntenme su versión de la historia.

—No es nuestra versión —replicó *Poeta*—. Es la verdad de los trevanos. Están rebelándose contra la tiranía de Nalavia.

—¿Tiranía? —preguntó Yar—. Es una presidente electa de forma legítima.

—También lo eran Hitler —replicó Dare—, Baravis *El Incomparable* e Immea de Kaveran. Nalavia desvirtuó el nuevo sistema democrático para conseguir que la votaran... y ahora lo está destruyendo de manera sistemática. Tendría que haber habido elecciones generales este año, pero ella las ha suspendido con la excusa del «estado de emergencia planetaria». Los que pueden ver lo que está haciendo intentan ponerle fin, pero Nalavia controla el ejército.

—Además —intervino *Poeta*—, la mayoría del pueblo está contento con Nalavia. La vida es mejor que lo que jamás lo fue según recuerdan los viejos, y los jóvenes tienen su pan y circo. Por eso están dispuestos a renunciar a su libertad.

—Es una historia que me resulta familiar —dijo Yar al tiempo que asentía con la cabeza—. Pero, ¿qué tiene que ver eso con ustedes?

—Nosotros no pertenecemos a la Flota Estelar —contestó Dare—, así que no nos preocupamos por la Primera Directriz. Algunos trevanos intentaron rebelarse contra Nalavia, pero fueron derrotados..., y a los que capturaron los ejecutaron en público sin juicio previo.

Yar sintió que la mandíbula se le contraía, pero respondió con el dogma de la Flota Estelar.

—Este mundo aún está en vías de desarrollo. Para nuestras pautas, sus costumbres pueden parecer primitivas, incluso salvajes, pero son las costumbres del pueblo de Treva. Podemos esperar que finalmente se vuelvan más civilizados, y en el entretanto nosotros no podemos interferir con las leyes trevanas.

—Es Nalavia quien está interfiriendo con las leyes trevanas —replicó *Poeta*—. La nueva constitución exige un juicio antes de que nadie pueda ser condenado o castigado, y el sistema ha estado en funcionamiento durante años. Nalavia lo suspendió, y actuó como juez, jurado y verdugo.

—Nada de eso constaba en los informes enviados a la Flota Estelar —señaló Yar.

—Supongo —respondió Dare—, que por eso estáis aquí. Nosotros también fuimos invitados —otra vez la sonrisa lobuna—, por la facción opuesta. Nos intriga que Nalavia se sienta lo bastante amenazada como para recurrir al poder de la Flota Estelar.

—Si lo que estás diciendo es verdad —dijo Yar—, no obtendrá nuestra ayuda. Dare, los ciudadanos particulares pueden no estar limitados por la Primera Directriz, pero la política de la Federación dicta que se deje a los mundos que no pertenecen a la Federación que manejen sus propios asuntos internos.

—Y entonces —intervino Sdan—, Nalavia hará una montaña del hecho de que la Flota Estelar se niegue a ayudar a su pobre pueblo acosado. Lo dispone todo de manera que ella no pueda perder.

—Si Nalavia es tan tiránica como ustedes afirman —replicó Yar—, antes o después irá demasiado lejos y su propio pueblo se rebelará contra ella.

—No es muy probable —replicó *Poeta*—. Nalavia es demasiado lista como para hacer que la mayoría esté descontenta mientras no tenga todos sus cuellos firmemente sujetos.

—Mañana por la mañana —dijo Dare—, vamos a reunirnos con Rikan, el último de los señores de la guerra trevanos. Tal vez le creas a él más fácilmente que a nosotros. Mientras tanto, hemos preparado una habitación para ti. —Tendió una mano desde el otro lado de la mesa—. Yo me quedaré con la insignia-comunicador.

«¡Oh, soy una idiota!», pensó Yar..., pero probablemente era mejor que no hubiese intentado contactar antes con Data. Podría haber estado aún con Nalavia.

Al alzar la mano hacia la insignia-comunicador para activarla, se dio cuenta de dos cosas de forma simultánea: que ya no la llevaba prendida al uniforme, y que Dare no le tendía la mano a ella sino a *Poeta*. El guardaespaldas la depositó en la mano de Dare.

Puede que el otro hombre fuera un hábil ratero, pero Dare no lo era. Por acto reflejo, Yar le arrebató la insignia-comunicador y la pulsó con firmeza.

Ésta silbó pero no hubo respuesta... y antes de que pudiera volver a intentarlo, su muñeca se halló aprisionada en una mano férrea. No la de Dare; la de *Poeta*.

El hombre de aspecto intelectual tenía una presa como un rayo tractor.

—Mala, mala —dijo, al tiempo que recuperaba la insignia-comunicador con la otra mano y se la arrojaba a Dare.

Dare la atrapó; tenía el entrecejo fruncido y era evidente que estaba considerando el pulsarla él mismo, pero en cambio se la entregó a Sdan.

—El canal no se abrió cuando ella la pulsó. Examínala, Sdan..., pero asegúrate de no activarla. El robot podría ser capaz de seguirle el rastro incluso por una sola señal.

—Data es un androide, no un robot —dijo Yar—. También es un oficial de la Flota Estelar, mi compañero de tripulación y mi amigo.

—Solías tener mejor gusto para los amigos.

—¡Al menos no tengo que preocuparme por la lealtad de Data! —le escupió ella,



lamentándolo en el momento en que lo dijo. La frustración era su más grande enemigo; cuando se sentía indefensa, superada, actuaba sin pensar. ¿Por qué no había fingido mostrarse sumisa? Ahora estarían en guardia contra ella, lo cual reducía sus posibilidades de escapar.

Dare dijo con frialdad:

—Ya veo. Todavía crees en mi culpabilidad. Y tu deber como oficial de la Flota Estelar es aprehender a un fugitivo de la justicia si te tropiezas con él en el curso de una misión. —Su rostro tenía la misma expresión altanera con la que había escuchado el veredicto del consejo de guerra. Incluso sus ojos eran de hielo—. *Poeta* —dijo—, llévala a la habitación azul, y barra la puerta. —Y dicho eso se puso de pie y salió.

En el palacio presidencial, el teniente Data utilizó hasta el límite de su programación para desembarazarse de las garras de Nalavia.

Estaba teniendo una reacción con la que no estaba familiarizado: no se trataba meramente de que él y Tasha hubieran decidido que restringir sus acciones al flirteo era la mejor forma de «ablandar» a la presidente. No... Data descubrió que no quería intimar con Nalavia. Nunca antes había experimentado una antipatía tal, y mientras por fin avanzaba por los corredores hacia su habitación, mucho más tarde de lo que se había propuesto, analizó su reacción.

¿Por qué, cuando resultaba obvio que Nalavia pondría a prueba y desearía superar sus límites, se encontraba él deseando que no llegara a eso?

Era curioso: tenía la sensación de que había cambiado más en los meses que llevaba a bordo de la *Enterprise*, que en todos los años anteriores en que había tenido conciencia. Había servido en otras naves estelares, visitado numerosos mundos, recogido *gigabytes* de datos... y, sin embargo, en esos otros destinos él había mantenido el comportamiento propio de una útil máquina en lugar de ser un compañero de tripulación para las personas entre las que trabajaba. Y cuando más sentía que lo excluían de su camaradería, más ansiaba ser humano... hasta el momento en que lo destinaron a la *Enterprise*, cuando se había atrevido a expresar en voz alta ese deseo.

Y no se habían reído de él.

Incluso Will Riker, quien en ocasiones era insensible a sus aspiraciones de poseer los atributos humanos tales como la creatividad, había reído con, y no de él, el día en que se conocieron... o lo había intentado, sin saber aún que Data reía de una forma aún menos competente de como silbaba.

—Encantado de conocerlo..., Pinocho.

Él tuvo que registrar los bancos de datos de la nave para hallar la referencia, pero cuando la encontró y accedió a ella segundos más tarde, a pesar de que Riker lo había dicho a modo de broma, él se quedó aturdido por ser comparado con el personaje de una historia que trataba de la fuerza del afecto.

El afecto era algo que Data nunca había tenido la temeridad de analizar... y sin embargo a veces se preguntaba si sería esa la razón subyacente de su repentino crecimiento en su nuevo destino. Picard le otorgaba más libertad que ningún otro capitán a cuyas órdenes hubiese servido, y cuando él la utilizaba para dedicarse a sus propios intereses jamás recibía una reprimenda, excepto en las ocasiones en las que permitía que su voraz curiosidad interfiriera con su trabajo. Él se avergonzaba de la frecuencia con que eso sucedía... pero, ¿cómo podía resistir aprovechar gozosamente una oportunidad que nunca antes había tenido?

Junto con la libertad había llegado la responsabilidad. Data había quedado asombrado al enterarse de que su destino en la *Enterprise* no era en el departamento científico, ni siquiera como oficial científico, el puesto más alto al que jamás había aspirado. Cuando tuvo acceso a sus órdenes y vio que era el tercero en la línea de mando, al principio pensó que se trataba de un error humano. Alguien había entrado el número de serie equivocado, seguro.

Pero era verdad..., y no sólo se encontró de pronto con que era un miembro de la estructura de mando hasta ese momento reservada de forma estricta a los seres orgánicos, sino que el capitán Picard le entregaba la nave de forma temporal de vez en cuando, con la misma facilidad con que se la entregaba a Riker.

¡Y nadie protestaba!

En una atmósfera de aceptación semejante, Data hizo amigos, amigos reales que compartían sus problemas y sus éxitos en lugar de limitarse a utilizar su fuerza física o rapidez para acceder a los datos. Amigos como Geordi LaForge, que le contaba chistes y lo alentaba a cualquier actividad humana que despertase su curiosidad.

Y amigos como Tasha Yar.

Cuando ella lo había seducido, muy al principio del viaje, él se alegró de que lo hubiese escogido, a pesar de que fuese cuando estaba bajo la influencia de un virus estimulante. La negación posterior de ella, «esto nunca ha pasado», le había hecho daño, y el incidente limitó durante un tiempo el progreso de la amistad entre ellos, a pesar de que no había interferido en sus relaciones laborales. Recientemente, sin embargo, Data había llegado a reconocer la turbación en ambos, y con ello y el paso del tiempo, los dos se habían aproximado una vez más.

El último destino en el que los dos se habían encontrado fue en Minos, el planeta en el que la gente era destruida por un ingenio que ellos mismos habían construido..., donde Yar y Data habían estado más cerca de morir juntos de lo que él se atrevía a considerar.

Tasha era la última mujer con la que Data había ejercitado su función sexual. Ahora se daba cuenta de que estaba comparando a Nalavia con Tasha... y ésa era la razón por la que preferiría no ejercer esa función con la presidente de Treva si podía evitarlo. Puede que Tasha estuviera bajo la influencia de un estimulante, pero había compartido con él un placer muy intenso. La principal motivación de Nalavia era claramente la novedad. Para ella, él no era una persona sino un juguete, una suerte de especia exótica para su nunca saciado paladar.

Ese pensamiento le intrigaba. Un año antes no se habría dado cuenta de que Nalavia nunca estaría saciada, ni de su gran experiencia, que no le habría importado. Y un año antes no habría tenido la sospecha de que trataría a un hombre orgánico exactamente como trataría a un androide.

Al aproximarse a su habitación, Data advirtió que no se apreciaba luz por debajo de la puerta de Tasha. A esas horas, estaría dormida. Era una lástima que los seres humanos tuvieran que dormir para funcionar correctamente; le habría gustado hablar con Tasha de los últimos descubrimientos que había hecho acerca de sí mismo.

No obstante, era una hora ideal para intentar acceder al sistema de computadoras de Nalavia; no tenía responsabilidad ninguna que atender hasta la hora fijada para reunirse con la presidente por la mañana, cuando se encontraría con sus dos huéspedes para realizar un recorrido por la capital.

Al acercarse Data, el guardia apostado cerca de las habitaciones de ellos dos levantó la cabeza, vacilante, frunció el ceño y se estiró al tiempo que profería un gruñido de sorpresa y luego se frotaba el hombro derecho con la mano izquierda. El hombre tenía que haberse

quedado dormido sentado en la silla, y le había dado un calambre. Si se quedaba dormido en su puesto una vez, probablemente volvería a hacerlo, facilitándole a Data la posibilidad de escabullirse fuera de la habitación para localizar un terminal. Así que mientras pasaba ante él, dijo:

—Buenas noches —y abrió la puerta de su habitación.

El guardia lo miró de hito en hito.

—¿Usted duerme? —preguntó.

—No —contestó Data con automática sinceridad... y luego «se habría mordido la lengua», como solía decirse. Sabía a la perfección cómo mentir cuando la situación lo requería; sencillamente tenía más dificultad que los humanos para reconocer tales situaciones—. Pero... tengo que recargarme. —Que el hombre pensara que estaría fuera de funcionamiento durante un rato.

—¡Eh!... ¿no hará saltar el sistema energético?

«Oh, vaya lío que estoy organizando...»

—No —le aseguró Data, mientras recordaba lo que Tasha les decía a los oficiales que con más frecuencia formaban los grupos de descenso: si tenéis que mentir, que sea una mentira sencilla—. He traído todo lo necesario.

—Ah, vale, buenas noches, entonces.

Data exhaló un suspiro de alivio y cerró la puerta tras de sí.

Para darle tiempo al guardia de que se relajara, se cambió el uniforme de gala por el de diario, y luego apagó la luz. Todavía podía ver... no en tantas longitudes como Geordi, pero el simple infrarrojo hacía que su entorno fuese tan brillante como el día, mientras que su procesador interno interpretaba las variaciones de color.

Pasado un rato, abrió con cuidado la puerta, apenas una rendija..., sólo para conseguir que el guardia alzara la cabeza y preguntara:

—¿Necesita algo, señor?

—No, gracias —repuso Data. Ahora el guardia no parecía dormir en absoluto—. Por favor, no permita que nadie me moleste durante las próximas cuatro coma seis horas —improvisó.

—Sí, señor —contestó el guardia—. Se lo diré a mi relevo.

Data regresó al interior de la habitación y se puso a buscar otra salida. Su tricóder ya le había indicado que las ventanas estaban rodeadas por los sensores de un sistema de alarma. La *suite* consistía en una antesala, un dormitorio y un cuarto de baño. La única otra puerta se abría a un armario empotrado que no tenía salidas ocultas. No había trampillas escondidas debajo de la moqueta.

¿No se suponía que los palacios venían equipados con pasadizos secretos? Al parecer eso era sólo en la ficción.

El baño tenía tuberías de agua, no sónicas. La pequeña ventana de éste tenía cristales esmerilados, pero estaba bien cerrada y también equipada con sensores de alarma. Data se preguntó si los habían instalado para Tasha y él, o si Nalavia recibiría con frecuencia «huéspedes» que podrían intentar escabullirse o escapar. Si se le preguntaba, sin duda ella aseguraría que era una protección contra los que pudiesen intentar entrar.

Data examinó las instalaciones, accediendo a todo su conocimiento acerca de las tuberías de conducción de aguas. Suponiendo que aquella cultura tuviera un sistema de tuberías apropiado que ni se rompía ni filtrara sustancias venenosas al agua potable, su principal punto débil era la tendencia de los desagües a atascarse. Los desatascadores químicos serían utilizados para prevenir o corregir el problema... pero había ocasiones en las que era necesario reemplazar las propias tuberías. Entonces tenía que haber paneles de acceso...

Según descubrió, la totalidad del suelo del baño se levantaba para dejar a la vista todas las tuberías de entrada y salida que había en la pequeña habitación. Data se metió en el reducido espacio de acceso y comenzó a arrastrarse hacia el área del palacio en el que Nalavia los había recibido por primera vez. Era de suponer que el centro de comunicaciones e información estuviese en esa zona.

Atento, escuchaba los sonidos provenientes de lo alto para saber por debajo de qué habitaciones estaba pasando; supo que había dejado atrás la zona de los dormitorios cuando cesó la configuración de tuberías que llevaban a cada baño.

Finalmente, empujó el suelo de un lavabo diminuto y se encontró con que conectaba con un grupo de tres oficinas pequeñas. No había ningún terminal a la vista. Aunque la puerta que daba al corredor estaba cerrada con llave, no tenía sensores de alarma; fuera lo que fuese que había allí, no era materia reservada.

No tuvo que manipular la cerradura, puesto que se abría desde dentro con el pomo. En el pasillo no había nadie, así que Data deslizó un instrumento de escribir de uno de los escritorios entre la puerta y el marco con el fin de que no se cerrara tras él, y se escabulló por el corredor desierto con todos los sentidos alerta.

Ante lo que supuso que era la puerta de la sala de la computadora había dos hombres de guardia, y la puerta presentaba una batería de sensores que su visión infrarroja pudo detectar desde veinte metros de distancia. Pero él no tenía ninguna intención de pasar por la puerta.

Ahora que sabía dónde estaba la computadora principal, Data regresó con presteza y silencio al conjunto de oficinas, se metió en el espacio de acceso y volvió a colocar cuidadosamente en su sitio el suelo del lavabo. Luego, de modo infalible, se arrastró por un espacio casi del todo vacío hasta que estuvo debajo de la computadora misma —podía notar el calor del motor por encima de él. Luego siguió las tuberías hasta el lavabo siguiente con la esperanza de que estuviera unido a la sala de la computadora.

Lo estaba. Pero había alguien ante la computadora.

Data conocía varias formas de dejar a alguien inconsciente aunque ileso..., pero no se atrevía a correr el riesgo de atravesar el espacio que los separaba para hacerlo. Si ella se daba vuelta y lo veía, incluso aunque él consiguiera detenerla antes de que hiciera sonar una alarma, nunca se creerían que se había quedado dormida mientras trabajaba... y Nalavia sospecharía que Data había accedido a la computadora.

Data regresó al interior del lavabo, donde aguardó durante casi una hora antes de que la mujer archivara, apagara las luces y saliera. Casi al instante él se encontró en la silla que ella había desocupado, desentrañando las secuencias de instrucciones necesarias para hacer funcionar el arcaico instrumento hasta conseguir pasar a través de los códigos de seguridad, y borrando luego todo rastro de lo que había hecho.

Puesto que no sabía si otro insomne usuario de la computadora podía aparecer en cualquier momento, Data no se demoró en la sala de la computadora. Determinó las frecuencias de comunicaciones que podía utilizar la computadora, escogió una que no estaba en uso, adaptó el módem del tricórder a esa frecuencia, y borró toda prueba de su manipulación.

Luego regresó a sus habitaciones por el mismo camino que había llegado. Cuando hubo recolocado el suelo estuvo a punto de marcharse del cuarto de baño al instante... hasta que se le ocurrió examinar su aspecto. Encendió la luz, ajustó la visión al espectro humanoide... ¡y descubrió que estaba hecho un asco!

Tenía un uniforme de repuesto, claro..., pero no podía ni dejar éste en el armario ni pedirle al personal del palacio que lo limpiara, sin arriesgarse a que le preguntasen cómo se había

puesto así. Por fortuna, los últimos uniformes de la Flota Estelar se podían limpiar mediante casi cualquier método conocido, incluido el de agua y jabón.

Data se desnudó, se metió en la ducha, se aseó él mismo y lavó el uniforme. Dejó la ropa colgada en el cuarto de baño, donde se secaría en una o dos horas.

Luego dedicó toda su atención al tricórder, siempre alerta a las protecciones o a que otra persona accediera a la computadora. Era una computadora de diseño antiguo con memoria limitada; Data no podía extraer de ella la información con la rapidez normal, sino que tuvo que adaptarse a su propia velocidad de baudio. En un momento dado, alguna otra persona entró en el sistema para realizar una comprobación de la seguridad del palacio, y Data cerró su búsqueda por miedo a que aminorara de forma perceptible la velocidad de acceso del otro usuario.

La lenta entrada de datos le dio tiempo para analizar una parte de la información a medida que destellaba en la pantalla del tricórder..., al menos la suficiente como para reconocer su configuración. Las órdenes dadas por Nalavia al ejército indicaban que los «terroristas» de los ataques que se habían expuesto en las pantallas no eran ni rebeldes ni secuaces de los señores de la guerra: los propios soldados de Nalavia habían cometido dichas atrocidades.

Cuando por fin hubo almacenado todo lo del tricórder, Data necesitó tiempo para analizarlo. Esperaba que un sirviente viniera a «despertarlo» por la mañana. Por lo tanto, se deslizó debajo de la ropa de cama para tener una apariencia todo lo normal que era posible para alguien no acostumbrado a los andróides, y así agregar credibilidad a la mentira de que estaba «recargándose» en caso de que alguien lo molestara antes de haber acabado el análisis.

Por la mañana, Data llegó a una conclusión significativa: Nalavia estaba mintiendo en casi todos los aspectos. Lejos de ser la presidente legítimamente electa y benevolente que ella afirmaba, Nalavia era una tirana cruel y ansiosa de poder. Data no podía entender por qué la gente no se había alzado en masa contra ella.

Justo cuando estaba comenzando a clasificar los datos de una forma que resultara comprensible para Tasha, la puerta de la habitación de Data se abrió, y entró un sirviente con una bandeja.

—La presidente Nalavia se reunirá con usted dentro de media hora, señor, en el salón de recepciones.

—Gracias —respondió Data de modo automático.

El hombre depositó la bandeja sobre una mesa, destapó varios platos y se marchó. Data se levantó, hizo caso omiso de la comida —que no necesitaba después de haber dado rienda suelta a su curiosidad al probar una gran variedad de platos la noche anterior—, se vistió y fue a llamar a la puerta de Tasha.

El guardia del pasillo dijo:

—La joven dama ya se ha marchado, señor.

Data sintió cómo se le fruncía el entrecejo. No era tarde; si Tasha se había levantado temprano, ¿por qué no le llamó? Pulsó su insignia-comunicador. Ésta emitió un pitido pero el canal no se abrió. De todos modos, Tasha podría haber llamado a su puerta.

—Me pregunto si se habrá acordado de... —dijo en tono casual mientras entraba en la habitación de Tasha.

Todo estaba tan pulcro como la propia Tasha, la cama hecha, los artículos de tocador bien colocados sobre la cómoda.

Con sospechas a pesar de todo, Data abrió el armario. En él estaban colgados un vestido de noche de Tasha y dos uniformes de diario.

Su uniforme de gala no se encontraba allí.

¿Por qué llevaba otra vez puesto el uniforme de gala por la mañana?

¿O era «todavía» en lugar de «otra vez»? ¿Había regresado Tasha a su habitación tras la velada? Después de haber pasado la noche sumergido en los impersonales archivos de la traicionera Nalavia, Data creía a la presidente de Treva capaz de cualquier cosa.

Data sondeó la totalidad de la habitación, el armario, el baño, los cajones de la cómoda... No podía analizar ahora la información; por el momento, debía concentrarse en alejar las sospechas de Nalavia.

Salió de la habitación y le dijo al guardia:

—Bien, se lo ha llevado consigo —y se encaminó hacia el salón de recepciones.

Nalavia estaba aguardando... pero no se veía ni rastro de Tasha.

La presidente llevaba otra parodia de uniforme, éste de color azul. Le sonrió seductoramente a Data y dijo:

—Buenos días. Espero que haya descansado bien. ¿Cuánto tiempo de sueño necesita con exactitud, mi dulce androide? Menos que una criatura del todo orgánica, diría yo.

—Considerablemente menos —fue la evasiva respuesta de Data.

—Ah..., eso debería hacer que algunas cosas sean muy interesantes.

Pero Data se negó a acceder a sus archivos de flirteo esta mañana.

—¿Dónde está la teniente Yar? —preguntó de forma directa.

—Se levantó al amanecer para hacer un recorrido por las zonas agrícolas. Expresó interés por nuestros productos lácteos, ¿recuerda?

El aceptar un segundo plato de espumoso postre hecho con la leche de algunos animales locales difícilmente podía constituir la solicitud de un recorrido por las granjas lácteas, pero Data fingió aceptar la explicación de Nalavia.

—Sí, lo recuerdo. Pero, por otra parte, recuerdo todo lo que tiene lugar en mi presencia.

La sonrisa de Nalavia se congeló apenas. Luego dijo con voz arrullante:

—Tendré que tener cuidado con lo que le diga, ¿verdad? Desde luego no me interesa hacerle a usted promesas que no tenga intención de cumplir.

Estaba poniéndolo a prueba. ¿Debía pedir que lo llevaran a ver a Tasha? Ella podría estar bajo custodia... y Nalavia conocía bastante bien la fuerza que tenía Data, por la información que le había suministrado la Flota Estelar; si lo encarcelaba, se aseguraría de que no pudiera escapar. Si Tasha había sido desviada hacia otro lugar por alguna razón, Data pondría de manifiesto sus sospechas al preguntar por ella.

Hasta que no estuviera seguro de que Tasha estaba en problemas, le serviría más a ella permaneciendo en libertad y averiguando todo lo posible sobre Treva.

—Usted prometió enseñarnos la ciudad —le recordó él—. Aunque la teniente Yar haya escogido un itinerario diferente, a mí me gustaría verla.

«Y tal vez descubrir algunas pistas de lo que está sucediendo aquí.»

Adoptó su aire más dulce e inocente, el que garantizaba que impulsaría a las personas más reflexivas a gritarle si lo mantenía durante el tiempo suficiente. Había existido una época en la que esa era su única forma de interacción con los humanos.

Nalavia no le gritó. Mientras miraban el mundo desde el vehículo de tierra transparente, ella se resignó a la curiosidad infantil por su ciudad durante casi una hora. Finalmente, sin embargo, se hartó de los «Pregunta...»

—Dejemos el juego, señor Data. La pasada noche era usted una persona completamente distinta. Deje de representar la máquina ambulante..., tiene usted modos de interacción muchísimo más interesantes.

Tal vez lo más sorprendente de la reacción de él fue la agradable calidez que le causó la descuidada afirmación de Nalavia de que estaba «representando» a una máquina ambulante. Significaba que pensaba en él como en una persona. Pero luego se recordó a sí mismo quién —y en especial qué— era ella. Estaba seguro de no haberle hablado de su deseo de ser humano pero ¿podría haberse enterado del mismo a través de Tasha?

—No es del todo inexacto —señaló en el más razonable de los tonos—, el referirse a mí como «máquina ambulante». No obstante, soy mecánico sólo en parte, y tengo una considerable cantidad de componentes orgánicos...

—Corte ya —dijo ella en tono imperioso.

Él parpadeó.

—¿Cortar... ya?

—Tampoco quiero su actuación vulcaniana de imitación. La pasada noche era usted un compañero de lo más interesante. Quiero saber por qué ha cambiado de actitud.

«¿Por qué yo? ¿Por qué no es Will Riker el que está aquí? ¡Es a él a quien envían para que maneje a las mujeres hermosas, inteligentes y poderosas!»

Pero el primer oficial Riker estaba a muchos años luz de distancia, y Data tenía que hacer algo aquí y ahora. «¿Qué haría Riker?», se preguntó. El problema residía en que él no sabía qué había sucedido tras la puerta de la alcoba de Beata en Ángel Uno, ni en ninguna otra de las varias ocasiones.

No..., espera. Una cosa sí que sabía: Riker siempre obsequiaba a las mujeres con un regalo, algo raro y hermoso.

Así pues, dijo:

—Me siento... incómodo. Es usted una anfitriona tan afable..., nos ha proporcionado unas habitaciones lujosas, una comida excelente..., y yo no tengo nada que entregarle a cambio.

Ella sonrió con lascivia.

—Oh, sí que me dará algo a cambio, señor Data..., esta noche, creo, después de que nos hayamos reunido con los miembros de mi gabinete.

Con desesperación, accedió a sus archivos de flirteo.

—Ah, pero eso será tanto para mí como para usted, señora presidente. Yo deseo darle algo especial, algo tan hermoso como lo es usted..., algo que sea sólo para usted.

—¡Vaya, que idea tan encantadora! —dijo ella—. Pero tengo todo lo que podría pedir en bienes materiales. Aceptaré su idea como regalo. —Y luego, para alivio de Data, tras una pausa pensativa Nalavia cambió de tema deliberadamente.

Tras un pequeño suspiro triste, apartó la mirada de él hacia las muy concurridas calles de la ciudad por las que pasaba el vehículo y dijo:

—Hay un regalo con el que puede obsequiarme, ¿sabe? Convencer a la Flota Estelar de que ayude a mi pueblo.

Y, cuando ella lo expresó de esa manera, Data fue capaz de responder con absoluta sinceridad:

—Oh, sí, presidente Nalavia, desde luego que lo intentaré.

Data era vigilado constantemente. A pesar de que era bastante capaz de hacer dos cosas a la vez, sólo una de esas cosas podía ocupar su conciencia inmediata. Por eso, mientras practicaba la esgrima verbal con Nalavia, sólo pudo poner su procesador a trabajar en un apartado del material que había entrado durante la noche para poder acceder a él más tarde de forma organizada y meditar sobre su significado. Regresaron al palacio para comer con los representantes de las víctimas de los «ataques terroristas». Data compadecía a aquellos cuyos amigos y familiares habían resultado muertos o mutilados a pesar de que Nalavia

hubiera organizado los ataques. Estaba claro que el pueblo no lo sabía. Fue la primera oportunidad que tuvo Data de conocer a otros trevanos aparte del personal del palacio, porque no habían salido en ningún momento del vehículo de Nalavia durante el recorrido por la ciudad. Había dos portavoces de las víctimas de los terroristas, y ocho personas que habían sido heridas o a las que les habían matado a un ser querido. Data estaba desconcertado por la ausencia de rabia o desconsuelo en las víctimas. Mostraban una tristeza melancólica y hablaban con afecto de los que habían perdido, pero no parecían tener ningún interés en buscar culpables o exigir justo castigo. Data deseaba que la doctora Crusher o la consejera Troi estuviesen allí, porque no podía saber si sus reacciones eran innaturales o naturales en los trevanos.

Después de la comida, Data habló individualmente con algunos de los invitados, pero incluso cuando hablaban de su dolor lo hacían con una especie de tristeza distante. Como si de alguna forma no fueran capaces de hallar la fuerza emocional como para que les importara realmente. Los portavoces eran poco mejores; parecían complacidos de que Nalavia les diera compensaciones monetarias, y confiaban en que el gobierno evitaría futuras tragedias.

Data había acudido preparado para la difícil misión de tratar de explicarles por qué la Primera Directriz no permitiría que la Flota Estelar interviniera y matase a aquellos que tanto daño le habían causado a aquellas personas. Pero las preguntas incisivas no llegaron a formularse, y después él le preguntó a Nalavia:

—¿Esas personas están en estado de shock?

—Oh, no... no, señor Data. Son sólo miembros de la antigua clase campesina. A pesar de que estamos educándolos y haciendo que sus vidas sean muchísimo mejores de lo que eran, harán falta generaciones para despertar su sensibilidad. Entretanto, tenemos que protegerlos como las criaturas infantiles que son.

Él fingió aceptar esa explicación, e incluso estar interesado en la visita a una escuela cercana programada para la tarde a pesar de que habría preferido quedarse en el palacio. Estaba preocupado por la continuada ausencia de Tasha... ¿había sido su colega acompañada a un recorrido destinado a hacerle perder el tiempo, o le había sucedido algo más siniestro?

Al menos, Nalavia se reuniría con sus consejeros aquella tarde; Data quedó en libertad de actuar en programación automática, su mente concentrada en la información que sólo había comenzado a analizar la noche anterior.

Los niños se sintieron fascinados por Data, y pronto vencieron el miedo o la timidez. Tenía una rutina muy practicada, así que pudo reconocer que los niños reaccionaban de una forma en apariencia normal. Era posible que Nalavia estuviera en lo cierto..., tal vez las actitudes de clase estaban tan fuertemente arraigadas en la sociedad trevana que sólo los jóvenes podían ser educados para escapar a ellas.

Por otra parte, mientras que los niños gritaban y proferían risillas, no se produjo ningún estallido de furia ni llanto, ni siquiera entre los más pequeños. ¿Coincidencia? No tenía la información suficiente.

Así pues, dedicó la mayor parte de su atención a los megabytes<sup>2</sup> de información que había recogido de la computadora de Nalavia, y pudo descartarla como no aplicable: horarios de transportes públicos, datos del tiempo atmosférico, informes de cosechas, cuotas de fabricación. Pero, espera..., en Treva parecía producirse una desmesurada cantidad de

---

2 Millones de bits. (*N. de la T.*)



substancias estimulantes, narcóticas y alucinógenas, y los registros indicaban que poco era lo que se exportaba de ellas. Recordó la emisión de vídeo que él y Tasha habían visto, llena de anuncios de substancias embriagadoras bebibles, inhalables, e incluso en cremas de aplicación tópica.

Las drogas podían ser la razón de la embotada sensibilidad de los trevanos. Los niños parecían más normales porque no utilizaban esas substancias. Por un momento centró su atención en la maestra de la clase que estaba visitando, para conducir la conversación hasta un punto en el que pudiera preguntar:

—¿Educan ustedes a los niños contra el uso de las drogas?

La profesora pareció completamente perpleja.

—¿Por qué íbamos a hacer algo semejante? Las drogas traen felicidad a la vida... son un placer bien ganado después de un trabajo bien hecho. —Estaba repitiendo como un loro uno de los anuncios, en apariencia sin darse cuenta de que lo hacía.

El guía de Data le dio apresuradamente las gracias a la maestra y lo llevó a la clase siguiente. Data volvió a representar al androide amistoso, mientras internamente se concentraba en las cifras de las rentas públicas generadas por las drogas y los anuncios publicitarios de las mismas. Eran enormes..., pero al mirar las cifras de producción se encontró con algo peculiar: las substancias químicas eran una industria gigantesca, pero la substancia que tenía el índice de producción más alto era algo llamado «Riatina», la cual no tenía ningún presupuesto en absoluto para publicidad. Sin embargo, Data pudo seguirles la pista a los principales accionistas de las compañías que la fabricaban: Nalavia, y varios de los miembros de su gabinete.

Tal vez la substancia recibía otro nombre en su forma de venta a la sociedad. Pero, no..., no se vendía, y no era exportada. En los listados bajo la rúbrica de fabricación, la substancia era producida... y allí acababa la información.

Pero la programación interna de Data, no obstante, era un millar de veces más eficiente que la de la computadora de Nalavia. Buscó cualquier referencia a la Riatina en todos los archivos..., y la encontró en los registros públicos del gobierno: la Riatina era un purificador, distribuido por todos los sistemas de agua de la ciudad.

No era ningún misterio, entonces. Y sin embargo... buscó en los archivos la fórmula química de la Riatina. No estaba en los archivos públicos del gobierno. Ni en los registros de fabricación. Al parecer, Treva no tenía nada parecido a una oficina de patentes y marcas... pero al continuar con la búsqueda global del término «Riatina» lo localizó en un archivo de máximo secreto, codificado para el acceso sólo de Nalavia y otras dos personas.

Data leyó la fórmula y luego inició una búsqueda en sus propios bancos de memoria para conocer los efectos de un producto químico semejante en humanoides de la conformación genética de los trevanos. «Crea sensibilidad a las órdenes hipnóticas mientras que suprime las reacciones emocionales negativas —le dijo el archivo—. No provoca adicción. Como auxiliar de terapia, es utilizado para controlar la cólera o la aflicción. Comúnmente empleado como ayuda en el aprendizaje durante el sueño. No tiene efectos colaterales negativos a corto plazo. No se recomienda el uso durante períodos prolongados.»

Los efectos del uso durante períodos prolongados incluían: «privación emocional, supresión de la agresividad. Privado de las válvulas de escape emocionales, el sujeto pierde la confianza en sí mismo y se vuelve hacia fuentes externas en busca de estímulos mentales y emocionales. Si no se lo supervisa con cuidado, el sujeto puede buscar estímulos químicos inductores de emociones. Los efectos colaterales desaparecen cuando se interrumpe la administración de Riatina».

Así que allí lo tenía: el pueblo de Nalavia no era ni exigente ni agresivo porque estaba drogado e hipnotizado. Recurrían al vídeo y las drogas para poner sentimientos en sus vidas emocionalmente amortecidas, mientras que a su vez los programas de vídeo les decían qué debían creer, aunque la afirmación de hoy contradijera la de ayer. ¡Tenía que encontrar a Tasha! Nalavia podría haberla drogado a ella a esas alturas. ¿Por qué no había insistido en que lo llevaran a reunirse con ella en su supuesto «recorrido agrícola»?

No. Mientras Nalavia no pensara que él sospechaba algo, Data permanecería en libertad. Pero si la presidente no nacía aparecer a Tasha a la hora de la cena, Data ya no podría fingir que se dejaba engañar. Antes de ese momento tenía que averiguar dónde retenían a Tasha y rescatarla.

Así que parloteó con su guía sobre el sistema escolar de la Federación hasta que estuvieron de vuelta en el palacio presidencial. Luego se excusó para «vestirse para la cena» y se encaminó apresuradamente a su habitación, no sin antes asegurarse de que Tasha no se encontraba en la suya.

Finalmente tuvo tiempo de desmontar su insignia-comunicador. No le sucedía nada malo... ¡excepto que no funcionaba! Su tricóder confirmó una interferencia externa de la señal.

Al cabo de una hora, cuando llegara el momento de acudir a la cena, la mascarada tocaría a su fin, porque Data no podría fingir que aceptaba cualquier excusa poco convincente que Nalavia le diera para explicar la continuada ausencia de Tasha. Ahora, desesperado, volvió a acceder a la computadora de Nalavia, a pesar de que estaban utilizándola. Abrigaba la esperanza de que el sólo espiar a través del tricóder no sería detectado, y eso tal vez podría proporcionarle una pista sobre el paradero de Tasha.

En un terminal estaban tratando de negociaciones comerciales, y transmitiendo órdenes militares por la otra. El terminal principal de comunicaciones no estaba siendo usado cuando él comenzó a escuchar..., pero pasado un rato alguien accedió a él para llamar a «Droo». Cuando Droo respondió, la persona que llamaba dijo:

«Ella está que hecha chispas, Droo. ¡Será mejor que hayas encontrado a esa tal Yar!»

«¡Ya te he dicho que no está por ninguna parte del complejo! —contestó Droo—. Tiene que haber salido de aquí..., no hay forma de saber dónde estará a estas alturas.»

«Maldito seas... será mi...»

Es tu cabeza, Jokane —interrumpió de pronto Nalavia por su línea privada—. Preséntate al turno de patrulla de a pie. Y, Droo, tienes mi permiso para emplear a la mitad del ejército si fuera necesario. No puedo darles largas al androide durante mucho tiempo más... Trae a esa mujer de vuelta a la puesta del sol, o irás a guardar una mina de hielo en un asteroide. ¡Si voy a negociar con la Flota Estelar, no puedo tener a uno de mis rehenes dando vueltas por ahí!

Tasha Yar había sido entrenada por Seguridad de la Flota Estelar. Una vez que se convenció de que nadie iba a atacarla durante la noche, y de que la puerta estaba de verdad barrada, no cerrada con llave de alguna forma que ella pudiera abrir mediante algún utensilio, recorrió la desnuda pero aceptable habitación en la que la había encerrado Darryl Adin, sólo durante el tiempo suficiente para asegurarse de que no tenía forma de escapar.

Las paredes eran de piedra, el suelo de parquet, de listones de parquet. Sin un tricóder, no podía estar segura de que no hubiese sensores ocultos, pero no conseguía imaginarse dónde podrían estar instalados a menos que una parte de las paredes fueran falsas. Al tacto eran de piedra, y le devolvieron un sonido sordo y nada hueco cuando las golpeó. Los marcos de madera de las puertas tenían la pátina del tiempo, y no pudo detectar que nadie los hubiera manipulado.

No había ventanas y las únicas puertas eran la que se abría al pasillo y otra que conducía a un cuarto de baño primitivo pero funcional. El único espejo que había, pequeño pero limpio, estaba colgado encima del lavabo, pero no estaba colocado de forma que abarcara el dormitorio, lo que lo convertía en un candidato improbable para un dispositivo espía.

La cama consistía en un colchón grueso colocado sobre una estructura de madera y cubierto con sábanas suaves. Ella lo quitó todo, palpó cada centímetro del colchón, y luego volvió a hacer la cama. No había ningún aparato en la parte de abajo.

Y en cualquier caso, ¿qué podían esperar descubrir, espiándola a ella? Dare tenía su insignia-comunicador. Ella no podía ponerse en contacto con Data. Dare esperaba que hiciera exactamente lo que estaba haciendo y que luego, cuando le resultara evidente que no podía escapar, que descansara con el fin de poder enfrentarse con cualquier cosa que fuera a suceder por la mañana.

No había armario, sino sólo un colgador para ropa. De él pendía una sedosa bata azul y en el suelo un par de cómodas zapatillas. Yar decidió aceptar la invitación; su uniforme de gala ya había pasado por bastantes cosas esa noche, no había necesidad de que durmiera con él.

En el cuarto de baño había un armario; sobre un estante de madera encontró un peine, un cepillo de pelo, otro de dientes, dentífrico, jabón, toallas y un botellín de champú. Reconoció este último objeto: una preferencia personal de Dare, hecho con hierbas de Rigel Siete. Aún ahora impregnaba su masculino olor; al abrirlo, la recorrió un hormigueo de nostalgia.

No podía permitir que la turbara el ayer. Darryl Adin era un traidor y un asesino y ahora, admitido por él mismo, un mercenario. No se podía confiar en él más que en la presidente Nalavia... y Yar temía que ella y Data hubieran sido arrojados a una de esas situaciones confusas en las que nadie estaba del lado de lo justo y cierto.

No obstante, puesto que no había nada que hacer hasta la mañana, ella apartó todo eso de su mente y durmió.

Los oficiales de la Flota Estelar —los viajeros estelares en general—, no permitían que sus cuerpos se establecieran en un ritmo biológico fijo y completo debido a que cada planeta que visitaban tenía días y noches diferentes y ellos podían transportarse a una superficie en cualquier momento. Yar durmió cinco horas, se levantó e hizo ejercicio, se duchó y vistió, y se dispuso a esperar a que alguien fuera a buscarla.

No pasó mucho antes de que *Poeta* apareciera, todo zalamera galantería, para escoltarla a

desayunar. Esa mañana no llevaba ropa de camuflaje, sino que lucía una blusa amarilla con pantalones negros, y un ancho cinturón negro que le definía la cintura. No parecía ir armado... y ahora que lo pensaba, no había visto que llevaran arma alguna la noche anterior. Sin embargo, sí que había apreciado que sus ropas eran muy holgadas. Los uniformes de la Flota Estelar hacían que resultara prácticamente imposible esconder armas; las blusas anchas, las camisas y las chaquetas que veía aquí podían ocultar cualquier tipo de arma fásica, explosiva, cuchillos, armas recortadas... El entrenamiento de seguridad de la Flota Estelar había convertido a Dare, al igual que a ella misma, en un experto en prácticamente todas las armas conocidas, y ella tenía pocas dudas de que los secuaces escogidos por él eran igual de duchos.

¿Debía emprender alguna acción para liberarse? Ya sabía que *Poeta* era más fuerte y diestro de lo que aparentaba, y ella no sabía cómo moverse por este... lugar. ¿Qué era..., un castillo? Decidió preguntárselo a *Poeta*.

—Correcto —contestó él—. Es el castillo de Rikan, el centro del movimiento de resistencia contra Nalavia. Alguien la llevará a recorrerlo más tarde. —Él se detuvo, haciendo que ella se parase también de forma refleja y se volviera a mirarlo. La luz se reflejaba en sus lentes y hacía que sus ojos fueran imposibles de interpretar. Ella se preguntó si sería por eso que las llevaba—. Usted es la mujer, ¿verdad? —preguntó en tono suspicaz.

—¿La... mujer?

—La mujer que toca. Una más de éstas a las que él les da palique, una de esas rubias menudas y huesudas a las que deja frustradas... o regresa a la mañana siguiente frustrado él mismo como todos los diablos. ¡Una oficial de la Flota Estelar! Siempre he dicho que Dare tenía un ansia insaciable de castigo.

Ante la mirada atónita de ella, él agregó:

—Sí, todos sabemos que Dare estuvo en la Flota Estelar... y cómo lo jodieron. Como usted... —Los ojos de él la recorrieron con obvia aversión—. «Las mujeres descubren más placer burlando a los hombres que conservando amantes.»

«Así que Dare aún me culpa a mí.»

Recorrieron el resto del camino en silencio.

El desayuno fue servido en una de las habitaciones más hermosas que Yar hubiese visto jamás. Era una de las varias que corrían a lo largo de una de las fachadas del edificio, y las ventanas daban sobre un profundo precipicio sembrado de árboles de brillantes colores. En la mesa del comedor cabían al menos veinte servicios, y estaba puesta toda ella aunque sólo tres se encontraban comiendo en ese momento. Yar conocía a uno solo de los presentes: Sdan.

Recios muros, tapices, muebles taraceados, señoriales chimeneas, servicios de mesa de porcelana y oro... El esplendor le quitó el aliento a Yar, rivalizando su atención con la espléndida vista que se veía desde las ventanas. Imagínate vivir aquí, en medio de la hermosura de la naturaleza tan perfectamente armonizada con las más finas obras de artistas y artesanos. Durante un momento no pudo hacer nada excepto dejar que aquel efecto la inundara. Luego, con toda deliberación, recuperó el espíritu de la Flota Estelar y se aproximó a la mesa.

Los dos desconocidos eran una mujer y un hombre. La mujer parecía humana, la piel olivácea y el abundante cabello lacio tan corto como el de Yar y sujeto por un pañuelo en torno a la frente. No era bonita pero transmitía poder incluso sentada, comiendo y charlando entre sus compañeros. Llevaba una camisa sin mangas que dejaba a la vista unos brazos más musculosos que los de la mayoría de los hombres —claramente era otro

miembro de la banda mercenaria de Dare.

Si la mujer era intrigante, el hombre resultaba imponente. Era humano o trevano y bastante viejo, la cabeza poblada de pelo blanco, piel curtida y claros ojos color avellana. Yar no conocía las pautas de envejecimiento de los trevanos, pero de haber sido un ser humano tendría que haber tenido bastante más de ochenta años. Sin embargo se mantenía erguido, sus ojos estaban alerta, y en el momento en que ella se acercó a la mesa él se puso de pie, con anticuada galantería, tan natural como artificial era la de *Poeta*.

—Usted tiene que ser Natasha Yar —le dijo—. Yo soy Rikan. Bienvenida al Descanso del Guerrero, señorita Yar.

El traductor escogió el término «señorita», obsoleto ahora incluso dentro de la Flota Estelar —hacia un siglo que había dejado de estar en uso—, para representar el término que el trevano había empleado para dirigirse a ella. El traductor era un aparato extremadamente útil, que incluso sugirió los matices del idiolecto del hombre, en apariencia arcaico incluso entre los trevanos.

—Me alegro de conocerle, señor —respondió Yar, deteniéndose cerca de la mesa y poniéndose firme—, pero me saluda usted como si fuera un huésped. En realidad soy su prisionera.

—Tonterías —replicó el señor de la guerra—. Es usted mi invitada. Por favor, siéntese. Los sirvientes le traerán el desayuno.

Yar permaneció exactamente donde estaba.

—En el lugar del que provengo, lord Rikan, los huéspedes no son encerrados en sus habitaciones.

Él le dedicó una sonrisa encantadora, dejando a la vista unos dientes gastados pero bien cuidados.

—En ese caso deseará usted comer con el fin de reponer sus fuerzas para el caso de que decida intentar escapar.

Yar miró los ancianos ojos sabios y vio que sabía con toda exactitud lo que a ella le estaba pasando por la cabeza. Cedió y le permitió a *Poeta* que la sentara. La comida olía de forma maravillosa y sabía aún mejor. Pensó que si permanecía mucho tiempo en este planeta, la cocina trevana podría estropear su línea.

Rikan presentó a la otra mujer de la mesa como Bárbara.

—Es Barb —corrigió ella—. Nadie no me yama Bárbara, ¡y en especial nadie no me yama Babs! —Esto último lo dijo lanzándole una mirada de enojo a *Poeta*.

—¿Qué es un nombre? —replicó él—. Una rosa con cualquier otro nombre continuaría teniendo un aroma igual de dulce.

Barb le enseñó los dientes.

—¡Esta rosa tiene espina!

—Natasha... —dijo Rikan.

Ya que estaban dejando claros los nombres...

—Es Tasha —lo corrigió—. Probablemente proviene de Natasha, y eso es lo que consta en los primeros registros, pero todos, incluida mi madre y la mujer que me crió, me llamaban sólo Tasha.

—No sirve de na' desírselo a él, Tasha. Yo no sé ni por qué me molesto, cuando no sirve pa' na' de na' —dijo Barb.

Rikan hizo caso omiso de la interrupción y continuó.

—Mi joven amigo Adrián... —Se oyó un bufido por parte de *Poeta*, que debía conocer el desagrado de Dare cuando lo llamaban por cualquier otra cosa que no fuera el sobrenombre

escogido por él. Bueno, pues si Dare no podía con el inverterado formalismo de Rikan, nadie podía—, no creía que usted fuera a visitarme de forma voluntaria, ni siquiera en caso de que hubiera sido posible que una invitación sorteara el sistema de seguridad de Nalavia. —Estaba equivocado —replicó Yar con firmeza—. Si el supuesto terrorista nos hubiera invitado, le aseguro que Data y yo habríamos realizado todos los esfuerzos posibles para reunimos con usted.

—¿Data..., el androide?

Así que Rikan sabía lo que Data era. Yar estaba segura de que Dare también; lo único que ocurría era que en la actualidad se mostraba desdeñoso hacia cualquier cosa relacionada con la Flota Estelar.

—Sí, Data es un androide, pero eso no hace que sea menos persona.

—¿De verdad? Me gustaría conocerlo.

—Si me retiene aquí durante mucho tiempo, le aseguro que tendrá la oportunidad —replicó ella con aplomo.

Otra voz interrumpió desde detrás de Yar.

—Estoy seguro de que tu computadora ambulante puede averiguar dónde estás, pero eso no le permitirá llegar ni a diez kilómetros de este lugar.

Yar se volvió y observó a Dare, que entraba y ocupaba su silla en frente de ella, mientras decía:

—Lo hará si decide que es la mejor línea de acción que puede emprender.

No continuó porque su atención se desvió hacia otra parte. Dare no había entrado solo; a su lado caminaba una mujer como si ése fuera su sitio, y Dare la hizo sentar a su lado como si estuviera de acuerdo con eso.

—Aurora —le dijo a la mujer—, permíteme que te presente a la teniente Tasha Yar; mi asesora táctica, Aurora.

Aurora era una mujer imponente que aparentaba ser apenas mayor que Yar pero hacía que la oficial de la Flota Estelar se sintiera desmañada e infantil comparada con la calma y confiada seguridad de esta mujer. Cuando se la miraba bien, uno veía que no era hermosa, apenas bonita, pero tenía la actitud regia de los nacidos nobles.

Su pelo era castaño oscuro, con reflejos rojos provocados por la misma exposición al sol que había salpicado de pecas su complexión blanca. Tenía los ojos de color marrón cálido, casi vulcanianos en su profundidad. Por lo demás, tomada por partes, era bastante corriente: las mejillas un poco demasiado redondas, la mandíbula un tanto cuadrada, la silueta en absoluto gorda pero tampoco lo bastante delgada como para llamarla esbelta, ni lo bastante llena para llamarla voluptuosa. Sin embargo, exquisitamente vestida con una chaqueta rojo cereza sobre una blusa blanca de satén y pantalones negros holgados, hacía que Yar se sintiera incómoda —podía imaginar a Data encontrando la palabra «desaliñada» en sus bancos de memoria— incluso a pesar de que llevaba su uniforme de gala. Especialmente por llevar el uniforme de gala, que era del todo inapropiado a la hora del desayuno. Aurora le dirigió a Yar una mirada, que a la par que la medía, decía:

—Me alegro de conocerte, Tasha. Dare me ha dicho que eres muy diestra en el combate. Espero que podamos persuadirte para que nos ayudes.

Ése era el último comentario que Yar esperaba. Frunció el entrecejo, miró a Dare y luego a Rikan.

—¿Ayudarles a ustedes?

Rikan dijo:

—Sé lo que le ha contado Nalavia. También nosotros hemos visto esas terribles imágenes

de personas inocentes atacadas, niños pequeños asesinados... De todo esto me culpa a mí y a los que luchan contra su tiranía.

—Data y yo ya sabemos que esos ataques eran una farsa —dijo Yar—, o al menos representaciones para las cámaras, o montajes, de la misma forma que hizo un montaje tendencioso con la información referente a Data y a mí, y a la propia Flota Estelar. Confío en que Dare les haya dicho que no es una flota de guerra.

Ella volvió los ojos hacia su antiguo amor que, repantigado en la silla, presentaba la mueca desdeñosa con la que respondía a cualquier mención de la Flota Estelar. Esta mañana iba vestido con un atuendo similar al de la noche anterior, pero la camisa de hoy era de una tela negra sedosa con un dibujo de plata entretejido. En el bolsillo del pecho de una chaqueta de corte más severo, había un símbolo en plata. Se trataba de un casco estilizado, según advirtió Yar, del tipo que habían llevado los caballeros medievales de la Tierra. *El Paladín de Plata*.

Rikan respondió a la pregunta de Yar.

—Él me dijo que la Flota Estelar no iba a hacer lo que yo temía: aceptar la palabra de Nalavia y venir aquí para destruir nuestra resistencia y luego volverse contra ella también para hacerse con el control del planeta para la Federación.

—¡Oh, no..., sin duda tiene usted que saber que eso está en contra tanto de las reglas de la Flota Estelar como de las leyes de la Federación!

El anciano asintió.

—Así lo pensaba, desde la investigación que llevamos a cabo hace muchos años. Yo era miembro del consejo cuando Treva solicitó ingresar en la Federación. Pero desde que Nalavia subió al poder, ha contradicho todo lo que nosotros averiguamos entonces. Las pruebas presentadas por ella sugieren que la Federación engulle planetas por el sistema de convertirlos en protectorados de la Federación, atrayéndolos con una supuesta seguridad, luego anexionándolos y explotando sus productos y recursos naturales. Después, cuando ya no pueden producir lo bastante para satisfacer la voracidad de la Federación, despojados de sus recursos, los dejan morir por inanición.

Yar estaba horrorizada.

—Dare...

—Ya le he dicho que eso no es verdad —replicó él—. La Federación tiene sin duda sus fallos, pero en todo caso están en la dirección opuesta: hay tanto de todo para todos que la gente se hace débil, se abandona. Ya nadie tiene que luchar para sobrevivir..., y sin lucha no hay fortaleza.

—Dare —dijo Tasha—, tu propia fortaleza desmiente esa afirmación.

Rikan dijo:

—Sus afirmaciones se corresponden más con lo que yo vi cuando visité la Federación hace años..., pero como yo visité solo cuatro planetas, podrían haberme engañado.

Sdan habló por primera vez.

—Ella dice la verdad. La Federación no es ningún mal; sólo tiene problemas con la gente que no encaja en los esquemas convenientes.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Tasha—. Existen tantos mundos diferentes, tantas culturas distintas... ¿cómo puede ser alguien tan diferente como para no encontrar un hogar en alguna parte?

Barb profirió un bufido de mofa.

Sdan sonrió sardónicamente.

—¡Intente ser una mezcla de vulcaniano, humano, romulaño y orión, y tal vez un toque de

molusco de Aldebarán por lo testarudo! —replicó—. Luego agréguele además el ser la oveja negra de la familia, y puede que tenga algún problema para encajar.

Bueno, ahora sabía por qué no actuaba como el vulcaniano que parecía ser.

—¿Transgredió usted las leyes de la Federación, Sdan?

—Sólo las de mi familia. Detesto estudiar, ¿sabe?... No soporto estar encerrado todo el día viendo pasar la vida a través de una pantalla de computadora. Desciendo de una familia de matemáticos, científicos, médicos, investigadores..., pero al parecer yo soy una especie de reencarnación de mi bisabuelo. Era un mercader independiente, humano, casado con una mujer orión, y así comenzó toda la cadena. —Rió entre dientes—. Una gran cadena, por lo que parece. Me dio tres hermanos y cinco hermanas, y el Gran Pájaro sabe cuántos primos andan corriendo por ahí. Todos y cada uno de ellos son el erudito descendiente de un erudito. ¡Yo no! Yo necesito aventura, o me marchitaría y moriría.

—La quietud es un infierno para los corazones inquietos —acotó *Poeta*.

—¿No consideró ingresar en la Flota Estelar? —le preguntó Yar a Sdan.

—Demasiadas reglas —contestó él—. Las reglas han sido hechas para romperlas... pero la Flota Estelar no piensa de ese modo.

—Así que usted se ha unido a Dare en una carrera destinada a romper la más importante de todas las reglas. —Tasha estaba mirando a su antiguo amante mientras hablaba.

Dare estaba haciendo grandes esfuerzos para mantener su concentración en pelar una pieza de fruta, pero al oír aquello la dejó en el plato y miró a Yar directamente desde el otro lado de la mesa.

—Por lo que ves, yo nunca he quebrantado la Primera Directriz. Todos nuestros trabajos han sido por estricta invitación, y ninguno ha tenido lugar en planetas primitivos en los que nuestra presencia pudiera desbaratar la evolución de la cultura nativa.

—Lo que quieres decir es que ninguna cultura primitiva tiene los medios para pagar tu precio —dijo Yar con desdén.

Algo había sucedido con el temperamento vivo de Dare.

Ahora parecía arder sin fuego en lugar de estallar en llamas, pero su concentración podía producir más ardor.

En lugar de encolerizarse, sonrió... pero la sonrisa no le llegó hasta los ojos.

—Eso es cierto. Me pagan muy, muy bien... y valgo cada uno de esos pagos. Pero existen ciertas cosas que no haría, por muy alto que fuese el precio. —La sonrisa se convirtió en una mueca vanidosa—. Piénsalo, Tasha: ¿Quién podría ofrecerme el pago más alto en Treva? ¿Rikan o Nalavia?

—¿Cuál de los dos te hizo la oferta? —contestó ella.

Él profirió una risa que semejaba un ladrido, pero ahora en su humor había algo tan artificial como en el de Data.

—Rikan —admitió.

Entonces habló Aurora.

—Podríamos habernos puesto en contacto con Nalavia para ver cuál era su contraoferta. O podríamos haber rechazado la de Rikan puesto que tenemos docenas de otras desde que estamos con Dare. Sin embargo, una vez que investigamos la situación que había aquí, quedó claro que Nalavia es una tirana despiadada a la que hay que detener mientras todavía se esté a tiempo.

Rikan sacudió la cabeza con aire triste.

—Puede que el tiempo ya se haya acabado. No sé qué ha sucedido con el espíritu del pueblo de Treva. La gente del campo aún lo tiene... pero a los que han sucumbido a la



seducción de la vida cómoda de las ciudades parece no importarles nada que no sea la buena comida, los lechos blandos, la cerveza fuerte y los entretenimientos. —Frunció el ceño—. Nalavia hace que las drogas sean asequibles y baratas, y la gente pasa el tiempo que no trabaja en un estado de estupor. Nadie hace deporte excepto los atletas profesionales. La gente ni siquiera va a los estadios a ver partidos o reuniones atléticas..., lo ven todo por vídeo. Natasha, este cambio ha tenido lugar en sólo tres años, después de que Nalavia se estableciera en el poder. Cuando suspendió los derechos civiles, así como las elecciones libres, yo pensé que la gente se levantaría contra ella..., pero sólo parecía importarles a los que estaban fuera de las ciudades. Así que... envié a buscar ayuda.

—¿Por qué no se la pidió a la Federación? —inquirió Yar.

—Yo ya no represento al gobierno trevano. En las últimas elecciones me dejaron fuera del cargo, junto con todos y cada uno de los otros legisladores que se oponían a los planes de Nalavia. Mis esfuerzos destinados a contactar con los funcionarios de la Federación tropezaron con atascos burocráticos, y finalmente con negativas. Cuando regresé a casa me encontré con que estaba acusado de interferir en las acciones del gobierno electo legítimamente, y con que me habían retirado el pasaporte.

Se produjo una pausa. Luego, Barb dijo:

—Lo qu'él no va a desirte e' que pasó do mese' en una 'e la' prisione' 'e Nalavia. S'habría muerto ahí si su' gente' no lo hubieran saca'o por la fuersa. Yo he esta'o en lugare' asila' rata' viven mejo'. Ese día pusimo' en liberta' a un puña'o'e preso' político', y to'o' eyo' están trabajando ahora con nosotros'.

—¿Nosotros? —preguntó Yar—. ¿Es usted trevana? Yo pensaba que usted pertenecía a la... gente de Dare.

—Oh, Barb es una de mi... banda. —Dare dijo la palabra que Yar había evitado por diplomacia—. Se tomó como una cosa personal al entrar en la prisión mientras nosotros estábamos entre dos misiones. De todos nosotros, Barb es la que menos tolera la inactividad. A mí no me importa qué trabajos extra realice siempre que sean breves y ni la maten ni acarreen represalias para el resto de nosotros. Ella regresó con la invitación de Rikan, y con un informe de lo que había visto en Treva. Así que aquí estamos.

Yar no confiaba ya en sus instintos respecto de Darryl Adin, pero Rikan parecía sincero, y ella había visto la emisión de vídeo y los anuncios de drogas. Su instinto desde luego le decía que desconfiara de Nalavia.

—Estoy comenzando a creerles —dijo—. Déjenme regresar al palacio de Nalavia... está bastante al oeste de aquí, ¿verdad? Devuélvanme mi insignia-comunicador para contactar con Data, y posiblemente pueda ingeniármelas para regresar. ¡Ah! El guardia dormido...

—No estaba dormido —aclaró Sdan—. Le había hecho un pinzamiento nervioso.

—No importa. Afirmaré que quienquiera que estuviese de guardia esta mañana, se encontraba dormido cuando yo salí a correr. Si uno de ustedes puede prestarme ropa que pueda pasar por atuendo deportivo, podré atravesar las defensas del perímetro mientras Data crea una distracción. Pero debemos darnos prisa, o será demasiado tarde para que pueda decir que he salido a correr. Data y yo entraremos en la computadora de Nalavia si él no lo ha hecho ya, y averiguaremos qué está sucediendo en realidad. Si pueden darme una frecuencia en la que pueda contactar con ustedes... —dijo mientras retiraba la silla de la mesa.

—Siéntate, Tasha —le pidió Dare sin rodeos.

—Pero no hay tiempo...

—Siéntate. No vas a ir a ninguna parte, y no vas a contactar con el androide.

—De todas formas no podría —agregó Sdan—. No le sucede nada malo a su insignia-comunicador; hay un bloqueo en todas las frecuencias de la Flota Estelar.

—Si es cierto —dijo Yar—, Data lo verificará. Eso hace que sea aún más importante que yo regrese...

—No vas a regresar —dijo Dare—. Tengo un trabajo que hacer aquí, y no lo abandonaré porque tú o tu androide informéis a la Flota Estelar de mi paradero. No vas a ir a ninguna parte, Tasha, hasta que o bien creas lo que te digo y te sumes a ayudar a Rikan... o yo haya acabado con el trabajo sin tu ayuda y me haya largado de Treva y de la jurisdicción de la Flota Estelar.

El teniente Data ajustó una vez más la frecuencia de su insignia-comunicador. Electricidad estática. A pesar de que estaba prácticamente seguro de que Nalavia había establecido un bloqueo en las frecuencias de la Flota Estelar, podía deberse a una inconveniente tormenta de iones en las proximidades de Treva.

Fuera cual fuese la razón, no podía ponerse en contacto con Yar ni podía acceder a la radio de la lanzadera, más potente, para enviar un mensaje a la *Enterprise*.

Así pues, Nalavia consideraba a Data y Tasha como rehenes... y había perdido la pista de Tasha. Eso era lo último que Data había esperado; había pensado que Nalavia tenía encarcelada a Tasha. Mientras trabajaba con la insignia-comunicador, Data mantenía los circuitos del tricórder abiertos al centro de comunicaciones de Nalavia, con la esperanza de recoger alguna pista de lo sucedido a Tasha. Había mucha preocupación, y miedo a las represalias de Nalavia, aunque ni rastro del paradero de la teniente de la Flota Estelar.

Pero, ¿adonde iría Tasha? ¿Y por qué no había dejado ningún mensaje para Data? O... ¿lo había dejado?

Atravesó el pasillo para llamar a la puerta de Tasha, con el fin de que lo viera el guardia.

—Aún no ha regresado —dijo el hombre.

—Es extraño —comentó Data—. Vamos a cenar con los miembros del gabinete dentro de una hora.

—Puede que el vehículo de tierra haya tenido una avería —sugirió el guardia.

Diferente turno, guardia diferente. Data esperó que éste no fuera a encontrar nada sospechoso en el hecho de que él entrase en la habitación, no sin antes decir:

—Tengo que coger algo prestado; a la teniente Yar no le importará.

El tricórder de Tasha había desaparecido. Por supuesto; la gente de Nalavia había registrado la habitación mientras Nalavia mantenía ocupado a Data. Si le había dejado a él un mensaje en un sitio tan obvio, estaría codificado de forma que nadie podría leerlo..., pero tampoco podía hacerlo él sin el instrumento.

Sin embargo, se encontraba allí por la mañana. Él había estado en la habitación antes de que la registraran, aunque después de que otra persona hubiese descubierto la desaparición de Tasha. Hubiera las pistas que hubiere aquella mañana, estaban ahora borradas, alteradas, embrolladas por quienes habían llevado a cabo el registro a pesar de que pusieran buen cuidado en dejarlo todo de vuelta en su sitio, excepto el tricórder.

No obstante, Data tenía en su memoria una grabación perfecta del aspecto que presentaba la habitación por la mañana. Al recordar que le había dicho al guardia que entraba a buscar algo, recogió el lustrador de zapatos de Tasha y regresó a su propia habitación, asegurándose de que el guardia alzaba la vista y lo veía entrar... porque no pensaba quedarse allí durante mucho tiempo.

Recorrió con rapidez las imágenes de la habitación de Tasha, grabadas aquella mañana.

Nada en enfoque ordinario. Espera... La silla que se encontraba junto a la puerta en un ángulo extraño. Acercó el foco de la moqueta y pudo ver las impresiones que las patas de la misma habían dejado donde se apoyaban habitualmente —donde había vuelto a encontrarla esta noche— junto con una marca de raspado donde la habían apartado del sitio de un empujón.

Un ser humano habría tenido que agacharse y examinar la moqueta con aparatos especiales. Data era capaz de aumentar y acercarse a cada centímetro cuadrado de lo que había captado incluso con visión periférica. Había huellas de tres juegos de suelas diferentes: las botas de Tasha, suministradas por la Flota Estelar, un juego perteneciente a un humanoide varón de tamaño medio o una mujer más bien grande que había dado vueltas por toda la habitación, y otras pertenecientes a alguien muy pesado para el tamaño de sus pies, que había permanecido de pie junto a la puerta, con la espalda apoyada contra la pared, durante un buen rato.

Inmediatamente en frente de la puerta, las propias pisadas de Data, pequeñas pero profundas, atravesaban en línea recta por entre los rastros de una pelea: muchas huellas en ángulos diferentes, otras marcas causadas por otras partes del cuerpo al chocar contra el suelo.

El enmoquetado retenía mejor las huellas, pero ahora que sabía qué estaba buscando, Data encontró roces en la puerta y paredes. Tasha había luchado contra dos oponentes que estaban escondidos en la habitación, esperándola. ¿Por qué no lo había oído el guardia?

¿Porque él era parte del plan? No, Nalavia no tenía a Tasha.

¿Porque lo sobornaron? Era improbable..., no parecía que mereciese la pena arriesgarse a provocar el castigo de Nalavia.

Entonces, porque estaba o bien fuera de su puesto o inconsciente.

Data volvió a pasar la grabación de su propio regreso de la noche anterior. Le había parecido que el guardia estaba despertándose en ese mismo momento, frotándose el cuello...

Si lo hubieran drogado, probablemente habría continuado estando inconsciente. Si le hubiesen golpeado la cabeza habría estado dolorido. Pero un calambre en el cuello, en el punto en que se unía con el hombro...

Entonces, lo habían dejado sin conocimiento con un pinzamiento vulcaniano, lo cual explicaba la presencia en la habitación de Tasha de esa persona más pesada que un ser humano. Pero... ¿un vulcaniano? ¿En Treva, sin conocimiento de la Federación? ¡Oh, no... no un romulano, por favor!

Éste no era momento para especulaciones infructuosas. Una persona de raza vulcanoide y probablemente una humana habían secuestrado a Tasha. No eran gente de Nalavia, lo cual significaba que no se encontraba en las dependencias del palacio. O bien la habían ocultado en la ciudad, o se la habían llevado a otra parte. Eso dependía de quién se la hubiera llevado.

Sólo había una perspectiva probable: el enemigo de Nalavia, el señor de la guerra, Rikan. Él tenía una plaza fuerte en alguna parte al este de allí. Data accedió a la información sobre Rikan que había recogido de la computadora de Nalavia. Estaba demasiado lejos para que sus captores se la hubieran llevado a pie. En ese caso, un vehículo de tierra o una aeronave. Data no tenía un vehículo de tierra, pero sí tenía una lanzadera..., en el hangar del campo de aterrizaje de la ciudad.

Incluso en el caso de que estuviera equivocado respecto a quién se había llevado a Tasha, necesitaba la radio de la lanzadera para informar a la *Enterprise* de los acontecimientos del

presente día. No sería un viaje desperdiciado ni siquiera en el caso de que una vez allí, donde también podía acceder a las grabaciones de control de vuelos aéreos, no descubriera nada que indicase un viaje en la dirección correcta.

Todo esto le llevó menos de cinco minutos. Dentro de cuarenta y siete minutos esperaban a Data para cenar. Poco después de eso Nalavia enviaría a alguien a buscarlo..., pero para ese momento él tenía planeado hallarse lejos del palacio presidencial, ya sobre la pista de Tasha Yar.

Tras recoger tanto la pistola fásica como el tricórder, Data salió una vez más a través del suelo del cuarto de baño, poniendo buen cuidado en volver a encajarlo por encima de sí para que el método de fuga permaneciera en el misterio. Recorrió el camino hasta la parte trasera del palacio, por debajo de la cocina donde, como esperaba, encontró una abertura que iba a dar a los parques. Era la hora del crepúsculo, un momento excelente para los ojos de los humanoides. En pleno día o plena noche, mientras que el uniforme de Data no era un mal camuflaje en medio de los marrones y verdes típicos de la vegetación de los planetas de clase M, su rostro y manos se destacarían mucho más que las de coloración humana, a pesar de que se las había ensuciado deliberadamente con tierra.

Cambiando a visión infrarroja, se puso a atravesar el terreno, escondiéndose tras de una a otra planta ornamental para evitar los espacios abiertos. Las defensas del perímetro eran primitivas para los estándares de la Flota Estelar. Data observó las cámaras hasta que las dos que estaban a su alcance quedaron vueltas hacia otra parte, y luego corrió entre ambas. Se limitó a saltar por encima de la verja sensible al contacto. Luego se puso en camino hacia el campo de aterrizaje a la carrera.

Data no podía correr a mucha mayor velocidad que el ser humano más rápido; la forma de su cuerpo determinaba esa limitación. Su ventaja residía en su subestructura inorgánica, que no podía fatigarse y obligarlo a aminorar la velocidad o descansar. Mantuvo la carrera de un velocista profesional durante todo el recorrido hasta el campo de aterrizaje, avanzando incluso con más rapidez de lo que lo habían hecho en el vehículo de tierra cuando llegaron al planeta. Recorrió calles secundarias para evitar las áreas concurridas, y además el mapa de la ciudad al que había accedido por la computadora de Nalavia le mostró una ruta más corta que la seguida para exhibirlos. Las únicas interrupciones del viaje se produjeron cuando él se ocultó al pasar vehículos.

Tuvo que aminorar la marcha al llegar al campo de aterrizaje, porque había gente en los alrededores. Por desgracia, un androide sucio llamaba tanto la atención entre una multitud como lo haría uno limpio.

Así que se deslizó entre las sombras, con todos los sentidos alerta para detectar alarmas. Al parecer todavía no lo habían echado en falta, porque sin duda la lanzadera sería el primer lugar en que lo buscarían. Encontró el hangar sin guardia. Estaba cerrado con llave, pero no tenía sentido atraer la atención utilizando la pistola fásica; la sencilla cerradura externa se rompió fácilmente bajo la fuerza del androide.

La lanzadera había desaparecido.

Se daban muchos casos en los que Data deseaba ser un humano, pero nunca con mayor fuerza como cuando necesitaba una válvula de escape para la frustración. Por falsa que fuera su risa, los raros intentos de usar imprecaciones lo eran más aún.

¡Tendría que haberlo pensado!

Adondequiera que Nalavia hubiese hecho llevar la lanzadera, estaba seguro de que no se encontraba allí, en el campo de aterrizaje.

¿Qué era más importante: encontrar la lanzadera y enviar un mensaje que la *Enterprise* no

recibiría hasta al cabo de varios días, o localizar a Tasha? Era seguro que su amiga y compañera de tripulación estaba en peligro. Su primer deber era rescatarla.

Excepto por el hecho de que tenía una... ¿era esto lo que los humanos llamaban corazonada?

No, se trataba de una deducción lógica. Nalavia y Rikan eran enemigos. Si Nalavia no tenía a Tasha... las leyes de probabilidad decían que era casi seguro que estuviese en las garras de Rikan.

Data examinó las aeronaves detenidas en las proximidades, escogió una pequeña, rápida y versátil, rompió la cerradura externa, accionó el contacto con un juego de herramientas que encontró en el interior —aunque probablemente el dueño no tenía ni idea de que podía empleárselas con ese propósito—, y accedió a la computadora de a bordo. Al cabo de unos segundos sabía quién se suponía que debía ser... y al cabo de minutos había archivado un plan de vuelo que esta aeronave había volado muchas veces antes, se le concedió el permiso para salir y se le deseó buen viaje mientras él despegaba hacia la creciente oscuridad. Siguió el plan de vuelo hasta que estuvo fuera del alcance de los sensores, y luego aceleró en dirección este.

El sistema de pantallas de la aeronave no le notificó la presencia de los sensores instalados en el perímetro exterior de la fortaleza de Rikan, pero fueron detectados por su tricórder, que él había ajustado para que controlara todas las bandas. Se trataba de un complejo sistema, mucho más evolucionado que el que había en el palacio de Nalavia, pero todos los sistemas de este tipo tenían sus puntos ciegos en torno a los proyectores. Pocos pilotos humanos habrían conseguido maniobrar con una aeronave desconocida a través de la diminuta zona muerta, pero Data pasó con facilidad por ella y continuó rápidamente hacia su meta.

La plaza fuerte de Rikan estaba situada en un risco que dominaba un precipicio profundo. Data buscó acceder a un control computerizado de la pequeña pista de aterrizaje..., ¡pero no lo había! Su visión infrarroja le dijo que en lugar de eso había gente, preparada para luchar contra cualquier aeronave que atravesara las defensas del perímetro, o tal vez para guiar mediante luces a una nave aérea esperada.

¿Cómo podían operar de ese modo? No todas las noches eran tan claras como ésta; esa diminuta pista de aterrizaje resultaría inaccesible para los pilotos la mayoría de las veces sin un sistema de guía. ¿Era posible que hubiera aquí sensores que ni los equipos de la aeronave ni los suyos propios pudieran detectar? La gente permanecía de pie o caminaba descuidadamente por los alrededores, al parecer sin advertir su presencia. Estaban demasiado lejos como para que ni un vulcaniano pudiera oír el suave silbido de las unidades antigraavedad de la aeronave, y él había apagado las luces de vuelo en cuanto transpuso las defensas del perímetro.

Se mantuvo a distancia mientras estudiaba la disposición de los edificios y terrenos circundantes... y la lanzadera de la Flota Estelar dentro de un cobertizo de madera, oculta a la visión normal pero no a la infrarroja. Así que Nalavia no había cambiado la lanzadera de sitio; lo habían hecho los captosres de Tasha.

Para dar la impresión de que Tasha se había marchado por su cuenta.

O... ¿era sólo una impresión?

No... Data había visto los indicios de la lucha librada por ella, y ella era una oficial demasiado buena como para marcharse sin informarle. La presencia de la lanzadera confirmaba que Data no había emprendido una búsqueda infructuosa.

No obstante, había personal que vigilaba el cielo, y algunas armas antiaéreas de aspecto

bastante siniestro en los edificios externos. Data no se atrevía a describir un círculo más estrecho en torno al castillo de Rikan; tendría que dejar la aeronave y acercarse a pie.

Subir a pie.

Data encontró un calvero en el bosque, donde se posó y llevó a la ligera aeronave tan cerca de los árboles como pudo, tras lo cual apiló ramas sobre las partes que aún quedaban expuestas. Si él y Tasha no podían recuperar su lanzadera, dispondrían de un transporte alternativo.

Pero antes tenía que encontrar a Tasha.

La subida hasta el castillo de Rikan era escarpada, difícil para los seres humanos pero no para un androide. Data buscó dispositivos de vigilancia, pero no vio ningún destello infrarrojo que indicara la presencia de cámaras, rayos de luz u otros sistemas sensores. Era probable que Rikan previera ataques por aire; este camino difícilmente sería apropiado para un ataque de infantería.

Data llegó por fin a la cumbre de la meseta y vio el castillo a través de los árboles. Avanzó con cautela, desenfundando la pistola fásica al aproximarse al claro...

Y fue de pronto cogido por todas partes a un tiempo, atrapado en una red y alzado por los aires, ¡con el acompañamiento de un estridente entrechocar metálico!

¡Atrapado en una red!

Data tardó sólo microsegundos en darse cuenta de que la red era de fibras naturales, tenía la misma temperatura del suelo y había estado oculta debajo de una capa de hojas y ramitas. Se disparó cuando él puso los pies sobre ella. Unas campanas atadas a las cuerdas producían aquel horroroso estrépito cuando él se movía.

El peso de Data mantenía doblados a los flexibles árboles, pero de todas formas estaba indefenso mientras el movimiento de éstos lo mecía de un lado a otro.

Enredado e impotente, se dejó caer de espaldas y luchó para que sus manos consiguieran aferrar una sección de la cuerda y la desgarraran. Era de una resistencia sorprendente, pero no podía resistir ante la fuerza del androide.

Al romperse, sin embargo, hizo sólo un pequeño agujero en la red... Le llevaría demasiado tiempo desgarrar las suficientes hebras para hacer un agujero lo bastante grande a fin de deslizarse por él. Tendría que utilizar la pistola fásica.

La pistola fásica estaba caída sobre su pecho, y la flexible red obstaculizaba sus intentos de cogerla. Las campanas entrechocaban y resonaban con cada movimiento. Mientras aún estaba intentando escapar, unas personas convergieron donde estaba, apuntándolo con armas.

Estaba rodeado por seis personas, varones y mujeres armados con pistolas fásicas, disruptoras y otras armas de mano similares. Uno de ellos, de raza vulcanoide, presumiblemente el mismo hombre que había colaborado en la captura de Tasha, avanzó hasta detenerse ante él.

—Ahora voy a coger tu pistola fásica, y que no se te ocurra ninguna idea fantástica, robot. Puede que me des a mí, pero no es probable que vayas a darle a nadie más antes de que mis amigos te den a ti. No sé de qué estás hecho, pero apostaría a que no puedes resistir el impacto de cinco armas.

—No puedo —admitió Data, al tiempo que permitía que el hombre se apoderase de su pistola fásica.

Se sentía intensamente irritado por su ineptitud para eludir la trampa de esta gente... y sin embargo no veía cómo habría podido detectar la red. A la luz del día tal vez lo hubiera conseguido, en caso de haber sabido qué buscar.

Cuatro de sus captores mantenían las armas apuntadas hacia él, mientras dos liberaban a Data de la red. Luego se quedaron para volver a armar la trampa mientras los otros lo escoltaban hasta el castillo. Nadie parecía preocupado por la posibilidad de que pudiera tener un compañero; habían estado esperándolo a él, y sólo a él.

Su deducción se vio confirmada cuando entró en el castillo y una de las mujeres se detuvo ante una gran pantalla apagada. Accionó un interruptor; sensores y detectores despertaron a la vida. Habían estado esperándolo, en efecto... y sabían que era capaz de eludir la vigilancia normal. En su última misión había estado a punto de ser destruido por la más evolucionada arma, capaz de perfeccionarse a sí misma, que jamás se había inventado. A ésa la había eludido y ayudado a destruirla... ¡sólo para demostrar esta noche que era vulnerable a una simple red!

Vaya paradoja. La confusión y el absurdo de la situación acercó a Data aún más a los sentimientos humanos.

Fue llevado al interior del castillo, a través de numerosas salas y corredores, hasta una serie de habitaciones que dominaban el precipicio. En una de ellas crepitaba un fuego en una chimenea. Había tres personas delante de la misma, en apariencia de visita casual.

Una de esas personas era Tasha Yar.

No parecía que la retuviesen como prisionera. Se encontraba sentada sobre un canapé de cara al fuego, las piernas recogidas debajo del cuerpo, contemplando las llamas y bebiendo con aire pensativo una bebida en una pequeña copa redonda y elegante. Llevaba puesto un vestido largo y holgado, de un dorado más tenue que el de su uniforme; la primera vez que Data la veía con faldas desde...

Tasha se volvió al entrar el grupo, y sus ojos se abrieron de par en par con sorpresa.

—¡Data! ¿Se encuentra bien?

—Sí, estoy bien —repuso él al tiempo que se daba cuenta de que la preocupación de ella era debida a su estado de suciedad y desaliño—. Meramente desazonado. He venido a buscarla.

—Sí, bueno, hay algunas dudas sobre si necesito o no que me rescaten —le contestó ella—. Lord Rikan —le dijo a un anciano que se encontraba sentado al otro lado del fuego—, éste es mi colega, el teniente Data.

El hombre se puso de pie; era alto e imponente a pesar de su avanzada edad.

—Estaba muy interesado por conocerle, señor Data. Espero que podamos tener oportunidad de conversar. Nunca antes había conocido a un androide.

—¿Cómo está usted, señor? —respondió Data con cortesía, siguiendo la corriente de lo que había dicho la teniente Tasha Yar.

—Y éste —continuó Tasha mientras se volvía hacia el hombre que se hallaba de pie detrás de ella cerca del fuego, reclinado contra la repisa de la chimenea y con el rostro en sombras—, es Adrián Dareau, más conocido como...

Pero cuando Data enfocó el rostro del hombre, sus pupilas se abrieron de modo automático para permitirle ver con claridad a pesar de la escasa luz. Conocía esa cara por los archivos de Seguridad de la Flota Estelar..., un archivo no confidencial, que manchaba el historial por lo demás perfecto de la Flota Estelar en lo referente a hacer de policía de su propia gente.

Haciendo caso omiso de las cuatro armas que aún lo apuntaban, Data avanzó, interrumpiendo a Tasha y cambiando instantáneamente al registro automático.

—... más conocido como antiguo comandante de la Flota Estelar, Darryl Adin —completó—, el criminal más buscado de la Federación.

Y eso le dio a Data un deber que cumplir, por imposible que pudiera resultar su consecución.

—Como representante autorizado de la Flota Estelar, lo arresto, señor, bajo el cargo de fuga de su lugar de detención, después de haber sido hallado culpable ante un consejo de guerra reunido y conducido de la forma apropiada, de veintiún cargos de asesinato, dos cargos de conspiración, y tres cargos de traición contra la Federación de Planetas Unidos.

—¡Data! —exclamó Tasha con voz ahogada.

Pero Data no le hizo ningún caso, pues su atención estaba fija en el muy peligroso hombre que tenía ante sí.

Darryl Adin se limitó a mirarlo de hito en hito, pasmado durante un momento... y luego su boca se tensó. Sus ojos se arrugaron mientras miraba a Data de arriba abajo; estallidos de su humor escaparon a su control... y finalmente echó la cabeza hacia atrás y rompió en sonoras carcajadas.



Tasha Yar no había tenido ni idea de qué estaba haciendo Data durante el día de su cautividad, pero sabía que Nalavia no podría mantenerlo en la ignorancia respecto a su desaparición. Decidió valorar la situación en que se encontraba antes de determinar su movimiento siguiente.

Tras un incómodo desayuno, Rikan se había ofrecido a enseñarle su hogar mientras le explicaba a Yar, a medida que iban de una sala a otra, cómo había cambiado Treva desde que él había nacido en este mismo castillo.

—Una vez establecimos contacto con otros planetas, si queríamos los avances médicos, la tecnología y las comodidades físicas que nos ofrecían, teníamos que darles algo a cambio. No sabíamos que eso cambiaría todo nuestro estilo de vida.

Describió el modelo que Yar había aprendido en sus obligatorios estudios de historia y sociología, repetido una y otra vez por toda la galaxia. Algunos gobiernos eran lo bastante inteligentes, como el consejo de los señores de la guerra de Treva, para reconocer que el dar a cambio los recursos naturales era un suicidio. La única otra alternativa residía en la industrialización.

Pero a medida que el nivel tecnológico de un planeta aumentaba, la educación de sus trabajadores tenía que seguirlo o no habría nadie capaz de diseñar la maquinaria ni realizar el trabajo. Con la educación, pronto llegaba el descontento..., una insistencia en participar de las riquezas creadas.

Una vez que el pueblo adquiría poder económico, lo seguía rápidamente el poder político. Los gobiernos cambiaban de tiranías, monarquías, oligarquías, a las muchas variantes del gobierno ejercido por el pueblo.

En Treva, comentó Rikan, aturdido:

—Las familias gobernantes nos encontramos, para nuestro asombro, con que nuestra situación en la sociedad no se veía disminuida. Al menos para aquellos de nosotros que aceptábamos lo inevitable. Mi padre ya no llegó a gobernar por derecho de nacimiento, pero fue elegido para el nuevo consejo legislativo, y cuando él murió yo lo sustituí. Lo mismo sucedía en el caso de todas las grandes familias. El poder de la espada fue reemplazado por el poder del voto..., pero continuaba siendo poder.

Su rostro se puso triste al continuar.

—Había algunos que no querían renunciar a las viejas costumbres. De hecho hicieron lo mismo de lo que Nalavia me acusa a mí: reunieron ejércitos e intentaron vencer por la fuerza a los que acogían de buena gana el nuevo sistema. —Suspiró—. Mi padre dijo: «No se puede luchar contra el futuro». Se vio obligado a tomar las armas contra algunos de sus viejos amigos. Lo llamaron cobarde y traidor, pero estaban equivocados.

A esas alturas se encontraban de pie en el balcón que dominaba el precipicio que constituía una defensa natural del castillo.

—Estaban equivocados —repitió Rikan... pero Yar detectó algo en su voz...

—¿Lo duda usted? —le preguntó.

—Ellos decían que no podía confiarse en la gente del pueblo, que eran débiles, haraganes y estúpidos. Los señores de la guerra murieron luchando, como hombres... y maldiciendo a aquellos como mi padre que, según decían ellos, se volvían contra los de su propia clase. —La boca se le tensó hasta convertirse en apenas una línea—. Nosotros éramos cuatro, cuatro que mirábamos hacia el futuro y confiábamos en nuestro pueblo. Ahora, todos los demás

han desaparecido.

Yar recordó de pronto.

—Tres miembros del consejo legislativo fueron asesinados. ¿No...?

Rikan asintió con la cabeza.

—Sí... los otros señores de la guerra. Todas las sospechas fueron arrojadas sobre mí aunque, por supuesto, no había ninguna prueba. Yo soy el último, y no tengo hijos. Cuando yo muera, ya no quedarán señores de la guerra de Treva... y yo he sobrevivido lo bastante como para ver cumplirse la profecía: el pueblo votó a Nalavia, ¡y ahora que ella les ha arrebatado su poder para ejercerlo despóticamente, a ellos no parece importarles! Mientras tengan cubiertas las necesidades vitales, entretenimientos y drogas, no piensan en el futuro. Débiles, haraganes y estúpidos.

—Entonces, ¿por qué lucha usted? —preguntó Yar.

—Hay días en los que yo mismo me lo pregunto —repuso Rikan—, y no puedo hallar una respuesta. Pero luego voy a ver a mi propia gente, aquí, en el campo. Ellos trabajan con entusiasmo, se lo juegan todo, saben vivir... ¡Y entonces pienso: no, Nalavia no convertirá a esta gente en sus esclavos! No mientras yo tenga aliento y fuerzas, o los medios para luchar.

—Así que contrató a Dare.

—Su reputación dice que puede organizar a un número reducido de gente para que sea tan eficiente como un ejército.

Oh, sí... el entrenamiento de Seguridad de la Flota Estelar sin duda le he enseñado eso.

—¿Y lo ha hecho?

—Sí. Su gente nos dio entrenamiento e instrucción... y luego comenzaron esos llamados ataques terroristas y me culparon a mí de ellos. Eso me costó un gran número de partidarios. —Volvió sus abiertos y jóvenes ojos de color avellana, tan incongruentes en un hombre viejo de rostro arrugado, hacia Yar—. Natasha..., esos ataques no son obra de Adrián ni mía. Nosotros creemos que podrían estar preparados por la propia Nalavia, para despertar el odio del pueblo hacia mí, pero no tenemos pruebas.

—Si es así —respondió Yar—, Data lo descubrirá.

—¿Data? ¿El androide tiene unos poderes semejantes?

Ella le habló de su amigo y colega. Resultaba fácil hablar con Rikan... pero Dare, como era ahora, la hacía sentir extremadamente incómoda. Se mantuvo alejado de ella durante toda la mañana, y Yar comenzó a planear su fuga una vez hubo conocido el trazado general del castillo.

*Poeta* se reunió con ella y Rikan durante un rato, luego Barb... y Yar se dio cuenta de que una vez hubo aprendido a moverse por el castillo, ya no la dejaron a solas con el anciano. Maldición... Dare sabía que ella tenía que tratar de escaparse, y a pesar de que Rikan eran sin duda un hombre robusto y vigoroso para su edad, con su destreza ella podía vencerlo fácilmente. Lo que su captor no podía saber era que hasta el momento en que la gente de Dare había comenzado a no abandonarlo ni se le había pasado por la cabeza atacar al anciano señor de la guerra..., aunque ahora comprendía que así había perdido su mejor oportunidad de fugarse.

No debía perder otra... aunque eso significara atacar a Rikan. Su entrenamiento incluía métodos para dejar a alguien inconsciente sin causarle graves daños.

A diferencia del uniforme de diario, el de gala llevaba bolsillos en los pantalones, cubiertos por una chaqueta con faldones..., un lugar en el que llevar un peine o una tarjeta de crédito. Sabía lo bastante como para no intentar nada cuando *Poeta* estaba con ellos, pero ni Barb ni

Rikan advirtieron cuándo deslizó una escultura de piedra, pequeña pero pesada, primero en la mano y luego en uno de los bolsillos. El peso de la misma resultaba tranquilizador: no tenía bordes afilados que pudieran causar daños serios, pero si se dirigía el golpe certeramente se convertiría en una cachiporra muy eficaz.

No obstante, si quería salir del castillo tendría que aguardar hasta que quedara a solas con una persona.

Justo antes del mediodía, Rikan y Barb la dejaron con Dare. Él la llevó a la habitación en la que se habían encontrado por primera vez la noche anterior. La mesa estaba como entonces, desnuda y resplandeciente. Ahora, sin embargo, Yar advirtió los armarios que cubrían las paredes, y dos superficies brillantes que podían ser pantallas, aunque semejante tecnología parecía estar fuera de lugar en el antiguo castillo.

—Ésta es nuestra sala de estado mayor —dijo Dare—. Ojalá pudiera confiar en ti lo bastante como para mostrártelo todo, Tasha... ¿pero cómo podría hacerlo?

—¿Tu desearías poder confiar en mí? —preguntó ella en tono sarcástico.

—¡Mírate! —replicó él; un estallido de furia escapó por un momento antes de que él lo controlara reduciéndolo a una amarga calma—. Jefa de seguridad de una nave estelar de clase, a tu edad. Me sorprende que no seas segundo oficial.

—Todavía no cuento con la antigüedad exigida —replicó ella de forma refleja, lo que provocó en él un bufido de risa cáustica.

—De todas maneras, has tenido éxito —dijo él—. Siempre supe que lo tendrías.

—Tú me alentaste —recordó ella.

—Oh, sí, yo te alenté, ¿verdad? Mira adonde me ha llevado: cuando llegaron las dificultades, escogiste tu carrera antes que a mí.

—¡Dare! —exclamó ella con voz ahogada.

—Puedes dejar de estar indignada —dijo él—. Al menos eres consecuente... puedo confiar en eso, ¿verdad? Tasha Yar siempre hará lo mejor por su carrera. Incluso traicionar a alguien a quien dice amar.

Ella le volvió la espalda.

—Todavía piensas que te traicioné.

—Y tú todavía crees que no voy a dispararte ni apuñalarte por la espalda —replicó él—. Si he traicionado todo aquello en lo que creía, ¿cómo puedes fiarte de que no vaya a... —se le acercó por detrás y le rodeó el cuello con las manos—, romperte el cuello?

Yar conocía una media docena de formas de librarse de sus manos, pero no utilizó ninguna, pues sus arraigadas defensas se vieron vencidas por lo que el contacto de Dare solía significar para ella, su olor, su respiración cuando se inclinó por encima del hombro para mirarle la expresión del rostro.

—Creo que sabes que sólo dije la verdad en el banquillo de los testigos —expuso ella con calma.

Las manos se apartaron de Yar paulatinamente.

—Por desgracia, lo creo —dijo—. Más estúpido soy por ello.

—Es la verdad —insistió ella al tiempo que se daba la vuelta y veía que Dare estaba ahora a más de dos metros de la puerta, dándole la espalda.

Era su oportunidad para escapar..., pero resultaba demasiado obvia. Él la atraparía antes de que llegara a la puerta.

En cambio se le acercó, deseando que continuara en esa posición mientras cogía la escultura de piedra del bolsillo, la sujetaba con la mano y decía:

—Yo te amaba, pero tenía un deber más alto, uno que tú mismo me habías enseñado. No

con mi propio éxito, sino con la Flota Estelar.

Cuando él se volvió, ella estaba tan cerca que bajó los ojos hasta su cara, no hasta la mano que ella mantenía cuidadosamente oculta.

—Hubo una época —continuó ella, reteniendo su mirada—, en que, para mí, Flota Estelar significaba Darryl Adin. Cuando tú traicionaste a la Flota Estelar, ¿qué esperabas que hiciera... huir contigo y convertirme en una forajida? ¿O que languideciera y muriese de amor como una heroína de ópera?

Al pronunciar la última palabra de su discurso ella desplazó el cuerpo hacia un lado. Él no lo esperaba..., no como remate de ese diálogo. Ni siquiera los reflejos de Dare eran lo bastante veloces como para bloquear un golpe tan inesperado.

Los años de experiencia le habían enseñado cómo dejarlo inconsciente sin dañarle seriamente.

Antes de que su cuerpo golpeará contra el suelo ella había desaparecido.

Yar se precipitó a la carrera a lo largo del corredor por donde habían llegado, en dirección a la parte trasera de la fortaleza. No había forma de escapar por el precipicio del frente..., no sin un equipo para escalar montañas.

No oyó ninguna alarma, no oyó pasos a sus espaldas.

Ella no se cuestionó su suerte, sino que dejó atrás a la carrera la zona de las cocinas de las cuales salían aromas deliciosos, luego subió por la rampa que describía varias curvas en un ángulo poco pronunciado, al parecer el camino por el que bajaban a las cocinas los pesados carros de provisiones. Aquello parecía prometer que iría a desembocar al patio.

Para cuando llegó a lo alto de la rampa, Yar estaba jadeando. Las gruesas puertas dobles estaban cerradas desde el interior con un tablón. Yar deseó tener la fuerza de Data mientras empujaba el pesado tablón, se magullaba los hombros haciendo palanca contra el marco de la puerta hasta que por fin la deslizó fuera de su sitio.

Se asomó al brillante sol y recorrió el patio con los ojos... y no vio a nadie.

Aún no se había oído ninguna alarma. Ella conocía bien su trabajo. Dare tendría que haber estado inconsciente no más de treinta segundos, aturdido tal vez un minuto después de despertar. Para ese momento tendría que haber gente buscándola.

Sintió la tentación de regresar a ver si le había hecho más daño del que había pretendido. O si él se había lastimado al hacer impacto contra el suelo de piedra...

Pero su deber era escapar; ¡la Flota Estelar no la había enviado a Treva para que se dejara capturar por proscritos! Data ya debía sentir sospechas por su ausencia, a estas alturas, y era probable que una buena parte del ejército de Nalavia estuviera buscándola.

Manteniéndose en las sombras, ella avanzó por el patio. Nadie, absolutamente nadie estaba allí.

Un escalofrío le recorrió la columna vertebral. Algo no iba bien.

No había nada que hacer excepto continuar adelante hasta que se encontrara con la trampa que sin duda le habían preparado, y abrigar la esperanza de poder escapar de ella.

Pasó de la sombra de un edificio exterior a la de otro hasta llegar a uno que tenía huellas de ruedas ante la puerta. Vehículos de tierra..., tal vez aeronaves. Sin duda dispararía una alarma si intentaba robar un vehículo, tal vez con que sólo abriese la puerta. Se precisaba rapidez.

La cerradura de la puerta era tan sencilla que cualquier aprendiz de seguridad podría abrirla. Yar la hizo saltar, se precipitó al interior...

Había tres vehículos: un vehículo de superficie, una aeronave... ¡y la lanzadera de la Flota Estelar en la que ella y Data habían llegado a Treva!

Dare siempre había sido un tipo con clase. Sus hombres no sólo la habían secuestrado, sino que se la habían llevado en su propia lanzadera.

No se detuvo a considerar la trascendencia de aquello. La puerta se abrió al pulsar su código de identidad, ella entró y las luces se encendieron.

—¿Qué te ha demorado tanto, Tasha?

En el asiento del piloto se encontraba Darryl Adin.

Amargamente furiosa consigo misma para contestar, ella se sentó en el asiento del copiloto y lo hizo girar hacia él mientras intentaba recobrarse.

Él le dedicó aquella mueca sardónica de sus labios que había reemplazado a la una vez dulce sonrisa.

—Ya no tienes ventaja sobre mí, gatita.

—¿Qué?

—Has olvidado lo que es el no tener a nadie en quien confiar excepto tú misma, mientras el peligro acecha por todas partes. A no fiarte de nadie.

—Dare...

—No te disculpes.

—No iba a hacerlo. Es mi deber escapar, Dare.

—Y lo sé. Por eso tenía que demostrarte que es imposible.

—¡Me tendiste una trampa!

Él inclinó la cabeza como si acusara recibo de un elogio.

—Por el mérito que tiene, te diré que me pillaste con la guardia baja... yo planeaba tenderte la trampa para unos momentos más tarde. Nadie te vio coger la escultura, pero no me has causado ningún daño grave. —Volvió a dedicarle la sonrisa carente de humor—. Si tuvieras que volver a hacerlo, tal vez reconsiderarías esto último.

—Hubo una época —dijo ella—, en la que tú me habrías abierto un expediente por una maniobra tan estúpida como la de intentar la captura de un prisionero prófugo en solitario, sin apoyo.

Como si fuera una respuesta se oyó un suave silbido y Dare pulsó la insignia de paladín de su chaqueta. Yar se dio cuenta de que era un comunicador. La voz de *Poeta* se oyó clara y empuñada a través del diminuto altavoz.

—¿Dare? ¿Estás bien? ¿La has encontrado?

—Exactamente donde esperaba, *Poeta*. Todo está bajo control. Puedes suspender la búsqueda.

Yar rechinó los dientes.

—Ahora que ya me has hecho sentir como una absoluta idiota, ¿qué vas a hacer conmigo?

—Intentar persuadirte de que esperes, averigües la verdad, e informes de la misma a la Flota Estelar. Cosa que no puedes hacer sin la radio subespacial de la lanzadera, por cierto... Sdan ha pasado toda la mañana intentando atravesar el bloqueo. Si él no lo consigue es que no puede hacerse.

—Todo lo que tengo que hacer —dijo Yar—, es poner la lanzadera en órbita, fuera del bloqueo de Nalavia.

—Y continuar adelante a partir de allí —continuó él—, obligándome a abandonar el trabajo que tengo en este planeta antes de que llegue un escuadrón de seguridad de la Flota Estelar. No, Tasha, no puedo permitir que te lleves la lanzadera.

—No puedo abandonar a Data —protestó ella.

—Un instrumento costoso pero reemplazable.

—Ya te lo he dicho antes —dijo ella, exasperada—, es un amigo y un colega, tan

imprescindible como cualquier otro miembro de cualquier otro grupo de expedición, y desde luego no es reemplazable. Si alguna vez volvemos a aplicar la tecnología para crear androides como Data, cada uno tendrá una personalidad única, nacida de su experiencia vital individual. Exactamente como en el caso de un ser humano, Dare. Data es más humano que una buena cantidad de personas de carne y hueso que yo he conocido.

Ella vio la furia contenida en los ojos de él al decir:

—Hay algunas cosas que pueden hacer los seres de carne y hueso que ninguna máquina aprenderá jamás. —Se inclinó hacia delante, la tomó por los brazos para atraerla hacia sí, y la besó.

No fue un beso agradable; era más una demostración de poder que un gesto de afecto. Yar no luchó, pero tampoco le respondió. Cuando Dare la soltó, ella se enjugó la boca con gesto deliberado y dijo en tono encendido:

—¡No estés tan seguro!

Los labios de él se separaron de asombro..., una expresión que sólo Dare y Data, de todos los hombres que ella conocía, tenían en común. Luego su boca se contorsionó en una mueca de desprecio como Data jamás haría, y dijo con desdén:

—Tendría que haberlo sabido. Supongo que ningún hombre será jamás lo bastante bueno para ti.

—Al menos, Data nunca haría lo que tú acabas de hacer. Hubo una ocasión, Dare, en la que tú me protegiste de los abusos.

Él se puso pálido como un muerto... y luego dijo:

—Lo siento. —Durante un momento volvió a ser el hombre que ella había conocido, angustiado al descubrir el lado indeseable de la persona en que se había convertido. Pero Adrián Dareau no podía exponerse a ninguna forma de vulnerabilidad. La máscara se cerró una vez más—. Sigo sin poder permitir que te lleves la lanzadera.

—Tú podrías acompañarme para asegurarte de que regresaré.

—No. Todas las defensas de Nalavia estarán buscando esta lanzadera. Ya sería bastante peligroso utilizarla como aeronave..., pero si intentas entrar en órbita, te derribarán.

—Puede que tengas razón —concedió ella—. ¿Por qué no dijiste eso en primer lugar?

—Puede que fuese posible escapar en un ascenso recto. En órbita serías un blanco inmóvil.

—Entonces... ¿cómo puedo enviar un mensaje? Si Data y yo no informamos, dentro de pocos días la Flota Estelar iniciará una investigación. Podrían enviar otra lanzadera, o posiblemente una nave. Pero si el capitán Picard queda satisfecho, si cree que yo puedo manejar las cosas aquí, no enviarán la caballería.

—En ese caso, el tema es ganar tiempo —dijo Dare—. De una u otra forma, la Flota Estelar enviará personal a Treva. Lo mejor que puedo hacer es acabar con lo que se me ha encomendado y haber partido ya cuando ellos lleguen. Muy bien, Tasha. Si tú puedes calcular el emplazamiento de la *Enterprise* cuando la señal le llegue, nosotros enviaremos tu mensaje por una frecuencia que no sea de la Flota Estelar. Los canales de comunicaciones de Nalavia no están bloqueados.

—Data puede calcularlo —dijo Yar—. Yo no.

—Podrías preguntárselo a Sdan.

—¿Darle información reservada sobre la ruta de una nave de la Flota Estelar? Vamos, Dare. Él sonrió.

—¡Yo soy bueno, pero no tanto! Ni siquiera *El Paladín de Plata* podría apoderarse de una nave estelar clase «Galaxia» utilizando sólo nueve personas y cuatro naves, la mejor de las cuales puede conseguir un factor hiperespacial 3,7 cuando tiene un buen día. Además, la

*Enterprise* es una nave que llama demasiado la atención como para que sirva a mis propósitos.

«No si te llevaras el puente de batalla y abandonarás el platillo», pensó Yar sin poder evitar su instinto de soldado. Pero después de haberse mantenido tan cuidadosamente alejado de la Flota Estelar durante todos estos años, ella dudaba de que fuera a poner a los perros tras su pista con un movimiento tan temerario. Además, si lo que él acababa de decir era verdad...

—¿Nueve personas? ¿Sólo hay nueve de vosotros?

Ella había supuesto que tenía un ejército de varios centenares, por todo lo que en teoría habían llevado a cabo.

—Si los nativos no están dispuestos a hacerse cargo de su propia lucha, yo no acepto el trabajo —respondió él—. Lo que yo les proporciono es liderazgo, planificación, tecnología y técnica.

—¿Algún otro miembro de la banda a recibido entrenamiento de la Flota Estelar?

—Barb..., pero dejó la academia después de dos años porque es una luchadora, no una estudiante. Ella es quien me hizo empezar en este negocio. Barb estaba por casualidad en un bar de Nornius Beta en el que unos ladrones pensaron que yo era un blanco fácil. Cuando los dejé colgados de las lámparas, me invitó a que me uniera a ella para rescatar a la víctima de un secuestro. Yo no tenía nada mejor que hacer... y el resto es historia.

—Dare... todo lo que yo he oído acerca de las obras de *El Paladín de Plata* es positivo. Si hubiera sabido que eras tú, habría seguido tus pasos con más atención...

—¿Para atraparme?

—Yo soy una oficial de la Flota Estelar, no una cazarrecompensas. No tengo orden de ir en persecución de criminales buscados. —Lo miró a los ojos—. ¿Me permitirás enviar un mensaje a la *Enterprise* si tu hombre puede calcular adonde enviarlo?

—Sí..., siempre y cuando yo controle lo que transmitas.

—No confías en que no vaya a decirles que tú estás aquí.

—Sería tu deber el hacerlo si tuvieras la oportunidad.

La conocía demasiado bien..., tal vez mejor que antes.

—En ese caso, te daré el plan de vuelo. Tú estuviste en la Flota Estelar el tiempo suficiente como para saber que es raro que una nave estelar permanezca dentro del curso trazado inicial durante más de unos pocos días. Podríamos enviar el mensaje al vacío.

—Pero tienes que intentarlo —dijo él—, lo entiendo. Te permitiré que lo hagas... con dos condiciones.

—No te mencionaré a ti —le aseguró ella—. ¿Cuál es la otra?

—Quiero tu palabra de que no volverás a intentar escaparte.

—Dare...

—Nalavia no podrá darle largas a tu androide durante mucho tiempo más. Una vez que sepa que has desaparecido, esa cosa vendrá en tu busca. Si encuentra este lugar...

—Y lo encontrará.

—... le permitiremos que entre.

—No atraparéis a Data con la misma facilidad con que me atrapasteis a mí si trata de escapar. Él tiene algunos sensores electrónicos incorporados; no podéis arrebatárselo todo con el tricóder.

—Es una información útil —dijo Dare—. Gracias. Ahora, quiero tu palabra. Tasha, te lo prometo, si lo que veas aquí no te convence de que es Rikan y no Nalavia quien representa lo bueno para Treva, te dejaremos marchar.

—No es asunto de la Flota Estelar el decidir quién tiene razón o quien está equivocado en Treva. La Primera Directriz...

—... dejó de ser aplicable cuando Nalavia llamó para pedir ayuda. Aunque la Flota Estelar puede negarse a proporcionársela.

—Dejando libre el campo para que tú ayudes a Rikan.

—Sí —reconoció él, de cuya voz había desaparecido el cinismo—. Rikan representa lo que es mejor para Treva. Tú podrías decirme que no tengo ningún derecho a juzgar, pero eso es lo que Nalavia está pidiéndoos a vosotros que hagáis. Por favor, prométeme que te quedarás el tiempo suficiente para comparar a la gente de Rikan con la de Nalavia.

Él parecía tan franco y honrado en ese momento que ella casi olvidó los crímenes por los que había sido condenado. Como prisionera de él, difícilmente podría arrestarlo. Si hubiera escapado, también habría huido de ese deber. Cuanto más tiempo permaneciera con Dare, más posibilidades habría de que llegara un momento en el que se viera obligada a aprehenderlo.

No quería que eso sucediese. Cada vez que a través de la armadura captaba un atisbo del hombre al que una vez había amado, su temor a ese deber se hacía más fuerte.

Si le daba su palabra, tendría que cumplirla. Si no lo hacía, a él no le quedaría otra elección que la de volver a encerrarla. Si le daba su palabra le permitiría enviar un mensaje a la *Enterprise*. Su deber...

—Te doy mi palabra —dijo, al tiempo que insensibilizaba su corazón ante el dolor que sentía.

Dare sonrió..., una sonrisa muy pequeña y reposada, pero mostró por primera vez la hermosura que acechaba detrás de la severidad de las líneas de su rostro. Luego él se sacó del bolsillo la insignia-comunicador de Tasha.

—Continuará sin transmitir por los canales de la Flota Estelar, pero si decides trabajar con nosotros, lo ajustaremos a las frecuencias que utilizamos. Ahora vayamos a buscar a Sdan, y veamos si él puede calcular la posición de la *Enterprise*.

En la sala de estado mayor, Sdan había abierto uno de los armarios y dejado a la vista un terminal de computadora mucho más moderno que cualquier cosa que Yar hubiese visto en el palacio de Nalavia. Al igual que los de a bordo de las naves, no tenía botones ni interruptores sino que reaccionaba a la voz o al mero contacto.

Sdan podía afirmar que no era un especialista, pero sin duda conocía las matemáticas del espacio-tiempo, la forma de calcular las probabilidades del emplazamiento de una nave, y cómo establecer un punto de convergencia con el rayo de una radio subespacial que viajara a una velocidad constante.

La *Enterprise* controlaría por rutina todos los mensajes de todas las frecuencias de la Flota Estelar, pero la computadora pasaría por alto otras frecuencias a menos que hubiese algo insólito en un mensaje..., como por ejemplo, que fuera dirigido directamente hacia la nave.

Dare dejó a Sdan con sus cálculos y le enseñó a Yar con detalle toda la sala de estado mayor. Estaba toda computerizada, e incluía un esquema completo del castillo con la posición de cada persona dentro de él. La boca de Yar se contrajo al darse cuenta.

—Podíais seguir todos mis movimientos sin salir de esta sala.

—De hecho —dijo Dare—, Sdan controlaba las pantallas, Barb te seguía, *Poeta* estaba en el lado del precipicio, y yo me encaminé hacia la lanzadera por la ruta más corta... que habíamos tenido buen cuidado de no enseñarte antes. —Le señaló en el mapa que si ella hubiese regresado escaleras arriba, había allí un corredor que llevaba directamente al patio. Por el camino que había seguido, bajó hasta el nivel de las cocinas, luego subió por la



rampa y llegó al patio bastante después que Dare, a pesar de que él se había puesto en camino un minuto más tarde que ella. De pronto, Yar advirtió otra cosa.

—¡Olvidé preguntarte si te había hecho mucho daño!

—Hiciste exactamente lo que tenías intención de hacer. Me desmayé..., pero Sdan se encontraba aquí para reanimarme, así que estaba en camino hacia la lanzadera antes de lo que tú esperabas.

—¿Tomaste un estimulante? ¿Después de un golpe en la cabeza? Dare...

—No. Sólo un analgésico. No es nada, Tasha..., los gajes de nuestra profesión.

Ella consiguió morderse la lengua antes de que se le escapara la respuesta automática de que ya no estaban en la misma profesión.

Volvieron a reunirse con Rikan para tomar un almuerzo ligero tras el cual, Aurora llevó a Yar de vuelta a la sala de estado mayor. Allí le mostró lo que sabían de las actividades de Nalavia, la posición de su ejército, sus sistemas de armamento y tácticas de despliegue.

Sdan estaba de vuelta ante su consola, calculando probabilidades e imprecando en voz baja cuando no obtenía lo que él quería.

Las dos mujeres trabajaban ante una de las pantallas grandes; Yar se sentía fascinada, apreciaba las habilidades de Aurora y olvidó por el momento que esta mujer había aparentemente ocupado el lugar de ella junto a Dare. «Ya no es mi lugar —se recordó a sí misma cuando el pensamiento le pasó por la cabeza—. Yo abandoné el terreno hace años.» Atrapada en la estrategia como si fuera un juego, Yar sugirió posiciones para las tropas que Rikan pudiera reunir, si querían tomar el palacio de Nalavia.

—Apodérate de la reina —dijo Aurora—, y el juego habrá terminado.

—Así es en apariencia —asintió Yar—. Nalavia parece ser una operación de una sola persona. Es tanto la tirana de la clase más peligrosa, como la más vulnerable.

—Tienes razón —afirmó Aurora—. No ha creado en su gente ningún interés para que quieran mantenerla a ella en el poder, sino sólo en las cosas en las que están asociados con ella. El consejo, sin embargo, es otro asunto.

—No son tan importantes —comentó Yar—. Se trata de una estrategia muy antigua, pero siempre funciona. Ellos votan lo que Nalavia quiere, y ella les proporciona riquezas y poder.

—La gente como ésa no tiene ninguna lealtad verdadera —dijo Aurora—. Hemos considerado la posibilidad de infiltrarnos de alguna forma en el consejo, persuadir a un consejero de que él tendría que ser el presidente, o al menos no fiarse de la actual.

—Buena idea pero, ¿cómo lo llevaréis a la práctica? —preguntó Yar.

—No resulta fácil en una sociedad tan cerrada como ésta. Traté de representar el papel de comerciante independiente adinerada y aplicar un poco de discreto coqueteo. Por desgracia, como ésa es la moneda de comercio propia de Nalavia, me limitó tanto que me fue imposible el comerciar con provecho en Treva. Tuve que retirarme con el fin de mantener intacta mi cobertura.

Yar frunció el entrecejo.

—¿Dare te dejó...?

—Oh, no era nada particularmente peligroso. Pero se niega a hacer lo que de verdad funcionaría.

—¿Y qué es? —inquirió Yar.

—Que entre en escena él mismo. Puede ser increíblemente seductor cuando... —Se interrumpió. Luego—: Por supuesto, ya lo sabes —dijo en voz baja—. Pero no quiere utilizar ese poder, por cínico que pueda ser en todo lo demás.

—Aurora —dijo Yar—, ¿estás diciéndome que tú le sugeriste a Dare...?

—Que él entrara en escena bajo una tapadera y, por decirlo así, utilizara sus encantos con Nalavia y las dos mujeres más poderosos del consejo... y que luego dejara que se enterasen las unas de lo sucedido con las otras, después de que Dare estuviese a salvo fuera del planeta, por supuesto. ¡Considerando el tipo de persona que es Nalavia, la pelea de gatas se habría escuchado desde la mismísima Tierra! Dividir y reinar entre los aliados de Nalavia, y hacer que la señora presidente quedara más que en ridículo. Pero ya conoces a Dare.

«¿Lo conozco? ¿Conozco cómo es a estas alturas?»

Yar miró a Aurora de hito en hito.

—No lo entiendo. ¿Cómo pudiste sugerir algo semejante cuando tú y Dare...?

—¿Dare y yo? —Aurora se echó a reír—. Oh, no, Tasha... ¡Yo no puedo con los tipos melancólicos y caprichosos! Quiero a Dare como amigo y colega, pero su idea del amor romántico es demasiado solemne para mí. Cualquiera día de estos le echaré mano a *Poeta*..., él sabe cómo hacerme reír y disfrutar.

—Oh —dijo Yar al tiempo que intentaba ocultar su sorpresa. Sus recuerdos del amor de Darryl Adin eran plenos de regocijo y risas.

Finalmente, Sdan informó:

—Si la *Enterprise* ha permanecido en el rumbo que nos ha dado, debería estar llegando a su destino justo cuando un mensaje enviado dentro de treinta y siete minutos intercepte su paso. ¿Durante cuánto tiempo estarán en órbita alrededor de Brentis VI?

—Es probable que un día, al menos.

—En ese caso, sugiero que grabemos su mensaje ahora y lo transmitamos cada dos horas durante el próximo día.

—Nalavia interceptará la transmisión —les recordó Aurora.

—Sin mi tricórder —comentó Yar—, no puedo codificarlo.

—Eso carecería de importancia —repuso Sdan—. Codificado o no, un mensaje enviado por subespacio desde aquí significa que aquí es donde usted tiene que estar.

—A pesar de eso, si pudiera codificarlo de alguna manera, Nalavia no sabría con exactitud qué envió. —Pensó durante un momento y de pronto recordó algo que podía utilizar—. Sdan... ¿puede hacer que la computadora traduzca el mensaje a código binario?

—Bueno... claro, pero eso es bastante fácil de leer con cualquier computadora.

—Si uno sabe de qué se trata. El capitán Picard y el primer oficial Riker lo reconocerán de inmediato..., recientemente tuvieron una razón para aprender de una forma muy memorable cómo suena.

—Bueno —dijo Sdan—. Lo enviaremos a máxima velocidad. Es probable que Nalavia nunca haya oído nada así. Podemos esperar que sus expertos en cifrado tarden un tiempo en averiguar qué es.

Así pues, Yar compuso el mensaje: «Llegamos a Treva. Informes de Nalavia no fiables. Frecuencias subespaciales estándar bloqueadas. Valorando situación. Seguirán más informes. Yar».

—¿No vas a pedir ayuda? —preguntó Aurora.

—Uno no desvía una nave estelar a menos que tenga la total seguridad de que es necesario —respondió Yar—. Posiblemente Data y yo podamos arreglar las cosas aquí y reunimos con la *Enterprise* según el plan original.

—Para ser una oficial de la Flota Estelar con experiencia —comentó Aurora—, eres inopinadamente optimista.

Pero Yar vio comprensión en los ojos de la mujer y advirtió, ruborizada, que en el fondo

ella abrigaba la esperanza de que pudieran de verdad resolver las cosas en el planeta y permitir que Dare escapase.

Antes de la cena, Aurora llevó a Tasha a sus habitaciones y le prestó ropa. Al igual que los hombres, Aurora llevaba prendas holgadas; como era más alta que Yar, a ésta todo le quedaba demasiado grande. No obstante, con unos pliegues y un cinturón, Yar comenzó a parecerse menos a una niña con la ropa de su madre y más a una turbadora mujer.

Pero cuando ella acudió a la cena con el vestido dorado y vio la admiración en los ojos de Dare, sintió un peligroso hormigueo en su interior. «No debo permitir que los sentimientos afecten mi juicio —se recordó a sí misma—. Continuó siendo la prisionera de Dare, aunque yo haya prometido no escapar.»

La cena fue excelente y la conversación fascinante; después Dare y Yar se reunieron con Rikan en uno de los salones. Sólo para que las alarmas se pusieran a sonar casi de inmediato.

Dare pulsó su comunicador.

—¿Qué sucede?

—Se aproxima una aeronave sin señal de reconocimiento —replicó la voz de Barb—. Ha superado las defensas exteriores sin dispararlas.

—Data —dijo Yar—. Tiene que ser él.

Dare le dedicó una sonrisa lobuna y luego volvió a hablar por el comunicador.

—Es el androide. Apagad la vigilancia electrónica y seguid la táctica que comentamos esta tarde.

—¡Bien!

—¿Qué estáis haciendo? —preguntó Yar mientras Dare se volvía a mirar hacia el fuego como si no tuviera una sola preocupación en el mundo.

—Tu androide se vale de aparatos electrónicos, así que vamos a atraparlo con métodos que no implican electrónica.

Y Yar no pudo hacer nada más que esperar, sabiendo que Data no esperaría encontrar trampas no electrónicas y esperando que su fuerza y rapidez le permitieran eludirlas.

Pero la gente de Dare era demasiado buena; en menos de media hora condujeron al androide al salón. Y cuando Yar procuró suavizar la tensión haciendo las presentaciones, ¡su a veces increíblemente ingenuo colega avanzó e intentó arrestar a su captor!

Los ojos de Yar fueron de la manchada silueta de Data a la oscura sombra de Darryl Adin. La habitación estaba en penumbra, así que podía apreciarse la oscilante luz de las llamas. A pesar de la tierra con que estaba embadurnado el pálido rostro de Data, resultaba aún lo bastante claro para que Yar pudiera ver el ceño fruncido de perplejidad que apareció en él.

Tuvo que volverse para mirar a Dare, a pesar de que primero había oído su ahogado intento de evitar una carcajada. Para el momento en que ella pudo ver su silueta, él había perdido la batalla y reía abiertamente... el primer estallido de humor genuino que le veía desde su llegada. Le llevó varios segundos recuperar el control. Luego se acercó a Data y caminó en torno a él, sonriendo aún mientras examinaba al androide con la mirada.

Al mismo tiempo, Rikan hizo algo con el posabrazos de su asiento y las luces aumentaron de intensidad con lentitud.

Yar quería salir en defensa de Data, pero la situación ya era lo bastante tensa. Por desgracia, el androide estaba acostumbrado a que lo trataran, en los primeros encuentros, como a una pieza fascinante de ingeniería; permaneció inmóvil, permitiendo que lo sometieran a un estricto examen. Detrás de él, Sdan, Barb y dos de los hombres de Rikan mantenían sus armas apuntadas hacia él. Data hacía caso omiso de ellos.

Dare completó su atenta inspección. Data le devolvió una mirada tranquila, y esperó guiándose por la actitud de Yar. Ella estaba sorprendida de su propia calma. Quizá se debía a que después de las violentas oscilaciones emocionales del día, su sistema nervioso no podía llegar otra vez al nivel de alerta roja.

Dare habló finalmente, pero le dirigió la palabra a Yar, no a Data.

—¿Eso ha sido valentía o mera programación?

—Ha sido temeridad —contestó ella—. Se supone que ése es mi territorio, Data. ¿Con qué frecuencia tengo que recordarle que no es usted indestructible?

—Ni invencible —repuso él con genuina desazón—. He venido a rescatarla, teniente, pero como puede ver... —Inclinó la cabeza hacia un lado, lo cual era su equivalente de un encogimiento de hombros, y le dedicó una pequeña sonrisa de autodesaprobación.

Dare miró fijamente a Data.

—Usted es de verdad más que una máquina —dijo.

—Sí, señor. Una parte de mi estructura es orgánica.

—No, no me refiero a la parte física. Tasha, tú me dijiste que tu colega tenía personalidad... pero no me esperaba que tuviese sentido del humor.

Yar vio que los ojos de Data se abrían de par en par. Dare no podía saber lo que para el androide significaba esa valoración por parte de un extraño.

Dare se volvió a mirar a Data.

—Déme su palabra como oficial de la Flota Estelar de que no intentará escapar... ni volver a arrestarme... y le diré a esta gente que se marche. Tienen cosas mejores que hacer que custodiarlo a usted durante toda la noche.

—¿Tasha?

—Dare tiene mi palabra... hasta que yo disponga de toda la información que él y Rikan puedan proporcionarme. Ellos conocen la otra versión de lo que está sucediendo aquí, Data. Creo que deberíamos escucharlos, comparar sus pruebas con lo que Nalavia nos ha contado y con lo que nosotros mismos hemos descubierto, y luego decidir qué hacer.

—Condionalmente, entonces —asintió Data—. Tiene mi palabra de que no haré ningún intento de escapar mientras aún estemos investigando. —No dijo nada respecto a no arrestar a Dare, y Yar supo que la omisión no había pasado inadvertida. Más tarde tendría que decirle a Data que ella tampoco había hecho esa promesa.

Al menos ella era lo bastante prudente como para no decirlo de la forma directa en que lo había hecho Data, indefenso y llevado a punta de arma. ¿Y por qué él...?

Por Rikan, por supuesto. Ahora, el señor de la guerra sabía quién era el hombre al que había contratado... pero aquí, fuera del espacio de la Federación, la reputación que Dare se había ganado como *El Paladín de Plata* contrapesaba con mucho cualquier razón que le hubiese hecho abandonar la Federación. Probablemente, Data no entendería que para un mundo que intentaba derrocar a una tirana despiadada, un criminal igualmente despiadado —siempre y cuando tuviera la reputación que poseía «Adrián Dareau»—, podía ser precisamente el mercenario que necesitaban.

No obstante, el que Data pensara que Rikan tenía que saberlo sugería que el androide había descubierto algo después de que a ella se la llevaran del palacio..., algo que lo hacía confiar en el señor de la guerra. Interesante.

—Muy bien —estaba diciendo Dare—. Acepto su palabra... condionalmente. ¿Se unirá entonces a nosotros? ¿O tal vez prefiere asearse primero?

Con la luz más potente ahora, Data se asemejaba más a la imagen del desastre, con diferentes clases de barro en la piel y el uniforme, hojas y ramitas en el pelo. Resultaba

obvio que había pasado un rato entretenido para llegar hasta allí. Data se miró el uniforme sucio y luego dirigió los ojos a los muebles tapizados en seda.

—Creo que antes debería asearme. Hay muchísimas cosas que contar.

Rikan tomó la palabra.

—Trell, dale una habitación a este hombre y consíguele algo de vestir. —Luego se dirigió a Data—. Por favor, regrese tan pronto le sea posible. Estamos juntando nuestra información para demostrar que Nalavia no les ha contado la verdad.

—Eso ya lo sabíamos —dijo Data—. Tasha, hay todavía más. Me daré prisa porque es muy importante.

Yar permaneció acurrucada en el canapé, sintiéndose muy fuera de lugar sin uniforme. Data había continuado de forma constante con sus deberes mientras que ella...

¿Por qué tenía que sentirse culpable? En realidad, también ella había continuado con sus deberes, poniéndose en una posición favorable para enterarse de todos los planes de Rikan. Había enviado un informe a la *Enterprise*. La verdad es que no había sido un mal día de trabajo.

Data se reunió con ellos, limpio y vestido con unos pantalones que se le abolsaban al llegar a las botas, y luciendo una de las camisas holgadas que llevaban los hombres de Dare sujeta mediante un cinturón en torno a su esbelta cintura. Tenía el mismo aspecto que si hubiera vuelto a lanzarse a su afición por las actuaciones teatrales... ¡lo único que le faltaba era el pañuelo en la cabeza, el parche en el ojo y el aro de oro en la oreja!

Por suerte la telepatía no formaba parte de la programación de Data. Se sentó y aceptó la copa de vino ofrecida por Rikan, el cual no parecía en lo más mínimo inquieto por ser el anfitrión de un androide. Yar reconoció que tenía ante sí a la verdadera *noblesse oblige* en acción, una antigua y esmerada cortesía que raras veces se veía en la galaxia en esta época.

Al igual que Rikan era siempre Rikan, Data fue él mismo, oliendo, luego probando el vino y comentando:

—Excelente cosecha... envejecida en madera, decantada...

—¡Data! —lo interrumpió Yar—. Usted tiene información importante para nosotros.

—Sí —contestó él, al tiempo que dejaba la copa sobre la mesa y entraba en materia.

—Un momento —dijo Rikan—. Yo no conozco sus necesidades, señor Data. ¿Necesita usted comida u otras sustancias?

—No, gracias, señor. Hoy ya he tomado la nutrición adecuada. Y la teniente Yar tiene razón al decir que tengo información que comunicarles. —Frunció el entrecejo—. Tasha, ¿podemos hablar con entera libertad en este lugar?

—Esta gente está trabajando para derrocar a Nalavia, pero afirman no ser responsables de los ataques terroristas contra el pueblo.

—No lo son —declaró Data—. He copiado todos los datos de la computadora de Nalavia, incluidos los archivos militares. Todos los ataques fueron llevados a cabo por el propio ejército de ella, para desacreditar a Rikan.

Dare pareció aturdido, y luego satisfecho.

—¡Data, a pesar de su infortunada presentación, creo que muy pronto llegará usted a caerme bien! ¿Qué más ha descubierto?

—Muchísimo. De particular significado para nuestra presente situación es el hecho de que el término que Nalavia emplea para designar a sus visitantes de la Flota Estelar es... rehenes. Demostró una considerable agitación cuando se descubrió que Tasha había desaparecido, y supongo que a estas alturas también sabe que yo ya no me encuentro en el palacio.

—Rehenes —meditó Yar—. Así que ése era su plan: si no podía manipularnos para que consiguiéramos que la Flota Estelar hiciese lo que ella quería, iba a intentar obligarlos amenazándonos a nosotros.

—Eso no serviría —dijo Data.

—Ella no lo sabe —observó Dare—. Desde aquí la Federación parece inofensiva.

Con su característica entonación de media pregunta, Data dijo:

—Es cierto. ¿Piensa usted que Nalavia es inofensiva?

—No, no lo creo —contestó Dare.

—Ha demostrado ser muy hábil —intervino Rikan—. Sus esfuerzos, sin embargo, han estado más dirigidos a afianzar su poder que a beneficiar al pueblo de Treva.

—¿Está usted enterado de cómo ha conseguido eso? —le preguntó Data al señor de la guerra.

—Procura que la gente se vuelva ...apática —respondió él—. Yo no lo entiendo... debería haber algunos que reconozcan lo que ella está haciendo. Sin embargo, sólo fuera de las ciudades se han producido rebeliones contra ella.

—Supongo que en el campo las principales fuentes de agua potable no reciben tratamiento.

—Son pozos y arroyos en su mayoría. ¿Está sugiriendo que Nalavia droga los suministros de agua de las ciudades? —dedujo Rikan por su cuenta.

—No es una sugerencia. Es un hecho.

Dare frunció el ceño.

—La gente no actúa como si estuviera drogada —dijo—. Toman drogas en su tiempo libre, pero yo no he visto indicios que demuestren un descenso de la producción, un incremento del índice de accidentes laborales..., nada que denote que los trabajadores padecen dependencia de algún producto químico.

—No se trata de ese tipo de droga —dijo Data—. Nalavia está utilizando un compuesto químico que abre la mente de las personas a la sugestión hipnótica. Luego utiliza las emisiones de vídeo para... programarlas. La droga también suprime las emociones negativas fuertes. No disminuye la capacidad de juicio ni la coordinación; de hecho hace que la gente sea más eficiente en su trabajo porque no se ven distraídas por el enojo, el miedo o la tristeza.

—Oh, cielos —murmuró Yar.

Data la miró con un leve ceño fruncido que le dijo que estaba grabando una respuesta que no comprendía para su posterior análisis.

Data prosiguió.

—Las drogas son vendidas pero bajo estricto control gubernamental. Parecen ser utilizadas para proporcionar un sustituto de las emociones suprimidas.

—Sí —dijo Yar—. Es muy fácil recurrir a la felicidad química cuando en tu vida no la hay de ninguna otra clase.

Rikan estaba ahora sentado con la espalda muy erguida.

—¿Pero cómo luchamos contra eso? —preguntó—. ¿Cómo lo detenemos? Data, usted nos ha revelado el secreto de Nalavia, por lo que le doy las gracias de corazón. Ahora, ¿cómo podemos detener a Nalavia?

Dare enseñó los dientes mostrando su sonrisa lobuna.

—¡Lo único que tenemos que hacer —dijo—, es substituir el supresor de emociones de Nalavia por algo inocuo! Una vez que los organismos de todos lo hayan eliminado...

Data miraba fijamente a la nada, asintiendo con lentitud y sonriendo levemente mientras accedía a la información necesaria.

—...sufrirán un repentino escape emocional. Todo lo que tendrían que haber sentido durante el tiempo en que sus emociones se vieron suprimidas, los colmará de golpe.  
—¡Y entonces —declaró Rikan con firmeza—, es cuando nosotros atacaremos!

Data se sentía intrigado por el señor de la guerra y su castillo. La estructura era genuinamente antigua, aunque equipada con la más reciente tecnología, tanto por lo que hacía a comodidades como en defensa. El sistema de vigilancia computerizado, de tecnología punta, era parte de los servicios suministrados por Darryl Adin, alias Adrián Dareau, *El Paladín de Plata*.

El androide se sentía confuso —aunque no era una sensación nueva en su vida entre humanos—, por ser un prisionero y que a la vez lo trataran como a un colega, incluso un amigo. Puesto que había accedido a todos los archivos de seguridad de la *Enterprise* excepto a los clasificados como «confidenciales» dirigidos a Tasha y el personal a su cargo, él lo sabía todo acerca de Darryl Adin. Es decir, conocía los hechos. El hombre no parecía encajar con los hechos.

Alguien capaz de vender a la Federación, de acordar un ataque que pondría en peligro a los aspirantes y a la tripulación de una nave —y que de hecho había acabado en las muertes de un buen número de ellos—, tendría que tener una apariencia de criminal encallecido. Y no es que la experiencia de Data con criminales endurecidos fuera tan extensa; Cyrus Redblock y Félix Leech, creados por el programa del simulador, al fin y al cabo, estaban basados en personajes de ficción.

Aun así, Data había aprobado los cursos de psicología relativos al caso en la academia. Las actividades de *El Paladín de Plata* no se correspondían con el perfil de un criminal. En todo caso, si se dejaba a un lado el hecho de que cobraba por sus servicios, éstos se parecían más a las hazañas del legendario Robín Hood. Un hombre falsamente acusado, según afirmaba la historia, de un crimen de traición.

Existía, sin embargo, otra posibilidad: si, en un momento de debilidad, el por lo demás honrado Adin había sucumbido a la seducción de las riquezas; si —como sugerían algunas de las pruebas presentadas en el juicio—, lo habían llevado a creer que la *Starbound* podía ser abordada y robada sin pérdidas de vidas, entonces sus actividades actuales podían derivar de una combinación de remordimiento y de la misma codicia que lo llevó a hacer un trato con los oriones. Y las pruebas presentadas en el juicio de Adin habían sido concluyentes.

Las especulaciones de Data no podían tener influencia alguna sobre sus actos: Adin era un fugitivo tanto de la Flota Estelar como de la Federación, y el deber de Data era arrestarlo... la próxima vez, cuando tuviera alguna posibilidad de apoderarse de él.

Se sentía fastidiado por no haber conseguido engañar a Tasha y que ella pensara que sus actos eran debidos a la candidez, en especial a la vista de que no había logrado su intención de que Rikan reconsiderara al hombre que había contratado. O el señor de la guerra ya conocía el pasado de Adin, o no le importaba, considerando la reputación de Adrián Dareau. Data estaba preocupado por Tasha Yar. Ella era una consumada oficial de la Flota Estelar, su prioridad era la seguridad de la *Enterprise* y su tripulación, su primer deber para con la Flota Estelar. Si a veces se mostraba demasiado vehemente, eso era preferible a la inactividad. Sin embargo, ahora había dado su palabra de no escapar.

«Pero también la he dado yo», se recordó a sí mismo. Al fin y al cabo, los hombres de Adin habían entrado en el palacio de Nalavia para capturar a Tasha, y se la habían llevado en su propia lanzadera. Eran implacablemente eficientes, y Data no tenía duda de que o encontrarían una celda a prueba de fuga para encerrarlo, o bien lo desactivarían. El



vulcanoide, Sdan, había expresado un deseo de «examinar» a Data, en unos términos que no dejaban duda de que se refería a desarmarlo para ver cómo funcionaba. Una libertad limitada era ciertamente mejor que estar encerrado o incapacitado. Además, esta gente se oponía a Nalavia. A Data ya no le quedaba ninguna duda respecto a que Rikan y Adin eran el mal menor; simplemente resultaba turbador que, al parecer, Tasha hubiese decidido eso antes de disponer de pruebas concluyentes.

Por el momento, Data se unió a los planes destinados a inutilizar la droga del suministro de agua potable. Sdan, una vez hubo aceptado que Data no era ningún juguete que pudiera desmantelarse, trabajó con el androide durante toda la noche para transferir la información de fabricación y distribución de los bancos de memoria de Data al magnífico sistema de computadora de la sala de estado mayor.

—No sé por qué Nalavia tiene un sistema tan anticuado —comentó Data.

—A ella le sirve para sus propósitos —explicó Sdan—, y es de fabricación trevana..., venía incluido en el palacio. Además, ella no puede conseguir una de estas preciosidades de forma legal. Esta es la más moderna tecnología de la Federación, vendida sólo a planetas de la misma, ni siquiera a los aliados.

—Entonces, ¿cómo la consiguió usted? —preguntó Data—. ¿O no debería preguntarlo?

—La construí —aclaró Sdan—. *Poeta* y yo no estamos fichados en la Federación. Tampoco lo están Barb o Pris, si vamos a eso, pero si no pueden usarlo para romperle la cabeza a alguien, no les interesa. Así que *Poeta* y yo nos pusimos a recorrer las exposiciones tecnológicas, luego regresamos y construimos nuestras propias versiones de lo último que tiene para ofrecer la Federación.

—Dentro de la Federación, eso sería ilegal —señaló Data.

—No estamos dentro de la Federación, ¿verdad?

—Podría ganar muchísimo dinero vendiéndoles esta tecnología a los ferengi, los oriones, los...

—¡Oiga, cerebro de computadora, si lo único que quisiéramos fuese dinero, sencillamente lo robaríamos! Es la hostia de fácil y mucho menos peligroso. ¿Todavía no ha caído en la cuenta de que no somos una banda de delincuentes comunes?

—Y si vendieran la tecnología —señaló Data—, no sería exclusivamente de ustedes.

Sdan sonrió.

—Es verdad. ¿Sabe, Data? Ahí dentro podría tener los elementos necesarios para una mente tortuosa. ¡Si se queda por aquí el tiempo suficiente, puede que lo invitemos a unirse a nosotros!

—Yo creo que usted tiene la esperanza de que si me quedo durante bastante tiempo, acabará por encontrar una excusa para desmontarme.

Sdan lo miró de arriba abajo con un solemne asentimiento de cabeza.

—Sí. Es difícil de olvidar eso.

Tasha Yar pasó una segunda noche en la «habitación azul», pero esta vez la puerta no estaba barrada. Por la mañana se vistió con unos pantalones cómodos y una blusa, y se encontró con la misma informalidad del día anterior en la mesa del desayuno; la gente llegaba cuando le placía y se marchaba cuando había terminado; sólo Rikan permaneció allí durante todo el tiempo.

El señor de la guerra apareció por la sala de estado mayor de vez en cuando, después de que Yar se reuniera con el creciente grupo ante las pantallas. Ya conocía a Data, Dare, Sdan, al *Poeta*, Barb y Aurora, pero le presentaron a Tuuk y Gerva, dos tellaritas que formaban pareja; a Jevsithian Drominiger, un profeta grokariano; y a Pris Shenkley, una mujer

humana que construía hábiles sistemas de armamento. El resto de la banda de Dare. Yar había oído hablar de los grokarianos, pero nunca antes había conocido uno. Se decía que algunos de ellos tenían el don de la profecía, aunque ella recordaba que el manual de la Flota Estelar de especies con llamados poderes psíquicos lo explicaba como «un talento no controlado, la capacidad de calcular probabilidades dentro del continuo espacio/tiempo». Jevsithian se volvió hacia ella, con los ojos casi ocultos por arrugados pliegues, y anunció: —Usted es ésa con la cual cambió.

—¿Hum? —A Yar, le resultó inquietante la impresión de estar mirando al interior de un par de agujeros negros.

—Su presencia une todos los posibles futuros en uno solo. *El Paladín de Plata* gana en todos, y sin embargo pierde. El brillante caballero de la oscuridad trasciende la leyenda.

—¡Eh... no quiero oír ninguna de esas frases sibilinas! —protestó Sdan.

—Es el destino —replicó Jevsithian—, y los destinos de todos los seres vivos están unidos. Se retiró a una silla emplazada en un rincón, al parecer indiferente a los planes que los otros estaban trazando. «O —pensó Yar—, tal vez ya sabe todo lo que vamos a hacer.»

—Tasha. —La voz de Data la sacó de la contemplación del grokariano—. Tenemos que hablar.

—¿Hum? ¿De qué? —preguntó ella al tiempo que lo seguía alejándose del grupo de gente que rodeaba la computadora.

—Sobre cuánta ayuda debemos prestarle a esta gente..., si es que debemos prestarles alguna.

Por supuesto, ella tendría que haber sabido que Data no daría ese paso final sin someterlo a una cuidadosa consideración. Yar tuvo una repentina sensación de abatimiento.

—Príamo IV —dijo.

—Exacto.

Ella lo miró fijamente.

—¿Pasó usted esa prueba? ¿Cómo pudieron engañarlo, cuando usted puede ver las paredes del simulador con independencia de cómo lo programen?

—¿Le importaría que no le explicara cómo un androide puede ser engañado por expertos en computadores? El asunto es que aquí nos enfrentamos con un dilema similar. Sabemos que Nalavia está tan decidida a mantener su tiranía, que ha recurrido al sistema de drogar a su pueblo. Pero éste no es un planeta de la Federación: no estamos obligados a ayudar al pueblo de Treva a recobrar su libertad.

—¿Nos obliga el deber a no hacerlo? —preguntó Yar—. Suponga que no hacemos nada. Nalavia continúa con su dominio... a menos que Rikan y Dare puedan ponerle fin sin nuestra ayuda.

—Mi ayuda —corrigió Data—. Yo tengo la información de la computadora de Nalavia que les permitirá retirar la droga del suministro de aguas potables.

—Permitiendo así que la gente decida por sí misma si quiere derrocar a Nalavia —dijo Yar—.

—¿No está eso más cerca del espíritu de la Primera Directriz, que el dejarlos incapacitados para pensar por sí mismos?

—No es el espíritu de la ley sino la letra de la misma lo que nosotros juramos obedecer —señaló Data—. Si interferimos, no sabemos qué efectos tendrá eso sobre la cultura trevana.

—No, sólo sabemos qué sucederá si no interferimos. Las cosas van a empeorar. Usted mismo nos dijo cuáles eran los efectos de la riatina a largo plazo. Data, la pasada noche usted parecía dispuesto a ayudar a Rikan y Dare. ¿Qué ha sucedido?

—Alguien me recordó cuáles eran los efectos a corto plazo de la suspensión de la riatina:

guerra.

Yar rememoró la frase de Rikan: «¡Entonces es cuando nosotros atacamos!»

—Guerra o docilidad a causa de la droga —dijo ella—. Como Príamo IV, ya lo creo. Pero, Data... si yo fuera una trevana, sé cuál de las dos cosas escogería. Usted no puede imaginarse lo que es vivir drogado, no tener felicidad excepto el falso júbilo creado por la química...

—¿Su madre? —murmuró él.

—Y yo misma.

—¿Qué? —preguntó él vivamente.

—No recuerdo nada más que dolor —admitió ella—. Yo..., yo nací adicta al polvo de la felicidad, Data, porque mi madre lo era. Me lo daba para mantenerme callada cuando era una criatura, pero pasado un tiempo no pudo pagar lo suficiente para ambas. Dejó de dármele a mí. Mis recuerdos más tempranos son el dolor del síndrome de abstinencia.

—Tasha, no tenía ni idea...

—Por favor, no se lo cuente a nadie. Ni siquiera Dare lo sabe. La mujer que cuidó de mí después de que mi madre me abandonara del todo, me mantuvo alejada de la droga hasta que fui lo bastante mayor para entender que tener una mente libre merecía la pena del dolor de la vida, incluso en Nueva París. Data, usted ha dicho que la riatina no produce síntomas físicos de abstinencia. Yo digo que liberemos las mentes del pueblo de Treva. ¡Dejémoslos que piensen por sí mismos, que decidan por sí mismos qué hacer respecto a Nalavia!

Data la miró a los ojos durante unos segundos. Luego asintió.

—Les Dare a Rikan y Adin la información que necesitan. Rikan es trevano; tiene derecho a decidir qué hacer con ella.

Data entregó las grabaciones de fabricación y distribución de la riatina.

—Lo más sencillo sería cambiarla de donde la almacenan antes de utilizarla —les explicó el androide—. No hay guardias... ¿por qué iba nadie a querer robar purificadores de aguas? Si dispusiéramos de un transporte, sería un juego de niños substituir la riatina por un producto inocuo; sería una hora de trabajo para la capital y las otras tres ciudades principales.

—Pero no tenemos transporte —dijo Dare, descansando con gesto casual una mano en el hombro del androide al inclinarse para estudiar la pantalla.

Yar vio que Data le echaba una mirada a la mano: en la *Enterprise*, sólo Geordi lo tocaba de esa forma. Tasha sintió que a los labios le afloraba una sonrisa por el cambio operado en la actitud de Dare, una vez que hubo conocido al androide en persona; era obvio que ya había olvidado que Data era una máquina.

—Supongamos —estaba diciendo Dare—, que tendemos una emboscada a los camiones que trasladan la droga a las plantas de purificación.

—¡Perfecto! —declaró Barb.

—Estaría bien si sólo quisiéramos robarla —observó Aurora—, pero queremos sustituirla. Es probable que los hombres que suelen llevar los cargamentos sean conocidos, y sin duda los echarán en falta antes de poder utilizar el producto inocuo.

—Hum... —rumió Dare—. Yo estaba pensando en actuar con rapidez, en atacar a los cargamentos destinados a las tres ciudades en una sola noche.

—Podemos hacerlo —los animó Barb—. Si nos limitamos a llevarnos la riatina, no podrán agregarla al agua.

Poeta respondió:

—¿Quién preguntó si a los enemigos se los vencía por la estrategia o por el valor?

—¡Yo! —le contestó Barb con una mirada reconcentrada—. No 'estamo' poniendo gordo" de tanto estar senta'o' por aquí.

—Lo mejor del valor es la discreción —le recordó *Poeta*.

—Maldición, *Poeta* —dijo la guerrera—, tú habla' com'un cobarde. Si no t'hubiera visto lucha', pensaría que ere' un gusano yoricón.

Data interrumpió la discusión.

—En el momento en que desaparezca la riatina, Nalavia sabrá que la han robado ustedes. Si la reemplazan, el sustituto podría no ser usado de inmediato. Si la droga se acaba en una sola ciudad, Nalavia analizará tanto el agua como el producto químico que haya en el almacén.

—Tiene razón —intervino Dare—. El plan funcionará si sustituimos la droga en todas las ciudades antes de que Nalavia se dé cuenta de lo que ha sucedido.

—Y tenemos que estar preparados para aprovechar la oportunidad —agregó Aurora—. Unos cuantos alborotos no servirán para nada. Nalavia enviará a su ejército a reprimirlos. Una vez que la gente haya recobrado su libre albedrío, tiene que ser informada de la traición de Nalavia.

—Si conseguimos intervenir las emisoras de radio y vídeo —dijo Sdan—, la voz se correrá con mucha rapidez.

—Y será creída —añadió Aurora—, porque la gente percibirá la diferencia en su propia persona.

—¿Por qué no nos limitamos a destruir las plantas de fabricación de la riatina? —preguntó Yar—. Nalavia sabrá de inmediato quién lo hizo, pero sin duda no podrá fabricar la suficiente como para envenenar las aguas antes de que todos despierten.

—¡Eso es! —asintió Barb.

Rikan dijo:

—Muchos trevanos trabajan en esos centros de fabricación. Estoy seguro de que la mayoría piensa que están purificando las aguas. ¿Existe alguna forma de destruir las plantas sin matar o herir a personas inocentes?

—Lo dudo —contestó Dare.

—Y aunque pudiéramos hacerlo, pensad en la reacción de Nalavia —dijo Aurora—. Estará esperando a que comiencen los alzamientos; pondría al planeta bajo la ley marcial en el instante en que viese el peligro de perder el control.

—Tenemos que tomarla por sorpresa —asintió Rikan—. El plan de substituir la riatina por algo inofensivo parece el mejor, si podemos llevarlo a la práctica.

—Para eso nos paga usted —dictaminó Dare—. Data, ¿tiene alguna información además de las rutas desde las plantas de fabricación a las plantas purificadoras?

Yar vio que Data alzaba la cabeza en un medio asentimiento que significaba que en efecto la tenía.

—Disponemos de los horarios, incluidos los lugares en los que se releva a los conductores, y los puntos en los que se detienen a comer y repostar a lo largo del camino. Sin embargo...

—Se quedó mirando al infinito mientras comparaba referencias—, y posiblemente es algo ignorado por los conductores, unas unidades del ejército de Nalavia les siguen a distancia.

¿Ignorado? A Yar le hizo gracia oír que Data llevaba a cabo su actuación camaleónica, adoptando el modo de hablar de Dare.

—¿Les siguen? —inquirió Dare—. ¿Cómo?

—Los camiones llevan dispositivos de seguimiento, a través de los cuales una pequeña escolta armada se asegura de que los vehículos se atengan a la ruta y el horario. Donde no

hay carreteras paralelas, la escolta los sigue a una distancia discreta o bien utilizan aeronaves. La pauta varía... —El androide frunció el entrecejo con perplejidad momentánea—. Ah, ya veo por qué. Viajan a través de las zonas rurales abiertas, donde los ciudadanos no drogados podrían preguntarse por qué lleva escolta militar lo que se supone que es un producto purificador de aguas. Por ese motivo, el método de escolta cambia con frecuencia: corre en paralelo al camión, lo sigue, va delante del mismo, en transportes militares, en vehículos de una sola persona, en aeronaves... al parecer, Nalavia espera que así no sea detectado.

—Funciona —declaró Aurora—. No ha llegado hasta nosotros ninguna sospecha. Pero ahora que lo sabemos...

—Yo tengo los horarios de los cuatro próximos días —dijo Data—. No había nada posterior en la computadora de Nalavia.

Dare le sonrió, esta vez sin sarcasmo.

—Con eso basta: dénos esos horarios, y nosotros deduciremos cómo llevar a cabo la substitución. Señor Data, ¿le gustaría dejar la Flota Estelar a cambio de una vida de peligro y emoción en la periferia de la galaxia?

Yar sabía que estaba bromeando, pero Data replicó en tono solemne:

—Me temo que... no me gustaría en absoluto.

Una de las ventajas de ser un androide era la habilidad para mantener varias ideas al mismo tiempo, y muchas otras al alcance inmediato. En las pocas horas siguientes, Data descubrió que también era una desventaja.

Tasha parecía atrapada en la esperanza de librar a los habitantes de las ciudades de Treva de la substancia química hipnótica, y haber olvidado que, a pesar de que disfrutaban de una especie de confianza, ella y Data eran prisioneros. Data no podía olvidar lo que en realidad era Darryl Adin, y eso le provocaba otro problema inesperado: el hombre le caía bien.

Dare era el nexo que unía a su pequeña camarilla, de la misma forma que Jean-Luc Picard lo era en el caso de la tripulación de la *Enterprise*. El papel de Adin era aún más difícil que el de Picard. A pesar de que contaba con pocos seguidores, éstos eran aún más diversos que la variopinta tripulación del puente entre la cual servía Data, puesto que no los ataba la lealtad hacia un ideal, como la Flota Estelar, que los mantuviese unidos. En el curso del primer día de trabajo, Data los oyó reñir interminablemente, pero los vio trabajar entregados en dirección a una meta común.

Y durante todo esto, nada de lo que hizo Adin sugirió que considerase a Data menos que una persona. Sólo Geordi LaForge, de toda la gente que conocía Data, lo había aceptado de una forma tan incondicional desde el momento en que lo conoció.

No, se dio cuenta de pronto, el señor de la guerra había hecho exactamente lo mismo. Pero aquel día, Data tuvo poco contacto con Rikan, mientras que él y Adin trabajaron hombro con hombro durante horas.

Antes de la hora de la cena ya tenían un plan. Sdan y *Poeta* se marcharon con algunos de los seguidores de Rikan para pedir vehículos prestados en compañías de transportes pesados del territorio del señor de la guerra. Barb y los tellaritas salieron con una «lista de compra» en la que había contenedores, pintura y plantillas para estarcir.

Ahora, Aurora se reunió con Data ante la computadora, junto con Pris Shenkley, la diseñadora de armamento, con el fin de repasar el plan paso a paso en previsión de posibles peligros.

Data no pudo evitar advertir el momento en que Adin y Tasha dejaron de participar, y luego

se marcharon discretamente de la sala de estado mayor.

Pero volvió a verlos a la hora de la cena, la primera comida que tomaba él desde el almuerzo del día anterior con Nalavia. Para entonces, sus componentes orgánicos estaban preparados para recibir un refuerzo nutritivo, y la curiosidad lo llevó a probar todo lo que había en la mesa. La comida de Rikan era tan abundante y elaborada como la de Nalavia; si no hubiera tenido otras cosas en la cabeza, Data habría pasado el tiempo satisfactoriamente, analizando los ingredientes que contribuían a la amplia variedad de sabores.

No obstante, su nivel consciente estaba ocupado en la conversación que tuvo lugar durante la cena, el desarrollo de los planes para sabotear la adición de riatina y en observar a Rikan y Adin.

Tasha volvía a llevar puesto el vestido largo dorado. Aurora estaba resplandeciente vestida de rojo. Pris de azul pálido. Rikan llevaba una casaca encima de una camisa con una elegante puntilla blanca. Adin iba, como de costumbre, de negro, con una camisa blanca y su emblema plateado, mientras que Data, cuando todos los demás se habían marchado a «vestirse para la cena», había pensado en volver a ponerse el uniforme, el cual encontró limpio y pulcramente colgado en la habitación que le habían asignado.

Sin embargo, al recordar las ropas que había visto la noche anterior, se puso lo que parecían las prendas más formales que Trelle le había entregado: chaqueta y pantalones de un verde grisáceo oscuro con una camisa dorada que era casi del mismo color que sus ojos. Tasha, cuando lo había visto, sonrió y dijo:

—Está usted magnífico.

Pero Data se habría sentido más cómodo en su uniforme de gala. Se preguntó qué habría sucedido con el de Tasha.

Después de la cena, todo el grupo se retiró al salón de Rikan. Pris Shenkley se sentó junto a Data e inició una conversación.

—¿Por qué no trabaja usted para la Federación? —le preguntó él.

—Porque ellos quieren arrebatarle el control de mi trabajo —contestó ella—. Es verdad que ahora la Federación construye sólo armas defensivas y evita las agresiones. No obstante, prefiero emplear mi talento donde pueda controlar a los que utilizan mis armas.

Data le habló de la reciente visita de la *Enterprise* al planeta Minos, y del arma que se había vuelto contra sus creadores y los había destruido.

—Sí —asintió ella—. Precisamente es esa mentalidad a la que yo le tengo miedo. Es demasiado fácil construir armas cada vez mejores por la sencilla razón de que uno puede hacerlo. En el caso de Dare, construyó sólo lo que se necesitaba para una misión en particular, no máquinas del día del juicio final que compiten sólo consigo mismas.

—¿Y construirá algo para este complot destinado a reemplazar la riatina?

—No; todos están ya equipados con armas con las que ya están familiarizados. Sin embargo, he diseñado las defensas del castillo de Rikan.

Él ladeó la cabeza.

—¿Diseñó usted la red utilizada para capturarle a mí?

Ella se sonrojó levemente.

—No la diseñé, exactamente... pero sugerí que era probable que usted no esperara algo tan... primitivo. En realidad, la red es una trampa utilizada para atrapar un gran animal trevano. Pensé que sería lo bastante fuerte como para retenerlo a usted. —Sonrió—. Lo subestimé. No pensé que fuera posible desgarrar las cuerdas de una red para quogharts. Si los nuestros no hubieran llegado tan rápido, usted habría escapado.

Ella le tomó una mano y la volvió para estudiarle la palma y el reverso.

—Es usted tan fuerte... y a pesar de eso tan delicado... ¿Tiene usted idea de lo atractivo que resulta eso?

Él estuvo a punto de decir que sí, ya que al parecer todas las mujeres con las que alguna vez había intimado habían hecho la misma observación, pero esa observación le recordó justo a tiempo que accediera a sus archivos de flirteo.

—Es... mi naturaleza.

—Mmmmm. —Ella le estudió la palma de la mano—. Tiene huellas dactilares.

—Sí. Y, sí, son únicas, o al menos no están copiadas de las de nadie que esté en los archivos de la Federación.

—Así es como debe ser —declaró ella con voz suave—. Usted es único.

Data se sorprendió al encontrarse con que Pris estaba coqueteando con él, pero sólo tuvo que acceder al principal de sus archivos de flirteo para mantener el ritmo de ella. Resultaba obvio que la mujer no tenía deseo alguno de pasar más allá de un placentero intercambio verbal, lo que no resultaba sorprendente cuando hacía tan sólo un día que se conocían.

Además, Data descubrió que él no quería ir más allá. Meditó sobre eso. Entendía por qué deseaba relacionarse con Nalavia lo menos posible y de la forma menos personal que pudiera: la mujer era malvada. Pero Pris, al igual que el resto de la banda de Adin, no tenía ningún comportamiento criminal. ¿Por qué tenía que sentir renuencia a llegar a un grado de intimidad con Pris, si ella lo deseaba? Al fin y al cabo, estaba diseñado para funcionar dentro de una amplia gama de posibilidades. Pris no se parecía en nada a Nalavia; no se veía en ella nada tortuoso o cínico.

Ante ese pensamiento, su atención se desvió hacia Darryl Adin, que esta noche se encontraba sentado junto a Tasha en el canapé. Tasha parecía ahora pasar todo su tiempo con Adin. Era evidente que el hombre estaba intentando volver a despertar lo que Tasha había sentido en otra época por él, abrumar su razón, su devoción al deber mediante recuerdos de un pasado que nunca podría recuperarse.

Adin se inclinó hacia Tasha y Data accedió a su micrófono direccional para poder oír lo que le murmuraba.

—Salgamos al balcón.

Se excusaron ante Rikan y salieron a la luz de la luna. Data aún podía verlos a través de las puertas acristaladas, inclinados sobre la balaustrada y mirando hacia el abismo oscurecido por la noche. Adin le pasó a Tasha un brazo sobre los hombros desnudos, y ella se apoyó levemente contra él.

Durante todo esto, Data había dejado que su archivo de flirteo entretuviera a Pris..., hasta que ella profirió una risa entre dientes.

—¿Es usted más inteligente hablando de tonterías que ningún hombre al que haya conocido! ¿Dónde lo aprendió?

Data examinó el archivo al que había estado accediendo.

—Una adaptación moderna de técnicas detalladas en las obras de Jane Austen —explicó con sinceridad.

Pris profirió una risa sonora.

—Bueno, pues resulta tremendamente encantador, y si mañana por la mañana no tuviera que levantarme temprano, puede que le preguntase qué otras técnicas conoce. Aunque, por otra parte, no nos dejará hasta dentro de un tiempo. Espero que podamos tener oportunidad de conocernos un poco mejor.

—Eso me complacerá también a mí —repuso, pero no respondió a la pregunta que le había formulado indirectamente.

El salón estaba quedando ahora vacío, en deferencia, al parecer, a Rikan. Data advirtió la postura algo rígida del señor de la guerra, que se esforzaba por sentarse erguido.

Cuando Data miró hacia el balcón, Tasha y Adin se habían marchado. Dentro de momentos quedaría a solas con Rikan..., olvidado.

Data no tenía nada que hacer durante la noche. No había computadora, biblioteca ni laboratorio científico que visitar para alimentar su voraz curiosidad.

Bajaría a la sala de estado mayor, decidió. Sin duda habría alguien allí, y tal vez le permitirían explorar qué más había en aquella magnífica computadora.

Pero cuando fue a desearle las buenas noches a Rikan, el anciano le preguntó:

—¿Duerme usted, señor Data?

—No, señor.

—En ese caso, ¿me haría un favor?

—Por supuesto, señor, si puedo.

—Yo soy un viejo. No creo que la avanzada edad sea algo que usted llegue a experimentar jamás... pero, por otra parte, tampoco disfrutará del placer que proporciona el que la gente le consienta a uno caprichos por la simple razón de que uno es viejo. —Rikan alzó los ojos hacia él, todavía límpidos y penetrantes—. ¿Qué edad tiene usted, señor Data?

—Veintiséis años estándar de la Federación, señor.

Los ojos del señor de la guerra se abrieron de par en par.

—¡Tan joven! Entonces, está apenas en el comienzo de su experiencia vital. Pero ha estado en muchos lugares entre las estrellas..., ha hecho más en esos veintiséis años que yo en mi larga vida.

—Puede que eso sea verdad, señor, en especial puesto que yo... fui creado... como un adulto. Por otra parte, no he pasado por la experiencia de ser un niño.

—Eso es triste —dijo Rikan—. La infancia es la época más feliz..., o debería serlo. Pero, estoy volviéndome olvidadizo. El favor que deseaba pedirle es que acudiera a mi dormitorio después de que Trelle me haya ayudado a meterme en la cama. A pesar de que mi cuerpo está cansado, la edad me despoja de la capacidad para dormir con facilidad y bien. ¿Acudirá usted y hablará conmigo?

—Encantado, señor.

Así que, cuando Trelle le informó que Rikan estaba preparado, Data entró en el dormitorio del señor de la guerra, teniendo presente la advertencia del servidor:

—Por favor, no se quede hasta muy tarde. Mi señor necesita descansar, porque se levantará al alba por muy pocas horas que haya dormido.

Instalado cómodamente en la enorme cama, Rikan parecía más pequeño y frágil que en sus habituales severas ropas. Se hallaba sentado y reclinado contra las almohadas.

—¿Más vino? —preguntó mientras escanciaba una copa para sí y se ofrecía a servir otra para Data.

—No, gracias, señor. El alcohol no causa efecto ninguno sobre mi metabolismo. He catado sus vinos sólo para ampliar mi experiencia de bouquets y sabores.

El señor de la guerra sonrió.

—¿Pasa usted la vida recopilando datos?

—Es para lo que estoy diseñado.

—No sólo para eso, estoy seguro —dijo Rikan—. Hace unos momentos hablé de experiencia. Puedo ver que usted tiene sentimientos, que está usted preocupado por su colega Natasha y por el deber que tienen para con la organización a la que sirven.

—Ha interpretado usted muy bien mis preocupaciones —admitió Data.



—Tengo muchos más años de experiencia que usted —le recordó Rikan—. Me sorprendió descubrir el poco tiempo que hace que está usted... ¿vivo?

—Consciente —aclaró Data.

—¿La parte orgánica de usted no está viva?

—En un sentido; requiere nutrientes y se realimenta a sí misma. Esa parte de mí, sin embargo, existió en éxtasis durante un período de tiempo desconocido antes de adquirir la consciencia.

—Ah —dijo Rikan—, resulta intrigante. ¿Puede recordar el momento en que adquirió consciencia? ¿O es como una persona, que no puede recordar el momento en que nació?

Nacer. Tasha lo había llamado así: «Así que este lugar es el sitio de su nacimiento», dijo cuando vio su hogar.

—Es el primer acontecimiento que puedo recordar. Mi mente no era una *tabula rasa*: ya estaba programado con un idioma, una gran cantidad de conocimientos básicos, y la información recogida por cuatrocientos colonos de mi planeta de origen.

—Me pregunto —interrumpió Rikan—, si ese será un trauma menor o mayor que el del nacimiento. Supongo que nadie lo sabrá jamás, puesto que nadie puede pasar por ambas cosas.

—No, señor —respondió Data al instante... y luego se dio cuenta de la pregunta implícita—. No con los niveles actuales de tecnología. Y si alguna vez resultara posible transferir una conciencia humana al cuerpo de un androide... no sé si, tras haber sido humano en otra época, la persona podría adaptarse.

Rikan lo estudió.

—¿Se siente usted menos que humano, Data?

—Soy... diferente de humano. Soy más fuerte y rápido que un humanoide completamente orgánico. Tengo más información a mi inmediata disposición y puedo manipularla y asimilarla de un modo más eficiente. Sin embargo, soy capaz de aprender y crecer... no sólo de incrementar mis archivos de información.

—Eso es obvio —remachó Rikan esbozando una sonrisa—. Yo nunca me he sentido impulsado a mantener una conversación como ésta con el muy inteligente sistema de computadora que Adrián ha instalado aquí. Está claro que usted es una persona, Data.

—Sí. No obstante, yo sería humano si pudiera. Lo miro a usted, señor, y mientras que sé que con la experiencia estoy adquiriendo capacidad de juicio, me pregunto si me será posible adquirir sabiduría.

La sonrisa de Rikan se ensanchó.

—Ah, Data... ¿no ve que su pregunta es también la respuesta a sí misma?

Data no lo veía.

—¿Señor? —preguntó con el entrecejo fruncido de perplejidad.

—No importa —dijo Rikan—. Con la edad superará esa incertidumbre... y descubrirá otras. ¿Envejece usted físicamente?

—Al parecer, no, señor. De todas formas, he existido durante muy poco tiempo como para poder hacer una estimación concluyente de cuánto tiempo continuaré existiendo. Como Tasha me recuerda a menudo, no soy indestructible, pero a menos que sufra algún daño irreparable, los científicos de la Flota Estelar creen que este cuerpo me durará varios siglos.

—Puede que no sufra usted las inclemencias físicas de la vejez, pero una larga vida tiene otras crueldades, mucho peores que la pérdida de la fuerza y la agudeza de los sentidos. Los supervivientes somos considerados personas afortunadas, Data..., y la ironía es que quienes nos envidian nuestra longevidad, o no viven lo bastante como para conocer el cruel destino

que nos aguarda..., o bien viven lo suficiente como para compartirlo.

—¿Señor?

Rikan miró más allá de Data, a la nada.

—En otra época tuve una esposa y una hija hermosa. Tuve buenos amigos y colegas que compartieron mis experiencias. Todos ellos han desaparecido ya..., incluidos muchos que eran más jóvenes que yo. Mi querida hija murió antes que yo. Mi esposa la siguió en el plazo de un año. Mis amigos, los compañeros de mi juventud..., todos han muerto ya.

Los ojos del señor de la guerra volvieron a enfocar a Data.

—¿Se dieron cuenta los diseñadores de usted de a qué lo someterían cuando le dieron tanto sapiencia como sensibilidad y luego lo condenaron a sobrevivir a todas las personas a las que les tuviera afecto?

—Yo no sé si soy capaz de sentir afecto, señor.

—¿Cómo puede no saberlo usted, cuando yo lo sé tras sólo un día de conocerlo?

—Yo no puedo procrear —explicó Data—. No existe ninguna razón para diseñarme con la capacidad de...

Rikan se echó a reír.

—¡Ah, Data, qué joven... y que humano... es usted a ese respecto! El confundir el impulso del apareamiento con el afecto nacido del compañerismo es algo completamente típico de los jóvenes. No, no... yo estoy hablando del afecto por los amigos y colegas de uno, afecto que usted demuestra en abundancia. —La risa se desdibujó una vez más en inefable tristeza—. Y esa causa de las más grandes alegrías es también fuente del más grande dolor.

—Lo entiendo —dijo Data.

Rikan le dedicó una sonrisa triste.

—No, usted no lo entiende, pero lo hará... y tal vez más pronto de lo que cree. Data, usted fue creado como lo que Adrián llama «un superviviente». Jevsithian dice que Adrián es un superviviente, ya sea por destino o condena o por mera fuerza de voluntad. ¿Oyó usted su profecía?

—Tales profecías no pueden ser comprobadas científicamente —señaló Data.

—Pero si fuera a hacerse realidad, ¿qué cree que significa?

—¿Ganar y sin embargo perder? Ganar la batalla, pero morir, diría yo.

—Posiblemente —dijo Rikan—. Las personas orgánicas también son capaces de pensar con lógica, Data. En el primer momento en que vio usted a Adrián, intentó arrestarlo. No creo que pueda eludir ese deber, y los cargos que mencionó, asesinato, conspiración, traición, son sin duda castigados con la muerte.

—La Federación no tiene pena de muerte —explicó Data. Rikan cerró los ojos con un estremecimiento.

—Eso me temía. Entonces, será la reclusión durante el resto de la vida.

—El confinamiento en una colonia de rehabilitación —dijo Data—, y sólo hasta que esté curado de sus tendencias aberrantes.

—El nombre no hace que sea diferente. Todavía no conoce bien a Adrián. El perder la libertad sería mucho peor que la muerte para un hombre así. Y ésa, según creo, es la razón por la que el profeta dijo que primero lo ganaría todo..., lo que es un buen augurio para Treva..., y luego perdería.

Los brillantes ojos del anciano volvieron a abrirse, y miraron a Data formulando una pregunta en sus profundidades.

—Lord Rikan —dijo el androide—, por favor, no me pida eso. A pesar de todo el bien que pueda haber hecho desde entonces, una vez, Darryl Adin se convirtió en traidor de todo

aquello en lo que se suponía que creía. Si dejara pasar por alto la oportunidad de devolvérselo a la Federación, yo estaría haciendo exactamente lo mismo.

Tasha Yar pasó los dos días siguientes con Darryl Adin; la antigua camaradería que había existido entre ellos volvió a despertarse mientras planeaban la substitución de la riatina que era transportada a las ciudades trevanas. Con las rutas y horarios aportados por Data, era una operación sencilla: cuando cada camión se detenía y su dotación lo dejaba para comer, sería rodeado por vehículos similares que impedían que fuera visto por quienes lo vigilaban mientras el cargamento sería reemplazado por un producto inocuo almacenado en contenedores idénticos. Los tripulantes de esos otros vehículos, todos trevanos del territorio de Rikan, distraerían a sus compatriotas para mantenerlos alejados de la carretera mientras se llevaba a cabo la operación. Sdan, *Poeta*, Aurora y Pris aportarían los medios para incapacitar o burlar a los sensores de los vehículos. Un juego de niños, como lo había expresado Data, con la información, el equipo y la eficacia con que contaban.

A la hora de la cena del segundo día habían cumplido con todo sin incidentes; se encontraron de vuelta en el castillo de Rikan, y reinó la alegría.

A Yar y Data, por supuesto, no les habían permitido acompañarlos. Mientras Yar aguardaba a que regresase Dare, supo que había llegado a una decisión: él los había superado en ingenio tanto a ella como a Data, y sin duda tenía un plan para su fuga cuando su misión aquí hubiese acabado. Mientras que en conciencia ella no podía permitirle escapar, no haría nada para prever su huida. Se limitaría a esperar que él planeara algo tan brillante como la trampa tendida a Data.

El androide, entretanto, se mostraba más callado que de costumbre. Con la sala de estado mayor casi vacía, ella echaba de menos la conversación amistosa que habían mantenido camino del planeta. «Él sospecha —pensó lúgubrementemente—. ¿Me pregunto si creará que yo ayudaría a Dare a escapar?» Pero no podía preguntárselo; era mejor dejar que Data se preocupara por la lealtad de ella en lugar de planear la forma de impedir la fuga de Dare.

Tras la cena, todos se reunieron en el salón de Rikan para continuar con la celebración. Así pues, a Dare y Yar les resultó fácil escabullirse al balcón y alejarse del ruido, hasta la sala de música de Rikan, adonde habían acudido con anterioridad. Al igual que el resto del castillo, conservaba su atmósfera y muebles antiguos, mientras que la tecnología moderna producía exquisitas melodías al ser pulsados los botones ocultos dentro de una pequeña caja esmaltada que se encontraba sobre una de las mesas.

Dare programó algo suave y discreto, y ambos permanecieron sentados en silencio y pensativos durante un rato. Finalmente, Dare dijo:

—Quiero que estés conmigo, Tasha.

—¿Qué? —preguntó ella, sobresaltada, temiendo que fuera a pedirle que huyera con él.

—Cuando atacemos, dentro de tres días. Cuando hayan pasado los efectos de la droga y organicemos el levantamiento contra Nalavia, quiero que estés a mi lado.

—No puedo —respondió ella con tirantez—. La Primera Directriz...

—¡Tasha, este planeta solicitó ayuda de la Flota Estelar! ¡Dásela!

—Se nos llamó para que lucháramos contra vosotros.

—Eso cambiará en cuanto pueda pensar la gente claramente. Si nos quedamos y vigilamos, ¿vendrás conmigo en cuanto el pueblo avance contra Nalavia?

—¿De verdad piensas que una sola persona hará que las cosas cambien tanto, Dare?

Dare posó las manos sobre los hombros y la miró a los ojos.

—Tú, para mí, sí —repuso en voz baja... y la besó, esta vez con dulzura, tiernamente,

aguardando su respuesta.

Y ella no la pudo reprimir. Con desesperación, le rodeó el fuerte torso y lo atrajo hacia sí.

—Esto no puede durar, Dare —susurró con determinación.

—Lo sé —contestó él en voz baja al tiempo que le acariciaba el cabello—. Tasha, te conozco. No estaría bien pedirte que dejaras la vida que te has construido por la existencia a la buena de Dios de los proscritos. No te pediré eso, te lo prometo. Pero sí te formularé una pregunta importante: ¿Todavía crees que soy culpable? ¿Todavía crees que os traicioné?

—No —contestó ella—. Nunca lo creí del todo, Dare. No sé cómo pudieron haber surgido todas aquellas pruebas en contra de ti..., pero durante todo el tiempo he sabido que el hombre al que amo nunca podría hacer algo así.

Ella lo sintió relajarse de alivio bajo su contacto. Luego volvió a besarla, con igual ternura, y murmuró:

—Puede que nunca volvamos a vernos.

—Lo sé. Pero ahora no pensemos en eso. Tenemos tres días, Dare..., mucha gente nunca tiene ni siquiera eso.

Él sonrió..., la maravillosa, cálida y dulce sonrisa que ella recordaba muy bien, y se puso en pie al tiempo que le tendía la mano. Tasha la aceptó, decidida a tomar hoy lo que pudiera y dejar que el mañana cuidara de sí mismo.

Si para Tasha Yar la vida era una bienaventuranza, aunque sólo transitoria, para Data constituía una dolorosa confusión. La conversación con el señor de la guerra, Rikan, lo hizo cuestionarse los sentimientos que el anciano afirmaba que tenía. ¿Su preocupación por el comportamiento de Tasha nacía de esa noble forma de afecto fraternal que Rikan quería atribuirle?

¿O se trataba de que en su búsqueda por comprender el espíritu humano había tropezado con la oscura y contraproducente emoción de los celos?

Data conocía definiciones de libros de texto para todos esos términos, pero le servían de poca ayuda, como le ocurría tan a menudo cuando se enfrentaba con la realidad humana. Advirtió que Tasha desaparecía en compañía de Adin una segunda noche... y esta vez acudieron juntos a desayunar a la mañana siguiente, perfectamente acicalados y relajados... y un tanto demasiado contentos.

Las dudas respecto a sus propias motivaciones hicieron que Data guardara silencio durante la mayor parte del día; además, Tasha estaba todo el tiempo al lado de Adin, y lo que él quería decirle debía ser dicho en privado.

Finalmente, sin embargo, cuando comenzaron a salir para vestirse para la cena, Data consiguió decir:

—Tasha, ¿podría hablar con usted?

—Por supuesto, Data. Acompáñeme a mi habitación.

Cuando entraron, Tasha cerró la puerta y se quitó la chaqueta ligera del atuendo que llevaba, y la dejó en el colgador.

Durante un terrible momento, Data pensó que ella tenía intención de cambiarse de ropa delante de él, una forma de decir: «Usted no significa más que una máquina que pudiera estar en mi habitación.» Pero ella no lo hizo. En cambio, le señaló con un gesto la única silla que había, y luego se sentó en la cama.

—Creo que sé por qué está preocupado, Data... y no necesita estarlo. No permitiré que mis sentimientos por Dare se interpongan en el camino de mi deber.

—Ésa es, mi preocupación —reconoció él, agradecido porque fuera ella quien mencionase el incómodo tema—. No obstante, me pregunto si en sus planes de observar el esperado levantamiento contra Nalavia, ha considerado usted qué sucederá cuando todo haya terminado y la paz quede restablecida.

—Data —dijo ella en su tono preferido de completa racionalidad—, no tengo ningún plan de convertirme en una forajida y unirme a la banda de *El Paladín de Plata*.

—No pensaba que los tuviera —replicó él—. Me refería a nuestro deber inmediato cuando volvamos a establecer contacto con la Flota Estelar.

Ella rió entre dientes.

—Si cree usted que puede tener éxito en arrestar a Dare, adelante, inténtelo.

Data nunca antes se había enfrentado con una situación semejante.

—¿Está diciéndome que usted no va a intentarlo?

—Lo que estoy diciendo es que no creo que ni usted ni yo lleguemos a tener una sola oportunidad, Data. Dare no se quedará por aquí durante tanto tiempo.

—Pero, ¿y si lo hace? —insistió Data.

—No lo hará —respondió Tasha con firmeza, y se puso de pie como para despedirlo.

Data también se levantó.

—Estoy pidiéndole hechos, no opiniones, teniente. Si tiene usted la oportunidad de arrestar a Darryl Adin y devolverlo a la Federación, ¿lo hará?

Los ojos de ella destellaron y apretó firmemente la mandíbula.

—¿Está usted imponiendo su rango de segundo oficial sobre mí?

—¿Tengo que hacerlo... Tasha?

Ella permaneció firme durante un momento, mirándolo fijamente a los ojos. Luego la boca le tembló, y él vio que una lágrima comenzaba a aflorarle por un rabillo del ojo.

—No debería tener que preguntármelo, Data. Sí, maldito sea..., si llegara a tener que hacerlo, cumpliré con mi deber. Pero sé que no llegará hasta ese extremo... Dare nunca lo permitirá.

Entonces, Data la dejó, aliviado. La palabra de Tasha le bastaba. ¿Por qué, entonces, tenía una peculiar sensación de culpabilidad por asegurarse en lo posible de que se arrestaría al amante de ella?

El día se había ido en hacer planes para intervenir las emisoras de radio y vídeo una vez que el pueblo de Treva hubiera eliminado de sus organismos la droga, y para contrarrestar los movimientos de Nalavia destinados a imponer la ley marcial. Yar comenzó a maquillarse, preparándose para ponerse un diáfano vestido azul y espliego que Pris le había prestado para que llevara esa noche en lugar del dorado.

Las cenas formales de Rikan eran una pintoresca costumbre tremendamente encantadora, pensó Tasha, un delicioso contraste con el especializado trabajo del día. Se cepilló los cortos cabellos al tiempo que se inclinaba para darles volumen. De momento el pelo de Dare era más largo que el suyo, pero a él nunca le había molestado un corte de pelo corto. Desde la infancia, ella lo había llevado demasiado corto para que un atacante no pudiera encontrar mucho por donde cogerla y Dare, bendito sea, ni una sola vez se había preguntado «cómo estaría si...», como lo habían hecho todos los otros hombres con los que había tenido trato íntimo. Excepto Data, por supuesto.

Pobre Data. Estaba genuinamente preocupado por la posibilidad de que ella fuera a arruinar su vida por Dare. No es que no se sintiera tentada de hacerlo, pero sabía que su amor había tomado su decisión.

Si al menos existiera alguna forma de demostrar la inocencia de él... Pero no la había. Tasha recordaba el consejo de guerra como si hubiese tenido lugar ayer; las pruebas eran demasiado incontrovertibles para refutarlas, especialmente cuando había pasado tanto tiempo.

Así que ella haría lo que tanto la vida como su carrera en la Flota Estelar le habían enseñado: planificar para el mañana; vivir para el hoy. Esta noche, ella y Dare podrían volver a escaparse a las habitaciones de él, y hacer como si en la vida no hubiese nada más que amor y risas.

Yar se miró al espejo y se sintió satisfecha de lo que veía. No podía ser objetiva; se sentía hermosa, viera lo que viese en su entorno. Ahora todo lo que tenía que hacer era ponerse ese extraño vestido...

«¡Alerta! ¡Alerta! ¡Se acercan aeronaves! ¡Todos a sus puestos de batalla!»

Al oír el anuncio que sonaba por los pasillos, Yar se quitó el vestido en azul y espliego y volvió a ponerse la camisa y pantalones sencillos que había llevado durante todo el día. Justo cuando se encontró en el corredor se dio cuenta de que no tenía un puesto de batalla.

A pocas puertas de distancia, Data salió de su habitación vestido con el uniforme de la Flota Estelar.

—La sala de estado mayor —dijo, y juntos corrieron escaleras abajo y entraron en un caos organizado.

Los armarios que antes habían permanecido cerrados, se encontraban ahora abiertos. *Poeta* y *Pris* estaban entregándoles armas de aspecto formidable a los miembros del personal de *Rikan*. *Sdan* se hallaba ante la consola de la computadora, y la pantalla mostraba un plano del castillo y sus alrededores.

Dos campos de fuerza relumbraban con luz tenue, uno en torno al propio castillo y otro a varios kilómetros de distancia.

—¿Escudos? —preguntó Yar. No podía tratarse de nada parecido a los escudos de una nave estelar, a menos que en el precipicio hubiera escondido un generador de materia/antimateria.

—El interior lo es —explicó *Sdan*—. El exterior es un generador de electricidad estática que volverá locos a los controles de una aeronave. Los buenos pilotos pueden volar sólo con visibilidad directa, pero la computadora de a bordo no funcionará. Tendrán que disparar manualmente sus armas.

—Pero, ¿tienen de verdad un escudo en torno al castillo?

*Pris* entregó la última de las armas y se acercó a ellos.

—Uno débil —especificó—. Es energía de batería, y durará alrededor de una media hora contra el tipo de armas que pueden llevar estas aeronaves. Procuraremos alejarlas antes de que se apague. —Les entregó a Yar y Data fusiles fásicos de pesado diseño—. Si las defensas exteriores funcionan, ustedes no tendrán que participar. ¡Pero si fallan, y algunas de las aeronaves de *Nalavia* atraviesan el escudo, será mejor que estén preparados para defender sus vidas!

Data comprobó que Pris Shenkley estaba en lo cierto.

—¿Dónde nos necesitan? —preguntó.

—Reúnanse con Dare en las murallas superiores —ordenó ella—. Esas armas pueden derribar una aeronave militar... siempre y cuando no les acierte primero a ustedes.

—¿El efecto que anula los instrumentos afecta a todas las zonas de las defensas exteriores? —preguntó Tasha.

—Sí. Nuestra computadora está protegida, por supuesto; y nuestras instalaciones antiaéreas deberían librarnos de la mayor parte de las aeronaves...

—¡Pris! —la llamó Sdan.

Todos se volvieron a mirar la pantalla... que mostraba una cosa que decididamente no era una aeronave, pasando a toda velocidad por las defensas exteriores.

—¡Un misil! —exclamó Pris—. ¡Lanza uno de contraataque!

—Lanzado —afirmó Sdan cuando otro punto de luz salió disparado del precipicio que estaba debajo del castillo; se encontró con el misil entrante... segundos antes de que la pantalla mostrara la explosión que se produjo al encontrarse ambos. El castillo se sacudió con el sonido de la detonación.

—Nalavia nos ha engañado —dijo *Poeta*—. Los planes mejor trazados...

—¿No tomaron en consideración la posibilidad de un ataque? —lo interrumpió Data.

—Un ataque, sí —contestó Pris—. Pero si está usando misiles, es que no le importa si mata a todos los que estamos dentro del castillo. Eso incluye a los miembros de la Flota Estelar. Aurora se reunió con ellos.

—¡Misiles! Nalavia está loca. ¿Cómo vamos a trazar una estrategia contra una demente?

—Pero ustedes tienen armas de contraataque —señaló Tasha.

—Desde luego; estamos preparados para una guerra a gran escala, pero no nos esperábamos este ataque con ustedes aquí —dijo Aurora—. ¡Nosotros pensábamos que Nalavia intentaría recuperarlos, no matarlos!

—Es debido al mensaje enviado a la *Enterprise* —comentó Tasha—. Dare dijo que señalaría nuestro paradero... pero resulta obvio que para enviarlo con tanta regularidad teníamos que contar con la cooperación de ustedes. Nalavia debe pensar que nos hemos cambiado de bando. —Los nudillos se le pusieron blancos al aferrar el arma que tenía entre las manos—. ¡Maldición! Tendríamos que haberlo enviado sólo una vez..., podría haber pasado sin que lo advirtieran.

—Ya es demasiado tarde para preocuparse por eso —dijo Sdan—. Cuando los escudos bajen, nos invadirán los soldados de Nalavia.

Así que el campo de fuerza del castillo no resistiría un asalto a gran escala.

—¿Se ha comunicado Nalavia con ustedes? —preguntó Data—. ¿Ha exigido la rendición? Sdan pulsó el panel de comunicaciones.

—Nada. Pero... ha dejado de bloquear las frecuencias de la Flota Estelar. Claro... necesita toda la potencia para transmitirles los comunicados verbales a sus tropas.

Al oír eso, Tasha saltó. Inclinandose sobre Sdan, programó y entró rápidamente la frecuencia de emergencia de la Flota Estelar. El vulcanoide no hizo intento alguno de impedirselo.

—Aquí la teniente Tasha Yar, desde Treva, a cualquier nave de la Flota Estelar. El teniente Data y yo estamos siendo atacados en estas coordenadas. Emergencia... repito, grupo de

expedición de la Flota Estelar bajo ataque. ¡Cualquier nave de la Flota Estelar, por favor, respondan!

No hubo respuesta, pero podían pasar desde minutos hasta horas antes de que el mensaje llegara a la nave de la Flota Estelar más cercana a Treva.

Se produjeron más explosiones cuando los misiles se encontraban entre sí, y luego un destello de luz blanca iluminó la sala de estado mayor en el momento en que uno consiguió pasar y acabó con el escudo.

—Deberíamos subir a las murallas —propuso Data—. Van a necesitar a toda la gente.

—Y si hay una respuesta de la Flota Estelar, ahora no vamos a recibirla —dijo Tasha al tiempo que bajaba el volumen de las detonaciones de electricidad estática cuando el bloqueo volvía a ejercerse en los canales de la Flota Estelar.

Adin, Barb y los tellaritas ya estaban en las murallas, armados con fusiles como los que Pris les había entregado a Data y Tasha. La primera aeronave se acercó con las armas emitiendo destellos intermitentes.

El fuego antiaéreo iluminó el crepúsculo y las primeras fueron derribadas antes de llegar a las últimas defensas.

Luego una las atravesó. Adin apuntó..., un rápido disparo, y la aeronave estalló en llamas y cayó al precipicio.

Pero llegaron más, oleada tras oleada, localizando las armas del precipicio por los destellos de luz, bombardeándolas y disparándolas. Cada oleada llevaba a más aeronaves a menos distancia del castillo.

¡Un transporte de tropas apareció de pronto en medio de una nube de aeronaves, con las armas disparando mientras de la parte baja los soldados saltaban sobre las murallas inferiores!

—Nos superan en número —dijo Data, a pesar de que no cesó de disparar y derribó a dos soldados mientras hablaba.

—¡No cuando se movilice la gente de la localidad! —le contestó Barb, acabando con otros tres con igual eficiencia.

Adin pulsó su comunicador.

—¡Tocad a retirada! Regresad al interior hasta...

—¡Dare! —chilló Barb.

Él rodó justo a tiempo de unir sus disparos con los de Barb contra la silenciosa aeronave antigraavedad que había descrito un círculo mientras estaban ocupados con las tropas. Navegaba hacia ellos sin cesar de disparar sus armas.

Las seis armas abrieron fuego contra la amenazadora sombra... ¡y ésta escupió haces de chispas pero continuó en dirección a ellos!

—¡Corred! —gritó Barb.

Habían destruido los controles de dirección de la aeronave.

¡Data pudo ver la expresión de pánico del rostro del piloto a través de la ventanilla, mientras la nave evolucionaba descontrolada, en línea de colisión con las murallas del castillo!

Los tellaritas gatearon hacia las estrechas escaleras. Data aferró a Tasha, que no se puso a discutir sino que le permitió que la cogiera para ejecutar un perfecto aterrizaje, en lo alto de la escalera.

Data se volvió justo cuando Adin dejaba caer su arma, rodeaba a Barb por la cintura y arrojaba su cuerpo fuera de la línea de fuego del artillero de babor de la nave que continuaba disparando impasible mientras iba camino de la muerte.



Pero por debajo del sonido de esas armas...

¡Data giró rápidamente al tiempo que abría fuego contra una segunda aeronave que disparaba en vuelo bajo contra la gente que quedaba en las murallas!

Luego saltó a un lado, giró en medio del aire, y se lanzó hacia los otros dos volando por el aire para apartarlos de los impactos de muerte que repiqueteaban en el tejado.

Al golpear a Adin con todo su peso, dejó al hombre sin aliento... pero no había tiempo para finezas. La caída de Adin derribó a Barb. Ella rodó y se levantó disparando...

Y la aeronave inutilizada se estrelló, detrás de ella.

El mundo estalló. Data lanzó al medio inconsciente Adin hacia la escalera y se volvió a buscar a Barb...

La cual fue arrojada literalmente en sus brazos; su sangre lo salpicó cuando los restos de la aeronave destrozada la hacían pedazos...

Las murallas estaban derrumbándose como consecuencia del impacto de la aeronave estrellada.

Data dio media vuelta, vio que Adin se ponía trabajosamente en pie y Tasha salía tras de la escalera donde estaba para ayudarlo.

—¡Tasha! ¡Regrese adentro! —gritó Data, al tiempo que dejaba caer el cadáver de Barb y aferraba a Adin por un brazo mientras corría en dirección a las escaleras, obligando al hombre a volverse para seguirlo. Lo empujó hacia Tasha, quien tiró de él por el otro brazo mientras los tres huían por las estrechas escaleras de caracol, y el ruido de la aeronave que estallaba los perseguía.

Las escaleras se sacudieron. Sobre ellos cayeron polvo y escombros. Los dos humanos estaban tosiendo y ahogándose para cuando salieron al corredor de piedra. Tuuk y Gerva los aguardaban.

—¿Dónde está Barb? —preguntó Gerva.

—Muerta —contestó Tasha—. ¡De prisa, el tejado está derrumbándose!

Con la señal de retirada sonándoles en los oídos, encontraron más escaleras que descendían..., con cinco de los soldados de Nalavia al pie. Sólo los tellaritas llevaban armas, pero no necesitaban ayuda ninguna. Las armas diseñadas para atravesar el casco de una aeronave cortaban las corazas de los soldados como si fueran pan. Incidentalmente, también destruyeron una pesada mesa que había detrás de la tropa y abrieron un agujero en la pared. Por fortuna, no dañaron ningún soporte estructural.

Data y Tasha siguieron a los tellaritas, pues los miembros de la Flota Estelar no sabían cuál era el área designada para retirarse dentro del castillo de Rikan. Darryl Adin no dijo nada; se limitó a avanzar con Tasha, dejando la retaguardia a cargo de Data.

En la sala de estado mayor, sin embargo, Adin se encaminó directamente hacia la pantalla donde Aurora estaba estudiando el plano del castillo.

—Informa —le pidió.

Pris se acercó desde otra dirección, le echó una mirada a Data y palideció.

—¡Está herido!

Él bajó la mirada y vio el dorado verdoso de su uniforme manchado con el borgoña de la sangre humana.

—No —replicó, y recordó que la gente de Adin tenía al menos una relación tan estrecha como la tripulación del puente de la *Enterprise*—. Lo lamento..., es la sangre de Barb. La mataron en las murallas.

Adin apartó la mirada de la pantalla.

—También habría muerto yo, de no haber sido por usted, Data. —Y agregó—: Barb murió

luchando; ella no habría pedido más. Ahora, asegurémonos de que no haya muerto en vano.  
¿Dónde está Rikan?

—Aquí —llegó la voz del señor de la guerra.

Al igual que todos los demás, el ataque lo había sorprendido cuando estaba vistiéndose para la cena. Llevaba una elegante camisa con bordes de puntilla y unos pantalones de corte perfecto, pero sin chaqueta. Tenía un hombro de la camisa desgarrado, las gotas de sangre salpicaban su prístina blancura, y una contusión oscurecía una de las mejillas del señor de la guerra. Pero, al igual que Data, estaba manchado con la sangre de otra persona. El cuchillo que llevaba a la cintura, por el que había pasado un paño, aunque no estuviera del todo limpio, daba fe de cómo la sangre había llegado hasta su camisa.

—¿Jevsithian? —inquirió Adin.

—Estoy aquí.

El profeta estaba sentado en un rincón apartado, intacto por la actividad.

—¿Poeta?

—Ensangrentado pero intacto el ardor guerrero. —El hombre se hallaba sentado en el borde de la mesa, limpiándose las gafas mientras alguien le curaba el corte que tenía en la frente.

Una vez dada cuenta de su gente y sus actividades, Adin le solicitó a Rikan que inspeccionara a los suyos y se volvió hacia la pantalla.

De pronto, Sdan dijo:

—¡Aquí vienen!

Todos avanzaron hacia la pantalla mientras el plano del castillo se hacía más pequeño para incluir la campiña circundante.

Desde todas las direcciones avanzaba la gente de Rikan, a pie, en vehículos de tierra y en aeronaves. Puede que vivieran en el campo, pero no eran un grupo de campesinos primitivos armados con horcas y podaderas. El suave resplandor indicaba las pilas energéticas de armas fásicas y disruptoras.

—¿De dónde han sacado todas esas armas? —preguntó Tasha.

—Más bien debería decirse que consiguieron conservarlas —aclaró Rikan—. Nalavia intentó desarmar a los ciudadanos de Treva, pero la gente del campo no lo aceptó. La razón de su demora es que, para evitar que los soldados de ella las encontraran, conservaron las armas desmontadas, las piezas separadas y mezcladas con herramientas y maquinaria.

—¿Fue idea tuya, Dare? —inquirió Yar.

—Ésa, no —contestó Adin—. Una de las razones por las que estuve dispuesto a aceptar este trabajo, es que esta gente está dispuesta a librar sus propias batallas..., lo único que necesitan es un poco de experto asesoramiento.

—Y no es que podamos proporcionarles mucho en este momento —dijo Aurora.

Data captó la frustración de la voz de la mujer.

—Podemos proporcionarles un liderazgo —declaró Rikan, y se puso a caminar hacia la puerta.

—¿Adonde cree que va a ir? —exigió saber Adin—. Nos ha contratado para que lo protejamos.

El señor de la guerra se detuvo, dio media vuelta y bajó la mirada hacia el hombre desde su imponente estatura.

—No, señor, no lo he hecho. Yo los contraté para que me ayudaran a luchar contra Nalavia.

—Puede que Rikan fuera viejo, pero no había perdido nada de su porte noble—. Un señor de la guerra trevano no se esconde mientras su gente libra sus batallas.

—Y si Nalavia consigue matarlo... ¿quién será el aglutinador de aquellos que se oponen a

ella? —fue la respuesta que le lanzó Adin.

—Un cobarde, no; de eso puede estar seguro —repuso Rikan con dignidad.

—Rikan tiene razón —dijo Jevsithian, de pronto—. Él es el último de los señores de la guerra... y su cimera será adoptado como el símbolo de la verdadera libertad de Treva.

El hombre de Rikan, Trell, se volvió a mirar al profeta.

—¿Qué está diciendo? ¿Que mi señor ganará? ¿O que será convertido en un mártir?

Pero el grokariano sólo respondió:

—Yo veo lo que veo: la cimera de Rikan como emblema de libertad, lado a lado con el símbolo de *El Paladín de Plata*. Rikan posó una mano sobre el hombro de Trell.

—Tengo que conducir a mi gente. Trell, si muero, será porque ha llegado mi hora. En mi juventud luché en el campo de batalla, pero en los años recientes sólo lo hice en los pasillos de la política. ¡Ésta es mi última batalla..., lo siento en la sangre!

Rikan se marchó para armarse mientras Sdan informaba:

—Nuestras aeronaves están trabando combate con las de Nalavia... y su infantería está siendo desviada para luchar contra las tropas de a pie de Rikan. Están alejándose del castillo... ¡ahora es el momento de recuperar nuestro baluarte!

Así pues, la banda de Adin, Data, Tasha y la gente de Rikan comenzaron a subir por el castillo, arrojando de él a los soldados de Nalavia. Alguien había ajustado la insignia-comunicador de Tasha a las frecuencias que utilizaba Adin. Data se detuvo y ajustó la suya para seguir con detalle la batalla que tenía lugar en su proximidad.

Sdan dejó las comunicaciones a cargo de Aurora, y se unió a la lucha para recobrar el castillo. Era una labor lenta, aun con la ayuda del sistema de seguridad, porque una vez que se hubieron dispersado se hizo necesario comprobar quienes eran mediante una lectura de forma de vida antes de atacar, con el fin de no acabar luchando entre sí.

Pero finalmente el castillo quedó asegurado. Una de las torres y parte de la planta superior estaban en ruinas a causa de la aeronave que se había estrellado, pero la mayor parte de la gigantesca estructura continuaba en pie al aparecer el primer resplandor débil y gris del alba.

Cuarenta y tres soldados de Nalavia habían conseguido entrar en el castillo. Dieciséis de ellos estaban ahora muertos —uno por la daga de Rikan al comienzo de la refriega— y el resto encerrados en el tipo de celdas que Data había sospechado que tenía que haber en la fortificación: antiguos habitáculos excavados en la sólida roca del risco, pero ahora protegidos por campos de fuerza que mantendrían encerrado incluso a un androide.

Barb era la única baja de la banda de Adin, pero siete de los hombres de Rikan habían muerto en la lucha, y muchos otros estaban demasiado malheridos para continuar.

No obstante, todos los demás se reunieron en el patio cuando la luz del día se hizo más brillante y Rikan se disponía a marchar a la batalla.

El señor de la guerra estaba resplandeciente con su resistente pero ligera armadura, y llevaba puesto el casco que lucía la cimera. Su gente lo vitoreó al entrar él en la aeronave que lo aguardaba..., un vehículo también decorado con los símbolos de su ancestral linaje. No cabría duda alguna sobre la identidad de quien se encontraba dentro de la bien armada aeronave..., ni para la gente de Rikan ni para la de Nalavia.

Ahora la batalla tenía lugar al otro lado del precipicio, donde las aeronaves y la infantería se hallaban por igual trabadas en una lucha a muerte.

Pero, cómo podían Rikan y Adin abrigar la esperanza de ganar, se preguntaba Data. Nalavia podría arrojarles encima soldados de refresco mucho después de que los de ellos estuviesen agotados.

Nada de lo que había visto en el armamento de Adin era capaz de destruir una ciudad... y no es que se supusiera que semejante clase de armas estaba en manos privadas, pero no le cabía duda alguna de que eran sólo los escrúpulos morales lo que impedía que estos extraños mercenarios las construyeran.

Así pues, no había forma alguna de derrotar a Nalavia por la superioridad numérica ni armamentística; había que hacerlo por la habilidad, la inteligencia y la desesperación de la gente de Rikan que luchaba por sus vidas, sus hogares y sus familias.

Después de que Rikan partiera, Adin y *Poeta* subieron a una brillante aeronave de batalla, los tellaritas a otra, y Sdan y Pris a una tercera. Data se volvió a mirar a Tasha, que los estaba observando con expresión de anhelo.

Ni que decir tiene que ella estaba de acuerdo con las enseñanzas de la Flota Estelar referentes a que el verse obligado a luchar era en sí mismo una derrota; mas una vez iniciada la batalla, era como una llamada telúrica. Data miró a las aeronaves que volaban hacia el frente de batalla.

— No hay más vehículos.

— Está nuestra lanzadera —dijo Tasha.

—No está diseñada para luchar —le recordó él.

La nave no llevaba armas, y puesto que estaba diseñada para viajar por el espacio profundo, nadie podía abrir las portillas para disparar armas convencionales.

Pero entonces, Data recordó:

— Tenemos la aeronave que yo robé para llegar hasta aquí. Probablemente todavía estará donde la escondí. Tasha lo miró con divertida sorpresa.

— ¿Robó una aeronave?

— Estaba demasiado lejos para venir caminando — repuso él con seriedad, y una vez más quedó perplejo cuando algo que él decía con toda la sinceridad y convencimiento hizo que un ser humano estallara en carcajadas.

Pero Tasha no le dio tiempo de meditar sobre las extravagancias del humor.

— ¡Vayamos a buscarla! —dijo, pero echó a correr de vuelta al castillo en lugar de por el camino.

— ¿Adonde...?

— ¡Armas!

Los rifles fásicos ligeros que les habían entregado para registrar el castillo eran, en efecto, inapropiados para el combate aéreo.

Pero los pesados estaban en la fortaleza, limpios y recargados tras la actividad de la noche. Cogieron uno cada uno, así como cargas de repuesto. Nadie les formuló pregunta alguna cuando echaron a andar camino abajo.

Data no podía pedirle a Tasha que descendiera por la pared del risco de la forma en que él había subido, así que tuvieron que recorrer una larga distancia hasta la aeronave escondida. Habían pasado casi dos horas cuando por fin se encumbraron y atravesaron el abismo, hacia la batalla que no daba signos de remitir.

Tasha dejó que Data se encargara de pilotarla, confiando en los sentidos del androide para evitar que chocaran contra árboles, colinas u otras aeronaves mientras se metían debajo de una de las naves militares de forma que ella pudiera disparar contra uno de sus vulnerables motores.

Impactaron en el de la izquierda y la aeronave se puso a girar, enloquecida.

— ¡Les he dado! —exclamó Yar mientras Data los hacía subir y se alejaban.

Pasaron a toda velocidad por encima del lento transporte de tropas y se colocaron junto a una brillante nave caza; Data mantenía la torpe nave civil pegada a la cola mientras Yar disparaba contra los dos sorprendidos pilotos y el artillero.

Cuando se alejaban y la fuerza centrífuga la presionaba contra el asiento, Yar reía.

—¡Data... usted ha nacido para esto! Es el único hombre que jamás querría que pilotara mi nave en un combate aéreo<sup>3</sup>

—Pregunta: ¿Pelea de perros?

—Una lucha aérea nave contra nave... ¡nunca pensé que vería algo así fuera del simulador de entrenamiento! ¡Mire! Allí está Rikan... vire a estribor... ¡vamos a derribar a las aeronaves que se dirigen hacia él!

—Tasha... ¿se encuentra bien? —preguntó Data.

—Por supuesto que estoy bien. ¡Está haciéndolo usted maravillosamente! Vayamos por aquel grande de allá... no me gustan esos tubos lanzatorpedos.

—Por favor, apunte a los motores o al timón —dijo el androide—. No hay necesidad de cobrar vidas si...

—¡Maldición, Data, están disparando contra nosotros! —le dijo Yar, irritada.

Hacía mucho tiempo que no entraba en acción, y el hecho de que las fuerzas de Nalavia hubieran atacado primero convertía sus actos en defensivos. La Flota Estelar enseñaba que era una derrota verse obligado a luchar por el motivo que fuese... Bueno, ellos habían intentado dejar que los trevanos decidieran por sí mismos. No era culpa suya si Nalavia había lanzado el ataque antes de que la droga hubiese desaparecido de los cuerpos de la gente.

La aeronave grande estaba apuntando un cohete bomba hacia la de Rikan..., si hacía impacto, sería el fin del señor de la guerra.

Dos de las brillantes aeronaves de Dare avanzaban para interceptar... Yar no podía ver si en una de ellas iba el *Paladín de Plata* en persona.

Ella y Data viraron a estribor, y un alarido de triunfo salió de la garganta de Yar cuando, bajo la sobrehumana destreza de Data, realizaron la maniobra con tanta pulcritud como lo hubiera hecho una aeronave construida para el combate.

La aeronave no tenía control inercial; Yar fue lanzada contra los cinturones que la sujetaban al asiento al girar la nave, cosa que aumentó su entusiasmo. Hacía mucho tiempo que no sentía la adrenalina tan alta. Le disparó a la aeronave que intentaba derribar a la nave capitana de Rikan.

También Rikan estaba disparando, así como las aeronaves de Dare, dando vueltas en torno y manteniendo al artillero enemigo demasiado ocupado para seguir los movimientos de Rikan. El piloto del señor de la guerra era bueno, según vio Yar en la periferia de su campo visual, y cambiaba de curso a menudo para evitar presentar blanco.

La radio estaba abierta, pero era una confusión de voces tal que Yar le prestó poca atención hasta que, lentamente, una ola de exclamaciones entusiasmadas comenzó a atravesar las órdenes de voz tensa:

—¡Están retirándose!

¿Quién está retirándose?

El pensamiento se perdió en el estallido de un cohete que estuvo a punto de arrancarles la cápsula de las lunetas.

Data ladeó la aeronave con una maniobra brusca en medio de un gemido metálico de

---

<sup>3</sup> Yar utiliza el término *dogfight*, combate aéreo, que también significa «pelea de perros». (N. de la T.)

protesta, y esquivaron un cohete procedente de otra aeronave poderosamente armada que intentaba derribar a la pequeña caza para apartarla de su hermana con el fin de que ambas pudieran ir tras Rikan.

La radio gritó:

—¡Las tropas de tierra están retirándose!

—¡Los hemos hecho huir!

Pero la atención de Yar estaba centrada en la segunda aeronave.

—¡Rikan... retroceda! —Era la voz de Dare. Data giró en redondo y regresó al centro del enfrentamiento, pero...

—Estamos perdiendo el control del timón —dijo.

En el mismo momento, una de las aeronaves pesadas lanzó un cohete hacia Rikan... ¡que volaba directamente hacia él!

Yar y Data estaban lo bastante cerca como para ver la ráfaga de los propulsores cuando el piloto trató de maniobrar para apartarse del camino, pero la nave capitana no tenía la velocidad de una de las aeronaves ligeras.

El cohete alcanzó el flanco de babor de la aeronave, abriéndole un boquete en el fuselaje y haciéndola entrar en una espiral descendente.

—¡Han alcanzado a Rikan! —exclamó la voz de *Poeta* por la radio.

Al instante, las aeronaves convergieron y estalló la confusión: las de Nalavia intentaban asestar el golpe de muerte y las de Rikan trataban de proteger a la nave que caía.

—Tasha —dijo Data con una voz lo bastante alta como para hacerse oír por encima del ruido de la batalla, pero no afectada por la tensión—. He forzado en exceso esta aeronave... quedan dos minutos para que fallen los sistemas.

—¡Siga a Rikan hacia abajo! —le instruyó ella y luego accionó la radio—. Aquí Yar. Data y yo seguiremos a Rikan y lo protegeremos en tierra. Nuestra nave está dañada.

—¿Tasha? —preguntó la voz de Dare.

—Sí. Nosotros no estamos heridos.

Data luchó con los controles mientras la aeronave tremolaba, pero de alguna forma mantuvo a la vista la gigante nave capitana que finalmente chocó contra el suelo, osciló sobre un flanco y atravesó una arboleda para detenerse con un estremecimiento. Data dirigió la aeronave en la que iban hacia el sendero que ésta había abierto, y con su fuerza de androide la mantuvo dentro del curso hasta que se posó, con rudeza pero a salvo.

Él y Tasha soltaron los cinturones de seguridad, cogieron sus armas y corrieron hacia la nave capitana.

Una aeronave militar descendió para dispararles en vuelo bajo.

Yar y Data se echaron al suelo y abrieron fuego; uno de los disparos tuvo que haberle dado al generador energético, porque la aeronave explotó y sobre ellos cayó una lluvia de fragmentos encendidos.

Data se lanzó sobre Yar.

Un trozo llameante se estrelló contra la espalda del androide, empujando todo el peso de él sobre Yar. Por la forma en que Data se movía, Yar olvidaba lo pesado que era hasta los momentos como éste, cuando pensó que sus costillas se romperían... y podría haber ocurrido de no ser porque él se levantó de inmediato lanzando a un lado los restos.

¡El uniforme de él estaba en llamas!

—¡Ruede sobre sí! —le dijo Yar antes de que él mismo se diera cuenta.

Data no le hizo preguntas —para entonces debía de haber sentido que el calor continuaba— y en cuestión de segundos el fuego quedó apagado.

Yar lo tocó. La tela estaba chamuscada pero...

—No ha dañado mi piel —comentó él.

—¿No pondrá ninguna objeción si lo compruebo por mí misma, más tarde?

—No. Pero ahora debemos llegar hasta Rikan.

Por encima de ellos, la batalla aérea continuaba. Yar permitió que Data la ayudara a pasar por encima de los árboles rotos. En el caso de Data, Worf y los vulcanianos con los que había trabajado, la fuerza física de ellos era tan superior a la suya que las objeciones resultaban absurdas. Sus colegas humanos, sin embargo, habían aprendido a no ofrecerle ayuda a menos que lo pidieran.

Para el momento en que alcanzaron la aeronave derribada, dos de sus ocupantes habían salido arrastrándose al exterior... Ninguno de ellos era el señor de la guerra.

—¿Dónde está Rikan? —preguntó Yar.

—Dentro —respondió uno de los hombres—. Está herido, pero no de muerte. Trell puede cuidar de él.

—Entraré —dijo ella.

La nave había aterrizado sobre un flanco; una de las puertas resultaba inaccesible y la otra estaba ahora en la parte superior. Yar trepó por los resbaladizos paneles aerodinámicos no destinados a que se caminara por encima de ellos, y entró en la ladeada cabina.

La iluminación funcionaba, pero la consola de control estaba doblada hacia adentro y apagada.

Rikan yacía en lo que antes había sido el flanco y ahora era el suelo de la aeronave, con Trell inclinado sobre él.

—¿Rikan? —preguntó ella—. ¿Está malherido?

Le habían quitado el casco, y su compañero estaba despojándole de la pernera izquierda de la armadura.

A pesar de estar pálido, el señor de la guerra intentó sonreír.

—Natasha. No es nada, una pierna rota. En una larga vida, ¿cuántos huesos se rompe un guerrero? Se curará.

Trell cortó la pernera del pantalón de Rikan. Yar no vio sangre. Sin embargo, sería difícil sacarlo de allí.

En el exterior detonaron disparos. La sombra de otro atacante pasó por encima de ellos.

Yar se volvió al tiempo que pulsaba su insignia-comunicador.

—¿Data?

—Una aeronave pequeña. No creo que vaya a volver contra cuatro armas... pero habrá otras.

—Tenemos que alejar a Rikan de la nave —dijo ella—. Es un blanco demasiado fácil.

—Yo los ayudaré.

A Data le hizo falta poco esfuerzo para meterse en la aeronave, pero de inmediato vio el problema.

—Yo puedo sacarlo de aquí, señor —le dijo a Rikan—, pero no sin riesgo de complicar esa fractura. La rotura parece limpia. Estoy programado con todas las técnicas de primeros auxilios y tengo la fuerza para reducirla, pero el dolor...

—Puedo soportar el dolor. Hágalo, Data, y luego podrá entablillarla.

Trell y Tasha sujetaron los hombros del anciano. No había forma de reducir el dolor, pero al menos Data podía hacerlo con rapidez. Rikan gimió y se bañó de sudor frío, pero luego quedó tendido, jadeando. El abultamiento innatural había desaparecido y la pierna aparecía perfectamente alineada.

—Buen trabajo, Data —comentó Tasha.

Luego, Trell y Data volvieron a colocar la armadura en torno a la pierna fracturada y la ataron con las correas de los cinturones de seguridad de los asientos.

Rikan era más alto que Data, de manera, que el androide no podía transportarlo sin que la pierna fracturada se balancease, causándole dolor. Trell y Tasha ayudaron a sostenérsela mientras se esforzaban en llevar al señor de la guerra hacia la puerta.

La insignia-comunicador de Tasha emitió un sonido y ella lo pulsó.

—¿Qué está sucediendo ahí abajo? —preguntó la voz de Adin.

—Rikan está herido. Ahora intentan sacarlo fuera —explicó ella.

—Haré aterrizar a una de las aeronaves más grandes. Nosotros la escoltaremos.

Dejó las comunicaciones abiertas y oyeron furibundas exclamaciones cuando más aeronaves de Nalavia convergieron sobre la caída nave de Rikan para rematar el golpe. Pero la gente de Rikan también estaba allí para proteger al líder caído. La batalla bramaba por encima de ellos.

Data dijo:

—Tendré que subir yo y luego izar a Rikan. ¿Pueden sujetarlo?

Trell asintió, y entre él y Tasha sostuvieron al señor de la guerra mientras Data llegaba arriba, se equilibraba con cuidado sobre el resbaladizo casco, luego tendió los brazos hacia abajo para sujetar al señor de la guerra por las axilas, subirlo y posarlo con suavidad sobre el fuselaje. Luego se volvió para tenderle una mano a Trell mientras Tasha trepaba por sus propios medios.

Otra aeronave se precipitó hacia ellos... Data deslizó a Rikan bajo la leve protección de la puerta abierta mientras Tasha saltaba al suelo, recogía las armas que habían dejado y le lanzaba una a Data. Ella disparó una ráfaga contra la aeronave... ¡pero su fuego de respuesta repicó sobre el suelo en una línea directa hacia ella!

Una de las pequeñas naves aéreas de Adin estaba justo detrás, acribillando al decidido atacante. Dejando tras de sí una estela de humo, continuó su curso, disparando contra el pequeño grupo de la nave capitana.

Tasha saltó sobre la aeronave capitana y Data la atrapó por la mano para atraerla hacia el refugio que había disponible, mientras continuaba disparando contra el kamikaze que se les venía encima. No había forma de detenerlo. Aunque todos sus sistemas estuvieran inutilizados, la inercia lo arrastraría en línea recta hacia la nave capitana.

—¡Tasha! ¡Ponte a cubierto! —les llegó la voz de Adin por los comunicadores de ambos... pero no era propio de Tasha el abandonar al hombre que estaba protegiendo. Ella y Data se mantuvieron entre Rikan y la nave que se acercaba; Trell sacó un arma de mano y se unió a ellos.

La puerta les proporcionó protección durante unos segundos; los disparos entraban en la misma sin atravesarla. Luego la aeronave pasó de largo. El artillero de cola los vio, disparó...

Trell se desplomó, empujando a Tasha contra Data.

Tasha profirió un quejido cuando perdió pie sobre el resbaladizo fuselaje. Data la atrapó antes de que cayera de él.

La aeronave continuó su impotente curso y se estrelló contra los árboles produciendo una terrible explosión.

—¿Tasha? ¡Tasha... voy hacia allí para ayudaros! —exclamó la voz de Adin.

Su aeronave realizó un aterrizaje difícil sobre un sector de árboles derribados mientras Tasha estaba aún diciendo:



—Yo estoy bien. Es Trell.

En ese preciso momento no había más aeronaves que se les echasen encima, así que Data se volvió... y vio que Trell se había desplomado de través sobre el pecho de Rikan. El anciano buscó el pulso en el cuello de Trell, pero los borbotones de sangre que manaban por donde los proyectiles habían salido en la espalda del sirviente indicaban con toda claridad que no podía haberlo. Con delicadeza, Data apartó el cadáver.

Rikan alzó los ojos hacia él; no era un hombre que llorase, pero tenía la voz enronquecida al decir:

—Trell fue mi hombre durante veinte años, y su padre antes que él. Buenos hombres, leales y fieles. Y ahora tengo que sobrevivirlos a ambos.

Para este momento, Adin y *Poeta* estaban trepando a lo alto de la aeronave capitana. Por una vez, *Poeta* no tuvo una cita adecuada; tal vez comprendía que todas las frases hechas acerca de la muerte carecían de significado ante la muerte propiamente dicha.

—¡Dare! —exclamó la voz de Sdan por los comunicadores.

—Estamos bien. Trae aquí abajo una aeronave que sea capaz de trasladar a un hombre herido.

—Una de las de Rikan está intentando posarse... pero el terreno es malo ahí abajo.

—¡Tú límitate a hacerlo!

La aeronave grande apareció a la vista, escoltada por la nave caza. Primero describió círculos, pero luego consiguió aterrizar no lejos del lugar en el que habían descendido Data y Tasha. Data, Adin y *Poeta* bajaron a Rikan de la nave capitana e iniciaron el tortuoso recorrido por encima de los árboles partidos, intentando no sacudir al anciano.

Tasha y los dos restantes hombres de Rikan los escoltaron, con las armas preparadas, pero...

—¿Qué está sucediendo? —inquirió Tasha con sospecha—. ¿Por qué no vienen más aeronaves tras nosotros? Adin pulsó su comunicador.

—¡Gerva, Tuuk, informad! ¿Qué está sucediendo?

Mientras aún hablaba, varias aeronaves militares pasaron por encima de ellos a gran altura; volaban a máxima velocidad en dirección a la capital.

—¡Nalavia los ha llamado! —le respondió la voz nerviosa de Gerva—. Primero a la infantería, ahora a las aeronaves.

—¡Dare! —dijo Tasha, entusiasmada—. Eso significa que tiene problemas en casa. ¡Nuestro plan ha funcionado... la droga hipnótica se ha acabado y su propio pueblo está rebelándose!

Adin sonrió.

—Tiene que tratarse de eso. ¡Rikan... vamos a ganar! El señor de la guerra le devolvió la sonrisa.

—Creo que tiene razón, Adrián. Por favor, lléveme a casa para...

—¡Yar! ¡Data!

La voz que les llegó por los comunicadores era totalmente familiar pero absolutamente inesperada: pertenecía a Jean-Luc Picard.

—Estamos aquí, capitán, sanos y salvos —respondió Data—. ¿Dónde está, señor?

—En órbita estándar. Prepárense para ser transportados.

—Tenemos a uno de los líderes trevanos herido —intervino Tasha—. No es grave, pero podría curarse mucho más rápido en la enfermería que aquí.

—Acepto su sugerencia, teniente. Transportador... —le pasó la comunicación al operador.

—Tres para ser transportados —dijo Tasha—. Estas co...

—Cuatro para ser transportados —corrigió Data.

Tasha lo miró, perpleja, y luego se puso tan pálida que él creyó que iba a desmayarse. Pero Tasha Yar no era de las mujeres que se desmayan.

—Oh, Dios mío —murmuró, mirando fijamente a Adin, cuyo rostro perdió toda expresión.

—¿Son tres o cuatro los que hay que transportar? —quiso saber el operador del transportador.

—Espere un momento —dijo Data.

Contempló a Tasha que miraba a Adin... y esperó. Ella era la oficial en jefe de seguridad; el deber era de ella. Pero tenía que saber que si ella no lo cumplía, Data iba a hacerlo. ¿Lo obligaría ella a...?

Tragando saliva, ella volvió hacia Adin el arma que aún tenía entre las manos.

*Poeta* hizo el gesto de coger su arma de mano, pero Adin lo detuvo con un ademán.

Continuó mirando con serenidad a los ojos de Tasha. Data no tenía pretensiones de ser intuitivo, pero estaba casi seguro de que Adin esperaba que ella lo dejaría marchar.

No obstante, a pesar de que tenía los labios blancos y dos febriles círculos brillaban en sus mejillas, Tasha dijo las palabras con voz ahogada.

—Darryl Adin, por mi autoridad como oficial de seguridad de la Flota Estelar, lo arresto bajo el cargo de fuga para evitar el encarcelamiento por traición y por asesinato.

Demasiado paralizada incluso para maldecir al destino, Tasha Yar apuntó con el arma al hombre que amaba. La familiar sensación del transportador se apoderó de ellos, y se materializaron en la misma posición a bordo de la nave.

La doctora Crusher, que en ese mismo momento entraba en la sala de transporte, se detuvo en seco ante la escena. Yar no se movió. Dare permaneció inexpresivo cuando ella ordenó: —Seguridad, acuda a sala de transporte de inmediato. Tenemos a un peligroso fugitivo bajo custodia.

La doctora Crusher dijo al equipo médico que la acompañaba:

—Llévense al paciente.

Rodearon con cautela a Yar y su prisionero y subieron a Rikan a una camilla. Por el rabillo del ojo, Yar vio que Data se inclinaba para ayudarlos, y que la doctora Crusher se fijaba en el aspecto ensangrentado y desgredado del androide.

—Estoy bastante bien, doctora —le aseguró Data, adelantándose a su pregunta.

—Deje que sea yo quien juzgue eso. Le ordeno que también usted acuda a la enfermería.

Entonces se marcharon... La puerta apenas llegó a cerrarse tras ellos cuando volvió a abrirse con un suspiro para dar paso a Worf y a el teniente Cari Anderson, de seguridad.

Sin apartar los ojos de Dare ni del arma, en ningún momento, Yar dijo:

—Éste es Darryl Adin, un fugitivo convicto por asesinato y traición. Es extremadamente peligroso.

—Nosotros podemos controlarlo —afirmó Worf con su voz tronante.

Él y Anderson avanzaron con las pistolas fásicas desenfundadas. Dare pareció de pronto menudo y vulnerable ante el gigantesco klingon.

—Llévenlo a un calabozo —ordenó Yar. Luego, al recordar el reciente error de seguridad cometido con los klingon renegados, agregó—: Es probable que lleve armas escondidas... y está entrenado por Seguridad de la Flota Estelar. —Lo cual significaba que tenía la capacidad de convertir casi cualquier cosa en un arma.

Por primera vez, Dare permitió que una expresión cruzara su rostro: sus labios volvieron a torcerse en una mueca que gruñó. Volvía a ser aquel hombre amargado y peligroso que ella había conocido hacía apenas unos días en Treva.

Cuando Worf y Anderson se hubieron llevado al prisionero, Yar sintió que se le aflojaban las piernas. Lo único que deseaba era sentarse sobre el borde de la plataforma del transportador y llorar.

Pero ése no era el comportamiento digno de una oficial de la Flota Estelar. Irguió los hombros, alzó la cabeza, y se encaminó al puente para informar al capitán.

Data fue dado de alta de la enfermería en cuanto los médicos acabaron de examinarlo. En aquella séptica atmósfera, el androide adquirió conciencia de estar mugriento y oler mal... pero unos pocos segundos en la ducha sónica de la enfermería le hicieron recuperar la compostura tanto a él como al uniforme, excepto en el caso del chamuscado de la espalda. Decidió que era más importante informar al capitán Picard que ir a sus habitaciones para cambiarse.

Tasha había tomado la misma decisión; estaba con Picard y Riker en la sala de reuniones del capitán, aún vestida con las prendas civiles con las que la habían transportado.

Hasta ese momento, Data había evitado preguntarse si Tasha estaría enfadada con él. No

actuaba como si lo estuviese. Estaba más bien pálida y ligeramente rígida. Data había visto antes a seres humanos en ese estado; significaba que se encontraban debilitados por la enfermedad, una fuerte impresión o por heridas, pero decididos a continuar adelante.

Él sabía que jamás podría comprender el golpe emocional que Tasha había recibido al verse obligada a arrestar al hombre que amaba, pero su reacción le dio otro elemento que agregar en su estudio del comportamiento humano.

Un elemento de análisis que, ahora, desearía no tener.

Por un lado, admiraba a Tasha por haber cumplido con su deber. Por otro, aunque era ilógico que lo culpara a él por su dolor, Data temía que ella fuese a hacerlo.

Data agregó su informe al de Tasha. Cuando llegaron a la batalla de esa mañana, y a la inesperada llegada de la *Enterprise*, él concluyó:

—Nosotros suponemos que Nalavia retiró sus fuerzas porque las necesitaba para controlar a la gente de las ciudades..., por cuanto la droga inductora del estado apático había desaparecido.

—Creo que tienen razón —dijo Riker—. Ahí abajo parece estar teniendo lugar una guerra civil. Ustedes no fueron enviados a Treva para iniciar una guerra, sino para evitarla. Esas eran sus instrucciones.

Tasha no dijo nada. Data meditó antes de hablar.

—La ayuda de la Flota Estelar fue solicitada por el gobierno en apariencia legítimo. No obstante, nosotros nos encontramos con que el debido proceso había sido subvertido. Nalavia hace caso omiso de la Constitución de Treva, y se mantiene en el poder mediante actos de terrorismo. Tuve acceso a las pruebas en su propia computadora.

—Así que ustedes decidieron, por su cuenta y riesgo, unirse a la rebelión contra ella —dijo Picard.

Data abrió la boca para protestar, y volvió a cerrarla. Desde el momento en que los soldados de Nalavia habían atacado el castillo de Rikan, era innegable que Tasha y él habían hecho exactamente eso. Así pues, se limitó a responder:

—Sí, señor.

—¿Teniente Yar? —inquirió el capitán.

—Sí, señor. Nalavia tenía intención de utilizarnos como rehenes para obligarlos a ustedes a destruir la plaza fuerte de Rikan.

—Ella tenía que saber que la Flota Estelar no haría nada semejante —dijo Picard.

Tasha miró a Data, y luego de vuelta a Picard.

—Suponga que su plan hubiese funcionado, señor. Suponga que Dare... Adin... no me hubiera raptado, que Data no hubiese escapado. ¿Si ella nos hubiera encerrado e intentado obligarlos?

—Nosotros habríamos hecho todo lo que estuviera en nuestro poder para sacarlos de allí —repuso Riker sin aguardar la respuesta del capitán.

—¿Todo? —inquirió Tasha. Riker comenzó:

—No pensará que los abandonaríamos...

—Un momento —lo interrumpió el capitán—. Teniente Yar, ¿está usted sugiriendo...?

—No creo que Nalavia se contentara con un sólo planeta, en especial con uno de población tan reducida como Treva. Creo que se propone hacerse con el poder de esta zona periférica de la Federación..., hacer que otros mundos vacilen en presentar su solicitud de ingreso en la Federación por el sistema de hacernos parecer unos hipócritas.

Data asintió con repentina comprensión.

—Nalavia intentó organizar las cosas con el fin de ganar tanto si las cosas salían de un

modo como de otro. Tanto si utilizaban ustedes las armas de la nave para destruir a Rikan como si la atacaban para rescatarnos, las dos cosas podían ser interpretadas como una violación de la Primera Directriz.

—Pero ella no contó con la capacidad de Data para acceder a su computadora ni para escapar —agregó Tasha—. Y ciertamente no podía haber previsto que sus enemigos me secuestrarían.

—De no haber sucedido eso —agregó Data—, yo habría tardado más tiempo en sospechar. Puesto que pensaba que era Nalavia quien nos mantenía separados a Tasha y a mí, no tuve ningún escrúpulo en romper sus medidas de seguridad. Era mi deber para con una colega en peligro.

—Todo eso será incluido en el informe final —dijo Picard—. Ustedes operaron según los procedimientos reglamentarios... hasta que se involucraron.

—Estábamos siendo atacados, capitán —dijo Tasha.

—Eso es cierto —se sumó Data—. Nalavia atacó a Rikan porque sabía que nosotros estábamos en su castillo.

—Sabíamos demasiado —agregó Tasha—. Estoy segura de que tenía intención de presentarnos como bajas de una insurrección.

—Mmmm —dijo Picard al tiempo que se frotaba el mentón—. Probablemente estén en lo correcto pero, ¿cómo lo demostramos? Falta una pieza en el rompecabezas de Treva, y hasta que la encontremos tengo intención de permanecer en órbita aquí.

—¿Por qué vinieron? —preguntó Tasha—. Nosotros enviamos una señal de auxilio pero, ¿qué estaba haciendo la *Enterprise* por estos alrededores?

Riker se echó a reír.

—Cuando recibimos su mensaje anterior, repitiéndose en una frecuencia no perteneciente a la Flota Estelar, no supimos qué pensar. Wesley creyó que estaba en clave, pero no consiguió descifrarla —continuó Picard—. Worf pensó que era enviado por alguna otra persona para hacernos creer que estaban a salvo cuando en realidad estaban en aprietos, y Deanna... ella sencillamente tuvo una mala sensación al respecto. —El capitán se encogió de hombros—. Me superaban en número. Puesto que ha resultado que estaban de veras en aprietos, acerté al fiarme de las sospechas de mis oficiales.

—¿Qué va a hacer ahora, capitán? —inquirió Tasha.

—Data —dijo Picard—. Quiero que le eche un vistazo a todas las actividades que se han registrado en este sector durante... ¿cuánto tiempo ha estado Nalavia en el poder?

—Cinco años trevanos, señor.

—Muy bien... durante ese tiempo más varios años antes. Busque cualquier cosa rara.

—¿...rara, señor?

Picard suspiró.

—Data, no sé con exactitud qué pedirle que busque. Un elemento extraño... o bien algo que no encaje. Es una corazonada. Usted es el único que puede ayudarme a seguirla.

Confundido una vez más por las sensaciones humanas, Data se sentó ante el terminal de la computadora en sus habitaciones e inició la investigación. Tardó una hora.

Cuando Data llamó al capitán para informar, Picard dijo:

—Reúnase conmigo en mi despacho.

Riker estaba una vez más presente, y al cabo de unos momentos Tasha se reunió con ellos. No le había dicho nada directamente a Data desde que fueron transportados de Treva, y ahora tampoco dijo nada. Volvía a vestir uniforme y era dueña de sí, pero continuaba estando pálida.

—Informe, señor Data —ordenó Picard cuando estuvieron todos reunidos.

—Lo que he descubierto en este sector a lo largo de los últimos diez años es que el número de relaciones comerciales con los oriones se incrementa de forma constante.

Los ojos de Tasha se abrieron de par en par.

—¿Oriones? ¿Por qué oriones?

—No lo sé —replicó Data—. He descubierto grandes transacciones bancarias que involucran cambios por moneda de Orion; naves comerciales de Orion que anclan en puertos de sistemas vecinos; tecnología de comunicaciones y manejo progresivo de datos de origen orión por varios mundos de este sector. He ahí el elemento extraño que estaba buscando usted, capitán. Como excepción en esta pauta, a pesar de la extensa actividad de los oriones, no he descubierto mención alguna de comercio de esclavos.

—Interesante —comentó Picard—. La única cosa que habría hecho intervenir a la Federación. ¿Algo más?

—Sí, señor. En el centro de toda esta actividad orión, se encuentra Treva... que no ha adquirido ni siquiera una sola aeronave o un arma de los oriones.

Riker frunció el ceño.

—Por lo que ustedes nos han contado, Nalavia no parece el tipo de persona a quien le importe con quién comercia. Si todos los demás del sector negocian con los oriones, ¿por qué no lo hace ella?

De pronto, Tasha dijo:

—¿Capitán! ¿Recuerda cómo escogió usted el grupo de expedición para esta misión? ¿Una mujer y un androide?

Una sonrisa leve tiró de las comisuras de la boca de Picard.

—Así que se dio cuenta, ¿eh?

Riker, intentando disimular su curiosidad, preguntó:

—¿Si se dio cuenta de qué?

Fue Data quien respondió.

—El capitán formó un grupo de expedición que fuera inmune a los atractivos de Nalavia.

Riker respondió con una sonrisa reconocedora.

—Claro... muy apropiado, capitán.

—Pero —comenzó a decir Picard—, ¿qué tienen que ver los atractivos de Nalavia con...?

—luego, la proverbial «luz» se hizo—. Tasha... ¿usted cree que, de hecho, Nalavia es una orión?

Data frunció el entrecejo mientras accedía a' la información que había extraído de la computadora de la presidente de Treva.

—Los datos existentes sobre Nalavia indican que nació en Treva..., en una granja de un área remota emplazada casi en los límites del territorio desarrollado. Hace nueve años fue elegida para el consejo legislativo donde muy pronto se convirtió en una líder popular, y finalmente fue elegida presidente.

—Esos primeros datos —dijo Picard—, ¿podrían estar falsificados?

Data meditó el asunto.

—No hay forma de saberlo por la información que tengo en mis bancos de memoria. No obstante, puedo acceder a la computadora del palacio a través de la computadora de la nave, puesto que introduce un código de frecuencia y una señal de reconocimiento en su programación con el fin de poder transferir los datos sin tener que permanecer físicamente en la sala de la computadora. Existía... el peligro de que me atraparan —explicó ante la fija mirada de Picard.

—Usted dijo que había accedido a la computadora. Lo que no dijo es que había espiado por el palacio presidencial...

—Sí, capitán —repuso Data—. Yo... fisgoneé, anduve a hurtadillas... Resulta de lo más intrigante. Parece que estaba equivocado cuando dije que era una forma de comportamiento humano que yo no estaba diseñado para emular. Cuando la ocasión lo requirió, descubrí que podía llevarlo a cabo extremadamente bien.

—Pero si ya tiene toda la información de la computadora de Nalavia en sus bancos de memoria —intervino Riker—, ¿qué más puede haber?

—Yo tengo una copia de los datos. No hay forma de saber si una parte de esa información ha sido cambiada. Pero esa computadora tiene más de nueve años de antigüedad, y utiliza un sistema de almacenamiento muy atrasado. Se trata de memoria física, no virtual, y por lo tanto contendrá los datos originales aunque los hayan alterado o borrado reescribiéndolos. Si los datos de Nalavia están falsificados, tendría que poder descubrirlo.

—Data —dijo Picard—, usted tuvo oportunidad de observar a Nalavia de cerca. ¿Cree usted que podría ser una orión?

—Sí, señor —contestó Data—. Sin duda, hay oriones operando en este sector, pero al abstenerse de traficar con esclavos evitan atraer la atención de la Federación. Es probable que Nalavia no sea trevana. Los oriones han sido quirúrgicamente cambiados en el pasado para hacerse pasar por miembros de otras especies con el fin de infiltrarse en la Federación. Nalavia está intentando evitar que Treva ingrese en la Federación, mientras los oriones establecen posiciones en este sector. El esquema encaja... y explica tanto el natural sensual de Nalavia como la apariencia artificial de sus ojos. Incluso con el verde natural de su piel blanqueado, los vividos ojos azules de las mujeres oriones podrían levantar sospechas. Pero el teñirlos de otro color hace que parezcan poco naturales.

—Sí —dijo Tasha—. Data tiene razón. Estoy segura de que Nalavia es una orión.

Data agregó:

—Ella no quería que nadie de Treva..., ni ninguno de los visitantes de la Federación..., descubriera un indicio de sus verdaderos orígenes. Por lo tanto, no comercia con los oriones y no reemplaza los equipos, como la computadora del palacio, que parece ser un modelo ferengi muy antiguo.

—¡Si Nalavia es una orión —dijo Picard—, ciertamente podemos actuar para evitar que un planeta que ha solicitado el ingreso en la Federación sea tomado por enemigos de la Federación! Teniente Data, quiero esa prueba. Utilice el terminal que tenemos aquí, y póngase a ello. ¡Tenemos una guerra que detener!

—Sí, señor —asintió Data mientras se sentaba ante el terminal del capitán y los demás salían de la habitación.

Pero Tasha se demoró dentro después de que Picard y Riker hubiesen partido.

—¿Data? —dijo en voz baja. Él alzó la mirada.

—Tendría que habérselo dicho antes. Quiero... quiero darle las gracias —dijo ella.

—¿Darme las gracias a mí?

—Por haberme hecho arrestar a Dare. Usted tenía razón. Era mi deber, no el suyo, aunque sé que usted lo habría hecho en caso de que yo me hubiera negado.

—Encantado de... —Contuvo a medias la respuesta refleja—. No. No estoy encantado por el dolor que le causé Tasha, espero no tener que causarle nunca más a un amigo un dolor semejante, pero me alegro de que entienda que yo no tenía elección.

—Lo entiendo —respondió ella, y lo dejó solo.

Data encontró con facilidad las entradas falsas: el insertar un registro de nacimiento

requería reordenar los archivos de todos los nacimientos de ese día; la falsificación del historial escolar significaba desplazar nombres para insertar el de Nalavia. Cuando Data hubo recuperado los archivos originales, que no presentaban rastro alguno de la existencia de Nalavia, el alto mando de la Flota Estelar dio sin pérdida de tiempo vía libre para que interrumpieran todas las emisiones trevanas y así dar a conocer la información. A partir de ese punto, los acontecimientos en Treva se transformaron en una mera «operación limpieza».

Al principio, la gente no quería creer que había elegido a una alienígena para el más alto cargo, pero como ahora pensaban por sí mismos, no les hizo falta mucho tiempo para aceptar que la razón de la creciente crueldad de Nalavia podía ser que la mujer no era una de ellos. Nalavia se rindió a la Flota Estelar cuando el pueblo de Treva asaltó el palacio presidencial. En la enfermería se verificó rápidamente su identidad como miembro de la raza orión.

Al parecer, una vez que la tormenta amainó, los trevanos estuvieron dispuestos a designar a Rikan como su nuevo presidente... incluso a coronarlo rey... pero él insistió en que se ciñeran a la Constitución y convocaran elecciones. Abandonó la *Enterprise* pictórico de salud y felicidad, y Data tuvo por seguro que lo elegirían presidente... y que serviría bien a Treva mientras ésta se dispusiera a ingresar en la Federación.

Data y Tasha se transportaron con Rikan a su castillo, donde él aceptó las felicitaciones de su pueblo ante los medios de comunicación que aguardaban. No habló mucho, pero acabó diciendo:

—Yo no podría haber resistido contra Nalavia en solitario. Treva le debe su libertad no sólo a la Flota Estelar, sino al hombre conocido como *El Paladín de Plata*. Siempre será recordado y honrado en nuestro planeta.

Data oyó el leve gemido ahogado de Tasha, la vio ponerse rígida y luchar para contener las lágrimas. También vio a la gente de Adin que los observaban desde un flanco del patio, acusándolos en silencio. Cuando la entrevista quedó concluida, Rikan intentó conducir a Data y Tasha hacia ellos, pero los siete les volvieron la espalda como un solo hombre y se alejaron.

—Déjelos marchar —dijo Tasha—. No espero que me perdonen. Yo misma no puedo perdonarme.

—Yo siempre he pensado que Adrián es incapaz de haber cometido los delitos de los que le acusan —dijo Rikan.

—Yo estoy segura de ello —asintió Tasha—, pero no hay forma de demostrarlo, ninguna en absoluto.

—¿Ni siquiera con la ayuda de su muy inteligente amigo? —preguntó Rikan mirando a Data.

Data comenzó a protestar, pero lo pensó mejor. Era preferible no decir nada, puesto que nada podía hacer por Darryl Adin.

Lo extraño era que, a pesar de toda la lógica que había demostrado que Adin era culpable más allá de toda duda razonable, él también tenía lo que sólo podía ser descrito como una... sensación... de que el hombre era inocente.

Con esa nota incómoda, se despidieron de Rikan y fueron transportados de vuelta a la *Enterprise*.

Data regresó al puente, pero durante todo su turno de trabajo, con sólo comprobaciones de rutina que hacer, su segundo nivel de conciencia se mantuvo centrado en los dos prisioneros de los calabozos de la *Enterprise*. Ahora se dirigían hacia la Base Esterlar 68,



donde tanto Nalavia como Darryl Adin serían puestos bajo arresto de la Flota Estelar. Nalavia, con toda probabilidad, sería recluida con comodidad si no lujo durante un tiempo, hasta que los oriones acordaran algún tipo de intercambio... probablemente por ciudadanos de la Federación apresados en expediciones de traficantes de esclavos. Por supuesto, no tenía forma de saber qué castigo aguardaba a la mujer cuando estuviera entre su propia gente, puesto que había fracasado en su misión. Esperaba que fuese severo.

Data se sobresaltó ante ese pensamiento. ¿Venganza? ¿Tan pronto después de los celos? ¿Qué estaba sucediéndole? En su deseo por ser humano, nunca había considerado semejantes emociones. A diferencia del enojo, que con frecuencia había observado que le daba a la gente fuerza para cambiar su vida, estos sentimientos tenían sólo un valor negativo. Decidió borrarlos de su programación.

Pero... no podía.

Estaban entrelazados con tantos otros bits de memoria que no podía borrar sus celos por los sentimientos de Tasha hacia Darryl Adin, sin quitar partes del respeto y la amistad que le profesaba, así como numerosos hechos concretos de la misión de ambos en Treva. Sucedió lo mismo con la antipatía que le inspiraba Nalavia.

No tenía otra elección que hacer lo que hacían los seres humanos con los sentimientos negativos: reprimirlos, negarse a demorarse en ellos y, lo más importante, negarse a actuar en consecuencia.

O... negarse a permitir que le impidieran actuar.

De pronto, Data se dio cuenta de que había estado inhibiendo un área de su programación desde el momento en que Rikan dijo que él podría hacer algo para demostrar la inocencia de Darryl Adin. No sabía si podría hacerlo... pero una vez hubo reconocido la remota posibilidad, supo que debía intentarlo.

Data desconocía por qué pensaba que existía dicha prueba. Él había repasado esos registros; no había ninguna discrepancia en los datos. Pero, por otro lado... un experto con una computadora semejante sabría cómo evitarlas. Él sabría cómo hacerlo.

Él era un androide; no era *capaz* de tener intuición, lo que el capitán Picard llamaba «corazonadas». Sin embargo, a pesar de todas las pruebas en contra, estaba convencido de que Adin no podría haber cometido los crímenes por los que lo habían condenado.

Accedió a la información referente a la intuición, las corazonadas. Se explicaban como un proceso mental que fijaba un esquema entre varios hechos desconectados, algunos de los cuales podían no ser recordados de forma consciente.

Pero Data lo recordaba todo; no podía reaccionar contando con una información olvidada.

No obstante..., se trataba de algo parecido a sus programas de previsión, opinión y formulación de hipótesis. Dejó que su función de búsqueda examinara los datos que formaban su opinión de que Adin era inocente. Las acciones del hombre. Sus actividades como *El Paladín de Plata*. Su expediente en la Flota Estelar antes del incidente de la *Starbound*...

En su última misión antes del crucero de entrenamiento con la *Starbound*, la derrota de los oriones con Conquidor había sido comandada por el ayudante del jefe de seguridad Darryl Adin de la *Seeker*. Como reconocimiento, lo habían ascendido a primer oficial y enviado a la academia para seguir un curso de puesta al día antes de ocupar un puesto a bordo de una de las naves estelares más grandes.

Cuando la *Starbound* fue asignada para transportar el dilitio, ¿cómo podían los oriones pasar por alto la oportunidad de robar un tesoro semejante, a la vez que destruir al hombre que les había asestado ese duro y reciente golpe a sus planes de conquista? La acusación

declaró que los oriones no la habían pasado por alto... que habían aprovechado la codicia de Darryl Adin para conseguir que cooperara con ellos y luego lo dejaron cargar con la culpa. Pero, ¿y si no hubieran encontrado una debilidad semejante en el carácter de él? ¿Y si las pruebas que relacionaban a Adin con los oriones estaban falsificadas? Si el hombre era inocente, tenía que quedar en libertad.

Aún en el caso de que, cuando se marchara de la *Enterprise*, se llevara a Tasha consigo.

En el momento en que acabó su turno, Data se marchó directamente a sus habitaciones y le ordenó a la computadora de la nave que conectara directamente con la computadora principal de la Base Estelar 36.

—Eso no es necesario para acceder a los archivos que usted busca —le contestó la voz femenina—. Todos los datos de esos archivos están en la computadora nave.

—Tengo que tener acceso a la memoria en la cual se archivaron originalmente los datos.

—Está creando una sobrecarga innecesaria en las comunicaciones de la nave —objetó la computadora.

—Limítese a hacer lo que le digo —contestó Data—. Es una orden.

Tal y como esperaba, la memoria de la computadora principal de la Base Estelar 36 era una Virtual Estándar. Lo que había hecho con la computadora de Nalavia resultaba imposible con ésta, porque no había almacenamiento físico que retuviera la información descartada.

Sin embargo... el propio cerebro de Data era una adaptación muy avanzada del mismo concepto, y él recordaba todas las experiencias. Incluso cuando le daban la instrucción «esto nunca ha sucedido», él no olvidaba; se limitaba a insertar una nueva orden para no actuar según esa información. Colocaba una protección similar en el caso de información de acceso restringido para no divulgarla cuando se le presentara una solicitud rutinaria de información, ni hablar o actuar de forma que revelara la existencia de dicha información reservada.

Data había usado durante toda su vida computadoras con memoria virtual, pero nunca antes se había preguntado qué sucedía con la información borrada de las mismas. ¿Se borraba de verdad, o sencillamente se convertía en inaccesible? Se suponía que no había ningún modo de recuperarla.

Ningún modo para un humano.

Pero, ¿supongamos que pudiera acceder de forma directa a la memoria de la computadora de la Base Estelar 36, utilizando su propia mente para manejar los datos? ¡Interesante! Tanto si conseguía su meta como si no, sería una experiencia única...

...y potencialmente peligrosa. Estaba casi seguro de poder establecer las conexiones. Pero... ¿sería capaz de desconectarse? ¿Era su conciencia lo bastante fuerte, lo suficientemente diferenciada de una computadora de tecnología punta, como para permitirle conservar su identidad?

Había una sola manera de averiguarlo. Con cautela, Data se conectó al enlace que la computadora de la nave le había proporcionado, intentando conservar la conciencia de su propio cuerpo sentado ante el terminal mientras su mente se proyectaba...

La computadora de la Base Estelar no tenía personalidad ni conciencia de su propio yo para poner objeciones a su intrusión. Descubrió que podía imponer sus propias órdenes sobre la caótica masa de información: con sólo pensar en las fechas estelares que quería, obtuvo acceso a los datos de comunicaciones establecidas, registros de hotel... Estaba todo de acuerdo con las pruebas presentadas en el consejo de guerra al que se sometió a Darryl Adin.

Pero, ¿habría sido cambiado, falsificado?

Al formular Data la pregunta... sintió algo. En lo tocante a los mecanismos de procesamiento de datos, el cerebro de la computadora era similar al suyo... y percibió esquemas que le eran familiares asociados con ese conjunto particular de datos. Esquemas atemorizadores.

¿Atemorizadores?

La computadora de la Base Estelar no podía estar atemorizada. Era el miedo de Data... un recuerdo de su pasado.

¡Príamo IV!

Era lo más aterrador que había tenido que hacer con el fin de convertirse en candidato al curso de graduación en la academia de la Flota Estelar. Todos los cadetes tenían que pasar la prueba, pero no había forma de engañar a un androide para hacerle creer que la situación era real..., excepto la de alterar sus percepciones.

En el caso de Data no había habido proyección de simulador, ni personal de pruebas de la Flota Estelar que representaran papeles. En cambio, él había permitido, de hecho prestado su ayuda, para que los más diestros expertos en computadoras de la Flota Estelar le bloquearan la conciencia de la realidad cierta, y colocaran el guión de Príamo IV directamente en su conciencia. Los más vívidos recuerdos que tenía de la prueba no provenían del guión en sí, a pesar de que había sido bastante frustrante mientras él pensaba que lo estaba viviendo. No; las partes aterradoras para Data se habían producido antes y después de la prueba, cuando permitió que le arrebataran su control mental, si bien con su permiso y cooperación, y más tarde, inusitadamente, cuando la conciencia le fue devuelta.

Le había llevado días reconciliar los recuerdos verdaderos y falsos que ocupaban un mismo espacio y tiempo en su conciencia. No sólo era algo ilógico, era una absoluta imposibilidad, algo que la mente de un androide sensible no estaba diseñada para aceptar. Él conocía el porqué de que su mente contuviera los dos conjuntos de recuerdos... él mismo tendido en su laboratorio de la Flota Estelar mientras los técnicos vigilaban su cuerpo para asegurarse de que nada se estropeará, y él mismo en Príamo IV, lidiando con la Primera Directriz en un guión del cual no podía salir victorioso. No obstante, conocer el porqué no le ayudaba a vivir con la confusa y contradictoria sensación.

Puesto que era el guión de Príamo IV el que se suponía que debía recordar, acabó por colocarle una orden de negación de acceso a su verdadera situación durante ese tiempo, y la información dejó de aflorar y trastornarlo. Sin embargo, al igual que en el caso de todo lo demás que había experimentado, los recuerdos eran asequibles en caso de que él levantara la prohibición.

Lo que percibía en la computadora de la Base Estelar 36 era algo similar: dos conjuntos de recuerdos contradictorios que ocupaban el mismo espacio-tiempo, uno como residente, el otro reprimido por una orden de negación de acceso. La computadora de la Base Estelar no tenía conciencia de sentirse perturbada por el doblete de información contradictoria. También era incapaz de eliminar la orden, a pesar de que la había creado cuando el operador que había cambiado los archivos borró los originales.

Data probó varias órdenes, pero quienquiera que hubiese llevado a cabo esa parte de la programación, conocía todos los métodos para ocultar su rastro. En el fondo, resultó sorprendente que no pudiera levantar la prohibición por ninguno de los medios disponibles para los programadores puramente orgánicos. Tendría que establecer contacto directo con la memoria de la computadora de la base estelar.

Sin dudarle ni por un instante, Data dejó que su conciencia se fundiera con la memoria de la computadora e intentó alcanzar los archivos ocultos. Se le despertó el miedo, pero él lo

hizo a un lado firmemente y buscó, buscó...

La prohibición resistía. Era percibido como una fuerza externa, como cualquier usuario de la computadora. Lo que se había borrado no era accesible para él.

A menos que pudiera persuadir a la computadora de que formaba parte de ella.

Había comenzado esta investigación por el bien de Tasha, pero ahora se había despertado su propia curiosidad. Sabía que se había falsificado la información. Con que sólo mantuviera la conciencia de su yo, podría acceder a los archivos ocultos y emerger ileso. Abandonándolo todo menos el tenue lazo con su cuerpo a bordo de la *Enterprise*, Data se transformó en uno sólo con la masa de... ¡Información contradictoria!

No meramente los recuerdos que estaba buscando, sino todo lo entrado desde entonces en la computadora de la Base Estelar 36 lo bombardeó. Sin un juicio que le permitiera valorar las prioridades, los archivos de la memoria virtual asociados libremente en abrumadora abundancia, confundieron los propios recuerdos de Data, al asaltar su conciencia. Ahogándose en informaciones contradictorias, él luchó para recobrar el control, se debatió para imponer la orden de su conciencia sobre el caos indiferente que lo arrastraba hacia la aniquilación.

Con las rodillas flojas y luchando por contener las lágrimas, Tasha Yar se acercó al calabozo por primera vez desde que había obligado a Darryl Adin a dejarse transportar a bordo.

Él llevaba el dorado mono característico. El campo de fuerza relumbraba en la parte frontal de la celda, y ante ésta se hallaban de pie y alerta dos guardias armados.

El sonido atravesaba sin problema ninguno el campo de fuerza. Al oír sus pasos, Dare alzó la mirada desde la plataforma que servía de asiento y cama, donde estaba sentado; luego se puso de pie para encararse con ella, una vez más completamente inexpresivo.

Yar llevaba un paquete de ropa. Se detuvo ante Dare y dijo:

—Guardias, pueden marcharse.

—Podemos alejarnos para que puedan hablar en privado... —sugirió Anderson.

—He dicho que se marchen —repitió ella con severidad. Los dos hombres se miraron entre sí, pero dieron media vuelta y se marcharon.

Yar aguardó hasta que hubieron girado en el recodo del pasillo antes de accionar el interruptor con la palma de la mano y apagar el campo de fuerza.

Dare continuó mirándola fijamente, sin moverse ni hablar.

Ella avanzó, tendiéndole el paquete de ropa con la chaqueta negra que llevaba al subir a bordo en la parte superior, la cual lucía el comunicador de *El Paladín de Plata*.

—Eres libre, Dare —dijo ella—. Toma... puedes llamar a tus amigos. Estoy segura de que están siguiendo a la *Enterprise*, aunque no puedan mantener nuestra velocidad.

Finalmente, él habló.

—Tasha —dijo en un susurro ronco—, ¿qué estás haciendo?

Las lágrimas resbalaron por el rostro de Tasha al tiempo que ella sonreía.

—Ya te lo he dicho... eres libre, Dare... te han exculpado.

La boca de él se abrió mientras realizaba una brusca inspiración de incredulidad.

—¿Qué?

—¡Es verdad! Todo fue un complot para inculparte... los oriones organizaron el ataque contra la *Starbound* para apoderarse del cargamento de dilitio y desacreditarte a ti al mismo tiempo. Ellos alteraron los registros de la computadora de la Base Estelar 36. A ti nunca te llegó la notificación de la reunión de seguridad, pero ellos cambiaron los registros para

demostrar que habías estado presente..., las pruebas de sus falsificaciones estaban en la computadora y Data las desenterró.

—¡Data!

—Sí —explicó ella—. Ningún otro podría haberlo hecho. Ningún ser humano habría podido entrar en una computadora de una Base Estelar y rastrear registros borrados hace tanto tiempo, pero a Data se le ocurrió la idea tras haber hecho algo similar con la antigua computadora de Nalavia para averiguar quién era en realidad.

—Otra maldita orión —gruñó Dare.

—Sí. Pero, Dare... eso fue lo que para Data estableció la conexión: los oriones que tú derrotaste en Conquiidor, luego tu supuesto trato con ellos en la Base Estelar 36. Todos sabíamos que eso carecía de sentido, pero sólo Data fue capaz de demostrarlo... y poniendo en peligro su propia vida.

—¿Qué? —preguntó con brusquedad.

—Geordi... el teniente LaForge... lo encontró inconsciente. Data no se desmaya, ¿sabes? La verdad es que yo no lo entiendo... no creo que ninguno de nosotros pueda entenderlo... pero de algún modo, Data se conectó con la computadora de la Base Estelar 36, y se introdujo en su memoria para localizar la falsificación. Estuvo a punto de no poder salir.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Dare, de veras preocupado.

—Sí. Al parecer, Geordi consiguió devolverlo a la consciencia. Son buenos amigos.

—Creo que tu teniente Data tiene un número muy grande de buenos amigos, incluido yo. Pero, después de todo eso, ¿aceptará la Flota Estelar una prueba que en realidad no es más que su palabra?

—¡Ya lo han hecho! —respondió ella con regocijo—. Dare, no hay forma de cuestionar la prueba de Data. Y, además, ha sido corroborada. El capitán Picard envió la información al alto mando de la Flota Estelar, ellos ordenaron una investigación de la Base 36... y se encontraron con que el topo de los oriones aún estaba allí. Era el dueño del club frecuentado por el personal de la Flota Estelar con permiso de tierra.

—¿Otro orión? —preguntó Dare.

—Sí... al que habían alterado para que tuviera aspecto humano. Al no ser miembro de la Flota Estelar, no fue sometido a exámenes médicos. Pero cuando las autoridades ordenaron un examen de todos los civiles, él se denunció al intentar huir.

—Un tabernero —dijo Dare—. ¿Quién sabe el provecho que puede llegar a sacar un hombre inteligente de los balbuceos de los tripulantes borrachos? Pero, ¿es suficiente, Tasha? Incluso en el caso de que me hayan exculpado de los cargos originales, aún está el de escapar de la detención...

—A la luz de las circunstancias, han retirado esos cargos dado que no mataste ni heriste a nadie al fugarte. Y... —Ella sonrió—, aparentemente dejaste en mal lugar a algunos experimentados miembros de seguridad.

—Yo tenía una experiencia igual, y estaba luchando por mi vida. Tasha... me resulta difícil creer que existe una oportunidad. Incluso con las pruebas de que conspiraron para inculparme... ¿qué pasa con el sabotaje que se llevó a cabo a bordo de la *Starbound*? Yo sé que no lo hice así que, ¿quién lo hizo?

—Da la impresión de que fue Nichols —dijo Tasha.

—¿El ingeniero en jefe? Pero, ¿por qué, Tasha? Estaba a punto de retirarse tras una carrera honorable. ¿Por qué iba a hacer algo semejante? —preguntó Dare.

—Su historial muestra que no tenía más ingresos que su pensión, y carecía de futuro profesional. Iba a retirarse porque ya no podía realizar su trabajo; ninguna compañía iba a

darle empleo. Dare, yo no lo entiendo del todo, pero Data descubrió comunicaciones establecidas entre Nichols y los agentes oriones. La verdad es que no creo que él supiese que estaban utilizándolo para inculparte a ti; es probable que pensara que sólo querían el dilitio. Él... él usó la computadora de la Base Estelar 36 para estudiar los negocios que estaban a la venta. No había forma de que pudiese pagar un negocio propio sólo con su pensión. Dare asintió.

—Como ingeniero en jefe, Nichols tenía acceso a la totalidad de la nave; no habrá tenido ningún problema para instalar ese interruptor. —Sacudió la cabeza—. Ni siquiera puedo sentirme enfadado con él. Los oriones lo utilizaron, y luego lo mataron. No fue más que un necio que sólo llegó a ser bueno en una cosa y que cuando la perdió no supo qué hacer consigo mismo.

Yar sonrió, aliviada por el hecho de que Dare no fuese vengativo.

—Al menos, ahora ha terminado todo.

—No del todo —dijo Dare—. No sé si podré enfrentarme con una comisión de investigación...

—No tienes que hacerlo —le explicó ella—. El capitán Picard tiene buenos amigos en el almirantazgo. El alto mando de la Flota Estelar organizó una comisión investigadora de emergencia, y el resultado llegó hace menos de cinco minutos. Eres un nombre libre... y —dio la vuelta a la pila de ropa que llevaba para dejar a la vista la vestimenta que estaba debajo—, si lo quieres, puedes ser rehabilitado como miembro de Seguridad de la Flota Estelar con el rango de primer oficial.

Él alargó una mano vacilante como para tocar el uniforme dorado verdoso y negro que ella le ofrecía. Pero luego tendió ambas manos, cogió de las de ella toda la pila de ropa y la arrojó sobre la cama. La atrajo hacia sus brazos y le murmuró entre los cabellos:

—¡Gracias! ¡Oh, Dios... gracias, Tasha! —Y la besó. Sólo para separarse y preguntarle—. ¿Por qué no me contaste que todo esto estaba sucediendo?

—Porque yo no lo sabía. Data se lo confió sólo al capitán Picard, y él se comunicó con el alto mando de la Flota Estelar. —Tasha suspiró—. No sabían si sería bastante como para exculparte, así que decidieron no alentar mis esperanzas. Y cuando Seguridad de la Flota Estelar arrestó al espía... él dijo que era tu contacto. Era la prueba de Data contra la palabra de él... pero al final la Flota Estelar creyó a Data. Todo ha terminado, Dare.

—Gracias a ti —dijo él. Entonces apareció su hermosa sonrisa—. Y a Data. ¿Qué hace uno por un androide que acaba de salvarle mucho más que la vida?

—Tu agradecimiento será suficiente —le aseguró ella. Luego se acercó a la pila de ropa de Dare y localizó el comunicador de plata—. Lo que pienso es que deberías hacérselo saber de inmediato a tus seguidores, antes de que cometan una estupidez. Nos siguieron cuando salimos de Treva; los rastreamos con los sensores hasta que nuestra velocidad los dejó atrás. Tienen que saber que nos dirigimos a la Base Estelar 68. ¿Por qué no les cuentas que es sólo a Nalavia a quien dejaremos allí? No creo que estén muy interesados en organizar un asalto al presidio para rescatarla a ella.

—Tasha —dijo él en tono de reprobación—, no puedes pensar en serio que mi banda hubiera intentado rescatarme de una instalación de rehabilitación de la Federación.

—¿Pensarlo?... Lo sé. Y no me habría sorprendido que lo consiguieran. Ahora me alegro de que no tengan que hacerlo.

Ella lo dejó para que hiciera la llamada y se cambiara de ropa, aceptando su afirmación de que «todavía sé cómo encontrar el puente en una nave estelar».

Pero cuando lo encontró poco tiempo más tarde, no mucho después de que su

comunicación hubiera encendido una elocuente luz en el panel de Yar, iba vestido con sus ropas civiles, no con el uniforme que ella le había ofrecido. Les dio las gracias a Picard y Data y luego preguntó:

—¿Puede arreglar las cosas para esperar en un área no restringida de la Base Estelar 68? Mi gente me recogerá allí.

Picard frunció el entrecejo.

—Por supuesto, si eso es lo que quiere. Pero seguramente Tasha le habrá dicho...

—Que la Flota Estelar está dispuesta a aceptar mi regreso. Sí, lo hizo, y agradezco el gesto. Pero ahora tengo otras obligaciones. Y... me temo que he perdido el gusto por los reglamentos. —Se volvió a mirar a Yar, que se sujetaba en el borde de su consola en un esfuerzo por contener la decepción—. Tasha, cuando tengas un momento, tenemos que hablar.

—Vaya —dijo Picard—. Y, señor Adin —avisó mientras Dare y Yar avanzaban hacia el turboascensor—, entienda que no tengo ninguna intención de perder a mi jefa de seguridad. La sonrisa de Dare volvió a ser lobuna, aunque esta vez no siniestra.

—Eso, según creo, depende de Tasha.

Se encaminaron a las habitaciones de Yar, donde ella se dio cuenta de que el capitán había adivinado con total precisión lo que él iba a ofrecerle.

—Siempre hemos querido trabajar juntos. Respeto el hecho de que debes acabar el viaje que te han asignado. Pero luego... —Le posó las manos sobre los hombros, mirándola a los ojos y sacudiendo la cabeza con una sonrisa—. ¡Qué placer es saber que podemos comunicarnos! Te haré saber adonde voy, y nunca es difícil seguir a la *Enterprise* con todo el parloteo que hay entre las líneas espaciales.

—¿Has sabido siempre lo que yo estaba haciendo? —preguntó ella.

—No siempre, sino por referencias ocasionales. Una vez que te encontraste a bordo de la *Enterprise*, resultó fácil. Pero no quiero tenerte a años luz de distancia, Tasha. Quiero que estés a mi lado.

—Entonces, ¿por qué no aceptar la oferta de la Flota Estelar? Dare, después de haber admitido su error, es probable que el alto mando de la Flota Estelar te dé cualquier puesto que quieras. ¡Podrías servir aquí, a bordo de la *Enterprise*!.

—Donde tú, gatita mía, eres jefa de seguridad. Te amo, Tasha, pero no estoy dispuesto a acatar tus órdenes.

—En especial cuando me superarías con mucho en rango —comentó ella—. Pero yo no puedo apartarme...

—¡Ni lo digas! Tasha, yo jamás sugeriría algo semejante; has trabajado durante demasiado tiempo y con demasiado ahínco para llegar donde estás. No, amor, la única forma en que tú y yo podemos trabajar juntos es como iguales y, reconócelo, eso no puede suceder dentro de la Flota Estelar. Únete a mí, y aprende lo que es no estar atado por ninguna regla excepto las de tu propia conciencia.

—Dare, no puedo...

—No lo digas —repitió él al tiempo que le ponía un dedo sobre los labios—. No hay ninguna necesidad de decidirlo hoy, Tasha. Créeme, entiendo lo importante que para ti es la Flota Estelar. Pero también creo que con el tiempo se te hará pequeña. Yo seguiré estando ahí, amor. Tú y yo somos supervivientes. —Él reemplazó el dedo por su labios y Yar se relajó en su abrazo.

Dare estaba en lo cierto. No tenía que decidirlo hoy..., en realidad no podía. Su actual misión aún tardaría mucho en acabar... y Dare comprendía que debía permanecer hasta el

final de la misma. Pero ahora él era libre. Ambos volverían a verse, con toda la frecuencia que fuese posible.  
Y un día, tal vez...



La *Enterprise* realizaba un vuelo de rutina. No había indicio alguno de que fuera a ser el día más difícil de la vida del teniente Data.

Se encontraba en su puesto habitual. Worf, desde el nivel superior del puente, informó de que no había ningún obstáculo ni nave, y luego se volvió hacia Tasha y comenzó a comentar con ella la competición de artes marciales de la nave. Data percibió el agrado en la voz de Tasha al darse cuenta de que Worf había apostado por ella como ganadora.

Tasha parecía feliz, a pesar de que Darryl Adin no había aceptado la oferta de rehabilitación en su puesto. Data se sentía satisfecho por haber encontrado la prueba que exculpaba a Adin..., porque ahora resultaba evidente que la reunión de Tasha con el hombre al que amaba no había producido ningún tipo de cambio en las relaciones que ella tenía con Data, y los otros.

Rikan tenía razón: Data había confundido dos tipos muy diferentes de... afecto. Aún se sentía incómodo al usar esa palabra porque, como había sugerido el señor de la guerra, los humanos también confundían sus muchos significados. Posiblemente Data había hecho lo mismo porque estaba programado por seres humanos. Fuera cual fuere la razón, él estaba ahora seguro de que las relaciones que había establecido a bordo de la *Enterprise* sólo podían verse reforzadas mediante la adición de otras personas al círculo.

La conciencia de Data fue arrastrada fuera de sus meditaciones personales cuando la misión dejó de ser rutinaria de forma repentina. La lanzadera de Deanna Troi se estrelló en Vagra II, y Data, Riker, Tasha y la doctora Crusher fueron transportados a la superficie para rescatarla a ella y su piloto. Al grupo de expedición le impidió llegar hasta la lanzadera una curiosa criatura llamada Armus.

Pero no hubo temor alguno. Las formas de vida extrañas no eran nada nuevo para la tripulación de la *Enterprise*, y además ninguno de ellos podía tomarse muy en serio a un charco de brea parlante. Nadie intentó detener a Tasha cuando ella trató de pasar bruscamente junto a la criatura, preocupada por su íntima amiga Deanna, atrapada en la lanzadera.

¡Cómo habían subestimado a Armus!

Cuando la cosa golpeó a Tasha, Data y Riker volvieron sus armas físicas contra aquella mientras la doctora Crusher corría hacia la caída jefa de seguridad. La atención de los hombres se concentró en el hecho de que sus armas resultaban ineficaces; ninguno de ellos advirtió que Tasha estaba gravemente herida, mucho menos...

—Está muerta —le informó la doctora Crusher al capitán. Data no detectó sorpresa, sino una total ausencia de credulidad en la voz de la doctora, y vio lo mismo en el rostro de Riker.

Fueron transportados a bordo y la doctora Crusher depositó el inanimado cuerpo de Tasha en los brazos de Data. Operando según el procedimiento habitual, él la llevó a la enfermería, la depositó sobre el banco de diagnóstico, y se dispuso a encaminarse hacia el puente para informar al capitán.

Pero el capitán estaba saliendo del turboascensor al corredor al que daba la enfermería.

—¿Cómo está?

—No lo sé —repuso Data—. Quizá la doctora Crusher pueda reanimarla.

No se trataba de una mentira piadosa; él suponía que Tasha había sufrido un paro cardíaco debido a una descarga eléctrica, un problema de fácil solución.

—Entonces, venga conmigo, Data —dijo Picard. Al ver las cejas alzadas del androide, agregó—: Puede que no seamos capaces de hacer nada pero, por una vez, no tengo intención de aguardar en el puente a que me llegue un informe.

Data siguió a Picard al interior de la enfermería, mientras se daba cuenta de que también él quería conocer de primera mano la suerte corrida por Tasha.

Data fue a detenerse junto a Riker con una sensación de impotencia absoluta. Cuando fallaron uno tras otros los esfuerzos de reanimar a Tasha, Picard se reunió con ellos, con plena conciencia de que la doctora Crusher continuaba esforzándose mucho después de que ya no quedaran esperanzas. Data miró a uno y otro hombre, y vio en sus expresiones tensas una negativa a aceptar la muerte de una amiga hasta que la doctora Crusher anunció finalmente:

—Se nos ha ido.

—¿Ido? —preguntó Picard como si todavía no pudiese creerlo, obligando a la doctora Crusher a dar más explicaciones con la voz tensa por las lágrimas contenidas.

Data no dijo nada. Se sentía incómodo con la aflicción humana... y sus propios sentimientos eran un tumulto tal como nunca había experimentado. Continuó en ese estado hasta la reunión estratégica convocada por el capitán Picard.

Data guardó silencio mientras los humanos comenzaban todos a hablar a la vez. Se sentía ajeno entre ellos..., hasta que Picard interrumpió el murmullo.

—La muerte de la teniente Yar es muy dolorosa para todos nosotros. Tendremos que enfrentarnos con ella lo mejor que podamos, por ahora. Hasta que la tripulación de la lanzadera haya sido transportada sana y salva a bordo de esta nave, nuestros sentimientos tendrán que esperar. ¿Queda entendido?

Se produjo un silencio... y luego, cuando Picard comenzó a formular preguntas, Data se sintió animado al ver que sus compañeros de tripulación hacían exactamente lo mismo que él: dejarlo todo a un lado y concentrarse en el esfuerzo destinado a recuperar a Deanna Troi y su piloto, sanos y salvos, a la *Enterprise*. Él no era más autómatas que ellos; todos entendían que la tristeza por la muerte debía esperar mientras intentaban salvar a los vivos.

Al regresar al planeta, Data tuvo su primer contacto con el sadismo. Armus era un caso de libro de texto... pero con su combinación de energía y rehenes, resultaba invulnerable a las soluciones de los libros.

Y parecía estar fascinado con Data. Aunque ejercía malévolamente su energía contra la doctora Crusher, Geordi, Riker, cada vez se fijaba más en Data. Luego se reunió con ellos el capitán Picard... y les proporcionó la solución.

—Quiero ver a los miembros de mi tripulación que están en la lanzadera —exigió Picard.

—Entreténgame —replicó Armus...

... y Picard se limitó a sacudir la cabeza y murmurar una negativa.

A partir de ese punto, Data supo cómo enfrentarse con Armus, y también lo supo la doctora Crusher. Armus podía ser capaz de controlarlos físicamente, pero ellos no debían permitirle que controlara sus sentimientos.

La criatura tuvo que haber sabido que había encontrado la horma de su zapato desde el primer enfrentamiento con el capitán, porque después de poner a prueba a Data y Crusher hizo caso omiso de Geordi y liberó a Riker, permitiendo que los cuatro regresaran a la *Enterprise* con el fin de poder luchar con el capitán, de uno en uno.

Sin embargo, al escuchar más tarde el relato del capitán sobre ese enfrentamiento, en la reunión final, Data descubrió una vez más que no entendía.

—Señor —dijo—, al parecer, usted le hizo a Armus lo que Armus intentaba hacernos a

nosotros: lo controló por el sistema de frustrarlo. Insinuó usted que lo ayudaría a salir de su planeta... y luego se negó a hacerlo. Su rabia lo debilitó tanto que pudimos transportarlos a bordo a usted y a los pasajeros de la lanzadera.

—Correcto, Data —respondió Picard.

Data frunció el ceño.

—No lo entiendo. Si una manipulación emocional semejante era algo malo cuando la llevaba a cabo Armus...

—¡Data! —exclamó Geordi con voz entrecortada. Al mismo tiempo, la doctora Crusher dijo, en tono de enfado:

—No puede usted acusar al capitán de...

—¡Déjenlo hablar! —exclamó Picard, imponiendo su voz a las protestas—. Es una pregunta válida.

Data explicó.

—No es el acto de haber dejado a Armus en el planeta lo que está en tela de juicio, sino el método. Un acto en sí y por sí mismo no tiene valor moral, positivo o negativo. Todos hemos disparado rayos fásicos para herir o matar, por ejemplo. En defensa propia o en la de nuestros colegas, dichos actos están justificados.

Al hacer Data una pausa, buscando las palabras para expresar su inquietud, Picard se le adelantó.

—Lo que usted está preguntando, Data, es si yo actué por venganza, con el mismo sadismo con que lo hizo Armus.

Data sintió los ojos de los demás clavados en él, pero a pesar de que él no lo habría expresado en unos términos tan duros, ésa era la esencia de su pregunta.

—Sí, señor —admitió.

Picard le dedicó una leve sonrisa triste.

—No puedo responder a eso, señor Data.

—¿Qué? —preguntó Riker con voz ahogada—. ¡Señor, todos nosotros sabemos que usted nunca...!

—No, número uno —dijo Picard con calma—, ustedes no lo saben porque yo no lo sé. Ése es el mayor peligro cuando uno se enfrenta con el mal: resulta contagioso. No me cabe ninguna duda de que hice lo que era necesario. ¿Por qué lo hice...? Si conseguí esa hazaña sobrehumana de no abrigar deseo alguno de venganza por la muerte de Tasha o por el dolor al que Armus los sometió al resto de ustedes..., es algo que probablemente me preguntaré durante el resto de mi vida.

—Lo siento, señor —dijo Data—. No debería haberlo preguntado.

—Oh, sí, Data —contestó el capitán—, tenía que hacerlo. Yo tengo más años de experiencia que el resto de ustedes, pero eso no hace que semejantes decisiones sean en nada más fáciles. Antes o después, todos nos enfrentamos con situaciones de las que no podemos salir victoriosos. Una de las más duras lecciones de la vida es que hay momentos en los que lo mejor que podemos esperar es una retirada. Cuando la batalla es con nuestra propia conciencia, constituye la más difícil de todas.

Con eso, acabó la reunión... pero el largo, tenso día no había terminado. Al fin tenían tiempo para enfrentarse con el dolor por la muerte de Tasha. Primero hubo una ceremonia, abierta a todos los de a bordo de la nave. Data había asistido a muchas ceremonias de ese tipo durante los años que llevaba en la Flota Estelar; hoy oyó muchas palabras de consuelo y alivio que le eran familiares, pero él no halló ninguna de las dos cosas.

Había perdido colegas antes. Ésta era la primera vez que perdía una amistad.

Al quedar fuera de servicio, Data regresó a sus habitaciones después de la ceremonia... sólo para que su introspección se viera interrumpida al cabo de unos minutos por el capitán que lo llamaba por el intercomunicador.

—Por favor, acuda al simulador, señor Data.

—¿Al simulador, señor?

—Su nombre se encuentra entre los de las personas para las que Tasha dejó un mensaje de despedida.

—Sí, señor —respondió Data de forma automática... pero no hubo nada automático en su reacción interna. Conocía esa tradición de la Flota Estelar, por supuesto... pero nadie lo había incluido nunca antes en ella.

Toda la tripulación del puente estaba allí, incluso Wesley Crusher. La doctora Crusher también se reunió con ellos.

Data se quedó atrás, un poco apartado del resto, sin saber qué esperar. Cuando apareció la imagen de Tasha, vio que Wesley miraba a su madre y sintió afinidad con el muchacho.

Cuando Tasha había hecho la grabación, adivinó correctamente que moriría joven en el cumplimiento de su deber. Habló del afecto que les profesaba a sus amigos, de su gratitud hacia la Flota Estelar, y de sus sentimientos personales hacia cada uno de ellos.

Cuando llegó a Data lo llamó amigo suyo y agregó:

—Usted ve las cosas con el asombro de un niño y eso lo convierte en más humano que cualquiera de nosotros.

Al desvanecerse la imagen de Tasha, sólo el capitán respondió:

—*Au revoir*, Natasha. —Luego agregó—: Esta reunión ha concluido —y la gente comenzó a salir del simulador.

Data, sin embargo, avanzó, contemplando las imágenes desdibujadas, intentando comprender lo que acababa de pasar. Otra vez se sentía aislado. Picard se reunió con él, pero aguardó a que hablara Data.

—Señor —dijo Data—, el propósito de esta reunión... me confunde.

—¿Ah? ¿Por qué?

—Mis pensamientos no son para Tasha —explicó Data—, sino para mí mismo. No dejo de pensar en lo vacío que estará esto sin su presencia. ¿Es que lo he entendido mal?

—No, Data, no lo ha hecho —le aseguró el capitán—. Lo ha entendido —y dejó al androide en su contemplación.

Durante un rato, Data simplemente permaneció allí... deseando poder hablar sólo una vez más con Tasha, deseando entender cómo se enfrentaban los seres humanos ante semejantes pérdidas.

Como había dicho la imagen de Tasha, él tenía sus recuerdos. Suponía que algunos lo creerían afortunado porque podía evocar cada detalle de todos los momentos que había pasado en compañía de Tasha, y no se desvanecerían andando el tiempo como sucedía con la memoria humana. Probablemente no podrían entender que eso sólo significaba que él recordaría de una forma más clara y exacta lo que ahora habían perdido.

Entonces rememoró algo que había dicho el señor de la guerra, Rikan: «Los supervivientes somos considerados personas afortunadas, Data... y la ironía es que quienes nos envidian nuestra longevidad, bien no viven lo bastante para conocer el cruel destino que nos aguarda... o bien viven lo suficiente para compartirlo.»

Así que era esto lo que el señor de la guerra había querido decir. Data deseó poder hablar con Rikan... de hecho consideró por un momento la posibilidad de usar su acumulación no utilizada de tiempo de radio subespacial para hacerlo.

Y luego recordó que el capitán Picard había dicho en la sala de reuniones: «Yo tengo más años de experiencia que cualquiera de ustedes».

Jean-Luc Picard también era un superviviente. Pero al igual que el legendario capitán James T. Kirk, funcionaba mejor entre las estrellas, no detrás de un escritorio... y tras haber aprendido la lección con ese mismo capitán Kirk, la Flota Estelar le permitiría hacerlo mientras continuara tanto capacitado como dispuesto a ello.

Tras el largo y difícil día, toda la tripulación del puente estaba fuera de servicio. Sin duda el capitán querría un descanso.

Pero cuando Data regresó a sus habitaciones, en la consola encontró un mensaje para que contactara con Picard.

—Ah, sí, Data... hay una cuestión más, concierne a Tasha, en la que necesito su consejo. ¿Le importaría venir a mis habitaciones?

—Iré de inmediato, señor.

La «cuestión» era un último mensaje holográfico. Picard estaba sentado ante su escritorio, dándole vueltas al cartucho en sus manos. Data no tenía duda de a quién iba dirigido.

Picard alzó la mirada.

—Siéntese, Data. Creo que sabe qué es esto.

—El mensaje de despedida de Tasha para Darryl Adin.

El capitán volvió a mirar el cartucho.

—Correcto. ¿Sabe usted dónde está?

Picard podría habérselo preguntado a la computadora. Data no lo dijo.

—Todavía se encuentra en Treva, señor, ayudando al presidente Rikan a constituir su nuevo gobierno.

—Entonces, ¿debemos transmitirle esto allí?

—Sí, s... —Data se interrumpió—. No, señor. Si usted quiere, capitán, tengo una gran cantidad de tiempo de permiso acumulado. Con su permiso, yo le llevaré al señor Adin el mensaje de Tasha. No creo que deba ser entregado por un... —Data boqueó, sorprendido ante lo que había estado a punto de decir.

Picard alzó los ojos hacia él con una leve sonrisa.

—Por alguien que no haya conocido a Tasha —sugirió—. Permiso concedido. —Le entregó el cartucho—. Es la primera vez que usted tiene que hacer esto, Data, pero no será la última.

Data tenía la casi total seguridad que estaba recordando la ocasión en que fue a darle la noticia de la muerte de su esposo, y probablemente un cartucho similar, a la doctora Crusher. Ó tal vez fue una secuencia de muchos acontecimientos similares lo que ensombreció los ojos del capitán.

—Es el precio que pagamos —comentó Data—, por ser supervivientes.

Picard lo miró, parpadeando con sorpresa. Luego asintió.

—Yo no había pensado en ello de esa forma, pero tiene razón, Data. Y gracias por ofrecerse voluntario para hacerlo. Usted conoce a Darryl Adin mejor que yo, pero habría ido en persona antes que transmitir fríamente la información.

—La política de la Flota Estelar dicta que se hagan todos los esfuerzos posibles para enviar los mensajes de este tipo mediante alguien que conozca a las dos partes —dijo Data.

—Y la política de la Flota Estelar no tiene absolutamente nada que ver con su oferta —le contestó el capitán.

—No, señor —admitió Data.

—Bien, pues, vaya y encárguese de adaptar los turnos de trabajo para que cubran su

ausencia. Y, señor Data... —dijo cuando el androide se volvió para marcharse.

Data giró sobre sí.

—¿Sí, señor?

—Antes he dicho que usted entendía la finalidad de las despedidas de la Flota Estelar. Sin embargo, advierto que no tiene usted archivado ningún mensaje de despedida.

Data bajó los ojos a la mesa con el entrecejo ligeramente fruncido, y luego volvió a alzarlos hacia el capitán.

—Tiene usted razón, señor. Remediaré de inmediato esa situación. Nunca me había parecido... apropiado hasta ahora.

—¿Pero ahora sí se lo parece?

—Sí, señor.

Picard asintió.

—Entonces, yo tenía razón, señor Data, sin lugar a dudas usted lo ha entendido.

